

VIAJES FUERA DEL CUERPO: LA EXPANSION DE LA CONSCIENCIA MAS ALLA DE LA MATERIA

de MONROE, ROBERT A.
PALMYRA
Traduce: altalaire
Nº páginas: 308 pags
Lengua: CASTELLANO
Encuadernación: Tapa blanda
ISBN: 9788496665330
Nº Edición:1ª
Año de edición:2008
Plaza edición: MADRID

«Viajes fuera del cuerpo, el relato de Monroe sobre sus viajes, repleto de trasgos parásitos y seres humanos muertos, sexo astral, formidables traslados a otras dimensiones de vértigo y consejos prácticos sobre cómo salir del cuerpo, narrado con humor inteligente, es un libro de culto desde su publicación en 1971».
MICHAEL HUTCHINSON, Megabrain

«Las experiencias de Robert Monroe probablemente son las más intrigantes que ha vivido una persona de nuestro tiempo, con la posible excepción de Carlos Castaneda...».
JOSEPH CHILTON PEARCE, Magical Child

Robert Monroe, el fundador de The Monroe Institute, era un empresario estadounidense de gran éxito en el mundo de la comunicación. Empezó a experimentar estados no ordinarios de consciencia que cambiaron drásticamente su vida: un día, de forma involuntaria, se encontró abandonando su cuerpo físico para viajar con un «segundo cuerpo» a escenarios muy apartados de las realidades físicas y espirituales de su vida

cotidiana. Se introducía así en un ámbito de consciencia expandida más allá de los límites del espaciotiempo que le permitió reconocer la muerte como un estado diferente de «vida».

Decidido a investigar a fondo lo que le estaba ocurriendo, comenzó a estudiar los diferentes enfoques de la consciencia humana más allá de la realidad ordinaria, reconociendo al ser humano como un sistema de energía capaz de interactuar con sistemas energéticos superiores. Plasmó sus «experiencias fuera del cuerpo» en este libro, el primer enfoque serio sobre los viajes astrales y el clásico indiscutible en este campo.

1 NI CON VARITA MÁGICA NI A LA LIGERA

Lo que sigue figuraría normalmente en un prólogo o prefacio. Está situado aquí porque se supone que la mayoría de los lectores se saltan esos prolegómenos para entrar directamente en materia. En este caso lo que sigue es el meollo de la cuestión.
Las razones principales para publicar el material aquí contenido son:
1. Que a través de la máxima difusión posible otros seres humanos (quizás sólo uno) pueden librarse de los padecimientos y terrores del ensayo y error en un ámbito donde no hay respuestas concretas; que pueden hallar consuelo en saber que otras personas han tenido las mismas experiencias; que reconocerán en sí mismos el fenómeno y, en consecuencia, evitarán el trauma de la psicoterapia o, poniéndonos en lo peor, de la demencia y el internamiento en un hospital psiquiátrico.
2. Que mañana o en los años venideros las ciencias formales y aceptadas de nuestra cultura ampliarán sus horizontes, conceptos y postulados e investigarán para ensanchar las perspectivas aquí expuestas con el fin de enriquecer en el ser humano el conocimiento y la comprensión de sí mismo y de todo cuanto le rodea.
Me sentiré sobradamente recompensado con que se alcance alguno de estos objetivos.
La presentación de este material no está orientada a ningún público científico en particular. Al contrario, el objetivo principal es ser lo más concreto posible en un lenguaje al alcance tanto de los científicos como de los profanos en la materia, huyendo de ambiguas generalizaciones. Médicos, químicos, biólogos, psiquiatras y filósofos pueden servirse de terminologías más técnicas o especializadas para formular idénticas afirmaciones. Y necesitan interpretaciones. En nuestro caso la sencillez que buscamos indica que el plan de comunicación es factible, que el discurso «sencillo» transmite los significados pertinentes a un público más amplio que un reducido grupo de especialistas.
También cabe esperar que muchas interpretaciones sean contradictorias. El proceso mental más difícil es considerar objetivamente cualquier concepto que, si se acepta como un hecho, implica desechar toda una vida de formación y experiencia. Sin embargo, ya se han aceptado como hechos muchas cosas con muchas menos pruebas que las aquí presentadas. Albergamos la esperanza de que se aplique el mismo criterio a los datos que

se incluyen aquí.
Efectivamente, el proceso mental más complicado de todos es el de considerar algo objetivamente. Basta con hacerlo una vez en la vida.
Vamos a empezar este inocente relato por una experiencia muy personal.
En la primavera de 1958 yo llevaba una vida razonablemente normal con una familia razonablemente normal. Vivíamos en el campo porque somos amantes de la naturaleza. La única actividad heterodoxa eran mis experimentos con datos extraídos durante el sueño, conmigo como sujeto principal.
La primera señal de desviación de la norma se produjo un domingo por la tarde. Mientras mi familia estaba en la iglesia efectué el experimento de escuchar una grabación en cinta en un medio muy aislado. Se trataba de forzar la concentración en una sola fuente (auditiva) de señales inteligentes que reducía la entrada de señales de los demás sentidos. El éxito vendría medido por el grado de retentiva y recuerdo.
Escuché la cinta aislado de otros sonidos y estímulos visuales. No contenía sugerencias insólitas ni difíciles. Vista retrospectivamente, la sugerencia más clara era la de recordar todo cuanto sucedía durante el ejercicio de relajación.
La cinta siguió su curso sin nada de particular. Me acordaba de todo porque había sido producto de mis propios esfuerzos y, por lo tanto, me resultaba familiar. Quizás sea demasiado, puesto que en mi caso no era posible recordar ningún material original ni nuevo. Esta técnica tendría que utilizarse con otro sujeto.
Cuando volvió mi familia tomamos un desayuno a base de huevos revueltos y bacon. Sentados a la mesa tuvimos alguna discusión intrascendente sin relación alguna con el problema.
Poco más de una hora después me entró un fuerte dolor en el diafragma o plexo solar, justo debajo de la caja torácica. Era un dolor persistente.
Al principio creí que se trataría de algún alimento del desayuno que estaba en mal estado. Desesperado, traté de vomitar, pero tenía el estómago vacío. Los demás miembros de mi familia, que habían tomado la misma comida que yo, no sentían en cambio ninguna molestia. Intenté hacer ejercicio y caminar creyendo que se trataba de un músculo abdominal agarrotado. Apendicitis no era, porque me habían quitado el apéndice. Podía respirar bien a pesar del dolor y mis pulsaciones eran normales. No sudaba ni tenía ningún otro síntoma aparte de la rigidez y el dolor de los músculos de la parte superior del abdomen.
Se me ocurrió que tal vez podría habérmelo causado algo relacionado con la grabación. No encontré nada raro al volver a escuchar la cinta ni tampoco en la copia escrita de la que se había sacado. Seguí la sugerencia antes mencionada con objeto de aliviar cualquier otra sugerencia inconsciente que hubiera podido recibir. No conseguí nada.
Tal vez debería haber llamado inmediatamente al médico. Pero no parecía nada serio ni empeoraba. Aunque tampoco mejoraba, por lo que por fin decidimos llamar al doctor. Todos los médicos de la zona habían salido a jugar al golf.
El agarrotamiento y el dolor siguieron desde la una y media de la tarde hasta cerca de la medianoche. Ningún remedio casero me aliviaba. Poco después de las doce de la noche me quedé dormido de puro agotamiento.
A la mañana siguiente me desperté temprano, y el agarrotamiento y el dolor habían desaparecido. Notaba molestias musculares en toda la zona afectada,

como después de haber tosido mucho, pero nada más. Sigo sin conocer cuál fue la causa del agarrotamiento. Lo menciono sólo porque fue el primer suceso fuera de lo común, físico o lo que fuera, que se produjo.
Visto retrospectivamente, quizá fuera el toque de una varita mágica o un mazo, aunque yo entonces no lo sabía.
Unas tres semanas más tarde tuvo lugar el segundo suceso importante. No había vuelto a experimentar con las grabaciones en cinta porque abrigaba serias sospechas de que el agarrotamiento tuviera alguna relación con ello. Por lo tanto, en principio no había nada que provocara el suceso.
En otra ocasión sucedió un domingo por la tarde, cuando mi familia estaba en la iglesia. Me tumbé en el sofá y me invadió un ligero sueño mientras la casa estaba en silencio. Me hallaba boca abajo (con la cabeza al norte, si eso indica algo) cuando por el norte salió del cielo un destello o un rayo formando un ángulo de unos 30 grados de la línea del horizonte. Fue como si golpeara una luz cálida. Sólo que era de día y no se veía ningún destello.
Al principio creía que era un rayo de sol, aunque eso era imposible por el lado norte de la casa. El efecto que me produjo el rayo cuando me golpeó en todo el cuerpo fue el de una violenta sacudida o «vibración». Me quedé sin fuerzas para moverme. Como si estuviera atornillado.
Asustado, hice esfuerzos por moverme. Era como forcejear con unas ataduras invisibles. A medida que fui logrando incorporarme en el sofá la sacudida y la vibración se desvanecieron y pude moverme libremente.
Me levanté y anduve un poco. No tenía conciencia de haber perdido el conocimiento, y el reloj dejaba claro que no transcurrieron más que unos segundos desde que estuve echado en el sofá. No había cerrado los ojos y había visto la habitación y oído los ruidos de la calle durante todo el episodio.
Me asomé a la ventana, en particular a la que da al norte, aunque no sé por qué ni qué esperaba ver. Todo parecía normal y en calma. Salí a dar un paseo para pensar en aquella cosa tan extraña que había sucedido.
Estos mismos hechos se repitieron nueve veces durante mes y medio en momentos y lugares diferentes. El único elemento común era que empezaban nada más echarme a descansar o a dormir. En cuanto me esforzaba por incorporarme la «sacudida» se desvanecía. Aunque mi cuerpo «notaba» la sacudida, yo no veía pruebas tangibles.
Mis limitados conocimientos de medicina apuntaron a muchas posibles causas. Pensé en la epilepsia, pero sabía que los epilépticos no tenían recuerdos ni sensaciones en sus ataques. Además, sabía que la epilepsia es hereditaria y que se manifiesta a temprana edad, lo cual no era mi caso.
La segunda posibilidad era un trastorno cerebral del tipo del desarrollo de un tumor. Los síntomas no eran los normales, pero cabía la posibilidad. Acudí temeroso al médico de la familia de toda la vida, el doctor Richard Gordon, y le expuse los síntomas. Como internista, él debería tener la respuesta pertinente. Además, conocía mi historia clínica.
Tras un reconocimiento general, el doctor Gordon sugirió que yo había estado trabajando en exceso, que durmiera más y que perdiera algo de peso. En resumen, no detectó en mí ningún problema físico. Se rio de la posibilidad de un tumor cerebral o de que padeciera epilepsia. Le creí y regresé a casa aliviado.
Pensé que, si este fenómeno no tenía una base física, debería ser una alucinación, una especie de fantasía. Por lo tanto, si volvía a producirse, lo

observaría lo más objetivamente posible. Me hizo el favor de «presentarse» esa misma tarde.
Empezó unos dos minutos después de acostarme. Esta vez estaba decido a aguantar y ver qué pasaba en lugar de intentar quitármelo de encima.
Entonces la «sensación» surgió en mi cabeza y recorrió todo mi cuerpo. No fue una sacudida, sino más bien una «vibración» regular y de frecuencia invariable. Algo así como una descarga eléctrica que recorriera todo el cuerpo sin causar dolor. Además, la frecuencia estaba por debajo de las sesenta pulsaciones, quizás en la mitad.
Aguanté lleno de miedo, procurando conservar la calma. Seguía viendo la habitación, pero no podía oír gran cosa aparte del zumbido causado por las vibraciones. No sabía lo que iba a pasar. Y no pasó nada. A los cinco minutos la sensación se desvaneció y me levanté completamente normal. Sólo tenía el pulso acelerado debido a la excitación del momento, lógicamente. El resultado me quitó buena parte del miedo a este fenómeno.
En las otras cuatro o cinco veces que se produjo no logré averiguar mucho más. Al menos en una ocasión adoptó la forma de un anillo de chispas de unos 70 centímetros de diámetro, con el eje en el centro de mi cuerpo. Podía distinguir perfectamente el anillo si cerraba los ojos. Empezaba en la cabeza, bajaba despacio hasta los pies y volvía a subir a la cabeza manteniendo un ritmo constante. El ciclo me pareció que duraba unos cinco segundos.
Cuando el anillo iba pasando por mi cuerpo yo notaba las vibraciones como si me estuviera atravesando un aro. Cuando pasaba por mi cabeza producía un gran zumbido y yo notaba las vibraciones en el cerebro. Traté de estudiar este anillo llameante de aspecto eléctrico, pero no hallé ninguna explicación, como tampoco acerté a saber qué era.
No dije nada de todo esto a mi esposa ni a mis hijos. No me pareció oportuno preocuparles hasta no saber algo concreto.

Sí se lo comenté a un amigo, el conocido psicólogo doctor Foster Bradshaw. No sé qué sería de mí ahora de no haber sido por él. Tal vez estaría en un psiquiátrico.
Le comenté lo que me pasaba y mostró un gran interés. Sugirió que podría tratarse de una forma de alucinación. Me conocía bien, igual que el doctor Gordon. Por eso se tomó a risa la idea de que yo padeciera una incipiente esquizofrenia o algo parecido. Le pregunté qué debía hacer al respecto. Siempre recordaré su respuesta.
«Pues lo único que puede hacer es investigar y averiguar qué es», contestó el doctor Bradshaw. «No tiene muchas otras posibilidades. Si me ocurriera a mí, me perdería en algún bosque hasta dar con la respuesta».
La diferencia era que me ocurría a mí y no al doctor Bradshaw, y que yo no podía permitirme perderme en ningún bosque, ni literalmente ni en sentido figurado. Tenía una familia a la que mantener, entre otras cosas.
Transcurrieron varios meses durante los cuales siguió produciéndose el fenómeno de las vibraciones. Casi llegó a convertirse en una rutina hasta una noche en la que estaba ya acostado y a punto de dormirme. Empezaron las vibraciones y aguardé pacientemente a que cesaran para poder dormir. Tenía

el brazo que colgaba por el lado derecho de la cama, rozando la alfombra con la punta de los dedos.
Me puse a mover los dedos sin darme cuenta y vi que podía rascar la alfombra. Sin pensar ni darme cuenta de que podía mover los dedos durante la vibración, presioné sobre la alfombra con la punta de los dedos. Tras un momento de resistencia los dedos parecieron penetrar en la alfombra y tocar el suelo. Seguí presionando con cierta curiosidad. Los dedos atravesaron el suelo y noté la superficie de la parte superior del techo del piso de abajo. Tanteé con la mano y noté un pequeño trozo triangular de madera, un clavo torcido y algo de serrín. Seguí presionando con la mano, movido por la curiosidad que me provocaba aquella fantástica sensación.
Atravesé el techo del piso de abajo y noté como si lo hubiera hecho con todo el brazo. Estaba tocando agua con la mano. La agité con los dedos como algo normal.
De pronto caí en la cuenta de lo que estaba ocurriendo. Estaba completamente despierto. Podía ver por la ventana el paisaje bañado por la luz de la luna. Podía verme a mí mismo echado en la cama, con las mantas por encima y la almohada debajo de la cabeza y el pecho subiendo y bajando al ritmo de la respiración. Las vibraciones continuaban, aunque con menor intensidad.
Sin embargo, increíblemente, estaba jugueteando con la mano en el agua y notaba que atravesaba el suelo con el brazo. Era evidente que estaba completamente despierto, pero la sensación seguía allí. Cómo podía estar despierto al mismo tiempo que «soñaba», 'al mismo tiempo que atravesaba el suelo con el brazo?
Las vibraciones empezaron a desvanecerse, y de repente pensé que había alguna relación entre ellas y mi brazo, que atravesaba el suelo. Si se hubieran desvanecido antes de que yo «sacara» el brazo, el suelo podría haberse cerrado y yo me haría quedado sin brazo. Quizás las vibraciones habrían hecho un agujero temporal en el suelo. No me paré a pensar «cómo».
Saqué el brazo del suelo, lo subí hasta la cama y las vibraciones cesaron al poco rato. Me levanté, encendí la luz y miré al lado de la cama. No había ningún agujero ni en la alfombra ni en el suelo. Estaban igual que siempre. Me miré la mano y el brazo, e incluso me fijé en si estaban mojados. No había nada, todo estaba absolutamente normal. Eché una mirada por la habitación. Mi esposa estaba durmiendo tranquilamente en la cama, todo estaba en orden.
Estuve mucho tiempo pensando en la alucinación, hasta que por fin me tranquilicé lo suficiente como para quedarme dormido. Al día siguiente llegué a pensar en hacer un agujero en el suelo para ver si lo que yo había notado estaba alli (el trozo triangular de madera, el clavo torcido y el serrín). Pero no me veía rompiendo el suelo a causa de una terrible alucinación.
Conté este episodio al doctor Bradshaw, quien coincidió conmigo en que era una fantasía bastante convincente. Se mostró partidario de hacer el agujero en el suelo para averiguar qué había allí. Me presentó al doctor Lewis Wolberg, un psiquiatra de prestigio. Mencioné de pasada el fenómeno de las vibraciones al doctor Wolberg durante una cena. Puso interés por mera cortesía porque no estaba «trabajando», cosa de la que no puedo culparle. No me atreví a contarle lo del brazo atravesando el suelo.
Todo se estaba enmarañando. Mi entorno y mi experiencia personal me

habían llevado a esperar algún tipo de respuesta o, como mínimo, algunas opiniones favorables de la tecnología moderna. Para ser un profano tenía una formación científica, técnica y médica por encima de la media. Ahora me enfrentaba con algo cuyas respuestas (o las meras extrapolaciones) no surgían de inmediato. Visto retrospectivamente sigo sin entender el hecho de no haber dejado nunca el asunto de lado. Tal vez habría sido imposible, aunque lo hubiera intentado.
En aquel momento pensaba que me enfrentaba con algunas incongruencias porque no sabía lo que me esperaba. Unas cuatro semanas más tarde, cuando volvieron las «vibraciones», fui muy cauteloso a la hora de intentar mover el brazo o la pierna. Una noche estaba en la cama a punto de dormirme. Mi esposa ya estaba dormida a mi lado. Noté una sensación en la cabeza que se extendió en seguida por todo el cuerpo. Igual que otras veces. Mientras estaba allí acostado tratando de decidir cómo analizar el asunto de otra forma, se me ocurrió pensar en lo bonito que sería montar en un planeador la tarde siguiente (mi hobby por aquel entonces). Pensé en el placer que me daría sin atenerme a las consecuencias (o sin saber que las habría).
Al momento noté que algo me apretaba en el hombro. Me llevé la mano allí con cierta curiosidad para ver lo que era.
Toqué una pared lisa. Moví la mano por la pared hasta estirar el brazo del todo, y la superficie de la pared seguía estando lisa y en perfecto estado. Puse los cinco sentidos en intentar ver algo en la penumbra. Era una pared, y yo estaba recostado en ella. Deduje de inmediato que me había dormido y que me había caído de la cama. (No me había pasado nunca pero, con la cantidad de cosas raras que estaban ocurriendo, cabía dentro de lo posible). Después volví a mirar. Había algo raro. La pared no tenía ventanas, ni muebles apoyados ni puertas. No era la pared de mi habitación. Y, sin embargo, me resultaba familiar. En ese mismo instante la reconozco era una pared, era el techo. Yo estaba flotando en el techo, con un leve balanceo al menor movimiento. Me deslicé por el aire, atónito, y miré abajo. Allí, con la penumbra bajo mi cuerpo, estaba mi cama con dos figuras acostadas en ella. A la derecha mi esposa. Junto a ella, otra persona. Ambos parecían dormidos. Me pareció un sueño extraño. Sentí curiosidad. ¿Quién iba a estar en la cama con mi esposa? Miré más detenidamente y me llevé una fuerte impresión. ¡El otro que estaba en la cama era yo!
Mi reacción fue casi instantánea. Yo estaba aquí y mi cuerpo estaba allí. Me estaba muriendo, eso era la muerte, y yo no estaba preparado para morir. Las vibraciones me estaban matando de alguna manera. Desesperado, me zambullí en dirección a mi cuerpo igual que un buzo. Acto seguido noté la cama y las mantas y, cuando abrí los ojos, estaba mirando la habitación desde la perspectiva de mi cama.
¿Qué ocurrió? ¿Había estado casi muerto de verdad? El corazón se me había desbocado, pero no de un modo anormal. Moví los brazos y las piernas. Todo parecía normal. Las vibraciones habían desaparecido. Me levanté y anduve por la habitación, me asomé a la ventana y fumé un cigarrillo.
Pasó un buen rato hasta que tuve valor para volver a la cama, acostarme y dormirme.
A la semana siguiente volví a ver al doctor Gordon para hacerme otro reconocimiento físico. No le conté el motivo de la visita, pero se dio cuenta de

mi preocupación. Me hizo un reconocimiento a fondo, con análisis de sangre y orina, fluoroscopia, electrocardiograma, palpación de todas las cavidades y otras cosas que se le ocurrieron. Observó con detenimiento cualquier indicio de lesión cerebral y me hizo muchas preguntas sobre los actos motores de diversas partes del cuerpo. Me hizo un electroencefalograma (análisis de las ondas cerebrales), que tampoco mostró ningún problema anormal. Al menos, nunca me habló de ninguno, y estoy seguro de que lo habría hecho si lo hubiera detectado.
El doctor Gordon me dio unos tranquilizantes y me mandó a casa con la orden de perder peso, fumar menos y descansar más; y dijo que, de tener algún problema, no era físico.
Me reuní con el doctor Bradshaw, mi amigo psicólogo. Cuando le conté la historia no se mostró nada comprensivo. Creía que yo debía intentar repetir la experiencia si me era posible. Le contesté que no estaba dispuesto a morir.
í «Oh, no creo que lo haga», dijo el doctor Bradshaw muy tranquilo. «Algunos practicantes de yoga y esas religiones orientales afirman que son capaces de hacerlo cuando se lo proponen».
Le pregunté «qué» se proponían.
«Pues salir del cuerpo físico durante un tiempo», respondió. «Según ellos, pueden ir a cualquier parte. Debería usted intentarlo».
Le dije que eso era ridículo. Nadie puede viajar por ahí sin el cuerpo físico.
«Bueno, yo no estaría tan seguro», respondió el doctor Bradshaw muy tranquilo. «Debería usted leer algo sobre los hinduistas. ¿Estudió usted Filosofía en la universidad?».
Le dije que sí, pero que no recordaba nada referido a viajes fuera del cuerpo.
«Me parece a mí que no tuvo usted el profesor adecuado de Filosofía». El doctor Bradshaw encendió un puro y después me miró. «Bueno, no sea tan cerrado. Trate de averiguar algo». Como decía mi profesor de Filosofía: «Si eres tuerto gira la cabeza, pero si eres ciego aguza el oído y escucha».
Le pregunté qué había que hacer si además se era tuerto, pero no me contestó.
Por supuesto, el doctor Bradshaw tenía razones para tomárselo tan a la ligera. Estaba ocurriéndome a mí, no a él. No sé qué habría hecho sin su enfoque pragmático y su maravilloso sentido del humor. Es una deuda que nunca le podré pagar.
Volví a notar las vibraciones otras seis veces más hasta que reuní el valor necesario para intentar repetir la experiencia. Cuando lo hice fue un anticlimax./ Se me ocurrió salir flotando hacia arriba en plenas vibraciones y lo conseguí.
Me elevé suavemente por encima de la cama y, cuando quise detenerme, me quedé flotando en el aire. No era en absoluto una sensación negativa, pero me preocupaba caerme de repente. Momentos después pensé en bajar y en seguida volví a encontrarme en la cama con todos los sentidos físicos normales en funcionamiento. En ningún momento, desde el instante en que me acosté hasta que me levanté (una vez que desaparecieron las vibraciones) perdí la consciencia. Si no era real, si se trataba de una alucinación o un sueño, entonces yo tenía un grave problema. Era incapaz de distinguir dónde cesaba la vigilia y comenzaba el sueño.
Hay miles de personas con ese mismo problema en los hospitales psiquiátricos.

La segunda vez que intenté disociarme deliberadamente también lo conseguí. Volví a subir a la altura del techo. Sin embargo, esta vez experimenté un impulso sexual avasalladoramente fuerte y no pude pensar en nada más. Regresé a mi cuerpo físico avergonzado e irritado conmigo mismo por mi incapacidad para controlar esta oleada de emoción.

No descubrí el secreto de dicho control hasta cinco episodios más tarde. La visible importancia de la sexualidad en todo este asunto es tan grande que se tratará con detalle más adelante. Entonces era un exasperante bloqueo mental el que me retenía dentro de los límites de la habitación donde estaba mi cuerpo físico.
Como no disponía de otra terminología aplicable empecé a llamar Segundo Estado a esta situación y(Segundo Cuerpo al otro cuerpo no físico que, al parecer, poseemos Esta terminología sigue siendo válida por el momento.
Hasta la primera prueba experimental que pudo ser verificada yo pensaba que esto no eran sino ensoñaciones, alucinaciones, una aberración neurótica, una esquizofrenia incipiente, fantasías causadas por autohipnosis o cosas peores.
La primera experiencia contrastada fue un auténtico mazazo. Aceptar los hechos afectaba prácticamente a toda mi experiencia vital hasta ese momento, a mi formación, mis ideas y mi escala de valores. Hacía añicos en especial mi fe en la totalidad y certidumbre del conocimiento científico de nuestra cultura. Yo estaba seguro de que nuestros científicos tenían todas las respuestas. Al menos la mayoría.
Por el contrario, si rechazaba algo evidente para mí, si bien para nadie más, entonces estaba rechazando algo que me merecía el máximo respeto: que la emancipación y el progreso de la humanidad depende principalmente del avance de lo desconocido a lo conocido mediante el empleo del intelecto y los principios científicos.
Ése era el dilema. En realidad, puede que me hayan tocado con una varita mágica o que me hayan concedido un don. Aún no lo sé.

2 BÚSQUEDA E INVESTIGACIÓN

¿Qué hace uno cuando se enfrenta con lo desconocido? Dar media vuelta y olvidarlo? En este caso dos factores negaron esa posibilidad. Una, la curiosidad. La otra, que no puede olvidarse ni ignorarse a un elefante en el cuarto de estar. O, mejor dicho, a un fantasma en el dormitorio.
Pero eso no eliminaba en mí el conflicto y la ansiedad, que eran muy reales, muy inquietantes. Estaba fuera de toda duda el hecho de que me daba mucho miedo lo que pudiera ocurrirme si persistían estos fenómenos. Me preocupaba más la posibilidad de contraer una enfermedad mental que un deterioro físico. Había estudiado suficiente psicología y tenía bastantes amigos psicólogos y psiquiatras para albergar tales temores. Me daba miedo que me clasificaran igual que a sus «pacientes» y que perdiera así la cercanía que otorga la igualdad (normalidad). Sería peor aún con los amigos ajenos a la profesión, en la empresa y el vecindario. Me tacharían de anormal o psicótico, y eso podía afectar seriamente a mi vida y a las vidas de los más próximos a mí.
Por último, parecía que era algo que debía mantener al margen de mi familia.

No hacía ninguna falta que se preocuparan por mí. La necesidad ineludible de explicar ciertos actos extraños por mi parte fue lo único que me obligó a contárselo a mi esposa. Ella lo aceptó a regañadientes porque no le quedó más remedio, y de esa manera se convirtió en un testigo preocupado de incidentes y hechos en abierta contradicción con su formación religiosa.
Los hijos eran entonces demasiado pequeños para entenderlo. Más adelante este asunto se convirtió para ellos en algo cotidiano. Estando ya en la universidad, mi hija mayor me contó que una noche, después de que su compañera de habitación y ella hubieran echado una mirada por el dormitorio, dijo: «Papá, si estás ahí, creo que es mejor que te vayas ahora. Tenemos que desnudarnos para acostarnos». En ese momento yo estaba a doscientas millas de allí, tanto físicamente como de otras maneras.
Fui acostumbrándome poco a poco a este extraño añadido a mi vida. Cada vez iba siendo más capaz de controlar sus movimientos. En cierto sentido se había convertido en algo útil. No tenía ganas de perdérmelo. El misterio de su sola presencia había incitado mi curiosidad.
Mis temores no se disiparon aun cuando había llegado a la conclusión de que no existía una causa fisiológica, y de que yo no estaba peor de la cabeza que los demás. Pero seguía siendo un defecto, enfermedad o deformidad que había que esconder de las personas «normales». No podía hablar con nadie del problema, aparte de alguna que otra visita al doctor Bradshaw. Otra posible solución era recurrir a alguna forma de psicoterapia. Pero un año (o cinco o diez) de entrevistas diarias al precio de miles de dólares no auguraba resultados muy efectivos.
Al principio me sentí muy solo.
Hasta que por fin comencé a experimentar la necesidad de ir tomando notas de cada suceso. Asimismo inicié lecturas en áreas de estudio descuidadas hacía mucho tiempo por el rumbo que había dado a mi vida. La religión no había influido mucho en mi pensamiento, aun cuando parecía ser el único cuerpo de escritos y conocimiento del hombre en el que podía buscar respuestas. Aparte de haber ido a la iglesia de pequeño y alguna que otra vez con un amigo, la iglesia y la religión habían significado poco para mí. De hecho, no había pensado mucho en estos asuntos sencillamente porque no despertaban mi interés.
Encontré vagas referencias y generalidades en mi lectura superficial de las filosofías y religiones occidentales antiguas y actuales. En algunas hallé intentos de describir o explicar fenómenos similares. Particularmente en la Biblia y en los algunos autores cristianos, aun cuando no señalaban causas ni remedios específicos. El mejor consejo consistía en orar, meditar, ayunar, ir a la iglesia, confesar los pecados, aceptar la Santísima Trinidad, creer en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, resistir al Mal o no resistir ningún Mal y entregarme a Dios.
Todo esto no hizo sino agudizar el conflicto. Según la historia religiosa, si esta cosa nueva en mi vida era «buena», es decir, un «don», entonces, evidentemente, era algo propio de los santos o, al menos, del estereotipo de los santos. Me di cuenta de que la santidad quedaba fuera de mi alcance. Si esta nueva cosa era «mala», entonces era obra del demonio o, por lo menos, de un demonio que intentaba poseerme y disponer de mí y que debía ser por tanto exorcizado.
Los ministros ortodoxos a la religión organizada a quienes visité aceptaron

cortésmente este último punto de vista con distintos matices. Me dio la sensación de que yo les parecía peligroso y herético. Se quedaban preocupados.
«En las religiones orientales hallé más aceptación de la idea, tal como había vaticinado el doctor Bradshaw. Hablaban mucho de la existencia de un cuerpo no físico, aunque semejante estado era fruto de un gran desarrollo espiritual.1 Sólo los maestros, gurús y otros hombres santos muy ejercitados tenían la capacidad de abandonar temporalmente el cuerpo físico para tener experiencias místicas indescriptibles. No daban detalles ni explicaciones pragmáticas de en qué consistía ese desarrollo espiritual. Se daba por supuesto que esos detalles eran de dominio público en las prácticas de los cultos secretos, sectas, monasterios de lamas, etcétera.
Si esto era cierto, ¿qué o quién era yo? Desde luego, alguien demasiado mayor para empezar una nueva vida en un monasterio tibetano.; La soledad era extrema. Porque no había respuestas. Al menos en nuestra cultura.
Fue entonces cuando descubrí la existencia de una organización clandestina en Estados Unidos. Con la particularidad de que no existían leyes contra ella ni estaba proscrita ni perseguida oficialmente. Esta organización clandestina sólo se mezcla en ocasiones y parcialmente con el mundo de los negocios, la ciencia, la politica, la universidad y las llamadas artes. Además, no se limita a Estados Unidos, sino que está infiltrada por toda la civilización occidental. Muchas personas han oído hablar vagamente o han entrado en contacto por casualidad con ella y la desdeñan como si no fuera más que un grupo de gente con ideas raras. Lo cierto es que normalmente los miembros de esta organización clandestina, que son respetados en sus respectivas comunidades, no hablan de sus intereses y creencias salvo con otros miembros del club. Han aprendido por experiencia que hablar de ello con libertad lleva aparejada la censura de sus ministros del culto, clientes, empleados e incluso amigos.
Sospecho que sus miembros pueden contarse por millones, en caso de que todos se lo reconozcan. Pueden pertenecer a cualquier ámbito de la vida: científicos, psiquiatras, amas de casa, universitarios, empresarios, adolescentes y algún que otro ministro del culto de las religiones organizadas. Este grupo cumple con todos los requisitos de un movimiento clandestino. Se reúnen en pequeños grupos, discretamente y, a menudo, casi en secreto. (Los actos se anuncian a menudo públicamente, pero hay que estar «en el ajo» para poder entenderlos). Normalmente los participantes sólo comentan los asuntos de la organización con otros miembros de la misma. Nadie conoce la vida ni los secretos intereses de los miembros de la organización, salvo la familia y los amigos más íntimos (que probablemente también sean miembros).
Lo niegan cuando se les pregunta porqueta menudo ni siquiera saben que son miembros: Todos están dedicados en cierta medida a una causa emocional e intelectualmente. Por último, esta organización clandestina tiene su propia literatura, lenguaje, tecnología y, hasta cierto punto, hasta sus propios semidioses.
Ahora mismo la organización clandestina está muy desorganizada. De hecho, carece de toda organización en la acepción común de la palabra. Raramente han llegado a ponerse un nombre los grupos locales. Hasta ahora no son más que reuniones pequeñas y regulares en el cuarto de estar de alguno de sus

miembros o en la sala de reuniones del banco o, muy posiblemente, en la casa parroquial. Este grupo de personas se ampara en la oscuridad y parece tener muy diversas orientaciones, si bien todos comparten idéntico objetivo. Sin embargo, !los miembros acaban inevitablemente conociendo a otros miembros cuando viajan a otra ciudad, tal como sucede en otros movimientos clandestinos. No se planifica. Simplemente «sucede».
Quiénes integran la organización clandestina? En primer lugar, los profesionales. Para empezar, los parapsicólogos, que son muy pocos. Son personas con doctorados de universidades reconocidas, que han dirigido públicamente investigaciones sobre la PES. El más famoso es el doctor J. B. Rhine, de la Duke University, que dirigió y elaboró durante unos treinta años tests de ficha. de probabilidades estadísticas. Afortunadamente para 64' logró demostrar estadísticamente que la PES es un hecho. 'Los psicólogos y psiquiatras de Estados Unidos pusieron en duda sus conclusiones y la mayoría no las aceptó. Hay otros de la misma categoría. Andrija Puharich, J. G. Pratt, Robert Crookall, Hornell Hart y Gardner Murphy entran dentro de este grupo. Son nombres familiares para los miembros de la organización.
El espectro profesional cubre toda la gama, desde los parapsicólogos hasta los quirománticos callejeros que afirman ser gitanos o indios de Nueva Delhi y cobran cinco dólares por una «lectura» rápida de repertorio en cinco minutos. Sus áreas de interés son muy variadas, aunque están interconectadas de una u otra forma por vínculos de creencias comunes.
El grupo de seguidores de la organización clandestina busca información y orientación en los profesionales y les rinde algo parecido al culto a los héroes./Todo aquel que escribe un libro, organiza una fundación, dirige una investigación, tiene una experiencia relevante, ha estudiado con un gran profesional, efectúa lecturas parapsicológicas, da clases de crecimiento de la mente y/o el alma o sana por la fe es un astrólogo acreditado, ministro de la Ciencia Divina o el Espiritualismo, médium de trance o fanático de los platillos volantes. Éstos son los profesionales.
La mayoría obtienen de esta actividad todos o, al menos, parte de sus ingresos. Muchos tienen profundos celos profesionales y a menudo sospechan de las técnicas y teorías que caen fuera de su esfera particular de actividad. Incluso pueden ridiculizar sutilmente o mirar con una tolerante v divertida condescendencia los resultados ajenos a su especialidad. Esto podría explicar bien por qué no hay organización en la clandestinidad. Sin embargo, a pesar de ellos mismos, los profesionales se sienten atraídos unos a otros. Lo imponen sus intereses comunes. No hay nadie más con quienes puedan compartir sus pensamientos y experiencias en condiciones de igualdad y conocimientos.
n Con esto no se pretende desacreditar ni descalificar a los profesionales. Son un grupo de personas absolutamente fascinante y maravilloso. Cada uno a su manera, sea cual fuere, está buscando la Verdad. Qué insulso sería el mundo sin ellos una vez que te has convertido en miembro de la organización clandestina.
El seguidor de la organización clandestina dispone de revistas, diarios, conferencias, clubes de libros (se publican aproximadamente cincuenta nuevos títulos anuales de la organización clandestina, muchos en editoriales

de primera fila) y hasta programas de radio y televisión. Estos últimos, obra evidentemente de miembros entusiastas, no han tenido éxito porque la organización clandestina sigue siendo un grupo muy minoritarios La reacción típica del público es: «¿Tú no te crees ese rollo, ver
dad?».
Entonces, ¿quiénes integran la base de esta organización clandestina? En contra de lo que cabría esperar, no se trata de un conglomerado de inadaptados sociales tontos, analfabetos, supersticiosos e irracionales. Es cierto que hay algunos, pero no en un porcentaje más alto del que se encuentra en la población general. En realidad, si pudiera medirse, es muy probable que su coeficiente de inteligencia estuviera por encima de la media de una muestra representativa de la población de Occidente.
El vínculo común o causa que los une es sencillo. Todos ellos creen que (1) el Ser Interior del hombre ni se entiende ni se expresa en plenitud en nuestra sociedad contemporánea; y (2) que este Ser Interior tiene capacidad para actuar mental y materialmente a un nivel desconocido y no reconocido por la ciencia moderna. Son personas cuyo primer impulso es leer, hablar, pensar, comentar y participar en cualquier cosa que sea «parapsicológica» o «espiritual». Es el único requisito para ser miembro. Hay quien puede estar en el club sin saberlo.]
¿Qué hacen esas personas para «ser» así? La respuesta más común es tener la experiencia o formar parte de un fenómeno que no puede explicarse por las modernas enseñanzas científicas, filosóficas o religiosas. Mientras unos se lo quitan de encima, lo esconden debajo de la alfombra y lo olvidan, otros, los que acaban siendo miembros, procuran encontrar respuestas.
Yo llegué a ser miembro porque no pude encontrar otra fuente de información. Por desgracia, la información que yo estaba buscando era verdaderamente escasa, incluso en este extraño viejo/nuevo mundo. Pero al menos había algunos que se tomaban en serio la posibilidad de que el Segundo Estado podía ocurrir y ocurría realmente.
No tardó en quedar claro que la organización clandestina había surgido hacía más de un siglo o aún más, cuando la ciencia actual empezó a organizar las ideas del hombre y a apartarlas del «conocimiento» irracional y sin fundamento. En semejante esfuerzo de depuración todo aquello que no superara la prueba empírica era implacablemente rechazado por la comunidad científica. Y quienes seguían manteniendo las creencias rechazadas perdían su reputación. Si persistían en el empeño y querían seguir estando en activo y ser aceptados por la sociedad no les quedaba más remedio que seguir practicando de manera clandestina sus ideas secretas y ofrecer otra imagen públicamente. Muchos de los que rehusaron practicar este engaño llegaron a convertirse en mártires.
Hasta la fecha sigue imperando, en gran medida, idéntica actitud en esta sociedad ilustrada. De los profesionales conocidos por sus colegas como partidarios de la parapsicología o cosas similares tal vez haya cinco que siguen despertando admiración e inspirando respeto públicamente por su trabajo, ya sea éste la medicina, la psicología, la psiquiatría o las ciencias físicas. Creo que ya he estado con todos ellos. Lo malo es que sé más que ellos, mejorando lo presente. Porque no saben gran cosa del Segundo Estado ni del Segundo Cuerpo.
Pero lo que más me ha gustado ha sido la gente a la que he conocido en la

organización clandestina. A estas personas las he encontrado en poblaciones pequeñas, grandes ciudades, empresas, grupos parroquiales, universidades ¡hasta en la Asociación Americana de Psiquiatría! Por lo general son personas verdaderamente amables. Son animados, con un cálido sentido del humor. Forman un grupo alegre capaz de reírse llegado el caso hasta de las cosas que les interesan seriamente. Tengan o no esa intención, son el grupo con más altruismo y empatía de todas las personas que conozco No es casual que sean también los más religiosos en el verdadero sentido de la palabra.

Aunque parezca lo contrario, no es mi intención despreciar las demás fuentes y materiales descritos en los escritos «parapsicológicos» disponibles. Cada uno tiene su propia versión de la verdad, y quizás haya muchas verdades. He participado en sesiones con algún médium, he formulado preguntas concretas y he recibido respuestas vagas que me parecían meras evasiones en vez de las respuestas directas que tanto buscaba. Sin embargo, más adelante me quedé atónito al participar en un experimento de Segundo Cuerpo que corroboró (para mí y para otras personas) la autenticidad de la capacidad del mencionado médium. ¡La verdad es ciertamente un misterio!

La obra de Edgar Cayce, una figura venerada prácticamente como un santo en el mundo de la parapsicología, ha sido indudablemente la más conocida y analizada, si bien resulta increíble en términos de la ciencia y la medicina actuales. Más concretamente, fue una manifestación de la verdad por mucho que la historia no lo recoja salvo en algún oscuro archivo. Hoy día, veinte años después de su muerte, no se sabe más que entonces sobre aquello en lo que consistía su capacidad y cómo funcionaba.

Las lecturas de Reading eran útiles, pero es muy difícil establecer su relación directa con la existencia del Segundo Estado. Lo confirmó, pero no lo explicó En este ámbito hay mucho material difuminado por la bruma de arraigados condicionamientos religiosos. Esto lo deja abierto a interpretaciones, que es lo que se han aprestado a hacer los traductores de Cayce.

También ahora hay personas que pueden realizar cosas parecidas a las de Cayce. Una de ellas hizo un informe físico bastante acertado de mí y proporcionó algunos datos generales de mis actividades en el Segundo Estado que no fueron ni esclarecedoras ni demostrables. Pero eso no fue óbice para que me convencieran de la validez de sus capacidades. Otra verdad (para mí y para otros participantes), pero no respuestas directas utilizables ante un tribunal.

Varios «parapsicólogos» me han hecho <lecturas de vida». Todos con vagas generalizaciones, aunque se han mostrado incapaces de darme respuestas claras y directas a preguntas sencillas. Si son auténticos (ay quién soy yo para decir que no lo son?), estos parapsicólogos deben tener muy limitadas sus percepciones concretas. O tienen algún problema a la hora de traducir los símbolos en un discurso articulado. Entiendo perfectamente que pudiera ser esto último.

Fue en mis lecturas y contactos con esta rama del pensamiento humano, a quien cariñosamente denomino la organización clandestina, donde finalmente encontré sólidas respuestas a lo que me estaba ocurriendo. Fueron hallazgos

que jamás me habría creído de no haber estado implicado personalmente. Al mismo tiempo fue consolador descubrir que yo no era un caso único.
(Qué fue lo que descubrí? Lisa y llanamente, que estaba efectuando una «proyección astral>. La pista me la había dado el doctor Bradshaw, aun cuando él sólo había oído hablar vagamente de tales cosas. Para los profanos, la proyección astral es el término que se aplica a la técnica de abandonar temporalmente el propio cuerpo y moverse en un cuerpo inmaterial o «astral». A la palabra «astral» se le han atribuido muchas connotaciones e interpretaciones, ya sean científicas o no. La palabra «científico» se emplea con cautela porque en el mundo científico moderno, por lo menos en Occidente, tales cosas ni se reconocen ni se admite seriamente que sean posibles.
La situación es bien otra a lo largo de la oscura historia de la humanidad. La palabra «astral» hunde sus raíces en antiguos acontecimientos místicos y ocultos relacionados con la hechicería, la brujería, los encantamientos y otras aparentes estupideces que el hombre moderno mira despectivamente como si no fueran más que idioteces y supersticiones. Como todavía no se ha hecho ningún intento serio de profundizar en este tema, todavía no sé lo que significa la palabra «astral». Por eso prefiero emplear los términos Segundo Cuerpo y Segundo Estado.
Este tipo de literatura, aún floreciente, describe un mundo astral compuesto de muchos niveles o planos adonde van las personas cuando «mueren». La persona que viaja en su cuerpo astral puede efectuar breves visitas a esos sitios, hablar con personas «muertas», participar en actividades «allí» y regresar al mundo físico sin sufrir aparentemente el menor daño. Ha habido veces en las que he esperado (¡rezado!) fervientemente para que esto último fuera cierto.
Según los ocultistas, hay que pasar por un arduo entrenamiento o, mejor aún, «desarrollo espiritual» para llevar a cabo esta milagrosa hazaña. Estas enseñanzas se han debido transmitir en secreto a lo largo de la historia para quienes han llegado a alcanzar la iluminación suficiente para recibirlas. Claro que, de vez en cuando, había quienes revelaban el secreto o aprendían accidentalmente la técnica. En el pasado se les ha canonizado, censurado, quemado, vilipendiado y encarcelado por semejante revelación pública. Precisamente, esto no me augura un futuro muy prometedor.
Muchas de mis anotaciones coinciden paradójicamente con este punto de vista ocultista del tema, lo cual me dejó muy impresionado. Utilizando una interpretación y traducción libre al idioma moderno muchas de ellas coincidían con exactitud. También quedaban muchas cosas sin decir, aunque no sé por qué.
Según la literatura parapsicológica clandestina, la historia religiosomística del hombre hace referencia constantemente al Segundo Cuerpo. Mucho antes de que aparecieran el cristianismo y la Biblia las culturas de Egipto, India y China, por citar algunas, acogieron la idea del Segundo Cuerpo como algo habitual. Los historiadores han encontrado referencias una y otra vez, si bien les remitían a la mitología de la época.
Leyendo la Biblia desde este punto de vista, la creencia en el Segundo Cuerpo se confirma en numerosas ocasiones tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. En la iglesia católica se encuentran muchos testimonios de santos y otras personalidades religiosas que han tenido este tipo de

experiencias, en ocasiones por su propia voluntad. Incluso en el protestantismo hay devotos que relatan haber tenido experiencias fuera del cuerpo en el transcurso de ciertas formas de éxtasis religioso.
En Oriente, el concepto del Segundo Cuerpo goza desde siempre de una posición natural y aceptada en la realidad. Es objeto de estudio como tal, al tiempo que numerosos libros de la organización clandestina y autoridades de los estudios orientales abundan en el concepto de Segundo Cuerpo. Hoy deben existir adeptos, lamas, monjes, gurús y otros que poseen poderes mentales y físicos (entre ellos la actividad del Segundo Cuerpo) en abierta contradicción con el conocimiento científico actual. Nuestra sociedad materialista los ha olvidado en buena medida porque no pueden reproducirlos en el laboratorio.
Existen centenares de historias de experiencias fuera del cuerpo en los archivos de diversas organizaciones de investigaciones parapsicológicas nacionales y extranjeras. Informes que se remontan como mínimo a cien años atrás; y hay muchos más en diversos escritos antiguos. Están ahí para quien desee investigar el fenómeno.
Prácticamente todas estas experiencias son acontecimientos espontáneos que se dan una sola vez. Suelen suceder cuando el individuo en cuestión se halla enfermo o debilitado físicamente o bien durante crisis emocionales intensas. Todos parecen muy subjetivos, sin perjuicio de que la inmensa mayoría están demostrados. En el siglo xx se han publicado varias colecciones impresionantes de estas experiencias, que son lectura obligada para quien esté interesado en el tema. Su punto débil es que la mayoría son meros relatos, apoyados en conjeturas. No hay nada concreto basado en el examen directo o la experimentación. ¿Por qué? Está claro que porque no se ha efectuado ninguna investigación seria.
Son muy raros los casos publicados sobre personas capaces de provocar deliberadamente y a voluntad el Segundo Estado y moverse en su Segundo Cuerpo. Puede que haya más, pero en la historia reciente sólo hay dos dignas de mención. Si ha habido y hay otros casos, se han guardado los resultados para sí.
El primero es el de Oliver Fox, un inglés muy activo en la práctica y la investigación parapsicológicas. Publicó informes bastante detallados de experiencias fuera del cuerpo y técnicas para lograr este estado. Mereció escasa atención, salvo en la organización clandestina, hacia 1920. Sin embargo, intentó seriamente enmarcar esta experiencia en los conocimientos de la época.
El segundo y más conocido es el de Sylvan Muldoon, autor de varios trabajos sobre el tema en colaboración con Hereward Carrington entre 1938 y 1951. Muldoon era el «proyeccionista», y Carrington un investigador solvente de los fenómenos parapsicológicos. Sus libros siguen siendo un clásico en este ámbito y son interesantes de leer. En mis investigaciones después de los hechos he vuelto a preguntarme cuánto dejaron de lado. Además, no dejaron apenas pruebas experimentales empíricas para proporcionar datos a un investigador serio y objetivo. La publicación más reciente es un libro cuyo autor es Irma (una mujer?, ¿Mary al revés?). También daba pistas, pero sin mucha relación con mi caso.
Últimamente se han hecho intentos significativos de estudios y evaluaciones científicas a cargo de personalidades como Hornell Hart, Nador Fodor, Robert

Crookall y otros con buena formación académica. La mayoría de ellos está relativamente libre de los factores de distorsión presentes en buena parte de la literatura de la organización clandestina; pueden consultarse sus obras así como otras publicaciones recientes.
Todas ellas ratifican la existencia del hecho del Segundo Cuerpo, si bien no aportan apenas datos concretos al nivel experimental y no filosófico. Una vez más: ¿cómo van a comentarse experimentos que no se han llevado a cabo?
El problema más arduo, unido al peso de la clandestinidad, ha sido el de evitar que el método analítico quedara atrapado en el vasto laberinto del pensamiento y las creencias teológicas. No hace tanto tiempo el hombre creía que la electricidad era Dios; y antes de eso, el sol, el rayo o el fuego. La ciencia nos ha enseñado que estas ideas son ridículas, y ha procurado demostrarlo mediante la experimentación. Quizás el Segundo Cuerpo que funciona en el Segundo Estado sea el paso de gigante para demostrar empíricamente la existencia de Dios. Entonces ya no habrá organización clandestina.
La organización clandestina parapsicológica me proporcionó muchos nuevos amigos, a la vez que pocas respuestas concretas a la pregunta: «Y ahora qué hago?». Mi sorpresa fue que era a mí a quien pedían respuestas.
No quedaba más que un camino. Centenares de experimentos efectuados desde hace más de doce años han arrojado conclusiones inequívocas ajenas al entorno en que me muevo. El lector juzgará a partir de ahora.

3 ANTE LA EVIDENCIA

Una tarde de otoño de 1964 se celebró una reunión interesante en Los Ángeles. Asistieron unas veinte personas, entre las que se encontraban psiquiatras, psicólogos, científicos..., además de yo mismo. Fue una reunión muy gratificante. El objetivo era examinar con sinceridad y seriedad las experiencias y experimentos resumidos hasta ahora en este libro. Tras varias horas en las que el grupo me estuvo realizando todo tipo de preguntas me tocó hablar a mí. Me limité a plantear dos cuestiones a cada uno de ellos. La primera: «Qué haría usted si pasara por lo que yo estoy experimentando?».
La opinión mayoritaria (más de dos tercios) fue que se esforzarían en hacer que continuaran los experimentos con la esperanza de iluminar y ampliar el conocimiento del hombre sobre sí mismo. Hubo quienes, con cierta seriedad, declararon que debería ir corriendo, no al paso, al psiquiatra más cercano. (Ninguno de los presentes ofreció sus servicios).
La segunda cuestión: «Participaría personalmente en experimentos que provocaran una actividad tan insólita en usted?».
Aquí la cosa cambió. Aproximadamente la mitad dijo que sí. Curiosamente en este grupo figuraban algunos de los más escépticos sobre la realidad de este tipo de experiencias. Por supuesto, esto me dio la oportunidad de codearme con quienes estaban a favor de seguir con los experimentos. Cuando llegó la hora de zambullirse en aguas frías y extrañas, que lo haga otro. Y, en muchos sentidos, no les culpo por ello. Si me lo hubieran propuesto hace doce años dudo que me hubiera ofrecido como voluntario.
Por qué se molestó en reunirse este grupo? Quizás por curiosidad. O, una vez más, puede que fuera por la fuerza probatoria de los materiales que se habían acumulado. Espero que sea por esto último. He aquí algunos aspectos

fundamentales de mis notas que despertaron su interés.

10/9/58. Tarde
He vuelto a flotar hacia arriba con la intención de visitar al doctor Bradshawy a su esposa. Como sabía que el doctor Bradshaw estaba en cama con un resfriado, pensé en visitarle en su dormitorio, habitación que no había visto, por lo que con mi visita podría demostrar si era capaz de describirla después. Otra vez me levé en el aire, atravesé el túnel, y esta vez tuve la sensación de subir por una cuesta. (El doctor y la señora Bradshaw viven en lo alto de una cuesta a unas cinco millas de mi despacho. Yo estaba sobre los árboles, y por encima de mí lucía un cielo diáfano. En ese momento vi la figura de una forma humana redondeada, vestida con una túnica y algo en la cabeza (con cierto regusto oriental), sentada con las manos en el regazo y quizás con las piernas cruzadas como un Buda; después se esfumó. Desconozco su significado. Al poco rato se me hizo dificil subir la cuesta y tuve la sensación de que me fallaban las fuerzas y de que no lo conseguiría.
Sucedió algo increíble mientras pensaba en esto. Fue como si alguien me hubiera tomado por las axilas y hubiera tirado de mí. Noté un fuerte impulso y me lancé cuesta arriba a toda velocidad. A continuación llegué donde el doctor y la señora Bradshaw. Estaban fuera de la casa y tuve un momento de titubeo por haberles visto antes de entrar a la casa. No lo entendí bien, porque el doctor Bradshaw debía estar en cama. En cambio, llevaba un abrigo claro y sombrero y, su esposa, un chaquetón negro, y todo lo demás también negro. Vinieron hacia mí y yo me detuve. Se les veía de buen humor y pasaron de largo, sin verme, en dirección a un edificio más pequeño, una especie de garaje. Entonces Brad se quedó reza
gado.
Me quedé flotando delante de ellos, haciéndoles gestos con la mano, procurando llamar su atención en vano. Entonces oí que el doctor Bradshaw me decía sin volver la cabeza: «Bueno, ya veo que no te hace falta ninguna ayuda». Pensando que había entrado en contacto, descendí a ras de suelo, regresé a mi despacho, volví a entrar en mi cuerpo y abrí los ojos. Todo estaba igual que antes. Continuaba la vibración, pero decidí que ese día ya había tenido bastante.
Secuela reseñable: Esa noche telefoneamos al doctor y a la señora Bradshaw. Me limité a preguntarles dónde habían estado entre las cuatro y las cinco de la tarde. (Mi esposa, al enterarse de la visita, dio tranquilamente que no era posible, que no podía ser, porque el doctor Bradshaw estaba en cama, enfermo). Hice la referida pegunta a la señora Bradshaw. Me dio que a eso de las cuatro j veinticinco habían salido de casa en dirección al garaje. Ella iba a ir a la estafeta de correos y el doctor Bradshaw había decidido que tal vez le sentara bien un poco de aire fresco, se había vestidoy la había acompañado. Calculaba que sería esa hora porque habían llegado a la estafeta de correos a las cinco menos veinte. En coche se tarda un cuarto de hora desde su casa hasta allí. Yo había regresado de mi viaje a su casa aproximadamente a las cuatro y veintisiete. Les pregunté que ropa llevaban. La señora Bradshaw me contó que llevaba pantalones negros, un suéter negro y, encima, un chaquetón negro. El doctor Bradshaw llevaba sombrero y abrigo de color claro. Sin embargo, ni me habían «visto» ni habían advertido mi presencia. El doctor Bradshaw no recordaba haberme dicho nada. Lo más

chocante era que yo había esperado encontrarle en la cama y no había sido así.
Las coincidencias implicaban muchas cosas. No me importa demostrarlo. Me enfrenté, por primera vez, al hecho de que en esto podría haber más de lo que permiten la ciencia, la psicología y la psiquiatría. Y que más que una aberración, trauma o alucinación (y yo necesitaba más que nadie algún tipo de prueba) fue un simple incidente inolvidable.
En esta visita al doctor Bradshaw y su esposa coinciden la hora con el hecho físico. El factor de alucinación por autosugestión es negativo. Esperaba encontrarme al doctor Bradshaw dentro de la casa, en cama, y, como no fue así, me extrañó. Coincidencia de mis notas con los hechos registrados:

- Situación del doctor Bradshaw y su esposa.
- Posición relativa de ambos.
- Acciones de ambos.
- Atuendo de ambos.

Posibilidad de preconocimiento inconsciente mediante observación previa de lo anterior:

- Negativo, no tenía información de su cambio de planes ni de cuándo solían ir a la estafeta de correos.
- Indeterminado, al menos conscientemente no me doy cuenta de quién va antes.
- Negativo, no tenía preconocimiento de que iban a ir así al garaje.
- Indeterminado, tal vez he observado a ambos con parecidas ropas, pero esperaba encontrarme sólo con uno, el doctor Bradshaw, y en pijama.

5/3/59. Mañana
En un motel de WinstonSalem: me levanté temprano y salí a desayunar a las siete y media, volví a la habitación a las ocho y media y me acosté. Cuando me relajé empezaron las vibraciones, y después una impresión de movimiento. Al poco rato me detuve, y lo primero que vi fue un chico andando, tirando y cogiendo al vuelo una pelota de béisbol. Un cambio repentino y veo a un hombre tratando de poner algo en el asiento trasero de un coche grande. Era un extraño artefacto que me pareció un coche pequeño con ruedas j motor eléctrico. El hombre logró meter el artefacto en el asiento trasero del coche y cerró la puerta de golpe. Otro cambio repentino y estoy de pie, al lado de una mesa. Había varias personas sentadas a la mesa, que estaba llena de platos. Una persona estaba repartiendo lo que parecían unos grandes naipes blancos a las demás. Me extrañó que jugaran a las cartas en una mesa llena de platos, y aún más el tamaño y la blancura extraordinarios de los naipes. Otro cambio repentino y estaba a unos quinientos pies por encima de las calles de la ciudad, buscando mi «casa». Entonces localicé la antena de la emisora de radio y me acordé de que el motel quedaba cerca. Estaba ya en mi cuerpo, prácticamente en un instante. Me incorporé y miré a mi alrededor. Todo parecía normal.
Secuela reseñable: esa misma noche visité a unos amigos, el señory la señora Bahnson, en su casa. Estaban más o menos al tanto de mis «actividades»y supe de pronto que los acontecimientos de la mañana tenían

que ver con ellos. Les pregunté por su hijo, ellos le hicieron venir a la sala y le pregunté dónde había estado entre las ochoy mediay las nueve de la mañana. Me dio que estaba camino del colegio. Le pregunté más concretamente qué había hecho en ese rato, me contestó que había ido tirando la pelota de béisbol al aire y cogiéndola al vuelo. (Aunque le conocía bien, no sabía que le gustara el béisbol, aunque era lo más normal). Acto seguido les conté lo del coche. El señor Bahnson se quedó asombrado. Me contó que a esa misma hora había metido un generador Van DeGraff en el asiento trasero del coche. El generador era un extraño artefacto con ruedas, motor eléctrico y una plataforma. Me lo enseñó. (Era curioso ver físicamente algo que únicamente había observado desde el Segundo Cuerpo). Después le hablé de la mesa y de los grandes naipes blancos. En ese momento su esposa se puso nerviosa. Al parecer, esa mañana se habían levantado tarde y por primera vez en dos años había repartido el correo en la mesa del desayuno. ¡Grandes naipes blancos! Esto les dejó muy inquietos, y estoy seguro de que no estaban de guasa conmigo.

En mi visita matutina a la familia Bahnson coincide la hora con los hechos. Alucinación por autosugestión, negativo; la visita no era intencionadamente consciente, aunque es posible que hubiera una motivación inconsciente. Coincidencia entre mis notas y los hechos registrados:

- Hijo por la calle tirando la pelota al aire.
- El señor Bahnson en el coche.
- Acciones del señor Bahnson en el coche.
- Artefacto que tenía en el coche.
- Acción de la señora Bahnson, reparto de «cartas».
- Tamaño y color blanco de las cartas.
- Platos encima de la mesa.

Posibilidad de preconocimiento inconsciente mediante observación previa de lo anterior:

- Negativo, no sabía que al hijo le gustara el béisbol ni conocía sus actividades habituales.
- Negativo, no sabía lo que había hecho el señor Bahnson en el coche por la mañana, y lo que contó no formaba parte de sus rutinas diarias.
- Negativo, se ha dicho que actos como cargar el coche no formaban parte de sus rutinas, por lo tanto no podía ser parte de los hábitos preobservados en el señor Bahnson.
- Indeterminado, puede que hubiera observado el artefacto previamente, pero no en ese sitio.
- Negativo, no forma parte de un recuerdo preobservado, porque la acción de la señora Bahnson no era un hábito; repartir el correo en la mesa era insólito.
- Negativo por las razones dadas, además de que repartir el correo en la mesa no sea un hábito, esta acción fue mal interpretada.
- Indeterminado, aquí podría haberse aplicado la preobservación a la familia Bahnson porque había desayunado varias veces con ellos.

12/10/60. Noche
Los resultados son muy contradictorios, por lo que creo que deben exponerse con detalle. En nuestros intentos de dar con alguna respuesta en alguna parte

habíamos entrado en contacto con la señora M., quien al parecer tenía poderes como médium. Tengo y sigo teniendo por ella la mayor consideración como persona de gran amabilidad e integridad. Sin embargo, en dos «sesiones» en las que participé saqué la impresión de que la señora M., aunque era muy sincera, mostraba una especie de doble personalidad cuando se ponía en trance. Las «guías» que se apoderaban de su cuerpo y hablaban a través de sus cuerdas vocales para mí no eran más que manifestaciones de esto. No estoy diciendo que piense que la señora M. creara deliberadamente este engaño, sino que se producía como resultado de un estado hipnótico autoinducido, y desde luego ella no era consciente de que así fuera. Estaba seguro de que la señora M. no quería «engañar» en absoluto. No era ni es de esa clase de personas.

Lo que me dejó poco convencido fue que recibí respuestas evasivas cuando pregunté a sus guías (su marido, ya fallecido, y un indio americano). Todo lo más, conseguí un «Lo descubrirá a través de sus propias fuentes». Por aquel entonces me pareció simplemente un modo de eludir una respuesta que podía verificarse de otras formas. Es importante que destaque mi completo escepticismo acerca de la señora M. y sus guías.

Sin embargo, lo ocurrido anoche y el relato de hoy me confunden mucho. R. G., una amiga de la señora M., había sugerido que «visitara» una sesión dirigida por la misma en un piso de Nueva York el viernes por la noche. Accedí sin mucho convencimiento, porque lo cierto es que no estaba seguro de que fuera posible. Francamente, cuando llegó el viernes la sesión se me había ido de la cabeza (al menos de manera consciente).

Esto es lo que pasó. Tras una velada normal en casa, mi esposa y yo subimos a acostarnos a eso de las once y media. Mi esposa se quedó dormida casi inmediatamente, como pude deducir por su respiración pausada y profunda. Estando acostado, lógicamente muy relajado y posiblemente medio dormido, noté de pronto un frío «sepulcral» y me dio un escalofrío. Miré por la ventana en la oscuridad, temeroso y a la vez fascinado. No sé qué esperaba, pero en el pasillo del salón había una figura fantasmal blanca. Tenía el típico aspecto de un fantasma, unos dos metros de altura y algo parecido a una sábana envolviéndole de la cabeza a los pies. Tenía una mano apoyada en la jamba de la puerta.

Yo estaba muy asustado y sin posibilidad de relacionar aquella figura con algo que yo hubiera hecho. En cuanto empezó a moverse hacia mí me quedé aterrorizado, y al mismo tiempo pensé que tenía que ver qué era aquello. Acto seguido unas manos me taparon los ojos j! no pude ver nada. Me puse a manotear, a pesar del miedo que tenía, hasta que la forma fantasmal se situó al lado de la cama, a menos de medio metro de mí. Entonces alguien me tomó suavemente por los brazos y me elevé de la cama. Esto me tranquilizó porque me di cuenta de que, fuera lo que fuera, era amigo. Ni force.* ni me resistí.

Inmediatamente hubo una rápida sensación de movimiento' de pronto estuvimos (noté que eran dos, uno a cada lado) sobre una habitación pequeña, como si estuviéramos mirándola desde el techo. En la habitación había cuatro mujeres. Miré a los dos seres que tenía a cada lado. Uno era un varón rubio y el otro de pelo oscuro, casi oriental. Ambos parecían tener veintipocos años. Me sonrieron.

Les hablé y les dije que excusaran mi actitud porque no estaba seguro de lo

que estaba haciendo. Entonces descendí hasta la única silla vacía' me senté en ella. Enfrente de mí se sentó una mujer alta' grande con un traje oscuro. A mi lado se sentó otra mujer que llevaba algo parecido a una túnica blanca que le llegaba hasta los tobillos. Las otras dos iban igual. Una voz femenina preguntó si recordaría haber estado allí y le aseguré que sí. Otra mujer dijo algo acerca del cáncer' eso fue todo lo que alcancé a oír.
Una de las mujeres (la del traje oscuro) se acercó, se colocó al lado de mi silla ¡y se puso encima de mí! No pesaba nada e inexplicablemente se levantó de pronto. Hubo risas, pero mi mente estaba en otras cosas. Lógicamente, el contacto con la mujer que se había sentado encima de mí había alterado las cosas. En ese preciso momento oí una voz de varón que dio: «Creo que ya ha paseado bastante, m jor nos lo llevamos de vuelta».
No sabía si quería irme o quedarme, pero no discutí. Prácticamente al instante estaba de vuelta en mi cama' eso fue todo, aparte de que mi esposa había permanecido despierta todo ese tiempo. Ale dijo que había tenido la respiración entrecortada, que me había quejado y que después le pareció que me hubiera quedado sin respiración. No había visto ni oído nada más que eso, aparte de que el gato que dormía en nuestra habitación se había despertado' había estado muy nervioso. Mi esposa estaba bastante inquieta' preocupada. Estoy seguro de que yo también lo habría estado si hubiera pasado por lo mismo que ella.
Valía la pena acudir a la «reunión», de manera que telefoneé a R. G. y descubrí varias cosas. Primera, había cuatro mujeres en la sesión. A petición mía se habían reunido en el mismo piso (un cuarto de estar muy pequeño) y se habían puesto la misma ropa. La mujer del traje oscuro se parecía a la que yo había visto y se «sentó» sin darse cuenta en la silla «reservada» a mí. Todo esto había pasado después de las once' media, una vez terminada la sesión, cuando las cuatro se sentaron a charlar. La mujer alta había pegado un respingo de «mi» silla cuando las demás le dieron: «¡No te sientes encima de Bob!». Se rieron de esa broma. Otra de las mujeres llevaba una bata blanca de andar por casa. Las palabras que yo recordaba no llegaron a pronunciarse (otra vez comunicación supermental?), aunque una de las mujeres había dicho al día siguiente que trabajaba en el Cancer Memorial Hospital. Yo ya había visto antes a la señora M. y a R G., pero las dos descritas aquí me resultaban extrañas. Cuatro mujeres, la ropa de dos de ellas, el aspecto de otra, el hecho de sentarse en la silla, sobre mí, y dar un respingo, las risas, la habitación pequeña y la referencia al «cáncer» son demasiadas coincidencias hasta para mí y rebasan mi capacidad de alucinación. Estoy convencido.
Luego están los dos hombres. ¿Se comunica de verdad la señora M. con su esposo fallecido y con un indio? ¡No me enteré hasta después de que había sido rubio! Debo ser menos escéptico y más abierto con la señora M.
La hora coincide con el hecho físico de la visita al piso. Alucinación por autosugestión, indeterminado, porque la idea del viaje puede haber sido retenida inconscientemente, aunque no se hizo ningún intento consciente.
Coincidencia entre mis notas y los hechos registrados:

- Dimensiones de la habitación.
- Número de mujeres presentes, cuatro.
- Silla vacía.

- Atuendo de dos de las mujeres.
- Mención del «cáncer».
- Acción de la mujer sentándose en la silla.
- Risas del grupo.

Posibilidad de preconocimiento inconsciente mediante observación previa de lo anterior:

- Negativo, no hay visitas ni descripciones previas del piso.
- Indeterminado, R. G. puede haber revelado el número de personas presentes.
- Negativo, la idea de la silla vacía no se le ocurrió al grupo hasta esa noche.
- Negativo, nunca había visto a esas mujeres ni sus ropas.
- Negativo, por las razones aducidas. No sabía que la mujer desconocida trabajaba en el Cancer Memorial Hospital.
- Negativo, la acción no estaba planificada.
- Negativo, ya que la reacción de las demás fue espontánea.

15/8/63. Tarde
¡Un experimento productivo tras un largo paréntesis! R. W, empresaria a quien conozco bastante bien por haber trabajado mucho tiempo con ella, y un amigo íntimo al tanto de mis «actividades» (con cierto escepticismo, pese a haber participado también un poco a regañadientes) se han ido esta semana de vacaciones a la costa de Nueva Jersey. No sé exactamente adónde. Tampoco le he informado a ella de que planeara ningún experimento, sencillamente porque no se me había ocurrido hasta hoy (sábado).
Esta tarde me he acostado para reanudar los experimentos y he decidido esforzarme seriamente en «visitar» a R. E, dondequiera que esté. (En mi caso la regla básica ha sido siempre que tengo más éxito yendo hacia alguien que conozco bien, oportunidad que no se presenta tan a menudo). Me acuesto hacia las tres de la tarde, me relajo, noto el calor (vibraciones potentes) y pienso seriamente en el deseo de «ir» adonde R. W
Luego vino la consabida sensación de movimiento por una zona borrosa de color azul claro, y a continuación me encontraba en lo que parecía ser una cocina. R. W estaba sentada en una silla a la derecha. Tenía un vaso en la mano. Estaba mirando a la izquierda, donde había dos chicas (una morena y otra rubia, ambas de diecisiete o dieciocho años) también sentadas, con sendos vasos en la mano y bebiendo algo. Las tres estaban charlando, pero no pude oír lo que decían.
Primero me acerqué a las dos chicas y me puse delante de ellas, aunque no conseguí llamarles la atención. Entonces me volví a R. V. y le pregunté si sabía que estaba allí.
«Oh, sí, sé que estás aquí», contestó (mentalmente o mediante comunicación supermental, porque seguía charlando con las dos chicas).
Le pregunté si estaba segura de que iba a acordarse de que yo había estado allí.
«Oh, seguro que me acordaré», fue su respuesta.
Le die que esta vez iba a procurar que se acordara.
«Me acordaré, seguro que sí», dijo R. W, simultáneamente con la conversación oral.
Insistí en que no estaba seguro de que se acordara y en que iba a pellizcarle.

«Oh, no va a hacer falta, me acordaré», se apresuró a decir R. E
Le die que tenía que estar seguro, de manera que me acerqué e intenté pellizcarle, suavemente, creo. Le pellizqué en el costado, justo encima de la caderas y debajo de la caja torácica. Ella dejó escapar un fuerte «¡ay!» y yo retrocedí algo sorprendido. La verdad es que no esperaba poder pellizcarle de verdad. Satisfecho por haber causado al menos cierta impresión, di media vuelta y me marché, pensé en lo fírico y regresé prácticamente al instante. Me levanté y me dirigí a la máquina de escribir donde estoy ahora. R. W no volverá hasta el lunes, y entonces podré determinar si establecí contacto o si fue otro fallo inidentifacable. Hora de regreso, las cuatro menos veinticinco.
Secuela reseñable: hoy es martes, ya han pasado tres días del experimento. R. W se reincorporó al trabajo ayer y le pregunté qué había estado haciendo el sábado por la tarde entre las tres y las cuatro. Sabedora de por qué se lo preguntaba, dio que tendría que pensarlo y que me lo diría el martes (hoy).
Esto es lo que me ha contado hoy: el sábado, entre las tres y las cuatro, fue el único momento en que no hubo mucha gente en la casa de la playa. Estuvo a solas por primera vez con su sobrina (oscuro, unos dieciocho años) y una amiga de ésta (rubia, de la misma edad). Estuvieron en la cocina comedor de la casa desde las tres y
cuarto hasta las cuatro; ella se había tomado un trago, las chicas bebieron Coca Cola. No habían hecho más que estar sentadas charlando.
Pregunté a R W si se acordaba de algo más y me dijo que no. Concreté más la pregunta, pero no fue capaz de recordar nada. Hasta que me impacienté) le pregunté si recordaba el pellizco. Puso los ojos como dos platos.
«/Fuiste tú?». Se quedó mirándome un momento, después entró en mi despacho, se volvió y levantó un poco el borde del chaleco por encima de la falda, a la altura de la cadera izquierda. Había dos manchas parduscas/ azules en el mismo sitio donde yo le había pellizcado.
«Estaba allí, sentada hablando con las chicas», dijo R. W, «cuando de repente sentí un pellizco terrible. Debí pegar un salto. Creí que había vuelto mi cuñado y se había acercado por detrás sin que le viera. Me volví, pero no había nadie. ¡No tenía ni idea de que hubieras sido tú! ¡Qué daño!».
Le pedí perdón por haberle pellizcado tan fuerte y tuve que prometerle que si volvía a intentar una cosa semejante, haría otra cosa que no fuera pellizcarle tan fuerte.
En este episodio la hora coincide con los hechos reales. Alucinación por sugestión, indeterminado, porque se sugirió un deseo y había preconocimiento general del sitio donde estaba R. W. en ese momento.
Coincidencia entre mis notas y los hechos registrados:

- Situación (dentro, no fuera de la casa).
- Número de personas presentes.
- Descripción de las chicas.
- Acciones de las personas presentes.
- Reconocimiento del pellizco.
- Huellas físicas del pellizco.

Posibilidad de preconocimiento inconsciente mediante observación previa de lo anterior:

• Negativo, el preconocimiento apuntaba más a actividades al aire libre en la playa que dentro de la casa.
• Negativo, el preconocimiento apuntaba a un grupo de adultos, ya que R. W había ido a visitar a su hermana y su cuñado.
• Negativo indeterminado, posibilidad de preconocimiento previo de la sobrina y su color de pelo a través de R. W; negativo en cuanto a la amiga de la sobrina, su color de pelo y edad.
• Negativo, no hay preconocimiento de hábitos inexistentes en ese momento del día.
• Negativo, R. W. no tenía preconocimiento de que yo iba a intentar un experimento, puesto que éste en concreto no lo había hecho nunca ni tenía experiencia en pellizcar a R. W. No lo había hecho antes.
• Negativo, imposible que R. W pudiera haber sabido dónde estaban las marcas del pellizco si no hubiera sucedido lo que he contado más arriba.

Hay más pruebas, algunas de las cuales se aportarán en otro lugar de este libro para que sirvan de ilustración a ciertas cuestiones de «la teoría y la práctica». Un par de ellas se han intentado en condiciones de laboratorio. Puede que los incidentes hayan sido sencillos e intrascendentes, pero son tan vitales como cada diminuta pieza de un mosaico. La consecuencia general subsiguiente se me hizo creíble y aceptable sólo al cabo de cientos de pruebas semejantes. Quizás también a usted, lector.

4 EL AQUÍ Y AHORA

En cualquier discusión sobre el Segundo Cuerpo y el Segundo Estado una de las preguntas más comunes es: ¿adónde vas? Al evaluar todos los experimentos quedó claro que había tres entornos de Segundo Estado. El primero de ellos, a falta de otra denominación mejor, lo identifiqué como Escenario I. Aunque sería más apropiado llamarle «Aquí y Ahora».

El Escenario I es el más creíble. Lo componen las personas y lugares que existen verdaderamente en el mundo material y conocido en el mismo momento del experimento. Es el mundo representado para nosotros por nuestros sentidos físicos, el que la mayoría de nosotros estamos seguros de que existe. Las visitas al Escenario I, mientras se está en el Segundo Cuerpo, no deben contener seres, hechos o lugares extraños. Insólitos quizás, pero no extraños ni desconocidos. Si se da este último caso la percepción queda distorsionada.

Por eso los únicos resultados demostrables por métodos estándar de confirmación se han dado moviéndose en el Segundo Cuerpo por el Escenario I. Todos los experimentos del capítulo 3 se hicieron en el Escenario I. De todas formas, tanto estos como otros de la misma categoría son una ínfima minoría con respecto a todos los experimentos registrados.

A primera vista parece muy sencillo. Salir del cuerpo físico y meterse en el Segundo, después ir a visitar a George y entrar en contacto, volver al cuerpo físico y contar la experiencia. Y ya está.

¡Ojalá fuera así de fácil! Sin embargo, los factores en presencia que lo hacen difícil son perfectamente reconocibles. El reconocimiento de un problema

presupone una eventual solución de una u otra forma, y quizás sea también así en este caso.
Tomemos primero los factores de dirección e identificación. Supongamos, por ejemplo, que estando plenamente consciente y en su cuerpo físico alguien puede remontarse por el aire en vez de caminar por el suelo o ir en coche. Descubre esa capacidad y decide ir volando a casa de George para demostrar cómo funciona. Su casa o su laboratorio está en las fueras de una gran ciudad. George vive en la otra punta.
Echa a volar una tarde soleada. Por supuesto, gana altura para evitar los obstáculos (árboles, edificios, etcétera). Como no está muy seguro, no vuela demasiado alto. Quiere poder reconocer hitos que serían difíciles de ver a dos mil metros de altitud. Por lo tanto vuela bajo, a unos treinta metros del suelo. Tiene que decidir por dónde ir. Busca puntos de referencia. En ese momento se da cuenta de que tiene un problema. No tiene una ruta magnética para ir a casa de George y; además, no le serviría de nada tenerla. No tiene brújula. Sin amilanarse, decide atravesar la ciudad tomando como referencia las calles y edificios conocidos. Ha hecho esa ruta en coche muchas veces, de manera que encontrará fácilmente el camino.
Sobrevuela calles y casas y de inmediato se encuentra confuso. Lo conocido se convierte de pronto en desconocido. Mira atrás y tiene dificultades para localizar su propia casa. En seguida comprende la razón. Es un ser terrestre y su punto de vista ha estado siempre a menos de dos metros de altura. Normalmente solemos mirar al frente o hacia abajo. Sólo ocasionalmente miramos hacia arriba, cuando algo atrae nuestra atención. Pero el ángulo de visión de esa mirada hacia arriba tiene poco que ver con mirar desde treinta metros de altura. Cuánto tardaría usted en reconocer su casa si le enseñan una fotografía tomada desde arriba? Eso mismo es aplicable a los entornos, calles, edificios, ciudades y personas conocidas.
Consigue llegar a casa de George, pero le cuesta un buen rato. Puede no identificarla desde una altura de treinta metros porque sólo conoce la fachada y se está acercando por la parte de atrás. No sólo tiene él este problema. Los pilotos de avión, si se distraen un momento, se «pierden» a dos millas del aeropuerto cuando vuelan bajo a plena luz del día. Sólo los instrumentos de navegación pueden proporcionar la orientación instantánea requerida.
Es fácil ver cómo puede arreglarse este problema cuando su amigo George vive en otra ciudad relativamente distante y que nunca ha visitado ni ha visto en fotografía. Está claro que llegaría si pintara una «X» fluorescente en el tejado, con una baliza luminosa de una potencia de diez mil bombillas e indicadores semejantes en calles y carreteras a lo largo de la ruta.
Hagamos ahora el viaje con el Segundo Cuerpo y examinémoslo comparativamente. Se remonta a unos treinta metros de altura, flotando en el aire, esta vez sin cuerpo físico. El día es soleado, pero la «vista» le falla un poco. Todavía no se ha acostumbrado a la técnica de «cómo» tiene que ver. El resultado es cierta distorsión de la visión. Se dirige despacio desde su casa a la de George igual que si estuviera en el cuerpo físico. Un proceso igual de lento en peores condiciones visuales.
Hay un camino mejor y más rápido. Afortunadamente, parece haber sentidos direccionales si se aprende a utilizarlos.
La clave está en el «si...». Como ya se ha dicho, consiste en <<pensar» en la persona que está en el punto de destino; no en el sitio, sino en la persona, y

en utilizar el método prescrito. Se llega en cuestión de momentos. Puede verse pasar el paisaje si se desea, aunque es un poco desconcertante cuando hay que lanzarse de cabeza contra un edificio o un árbol y atravesarlo.
Para evitar este tipo de traumas hay que olvidarse de ver durante el trayecto. Nunca se quita uno de encima el condicionamiento del cuerpo físico de que las cosas son sólidas. Al menos yo no lo he conseguido. Sigo teniendo tendencia a dirigirme a la puerta para salir hasta que vuelvo a darme cuenta de la situación cuando la mano de mi Segundo Cuerpo atraviesa el pestillo. Irritado conmigo mismo, me lanzo entonces a través de la pared en vez de por la puerta para reforzar mi conciencia de las características del Segundo Estado.
Aparte de este oportuno instinto de localización que no se ve afectado por la distancia está el problema de que el sistema de navegación automática es demasiado preciso. Funciona según qué se piensa y en quién se piensa. La más mínima distracción durante un microsegundo provoca una desviación en la ruta. Si a esto se añade que la mente consciente puede estar en conflicto con el superconsciente acerca de cuál debe ser el destino, queda claro por qué han acabado en fracaso tantos experimentos para producir datos probatorios del Escenario I. A veces incluso surge la pregunta de cómo se han podido obtener resultados habiendo tantas dificultades.
Como experimento se puede probar a concentrarse durante un minuto en una única acción, hecho o cosa que «disguste» emocional e intelectualmente (con manifestación expresa del superconsciente) sin intromisión de ningún otro pensamiento ajeno. Se descubrirá que requiere cierta práctica.
He aquí algunos ejemplos tomados de mis apuntes acerca de la desorientación causada por intromisión de un pensamiento:

12/4/63. Media tarde
Temperatura: 4,5 grados centígrados. Poca humedad. Presión atmosférica alta. Utilizada la técnica de cuenta atrás, la sensación de calor surge al llegar al treinta y uno. Disociación fácil, con idea de visitar a un amigo. Utilizado el método del alargamiento, parece un viaje insólitamente largo de tres millas. Después me detuve. Miré a ver dónde me encontraba y vi que estaba sentado al borde del tejado de una casa de dos plantas,

con el patio trasero a mis pies. Había una mujer con una escoba en la mano barriendo el patio. Mientras yo la observaba se volvió para entrar en casa. Cuando estaba a punto de hacerlo algo le hijo levantar la vista directamente hacia mí. Sobresaltada, se escabulló dentro de la casa y cerró de un portazo. Me dio la sensación de que debía irme, avergonzado por haber asustado a la mujer. Utilicé la señal de regreso al movimiento físico y volví con facilidad, entrando en mi cuerpo físico sin dificultad. Tiempo invertido: siete minutos y diez segundos. Comentario: me pregunto qué vería sentado en el alero. Además, ¿por qué este destino? Evidentemente, otro fallo en la concentración.

29/6/60. Entrada la noche
Temperatura: 21 grados centígrados. Humedad media. Presión atmosférica media. Físicamente cansado. El aflujo de sangre se produjo en el punto de resistencia antes de quedar dormido, con idea de visitar al doctor Andrija

Puharich en algún lugar de California. Me moví a ciegas durante un tiempo y después me detuve. Había cuatro personas sentadas a una mesa, tres hombres y un chico de unos once años. Evidentemente, no era el doctor Puharich, a menos que se tratara de una situación insólita. Pregunté dónde estaban, en qué sitio, población y estado. No hubo respuesta a mi pregunta y sentí preocupación y cautelas ante ellos. Repetí la pregunta y el chico se dio la vuelta y, cuando estaba a punto de contestar, uno de los hombres le dio: como se lo digas!». Estaba claro que yo les daba miedo por alguna rajón. Les pedí disculpas por mi nerviosismo y les expliqué que aún era novato en el medio no físico, di media vuelta y me marché; no quería que se sintieran incómodos. Regreso al cuerpo físico sin incidentes. Tiempo invertido, dieciocho minutos. Comentario: falta de contacto con las actividades del doctor Puharich en ese momento, por lo que me cuenta. Otro destino fallido, validación imposible. ¿Por qué da tanto miedo mi presencia?

Esta incapacidad de controlar el destino ha sido y sigue siendo el principal obstáculo para lograr consistencia y repetición en los experimentos. Los resultados de los intentos expuestos se deben a intrusiones semejantes a las descritas, y
muchas de ellas obedecen a las mismas pautas. He aquí un caso que produjo datos probatorios, aunque los participantes ni fueron ni son conscientes de su participación:

27/ 11/62. Mañana
Temperatura: 4,5 grados centígrados. Humedad media. Presión atmosférica por debajo de la media. Físicamente descansado. Utilicé la cuenta atrás para relajarme j la pauta mental centrada en el sexo con respiración oral para crear condiciones. Me despegué para salir del cuerpo, como si quitara la capa exterior física, y acto seguido me sentí libre y flotando por la habitación. Mi idea era ir a ver a Agnew Bahnson. Alcé el vuelo despacio para observar el entorno con el mayor detalle posible. Atravesé despacio la pared del oeste, notando la textura de cada capa de material, entré en otra habitación decorada como un cuarto de estar y luego en una tercera habitación, también cuarto de estar, todas ellas vacías, y entonces gané velocidad. Todo era una mancha negruzca y no veía nada. Finalmente me detuve, concentrado todavía en el señor Bahnson. Estaba en una habitación de tamaño normal, era un dormitorio con tres personas dentro. Había una cama grande a la derecha, con dos adultos acostados en ella. Una niña de cinco o seis años estaba sentada en el suelo junto a la cama, en el lado izquierdo. La niña me miró directamente 5 dijo muy alterada: «¡Sé quién eres!».
Me volví hacia ella con toda la amabilidad posible para no asustarla y le dije: «Ah sí? ¡Bien! ¿Qué soy yo?». No k dio miedo decirme: «¡Eres una proyección astral!». (Podía haber empleado la palabra (fantasma», pero sabía lo que se decía). Le pregunté dónde viva y en qué año estábamos, pero no supo responderme, de manera que me volví a las personas que estaban en la cama. Procuré tener cuidado para que no les diera miedo ni se pusieran más nerviosos de lo que ya estaban. Les pregunté en qué año estábamos, pero no parecieron entenderme (no hay noción de tiempo en el superconsciente?). Me concentré en el hombre y le pregunté cómo se llamaba y dónde vivía. Me contestó nervioso. Como vi que se inquietaba, me aparté y me asomé la

ventana para ver si reconocía dónde estaba. Vi un tejadillo como los que cubren los porches, una calle con muchos árboles y una mediana cubierta de hierba. Había un coche estacionado en el bordillo, un Sedán de color oscuro. Sentí la necesidad de regresar al cuerpo físico y me volví a las tres personas. Les pregunté si querían verme «despegar» y la niña dijo que sí mientras que los dos adultos parecieron aliviados. Utilicé la técnica del alargamiento, atravesé el techo y regresé al cuerpo físico sin problemas. La razón de que me acuerde: garganta seca por la respiración oral. Tiempo invertido, cuarenta y dos minutos. Comentario: he localizado a esta familia por teléfono en la dirección que me dio el hombre. ¿Estaría bien visitarles físicamente bajo cualquier pretexto?

Después de esto puede verse que hacen falta esfuerzos más amplios y organizados para la validación general de las actividades del Segundo Cuerpo en el Escenario I. No basta con un solo sujeto y un grupo de científicos y psiquiatras. Tampoco se puede olvidar que en este estadio de control son inevitables las visitas inesperadas a personas que no se lo esperan. Quizás se avanzara mucho si se pudiera entrevistar a estas personas sobre lo que vieron y sintieron en el momento de la visita. Lo difícil es localizarlas. Obtener datos para identificar el sitio visitado, como en el ejemplo anterior, es la excepción que confirma la regla.

Además, es interesante, siempre que sea posible, determinar los fallos en la observación de las actividades en el Escenario I mientras se está en el Segundo Estado. Salvo en casos raros, la mayoría de los registros «visuales» son en blanco y negro. Sin embargo, los fuertes contrastes de luces y sombras dan lugar a percepciones erróneas. Por ejemplo, una luz intensa sobre los cabellos oscuros de una persona puede hacer que parezcan rubios en vez de oscuros. Por ejemplo, en mis apuntes se ve lo siguiente:

5/5/61

Temperatura: 15,5 grados centígrados. Humedad alta. Presión atmosférica media. Físicamente neutral. Después de cenar, a primera hora de la noche, con la idea de visitar al doctor Puharich utilizando la técnica de respiración bucal para la relajación, llego al estado de vibración tras algunas dificultades mediante la técnica de alargamiento 90 grados. Aplicación de simple elevación mental, concentración mental en el deseo de visitar al doctor Puharich. Tras un breve trayecto me detuve en la habitación. Había una mesa larga y estrecha con varias sillas y estanterías. Había un hombre sentado a la mesa escribiendo en un papel. Se parecía al doctor Puharich, pero tenía el pelo más claro o rubio. Le saludé y me miró y sonrió, después dio que debería dedicar más tiempo a nuestro proyecto, pidiendo disculpas por ser tan descuidado. Le dije que le comprendía, después noté la comezón de regresar al cuerpo físico y k expliqué que tenía que marcharme. Dio que se daba cuenta de mi necesidad de prudencia, yo di media vuelta y retorné rápidamente a mi cuerpo físico. Volví a entrar sin dificultad, con el brazo derecho dormido por haber estado apoyado sobre él, razón suficiente para recordarlo. Comentario: en relación con el doctor Puharich, el escenario era correcto, las acciones también, pero no recuerda mi visita. La luz intensa desde lo alto puede haber causado el reflejo «rubio».

Lo anterior ilustra también el problema de la comunicación. El doctor

Puharich, despierto y consciente de que se estaban haciendo intentos concretos de «visitarle», no tenía recuerdo consciente de semejante visita. Todos los demás factores coinciden exactamente, excepto la «conversación» relatada. Esto ha ocurrido tan a menudo en estos ejemplos que ha dado pie a muchos comentarios. Al principio se sugirió que estas conversaciones eran fantasías mías. Parecía probable que al hacerlo así yo estaba simplemente recordando mi conocimiento de la persona visitada para crear una «auténtica» conversación a nivel inconsciente. Esta teoría sufrió un revés cuando varias conversaciones proporcionaron datos conocidos solamente por el otro interlocutor.
Otra de las dificultades de viajar por el Escenario I reside en el factor tiempo. Lo malo es que los mejores momentos para relajarse profundamente, tan necesarios para crear el Segundo Estado, suceden a altas horas de la noche. Por lo tanto, es bastante natural aprovecharlos en la medida de lo posible.

Hace falta menos esfuerzo y la separación es mucho más rápida. Sin embargo, las condiciones fisiológicas y psicológicas que contribuyen a inducir este estado son impredecibles y, además, no se las conoce del todo. Este inconveniente ha hecho que muchos experimentos en busca de datos probatorios hayan acabado en fracaso. La persona visitada no realizaba otro acto reseñable más que dormir profundamente en la cama. Esto no constituía ninguna prueba. Todo el mundo realiza este «acto» por las noches.
Del mismo modo, los intentos de validación durante el día también presentan complicaciones. Al no haber fijado la hora o el momento del contacto, todo el mundo está inmerso en sus quehaceres habituales. Por lo tanto, cuando se efectuaban las «visitas» no se les encuentra necesariamente efectuando algún acto singular o en un estado insólito. El resultado era que, cuando se pedía confirmación, los actos cotidianos normalmente intrascendentes observados durante estas visitas no eran a menudo más que vagos recuerdos en la persona contactada. Tenemos mucha tendencia a olvidar los detalles de los actos rutinarios de la vida. Cualquiera puede comprobarlo. Basta con tratar de recordar, por ejemplo, lo que estaba haciendo ayer a las tres y veinte de la tarde. Si era una tarea rutinaria, recordará, como mucho, haberla llevado a cabo, pero nada más. Los detalles se le escaparán.
Sin embargo, los experimentos de visitas en el Escenario I son extraordinariamente importantes, quizás más que cualquier otra cosa que pueda intentarse por ahora. Solamente pueden obtenerse suficientes datos probatorios del Segundo Cuerpo y el Segundo Estado a través de este tipo de visitas en el Escenario I. Suficientes en el sentido de incitar a estudios serios llevados a cabo por autoridades científicas de nuestro tiempo. Sólo a través de este tipo de múltiples estudios monográficos puede producirse un cambio revolucionario en relación con el Segundo Cuerpo, aplicable además al conocimiento del ser humano. De lo contrario, y en el mejor de los casos, seguirá siendo un enigma sin resolver o, en el peor, una fantasía ridícula e inaceptable para filósofos y científicos. Por esta
razón el tema recurrente en los informes de los experimentos es obtener datos probatorios.
He aquí otro experimento posterior en el Escenario I lle
vado a cabo en el laboratorio de EEG del hospital de una importante universidad.

Experimento #EEG5 19/7/66
Llegada al laboratorio de EEG del hospital a las nueve de la noche, después de un viaje en coche de sesenta millas desde Richmond. Ninguna sensación particular de fatiga. Tuve sueño antes, a eso de la
una de la tarde, pero no me dormí. Día activo desde las seis y media de la mañana.
A eso de las nueve y media, la técnico, la única persona presente cuando llegué, ya me había puesto todos los electrodos la técnico. Me eché en una cama plegable en una habitación en penumbra, con una almohada y una sábana, sin camisa pero con los pantalones puestos. Tuve la dificultad habitual para apoyar cómodamente la cabeza, en especial la ore* contra la almohada. Duermo de costado, no importa cuál, ambos me resultaban igual de incómodos por los electrodos aplicados a las orejas. Cuando me pareció haberlo logrado, traté en vano de relajarme de modo natural. Hasta que utilicé el método de relajación fraccional (contando a partir del uno y asociando cada número con una parte del cuerpo empezando por los pies, mirando con los ojos cerrados en dirección a esa parte de/cue/pa mientras pensaba en el número y en la orden mental de relajarme). Se me «fue» varias veces la cabeza, como es habitual, y me e .forcé en concentrar la atención en la técnica de relajación. Efectué toda la secuencia sin lograr una relajación completa, de manera que volví a empezar por el principio. Al
cabo de tres cuartos de hora sin conseguir relajarme decidí tomarme un descanso, me incorporé a medias y llamé a la técnico.
Así sentado, me fumé un cigarrillo, estuve charlando con la técnico entre cinco y ocho minutos y luego decidí volver a intentarlo. Después de dedicar algún tiempo a intentar mitigar la incomodidad de los electrodos,
me concentré en la oreja para «dejarla insensible», con éxito parcial. Después volví a utilizar la técnica de relajación fraccional. A mitad del proceso esta segunda vez apareció la sensación de calor mientras estaba (o eso me pareció) plenamente consciente. Decidí intentar el método «media vuelta» (es decir, empecé despacio a dar media vuelta, como se hace con el cuerpo físico estando en la cama). Empecé a notar como si estuviera dando la vuelta y al principio creí que lo que estaba moviendo era el cuerpo físico. Noté que me había salido del borde de la cama plegable y eché el brazo al suelo para evitar caerme. Como no llegué a tocarlo, inmediatamente supe que me había separado. Me aparté del cuerpo físico, atravesé una zona oscura y después me encontré con dos hombres y una mujer. La «visión» no era muy buena, pero mejoró al acercarme. La mujer, alta, de cabellos oscuros, de unos cuarenta años, estaba sentada en un sofá. A su derecha estaba sentado un hombre. Frente a ella, un poco hacia la derecha, estaba el segundo hombre. Mantenían una conversación que no alcancé a oír. Todos me resultaban extraños. Traté en vano de llamar su atención. Hasta que alargué el brazo _y pellizqué (con mucha suavidad) a la mujer en el costado izquierdo, por debajo de las costillas. Pareció reaccionar, pero no dio nada. Decidí regresar al cuerpo físico para orientarme y volver a empezar.
El regreso al cuerpo físico fue fácil, bastó pensar en ello. Abrí los ojos físicos, todo estaba bien, tragué saliva para humedecer la garganta reseca, cerré los ojos, dejé que surgiera la sensación de calor y después utilicé la misma técnica de la media vuelta. Esta vez me quedé flotando a ras de suelo,

al lado de la cama plegable. Caí despacio y pude notar cómo atravesaba los cables del EEG mientras descendía. Toqué el suelo con suavidad j después pude «ver» la luz procedente de la puerta abierta de las otras salas del EEG.
Procurando no salirme de allí, me metí debajo de la cama plegable, manteniendo un leve contacto con el suelo y flotando en posición horizontal, tocando el suelo con la yema de los dedos para mantener la posición.
Atravesé despacio la puerta. Busqué a la técnico, pero no di con ella. No estaba en la sala de la derecha (sala de la consola de control)), salí a la sala de fuera, intensamente iluminada. Miré en todas direcciones y de pronto la vi allí. Aunque no estaba sola, había un hombre con ella, de pie, a su izquierda.
Procuré llamar su atención y fui recompensado casi al instante por una explosión de júbilo y felicidad por haber conseguido al fin el objetivo que estábamos buscando. Ella estaba sinceramente entusiasmada y me abrazó llena de alegría y entusiasmo. Yo le correspondí y surgió una leve connotación sexual que no me costó pasar por alto. Acto seguido, retrocedí y le puse con suavidad las manos en la cara, una en cada mejilla, y le di las gracias por su ayuda. Sin embargo, no hubo otra comunicación inteligente objetiva y directa con ella más que la reseñada. Ninguno de los dos lo intentamos porque yo estaba demasiado excitado por haber conseguido al fin la separación sin salir de allí.
Entonces me volví al hombre, que era más o menos de su misma estatura, con el pelo rifado y un mechón sobre la frente. Traté de llamar su atención, pero no lo logré. Decidí otra ved, aunque de mala gana, darle a ella un suave pellico y se lo di. No advertí respuesta alguna por su parte. Al notar que algo me llamaba para regresar a mi cuerpo físico di media vuelta, salí por la puerta y me deslicé sin problemas dentro de él. Radón de la incomodidad: garganta reseca y oreja dolorida.
Tras verificar que la integración era completa, que notaba «normales» todas las partes del cuerpo, abrí los ojos, me incorporé y llamé a la técnico. Entró y le die que al fin lo había logrado y que le había visto con un hombre. Me contestó que era su marido. Le pregunté si estaba fuera y me contestó que sí, que había venido a estar con ella esas últimas horas. Le pregunté por qué no le había visto antes y me contestó que era política» del hospital que las personas ajenas al mismo no vieran ni a los sujetos de los experimentos ni a los pacientes. Le expresé mi deseo de conocerle y ella accedió.
La técnico me quitó los electrodos, salí con ella y conocí a su marido. Era de la misma estatura que ella, con el pelo rifado y, tras intercambiar las cortesías de rigor, me marché. No pregunté a ninguno de los dos si habían visto, notado o sentido algo. Sin embargo, tuve la impresión de que él fue el hombre al que había observado con ella durante mi actividad no física. Mi segunda impresión era que ella no estaba en la sala de control cuando les visité, sino en otra sala, de pie, con él. Esto puede ser dificil de determinar, si hay una norma estricta con respecto a que la técnico debe estar siempre en la consola. Si se le puede convencer de que en

este caso es más importante la verdad, quizás pueda validarse este segundo aspecto. La única prueba, aparte de lo que hubiera aparecido en el EEG, es la presencia de su marido, a quien yo no conocía antes del experimento. Este último hecho puede ser verificado por la técnico.
Secuela reseñable: en un informe dirigido al doctor Tart la técnico

confirmó que estaba en la sala exterior con su marido cuando se produjo la mencionada «separación». También confirmó que yo no sabía que él estuviera presente y que no le conocía. El doctor Tart declara que el EEG manifiesta movimientos insólitos y únicos durante el tiempo de actividad.

5 INFINITO, ETERNIDAD

La mejor presentación del Escenario II es sugerir una sala con un rótulo en el dintel de la puerta: «Por favor, revise aquí todos los conceptos físicos». Si acostumbrarse a la idea de un Segundo Estado es una experiencia incómoda, el Escenario II puede ser difícil de aceptar. Seguro que produce efectos emocionales en la medida en que modifica seriamente lo que hemos aceptado como realidad. Es más, muchas de nuestras doctrinas religiosas e interpretaciones subsiguientes quedan abiertamente en cuestión.

Baste decir que sólo una pequeña parte de las visitas al Escenario II a través del Segundo Cuerpo ha proporcionado datos probatorios, pues se trata de visitas que no permiten demostraciones fáciles. Por lo tanto, buena parte del material del Escenario II es una cautelosa extrapolación. Sin embargo, centenares de experimentos en esta área particular han arrojado resultados concluyentes. Si A más B es igual a C sesenta y tres veces, hay un alto grado de probabilidad de que A más B sea igual a C sesenta y cuatro veces.

Postulado: el Escenario II es un medio no material con leyes de movimiento y materia relacionadas sólo remotamente con las del mundo físico. Es una inmensidad con unos limites desconocidos (para este experimentador) y una profundidad y dimensión incomprensibles para la mente finita y consciente. En esta inmensidad están todos los aspectos que atribuimos al cielo y al infierno (ver capítulo 8), que no son sino parte del Escenario II. Está habitado, si puede decirse así, por entidades con diversos grados de inteligencia con los cuales es posible la comunicación.

Según se expondrá en los análisis de percentiles en un capítulo posterior, en el Escenario II se ven alterados los fundamentos. El tiempo no existe, según los estándares del mundo físico. Hay una secuencia de acontecimientos, un pasado y un futuro, pero no separación cíclica. Ambos continúan existiendo colindantes con el «ahora». Son inútiles las medidas, desde los microsegundos a los milenios. Otras medidas pueden representar estos factores en cálculos abstractos, pero esto no es seguro. Las leyes de la conservación de la energía, la teoría de los campos de fuerzas, la mecánica ondulatoria, la gravedad, la estructura de la materia, todo esto ha de ser demostrado por los más versados en cada uno de estos campos.

Parece haber una ley primordial que reemplaza a todas las mencionadas. El Escenario II es un estado del ser donde lo que denominamos pensamiento es la fuente de la existencia. Es la fuerza creadora vital que produce la energía, ensambla la «materia» con la forma y proporciona los canales de percepción y comunicación. Sospecho que el propio ser o el alma en el Escenario II no es más que un vórtice o bucle organizado según esta ley primordial. Se es lo que se piensa.

En este medio no hay suplementos mecánicos. No hacen falta coches, barcos, aviones ni cohetes como medios de transporte. Se piensa el movimiento y ya es un hecho. El teléfono, la radio, la televisión y otros medios

de comunicación no sirven para nada. La comunicación es instantánea. No se ven tierras de labor, huertas, ranchos de ganado, industrias alimenticias ni tiendas. En ninguna de las visitas experimentales se hizo alusión a la necesidad de energía procedente de la alimentación. No se sabe cómo se repone la energía, en caso de que se consuma.

El «mero» pensamiento es la fuerza que cubre cualquier necesidad o deseo, lo que se piensa es la matriz de la acción, situación y posición en esta realidad más amplia. Este es esencialmente el mensaje que la religión y la filosofía han estado tratando de inculcar a través de los siglos, si bien menos claro y, a menudo, distorsionado. Una de las facetas de este medio de pensamiento resulta muy reveladora al respecto: las Preferencias atraen a las Preferencias. No sabía que hubiera una norma que rigiera de un modo tan particular. Para mí no había sido más que una abstracción. Pero al proyectarla hacia fuera se empieza a apreciar la infinita variedad que hay en el Escenario II. El destino parece estar integrado por completo dentro del marco de las más íntimas y constantes motivaciones, emociones y deseos de cada uno. Se puede no ser consciente de querer «ir» a un determinado sitio, pero no hay alternativa. La Supermente es más fuerte y normalmente toma las decisiones por uno mismo. Las Preferencias atraen a las Preferencias.
El aspecto interesante de este mundo (o mundos) pensado del Escenario II es que se percibe efectivamente tanto la materia sólida como los objetos comunes del mundo físico. Estos últimos adquieren carta de naturaleza por tres vías. Primera, los productos del pensamiento de quienes han vivido en el mundo físico y siguen conservando sus pautas. Esto se consigue casi de manera automática, sin proponérselo deliberadamente. Segunda, quienes gustaban de ciertas cosas en el mundo físico y las recrean para embellecer el entorno en el Escenario II. Tercera, supongo que es una clase superior de seres inteligentes más conscientes del entorno del Escenario II que la mayoría de sus moradores. Su objetivo parece ser el de la simulación del medio físico (al menos temporalmente) en atención a quienes emergen del mundo físico después de la «muerte». Esto se hace para amortiguar el trauma y el impacto sobre los «recién llegados» presentándoles formas y entornos familiares en las primeras fases de su transformación.

A estas alturas ya se puede empezar a entender la relación del Segundo Cuerpo con el Escenario II. El Escenario II es el medio natural del Segundo Cuerpo. Sus principios de acción, composición, percepción y control se corresponden todos con los del Escenario II. Ésta es la razón de que la mayoría de mis intentos de viajes experimentales me llevaran involuntariamente a algún punto del Escenario II. El Segundo Cuerpo no pertenece al mundo físico. Aplicarlo a las visitas a la casa de George y a otros destinos físicos es como pedir a un buzo que descienda al fondo del mar sin escafandra ni equipo apropiado. Puede hacerlo, aunque no por mucho tiempo ni demasiadas veces. Por otra parte, puede caminar una milla para ir a comprar a diario sin efectos perjudiciales. Por lo tanto, viajar a puntos del mundo físico es un proceso «forzado» en el estado del Segundo Cuerpo. Mediante la más leve relajación mental la Supermente guía al Segundo Cuerpo en el Escenario II. Es lo «natural».
Nuestro concepto tradicional de espacio queda en entredicho cuando se

aplica al Escenario II. Parece interpenetrar nuestro mundo físico, aunque su ilimitada extensión escapa a nuestra comprensión. A lo largo de los siglos se han formulado muchas teorías sobre «dónde» está, si bien pocas son las que encajan con la mente científica moderna.
Todas las visitas experimentales a esta área han servido de poco para formular una teoría más aceptable. Lo más aceptable es el concepto de la vibración ondulatoria, que supone la existencia de una infinidad de mundos operando en frecuencias diferentes, siendo este mundo físico una de ellas. Pudiera ser que el mundo o mundos del Escenario II se halle entremezclado con nuestro mundo físico material del mismo modo que las diversas frecuencias de onda del espectro electromagnético pueden ocupar simultáneamente el espacio con un mínimo de interacción entre sí. Salvo en raras o insólitas condiciones, nuestros sentidos «naturales» y nuestros instrumentos, que son una extensión de ellos, resultan completamente

incapaces de percibir y dar cuenta de esas posibilidades. La respuesta a la pregunta: «Dónde?» es evidente a partir de esta premisa. «Dónde» es «aquí».
La historia de las ciencias humanas avala dicha premisa. No teníamos ni idea de que existieran sonidos que no capta el oído humano hasta que fabricamos los instrumentos para detectarlos, medirlos y crearlos. Hasta hace relativamente poco tiempo, quienes sostenían que podían oír cosas que otros no podían eran considerados dementes o perseguidos por brujería. Hasta el siglo pasado sólo podíamos percibir el espectro electromagnético en términos de luz y calor. Seguimos sin conocer la capacidad del cerebro humano, un órgano electroquímico, en términos de transmisión y recepción de la radiación electromagnética. A la luz de estas lagunas se comprende fácilmente por qué la ciencia moderna no ha empezado a considerar la capacidad de la mente humana para penetrar en un área donde no se ha elaborado ninguna teoría seria.
Hay tanto que contar sobre el Escenario II que sería demasiado farragoso extraer citas directas de centenares de páginas de apuntes tomados. Las visitas cercanas y lejanas en el Escenario II ocupan la mayoría del texto de los capítulos subsiguientes. Es el resumen de experiencias fundamentadas que pueden llamar la atención sobre este fenómeno y plantear las cuestiones que exigen respuesta. Por cada cosa que se conoce puede haber un millón de cosas desconocidas, pero al menos hay un punto de partida.
En el Escenario II la realidad se compone de los deseos más profundos y los miedos más angustiosos. El pensamiento es acción, y ninguna coraza protectora de condicionamientos o inhibiciones esconde a los ojos de los demás la propia intimidad; la honestidad es la mejor politica porque es lo mínimo.
Efectivamente, la existencia es indiferente según los estándares expuestos. Es esta diferencia la que crea los grandes problemas de adaptación incluso cuando se intenta efectuar una
visita allí estando en el Segundo Cuerpo. La emoción pura, tan cuidadosamente reprimida en nuestra civilización física, se libera en toda su potencia. Decir que al principio resulta abrumador es quedarse corto. Se trata de un estado que sería tilda
do de psicótico.

Mis primeras visitas al Escenario II sacaron a flote todas las pautas emocionales reprimidas que yo había considerado remotamente tener y otras muchas que no sabía que existieran. Llegaron a dominar tantos mis actos que me quedé anonadado tanto por su enormidad como por mi incapacidad para controlarla. El tema dominante era el miedo, miedo a lo desconocido, a seres extraños (no físicos), a la «muerte», a Dios, a saltarse las normas, a descubrir, al dolor, por citar sólo unos cuantos. Estos miedos eran más fuertes que el impulso sexual a la unión que, según queda dicho, era en sí mismo un tremendo obstáculo.
Hubo que someter uno por uno, dolorosa y trabajosamente, las pautas emocionales que estallaron incontrolables. No fue posible ningún pensamiento racional hasta haberlo logrado. Emprendió el regreso sin mucha consistencia. Más bien como un lento aprendizaje desde la locura al pausado razonamiento objetivo. Un niño aprende a «civilizarse» a través del paso de la infancia a la etapa adulta. Sospecho que ocurre lo mismo en la adaptación al Escenario II. Si no durante la vida física, es lo primero que sobreviene después de la muerte.
Esto conlleva que las áreas del Escenario II más «próximas» al mundo físico están pobladas en su mayor parte por seres dementes, o casi, y que conservan las emociones. Esto parece ser cierto casi siempre. Entre ellos se cuentan los que están vivos y a la vez dormidos o drogados y «en» su Segundo Cuerpo, y muy probablemente los que están «muertos» aun cuando conservan las emociones.
Lógicamente, esta área próxima no es un lugar agradable para estar. Es un nivel o un plano al que se «pertenece» hasta que se aprende más. No sé lo que les ocurre a quienes no

aprenden. Quizás permanezcan alli para siempre. En el momento de la disociación del mundo físico a través del Segundo Cuerpo ya se está en las inmediaciones de esta zona próxima del Escenario II. Es aquí donde se encuentran toda clase de personalidades incoherentes y seres animados. Si existe algún mecanismo protector para el neófito, yo no lo vi. Sólo a través de una cautelosa y a veces terrible experimentación fui capaz de aprender las artimañas para atravesar esta zona. El caso es que he tenido la suerte de no encontrar problemas en este sentido durante varios años.
Además de los torturadores y los diversos conflictos que se recogerán en los próximos testimonios, la motivación principal de estos casi habitantes es la liberación sexual en todas sus formas. Si se considera como producto de las últimas civilizaciones (incluidos los «vivos pero dormidos» y los «muertos») es fácil de comprender la necesidad de liberación de la represión de esta necesidad básica. La clave está en que todos los que viven en esta zona próxima intentan la sexualidad en los términos del cuerpo físico. No hay reconocimiento ni conocimiento del impulso sexual tal como se manifiesta en zonas más distantes del Escenario II. Con los condicionamientos derivados de nuestra propia sociedad era en ocasiones difícil evitar participar, pues la respuesta era automática. Afortunadamente, es posible aprender a controlar este factor.
Las preferencias atraen a las preferencias.
Hasta la fecha no he observado en ningún experimento el proceso de la muerte. Sin embargo, es más que una conjetura el hecho de que la existencia

en el Escenario II siga a la actividad vital en el mundo fisico. Experiencias parecidas a las siguientes, de sólido contenido a lo largo de los últimos doce años, tal vez puedan ser explicadas a partir de algún otro concepto. Pero ningún otro parece más satisfactorio por ahora.
En cierta ocasión experimenté una acuciante necesidad de ir a «alguna parte» nada más abandonar el cuerpo fisico. Cediendo a ese apremio efectué un breve trayecto y de pronto

me detuve en un dormitorio. Había un chico solo acostado en la cama. Tendría unos diez u once años, y le funcionaba más que la «vista», la consabida percepción de la identidad interior. El chico estaba solo y lleno de miedo; parecía enfermo. Me quedé un rato con él, intentando consolarle, y cuando se tranquilizó me marché, no sin prometerle que volvería. El viaje de vuelta al mundo físico transcurrió sin incidentes y no tenía ni idea de dónde había estado.
Varias semanas después dejé el mundo físico; estaba a punto de concentrarme en un determinado destino cuando
apareció ante mi vista el mismo chico. Me vio y se me acercó. Yo estaba perplejo, pero no asustado.
Alzó la vista y me preguntó: «tY ahora qué hago?».
Como no se me ocurrió ninguna respuesta inmediata le eché el brazo por el hombro y le di un abrazo consolador. Y
pensé: ¿quién soy yo para darle instrucciones u orientaciones
en lo que parece un momento vital? El chico se tranquilizó con mi presencia y se relajó.
<y Adónde voy?», preguntó como si tal cosa.
Contesté lo único que en ese momento me pareció lógico. Le dije que esperara donde estaba, que dentro de poco llegarían unos amigos suyos y que le llevarían adonde debía ir.
Esto pareció contentarle y yo prolongué un poco más el abrazo. Entonces me puso nervioso una señal del cuerpo físico, le di una palmada en el hombro y me marché. Al regresar al mundo físico tenía el cuello rígido por una mala postura. Lo puse bien y logré volver a entrar en el cuerpo físico para ir en busca del chico. Había desaparecido, al menos no pude dar con él.
Una anécdota interesante. Al día siguiente el periódico publicó la noticia de la muerte de un chico de diez años tras una
larga enfermedad. Había muerto por la tarde, poco después de que yo iniciara mi experimento. Me esforcé en hallar alguna
excusa aceptable para acercarme a sus padres y verificar los datos y tal vez aliviar su dolor, pero no se me ocurrió ninguna.
96

Sólo se pasa a los innumerables y evidentemente organizados núcleos de actividad del Escenario II cuando se ha superado la fase de «emoción pura». Es imposible transmitir a nadie la «realidad» de esta eternidad no física. Como ya han dicho muchas personas a lo largo de los siglos, hay que experimentarla.
Lo más importante es que los habitantes de la mayoria de los lugares visitados «siguen» siendo humanos. Diferentes, en un medio distinto, pero aún con atributos humanos reconocibles.

En una de las visitas acabé en una especie de parque con cuidados arriates de flores, árboles y césped, más bien una gran avenida con senderos en todas direcciones. En los senderos había bancos y cientos de hombres y mujeres paseando o sentados en los bancos. Unos muy tranquilos, otros algo azarados y muchos con una mirada perpleja de desorientación. Se les veía inseguros, sin saber qué hacer ni qué iba a
pasar.
No sé por qué, pero me di cuenta de que éste era un punto de reunión donde los recién llegados aguardaban a sus amigos o parientes. Sus amigos se llevaban a los recién llegados desde este Punto de Reunión al sitio adecuado donde «debían» estar. No tenía ningún motivo para permanecer allí (no reconocí a nadie) y regresé al cuerpo físico sin incidentes dignos de contar.
Otra vez sali deliberadamente de exploración con la esperanza de regresar con alguna respuesta. Después de disociarme en el Segundo Cuerpo empecé a moverme rápidamente mientras me concentraba en el pensamiento de que deseaba ir adonde hubiera inteligencias superiores. Seguí concentrándome v aceleré a través de un vacío que se me antojó interminable. Hasta que me detuve. Estaba en un valle estrecho que por lo demás parecía absolutamente normal. Había hombres y mujeres con túnicas de color oscuro hasta los tobillos. Esta vez se me ocurrió adoptar otra actitud. Me acerqué a varias de las mujeres y les pregunté si sabían quién era yo. Fueron todas muy correctas y me trataron con gran respeto, pero sus
respuestas fueron negativas. Di media vuelta e hice la misma pregunta a un hombre con hábito de fraile que me resultaba extrañamente familiar.
«Sí, te conozco», respondió el hombre con una disposición muy comprensiva y amistosa.
Le pregunté si era verdad que sabía quién era yo. Me miró como si hubiera encontrado a un viejo y querido amigo que ahora padeciera amnesia.
«Ahora verás», pronunció esbozando una sonrisa.
Le pregunté si sabía qué era lo último que yo había sido. Quería hacerle decir cómo me llamaba.
«Has sido fraile en Coshocton, Pensilvania», respondió. Empecé a sentirme incómodo, me disculpé y me marché para regresar al cuerpo físico.
Hace poco un cura católico se tomó la molestia de investigar la posibilidad de haber sido fraile con anterioridad. Para sorpresa mía y alegría suya hay un oscuro monasterio cerca de Coshocton. Se ha ofrecido para llevarme a visitarlo, pero no ha habido tiempo. Tal vez en otro momento...
Podría contar muchas más experiencias de este tipo sin llegar a describir del todo la amplitud y dimensiones del Escenario II. Ha habido visitas a un grupo que parecía ir de uniforme. Llevaban un equipamiento muy técnico y se llamaban a sí mismos «Ejército de objetivos» (interpretación mental de lo que dijeron). Eran cientos, todos ellos en espera de que se les «asignaran» misiones. No quedó claro su cometido.
Otra visita me llevó a una ciudad bien organizada donde mi presencia fue inmediatamente considerada hostil. Tuve que escapar (corriendo, ocultándome y finalmente remontándome) para evitar que me «capturaran». No sé qué amenaza representaba para ellos.
La aparición de actos muy agresivos volvió a confirmarme con claridad que el Escenario II no es precisamente un lugar plácido y sin conflictos. En otro viaje me abordó un hombre vestido con normalidad. Receloso, esperé a ver lo que

hacía.

«Conoce o recuerda a Arrosio Le Franco?», preguntó a
bocajarro.
Le respondí que no, todavía cauteloso.
«Estoy seguro de que lo recordará si lo piensa», dijo el
hombre con firmeza.
En su actitud había una sutil exigencia que me hizo sentir
me incómodo. Le contesté que estaba seguro de no recordar
a nadie que se llamara así.
«Conoce a alguien de alli? », me preguntó.
Acababa de decir que no cuando de repente me quedé cojo y el hombre me agarró. Me tomó de un brazo y noté que alguien más me tomaba del otro. Ambos comenzaron a arrastrarme en dirección a lo que parecían ser tres grandes focos de luz. Forcejeé y finalmente, cuando me acordé de utilizar la señal «volver al mundo físico», logré soltarme. Me alejé y al poco rato estaba de vuelta en mi despacho y dentro de mi cuerpo físico. Era evidente que me habían confundido con otra persona.
Hubo otro viaje más con atributos «humanos». Había llegado a un sitio anodino, gris, y estaba pensando qué hacer
cuando se me acercó una mujer.
«Pertenezco a la Iglesia y estoy aquí para ayudarte», dijo
tranquilamente.
Se acercó más y noté de inmediato la sexualidad femenina,
pero retrocedí, porque no creí que la Iglesia ofreciera este tipo
de ayuda. Me equivoqué.
Poco después le di las gracias, me volví y vi a un hombre
cerca de mí, mirándome.
Habló con voz fuerte, llena de sarcasmo. «Bueno, ¿ya estás
preparado para aprender los secretos del universo?». Oculté mi azoramiento preguntándole quién era.
«¡Albert Mather!». Casi lo gritó. También me dio la impresión de que me estaba llamando a mí por ese nombre. «Espero que sí», continuó con una voz que mostraba un
enfado creciente, «porque nadie se tomó la molestia de decírmelo cuando volví allá».
El resto no lo oí. Fue como si hubiera alguna interferencia. Me alejé sin estar seguro de cómo se resolvería su cólera y regresé al cuerpo físico sin incidentes. Cuando lo comprobé, no encontré ningún dato histórico significativo de ningún Albert Mather (a larga), que parece no tener relación alguna con el ministro Cotton Mather del siglo xvüi.
Otras experiencias en el Escenario II fueron más amables, según se ha dicho. En la mayoría de los casos no se observa ninguna pauta relativa a qué me atraía a las situaciones extrañas. Quizás acabe saliendo a la luz.
Hay que mencionar otras dos situaciones reiteradas e insólitas relativas a esta área. El movimiento del viaje, normalmente rápido y fluido, se ha visto interrumpido varias veces por una violenta ráfaga huracanada en el espacio en el que me movía. Es como si una fuerza incontrolada te arrastrara y te llevará de acá para allá, de una punta a la otra, igual que una hoja en medio del vendaval. Es imposible avanzar contra ese viento ni hacer otra cosa más

que dejarse llevar. Hasta que te deja al borde del torbellino y lo abandonas sano y salvo. No hay nada que lo identifique, pero parece algo natural y no creado artificialmente.
La segunda situación es la señal en el cielo. La he observado en cinco o seis ocasiones cuando iba escoltado por los «ayudantes». Se trata de una increíble serie de toscos símbolos dispuestos en forma de arco justo enfrente de una de las partes del Escenario II. Al moverse por esta zona todo el mundo tiene que rodear esta barrera, ya que es sólida, inamovible e inmutable.
Los símbolos, por lo que alcancé a «ver», eran toscas representaciones esquemáticas de un hombre, una mujer anciana, una casa y lo que parecían ser ecuaciones algebraicas. Fue un «Ayudante» el que me contó la historia de la señal. Lo hizo con cierto humor, casi pidiendo disculpas.
Al parecer, hace un tiempo prácticamente inconmensurable una mujer muy rica (no se sabe según qué criterios) y poderosa quiso asegurarse de que su hijo iría al cielo. Una iglesia se ofreció a garantizárselo, siempre que ella pagara una cantidad tremenda de dinero a dicha iglesia (sic). La mujer pagó a la iglesia, pero su hijo no entró en el cielo. Furiosa y deseosa de venganza, empleó toda la riqueza y poder que le quedaban para poner la señal en el firmamento de los cielos de manera que, durante toda la eternidad, quienes la vieran supieran qué mentirosa y ladrona era esa iglesia en concreto.
Fue un trabajo bien hecho. Los nombres de la mujer, su hijo y la iglesia se han perdido en la noche de los tiempos. Pero se conserva la señal, invulnerable ante los esfuerzos de los científicos por quitarla o destruirla. La causa de las disculpas y el relativo azoramiento de mi relator no reside en la perfidia de alguna oscura secta, sino en que nadie es capaz de eliminar la señal. En consecuencia, todos los estudios científicos de esta parte del Escenario II deben incluirla necesariamente. Sería más o menos lo mismo que si alguien creara un elemento intermedio entre el cobalto y el cobre. Quien estudiara química tendría que incluir este «extraño» elemento. O, si se creara una inmensa luna artificial y nuestros científicos no fueran capaces de eliminarla, los estudiantes de astronomía la incluirían en su programa de estudios como un hecho más.
Esa es la historia tal como me la contaron.
La mayor dificultad es la incapacidad de la mente consciente, educada y condicionada por el mundo físico a la hora de aceptar la existencia de este infinito Escenario II. Nuestras jóvenes ciencias mentales occidentales suelen negar su existencia. Nuestras religiones la afirman en vagos términos abstractos y distorsionados. Las ciencias reconocidas no reconocen esa posibilidad ni pueden demostrarla valiéndose de sus instrumentos de investigación y medición.
Pero sobre todo está la Barrera. Nadie sabe a ciencia cierta por qué existe, al menos en el mundo occidental. Es el mismo telón que, cuando despertamos, borra el último sueño o el recuerdo de la visita al Escenario II. Esto no significa que
todos los sueños sean producto de visitas al Escenario II. Aunque algunos bien podrían ser traducciones de experiencias en el Escenario II.
Esa traducción (simbolización de la experiencia en el Escenario II) no forma necesariamente parte de la Barrera. Al contrario, parece ser el esfuerzo de la mente consciente por interpretar acontecimientos supraconscientes en el Escenario II que rebasan su capacidad de comprensión y representación. La

observación mediante el Segundo Cuerpo a través del Escenario I (Aquí y Ahora) demostró que las funciones y acciones más comunes estaban expuestas a malentendidos, sobre todo cuando se observaban fuera de contexto. El Escenario II, un medio totalmente desconocido para la mente consciente, ofrece mucho más margen para los errores de interpretación. Como cabe suponer, sospecho que la mayoría, si no todos los seres humanos, visitamos en algún momento el Escenario II mientras dormimos. No sé por qué son necesarias estas visitas. Quizás algún día, algún año, nuestras ciencias de la vida lleguen a saberlo, y entonces dará comienzo una nueva era para la humanidad. Nacerá toda una nueva ciencia basada en los datos del Escenario II y en nuestras relaciones con este mundo maravilloso. Algún día. Si es que la humanidad puede esperar tanto tiempo.

6 IMAGEN INVERTIDA

Paradójicamente, los científicos de hoy en día pueden concebir mucho más fácilmente la zona aquí denominada Escenario III que el Escenario II. Porque cuadra con los últimos descubrimientos en física, pequeñas pruebas obtenidas en sus experimentos con el bombardeo de la materia, los aceleradores de partículas, los ciclotrones, etcétera.
La mejor forma de conocer el Escenario III es tomar directamente de mis notas los experimentos que llevan a él.

5/11/58. Tarde
Las vibraciones llegaron fácil y rápidamente y no resultaron nada incómodas. Cuando aumentaron intenté salir del cuerpo físico, pero no lo conseguí. Seguía en el mismo sitio por muchos pensamientos o combinaciones que idease. Entonces me acordé del truco de darme la vuelta como cuando estoy en la cama. Empecé a dar media vuelta y me di cuenta de que mi cuerpo físico no estaba dándola. Me moví despacio, hasta que llegué a encontrarme boca abajo, en la posición contraria a mi cuerpo físico. En cuanto giré 180 grados (polaridad por equivalencia o desfase?) hubo un agujero. Es el único modo de describirlo. Para mis sentidos parecía un agujero en una pared de más de medio metro de grosor, que se extendía interminablemente en todas direcciones (en el plano vertical).
El contorno del agujero coincidía exactamente con la forma de mi cuerpo físico. Toqué la pared y la noté tersa y dura. Los bordes del agujero eran relativamente ásperos. (Todo este contacto lo hice con las manos no físicas). Al otro lado del agujero estaba todo oscuro. No era la oscuridad de una habitación a oscuras, sino la sensación de una distancia y un espacio infinitos, como si estuviera mirando a la lejanía por la ventana. Me dio la sensación de que si mi vista estuviera bien probablemente podría ver las estrellas y los planetas cercanos. Por lo tanto, tenía la impresión de un espacio exterior inmenso, más allá del sistema solar, a una distancia increíble. Atravesé con cautela el agujero, apoyándome en los bordes, y asomé la cabeza con cuidado. Nada. Nada más que oscuridad. Nadie, nada material. Retrocedí a toda prisa ante visión tan extraña. Volví a girar 180 grados, noté que regresaba al cuerpo físico y me incorporé. Estaba a plena luz del día, igual que cuando me había marchado hacía unos minutos. Tiempo transcurrido: ¡una hora y cinco minutos!

18/ 11/58. Noche
Las vibraciones empezaron con fuerza, pero nada más. Volví a pensar en intentargirarme. Cuando lo hice, funcionó y giré despacio 180 grados. Apareció la pared con el agujero y la oscuridad al otro lado. Esta vez fui más cauto. Alargué el brazo con cautela en la oscuridad. Me quedé atónito cuando una mano tomó la mía y me la estrechó. Parecía una mano humana, cálida al tacto. Retiré la mano rápidamente tras el apretón. Volví a alargar el brazo despacio por el agujero. La mano estrechó otra vez la mía y me dio una tarjeta. Retiré la mano y «miré» la tarjeta. Tenía escrita una dirección. Devolví la tarjeta por el agujero, hubo un nuevo apretón, retiré la mano, giré a la posición normal, entré en el cuerpo físico y me incorporé. Absolutamente insólito. Tendré que investigar esta dirección de Broadway, si está en Nueva York.

5/12/58. Mañana
Giré nuevamente y volví a encontrar el agujero. Con cierta precaución, me acerqué. Esta vez introduje ambas manos. Al instante me agarraron otras dos manos. Entonces me llamaron por mi nombre por primera vez en todos mis experimentos. Una voz de mujer, suave, grave' apremiante (como si quisiera despertarme pero sin sobresaltos), dijo:
«¡Bob, Bob!». Cuando me repuse del susto, pregunté: «Cómo te llamas?» (¡siempre en busca de material probatorio.). Cuando (pronuncié» estas palabras pareció haber un intenso movimiento o actividad, como si hubieran creado el efecto de echar una piedra a un lago o un estanque inmóvil, como una salpicadura, zambullida, crujido o algo así. La voz repitió mi nombre yyo repetí mi pregunta, sin que las dos manos soltaran las mías.
Para estar seguro de que estaba consciente y de que estaba diciendo correctamente esas palabras retiré las manos, giré 180 grados, volví a entrar en el cuerpo físico, me incorporé y formulé la pregunta en voz alta. Quedé satisfecho, me tumbé, giré y volví a hacer la pregunta por el agujero. No hubo respuesta. Lo seguí intentando hasta que empecé a notar que las vibraciones disminuían; entonces supe que ya no podía seguir en aquella situación y volví a girar al mundo físico y la normalidad.

27/12/58. Noche
Al notar las vibraciones volví a encontrar el agujero. Hice acopio de fuerzas y asomé despacio la cabeza. En cuanto lo hice oí una voz que decía entre excitada y sorprendida: ((¡Ven aquí en seguida! ¡Mira!». Yo no veía a nadie (pudo deberse a que tenía los ojos cerrados para aguantar el efecto de las vibraciones porque la visión física distrae). Seguía estando todo a oscuras. La otra parte no pareció acercarse, de manera que la voz volvió a llamar, excitada y apremiante. Las vibraciones parecieron disminuir y yo retrocedí del agujero y giré para volver al cuerpo físico sin incidentes dignos de mención.
15/1/59. Tarde
Por fin llegaron las vibraciones y giré para volver a examinar el agujero. Allí estaba, a 180 grados. Me sentía un poco nervioso cuando alargué la mano. Entonces sonreí mentalmente y me relajé, diciendo para mí, bueno, tanto da si es una mano como una zarpa o una garra, yo me siento bien. En esto una mano tomó la mía y la estrechó. Yo devolví el apretón. Tuve la sensación

inequívoca de ser bien acogido del otro lado. Regresé al cuerpo físico girando después de ciertas dificultades. En mi excitación había olvidado las señales de giro y vuelta a la normalidad.
21/1/59. Noche
Para empezar volví a probar con el agujero. Un vez comenzadas las vibraciones el giro se efectuó con suavidad y entonces alargué el brazo dentro del agujero. Cuando introduje el otro brazo fue como si algo punzante me excavara la palma de la mano, igual que un gancho; y excavó más profundamente cuando intenté retirarla. Cuando lo conseguí estaba algo alterado. Tenía la sensación de que el «gancho» me había atravesado la mano. No es que me doliera, pero la sensación era molesta. Giré para volver al cuerpo físico y me miré la mano derecha física. No había marcas ni me dolía (aunque sí tenía la sensación de que algo me la había atravesado).

25/1/59. Noche
Otro experimento en el agujero con la misma pauta de vibraciones y giro de 180 grados. Volví a alargar con cuidado el brazo dentro del agujero. Una mano volvió a tomar la mía y la agarré con fuerza (¡no tenía gancho!). Luego me pasó a otra mano. Me solté despacio y palpé. Era un brazo con su hombro. Cuando me disponía a seguir explorando las vibraciones parecieron suavizarse. Retiré el brazo y giré para regresar al cuerpo físico. No hubo ninguna indicación de la necesidad de regresar al cuerpo físico, ni brazos ni piernas en mala postura ni ruidos. Probablemente el regreso se debió a algún sonido repentino.

5/2/59. Tarde
Tal vez esté justificada mi preocupación por el agujero. He seguido el mismo método de acercamiento: vibraciones, giro de 180 grados, introducción del brazo; y al principio no noté nada. Alargué más el brazo y de pronto fue como si hubiera metido la mano en agua caliente cargada de electricidad (es la descripción que más se aproxima). La retiré en seguida, giré y me incorpore ya en el cuerpo físico. Noté un cosquilleo en la mano física. A juagar por la postura del cuerpo, no se debía a la mala circulación. El entumecimiento y el cosquilleo desaparecieron poco a poco en veinte minutos.

15/2/59. Tarde
Probé a entrar y salir verticalmente y después giré hacia el agujero. Haciendo acopio de fuerzas, me zambullí en una corriente rápida, igual

que un nadador que se lanzara a una poza. Noté el otro lado del agujero, y la pared era igual que la de «mi» lado. Intenté «ver», pero no había nada más que la absoluta oscuridad. Decidí resolver la cuestión de una vez por todas. Me aparté del agujero y efectué una extensión en dirección
opuesta.
Empecé a moverme despacio, pero en seguida aceleré. Seguí desplazándome más deprisa, apenas con una leve sensación de fricción en el cuerpo. Seguí adelante a lo que parecía ser una gran velocidad, esperando «llegar» a alguna parte. Al cabo de un rato que se me hizo larguísimo empecé a preocuparme. Seguía sin «ver» ni notar nada. Al final empecé a ponerme nervioso, temía perderme. Aminoré la velocidad, me detuve, di media vuelta y

me extendí hacia el agujero. Tardé tanto en la vuelta como en la ida. Estaba bastante preocupado cuando delante de mí vi por fin la luz a través del agujero. Allí me dirigí, lo atravesé, giré y me incorporé físicamente. ¡El tiempo transcurrido había sido de tres horas y quince minutos!

23/2/59. Noche
¡El agujero está poblado! Esta tarde (a las siete, media) he experimentado las vibraciones y el giro de 180 grados. Y en esta ocasión, sin muchas vacilaciones, me he lanzado a través de él y he permanecido erguido. Me sentí inmediatamente en presencia de alguien. Más que verle sentí su presencia (varón, me dio la impresión). Por alguna razón incomprensible que sigo sin entender, aunque lo recuerdo ahora con tranquilidad, me desplomé agradecido ante él y me eché a llorar. Me calmé al momento, retrocedí cauteloso, atravesé el agujero, gire para volver al cuerpo físico y me incorporé. ¿Quién sería? ¿Por qué actué yo tan emocionalmente?

27/2/59. Noche
Decidido a encontrar más respuestas (o una siquiera!) sobre el agujero, pasé por las vibraciones y el giro de 180 grados y lo atravesé con decisión. Seguía negro y oscuro, pero no desagradable, sin manos ni presencias. Noté algo sólido por debajo de mí y me esforcé en abrir los ojos y «ver». Lo hice y todo quedó a la vista. Yo estaba de pie junto a un edificio (con más aspecto de granero que de vivienda) sobre el que había una
extensa pradera. Pensé en remontarme al cielo (azul diáfano, despejado), pero no pude despegarme del suelo. Tal vez aquí tuviera peso. A unos treinta metros había algo parecido a una escalera de mano, me dirigí allí y vi que era una especie de torre de unos tres metros de altura. Como un pájaro necesitado de espacio para echarse a volar, tomé impulso para emprender el vuelo y fui derecho al suelo con un golpetazo sordo. Me quedé tan sorprendido como un pájaro al que le hubieran recortado las alas.
Me levanté y comprendí que estaba actuando como un idiota. No estaba siguiendo los procedimientos adecuados. Había que seguirlos incluso «aquí». Levanté los brazos como para extenderme y ascendí con facilidad. Me desplazaba despacio por encima del prado, disfrutando de la vista)/ de la exploración, cuando de repente algo pasó volando a mi lado. Me di la vuelta y pude ver que se dirigía al agujero de la pared No sé por qué me entró miedo de que se tratara de algo que quisiera entrar en mi cuerpo, de manera que di media vuelta en pleno vuelo y me dirigí al agujero. Demasiado tarde, para cuando caí en la cuenta de que lo que yo había tomado por un agujero era una ventana lateral del edificio, ya estaba dentro y a oscuras. Tanteé y reconocí la forma del agujero. Lo atravesé, giré y me incorporé en el cuerpo físico.
Todo parecía normal y yo estaba en el sitio adecuado, el tiempo transcurrido era el normal y volví a intentarlo. Las vibraciones eran todavía fuertes, de modo que giré 180 grados, atravesé el agujero y salí al resplandor. En este viaje fui más observador, vi a dos personas, un hombre y una mujer, sentados en unas sillas fuera del edificio. No pude establecer contacto con el hombre, pero la mujer (no tenía otro rasgo físico aparte de éste) pareció darse cuenta de que yo estaba allí. Le pregunté si sabía quién era yo, pero no pude obtener de ella más que su sensación: ella percibía mi presencia allí. Las vibraciones

empezaron a desvanecerse de manera que regresé, atravesé el agujero, giré y me incorporé. El tiempo total del episodio fue de cuarenta minutos.

¿Qué conclusiones pueden extraerse de estos experimentos? A primera vista parece una insólita alucinación. Pero al mismo tiempo las observaciones presentan una secuencia de desarrollo.

Primero, no parece haber ningún testimonio semejante en la historia escrita para establecer una comparación. Éstos no fueron incidentes espontáneos, sino deliberadamente planeados y repetidos con sistematicidad. Como tales, deberían aparecer como un caso único.
Segundo, el experimento se repetía según una secuencia fija: (1) las vibraciones, seguidas de (2) el giro de 180 grados y (3) la aparición del «agujero». El experimento no se realizó una sola vez, sino en once ocasiones.
El giro de 180 grados da pie a una interesante especulación. La referencia al «desfase» y el desplazamiento aparentemente idéntico en oposición exacta merece la atención de los físicos. Los estudios ondulatorios de las relaciones de fase aplicados a este caso podrían suministrar una fructífera teoría.
La oscuridad del agujero era, una limitación mía a la hora de «ver». Me impuse una restricción de la visión desde los primeros experimentos porque me pareció que era un requisito fundamental para mantener las vibraciones. Lo demuestra el hecho de que cuando decidí o intenté ver, lo conseguí. Habría sido muy interesante si hubiera utilizado mi visión durante el largo «vuelo» exploratorio. Se podría haber aprendido mucho.
La experiencia de las «manos» desafía toda explicación. No hay pruebas que indiquen que yo estaba condicionado o sugestionado la primera vez que descubrí la mano. Sin embargo, la segunda vez y las siguientes podrían haber obedecido a esa causa. Pero esto no invalida en modo alguno la primera impresión. La tarjeta con la dirección podría corresponder a un recuerdo del pasado, asociado con el apretón de manos de un primer encuentro. Sigue siendo inexplicable la «excavación» del «gancho» en mi mano.
Oír el propio nombre no es tan insólito en otras circunstancias. Hay numerosos testimonios de tales voces de origen indefinido tanto en el estado de vigilia como en el de sueño. Se han formulado varias teorías psicológicas para explicar este hecho con éxito relativo.
Lo más interesante de todo es el descubrimiento por terceros de mi paso a través del agujero. Según los informes publicados de otros experimentadores, el paso a través del «agujero» era visible para una persona o inteligencia situada en un determinado punto, no cerca del mismo. Si esto siguiera la pauta de otros informes sobre el mismo tema, el factor tiempo sería idéntico. Pero no hay forma alguna de verificarlo.
Mi emotiva reacción ante el encuentro con «Alguien» tuvo muchos aspectos de experiencia mística. Es significativo el hecho de que tuviera una humilde sensación de éxtasis que fue capaz de provocar una descarga emocional.
Esto fue el comienzo. Siguió una serie de experimentos notables por la consistencia de los datos que arrojaron; además, desafiaron cualquier explicación histórica. El intelecto curioso no puede desdeñar la experiencia colectiva como si fuera una alucinación.
En resumidas cuentas, el Escenario III resultó ser un mundo de materia física casi idéntico al nuestro. El medio natural es el mismo. Hay árboles, casas,

ciudades, personas, objetos y todos los demás elementos de una sociedad razonablemente civilizada. Hay casas, familias, empresas y personas que trabajan para ganarse la vida. Hay carreteras por donde transitan los vehículos. Hay trenes y vías.
Vayamos con el «casi». Al principio, pensé que el Escenario III no era más que una parte de nuestro mundo que me era desconocida a mí y a las demás personas preocupadas por estos asuntos. Tenía todo el aspecto de ser así. Sin embargo, un estudio más atento demostró que no pude ser ni el presente ni el pasado de nuestro mundo de materia física.
El desarrollo científico es muy peculiar. No hay ninguna clase de aparatos eléctricos. La electricidad, el electromagnetismo y cosas por el estilo son inexistentes. No hay luz eléctrica, teléfono, radio, televisión ni energía eléctrica.
No existe combustión interna, gasolina ni petróleo como fuente de energía. Sin embargo, se utiliza energía mecánica. Un

examen atento de una locomotora que tiraba de un tren de viejos vagones de pasajeros reveló que funcionaba a vapor. Los vagones parecían de madera y la locomotora de metal, pero tenían una forma distinta a la de nuestros modelos ya obsoletos. Las vías eran mucho menores que las nuestras, menores incluso que las de los ferrocarriles de montaña de vía estrecha. Observé con detalle cómo se alimentaba una de las locomotoras. No se utilizaba madera ni carbón como fuente de calor para producir vapor. Al contrario, se soltaban grandes contenedores en forma de cuba debajo del depósito y se transportaban a un edificio de grandes muros. Los contenedores tenían unas pequeñas protuberancias en forma de tuberías en la parte superior. Esta operación la ejecutaban con sumo cuidado varios hombres protegidos por escudos que no aflojaban la vigilancia hasta que los contenedores estaban dentro del edificio a puerta cerrada. El contenido era «caliente», bien por calor o por radiación. Todos los actos de los técnicos parecían indicar esto último.
Calles y carreteras son diferentes, también por el tamaño. Los «carriles» por donde van los vehículos son casi el doble de anchos que los nuestros. Su versión de nuestro automóvil es mucho mayor. En el asiento del vehículo más pequeño caben cómodamente cinco o seis personas. Salen de fábrica únicamente con un asiento fijo, el del conductor. El resto parecen sillas de cuarto de estar, dispuestas alrededor de un compartimiento que mide entre cinco y siete metros. Emplean ruedas, pero sin neumáticos hinchables. En vez de volante utilizan una simple barra horizontal. El combustible lo llevan en la parte de atrás. No corren mucho, entre veinticinco y cincuenta kilómetros por hora. El tráfico no es intenso.
Existen vehículos autopropulsados en forma de plataformas de cuatro ruedas conducidos con los pies sobre las ruedas delanteras. Un mecanismo accionado por los brazos transmite energía a las ruedas traseras, igual que los coches de juguete «de remos» de años atrás. Se utilizan para distancias cortas.
Los hábitos y costumbres no son como los nuestros. Lo poco que se ha revelado deja ver un trasfondo histórico con hechos, nombres, lugares y fechas diferentes. Sin embargo, aunque su estadio evolutivo humano (la mente consciente deduce que son humanos) parece ser idéntico, la evolución

técnica y social no son completamente iguales.
El descubrimiento más importante se produjo una vez que pude acumular la valentía suficiente para efectuar largas expediciones por el Escenario III. Pese a los primeros indicios, las personas de allí no fueron conscientes de mi presencia hasta que conocí y me «mezclé» temporal e involuntariamente con uno que sólo puede ser descrito como el «yo» que vive «allí». La única explicación que se me ocurre sobre esto es que yo, plenamente consciente de vivir y estar «aquí», fui atraído y empecé a habitar el cuerpo de una persona de allí que era muy parecida a mí.
Cuando se produjo esto (y empezó a ser un proceso automático al entrar en el Escenario III) me limité a adueñarme de «su» cuerpo. No había consciencia de su presencia mental cuando le desplazaba temporalmente. Mi conocimiento sobre él, de sus actividades y de su pasado, me los proporcionó su familia y lo que era evidentemente su banco cerebral de recuerdos. Aunque yo sabía que no era él, podía sentir objetivamente las pautas emocionales de su pasado. Me he preguntado por los problemas que he podido causarle como resultado de los períodos de amnesia debidos a mis «invasiones». Algunas deben de haberle provocado mucho malestar.
Ésta es su vida: «Yo allí» era un hombre bastante solitario en mi primera «invasión». No había triunfado particularmente en su campo (arquitecto/contratista), pero tampoco era demasiado gregario. Procedía de lo que puede clasificarse como un grupo de escasos ingresos y había conseguido ir a una universidad de segunda fila. Comenzó a ejercer su profesión en un trabajo ordinario en una gran ciudad. Vivía en la segunda planta de una casa de pisos e iba a trabajar en autobús.

La ciudad le resultaba extraña y tenía pocos amigos. (Por cierto, el autobús era muy amplio, con filas de ocho asientos dispuestas en forma de gradas por detrás del conductor para que todos pudieran ver la carretera por donde iban).
Mi primera invasión se produjo cuando él estaba apeándose del autobús. El conductor le miró extrañado cuando intentó pagar el billete. Al parecer allí no lo cobran.
La siguiente invasión se produjo en medio de una crisis emocional. «Yo allí» conoció a Lea, una mujer joven y rica con dos hijos, niño y niña, ambos menores de cuatro años. Lea era una persona triste, melancólica y algo meditabunda, que parecía haber sufrido alguna grave tragedia en su vida. Esto tenía alguna relación con su antiguo marido, pero no estaba claro. «Yo allí» la conoció por casualidad y quedó prendado de ella. Los dos niños encontraron en él a un gran compañero. Lea manifestó un interés relativo en. su primer encuentro. Lo que más le atrajo fue la atención y calidez para con los niños.
Algún tiempo después se produjo una invasión. Cuando Lea y «Yo allí» anunciaron a lo,s amigos (los amigos de ella) que iban a «casarse» (esto tiene una connotación algo distinta), éstos se quedaron consternados, sobre todo porque no habían pasado más que treinta días desde que había ocurrido un importante suceso en la vida de Lea (divorcio, fallecimiento de su marido o alguna enfermedad). «Yo allí» seguía prendado y Lea seguía triste e introspectiva.
Se produjo otra invasión cuando Lea y «Yo allí» estaban viviendo en una casa en un entorno bucólico. La casa estaba sobre una loma, tenía largas ventanas

rectangulares y los aleros del tejado muy amplios, como los de una pagoda. El ferrocarril bordeaba la loma a unos trescientos metros de distancia, las vías rectas trazaban una curva alrededor de la loma y tomaban la izquierda una vez rebasada. La ladera de la loma estaba cubierta de hierba de color verde intenso desde las mismas escaleras de la casa. «Yo allí» tenía un taller donde trabajaba detrás de la casa.

En esta ocasión Lea entró en el taller y se acercó a la mesa en el preciso momento en que yo acababa de sustituir a «Yo allí».

«Los obreros quieren pedirte prestadas algunas herramientas», dijo.

Le lancé una mirada inexpresiva. Como no sabía qué decirle le pregunté qué obreros.

«Los que están trabajando en la carretera, por supuesto». No había notado nada raro.

Sin darme cuenta del efecto que tendría, dije que no había obreros trabajando en la carretera. Al oírlo, me miró con gesto de extrañeza. Yo no tenía ni idea de cómo actuar, por lo que abandoné su cuerpo y volví a atravesar el agujero.

Otra invasión reseñable fue cuando «Yo allí» había montado su laboratorio. No estaba plenamente cualificado para efectuar investigaciones, pero había decidido que podía realizar algún que otro descubrimiento nuevo. Había adquirido (quizás con ayuda de la riqueza de Lea) un enorme almacén, y allí levantó tabiques de separación para crear pequeñas salas y estaba llevando a cabo algunos experimentos. En medio de uno de ellos le desplacé en su cuerpo, pero no supe dar con lo que tenía que hacer a continuación. En ese momento entró Lea con una visita para enseñarles las reformas que había realizado en el edilicio. Yo (en el cuerpo de «Yo allí») fui incapaz de articular palabra cuando Lea me pidió que les contara las obras que había hecho.

Un poco molesta por la embarazosa situación, Lea llevó a la pareja a otra sala. Dudé de si «Yo allí» debería haberles seguido. Me esforcé en «sentir» el tipo de actividades que él podría haber estado realizando. Todo lo más que pude conseguir fue decir que había estado intentando desarrollar nuevas formas de diversión teatral, diseñando escenarios, iluminaciones, montajes, todo ello en un intento de convertir el espectáculo teatral en una experiencia fuertemente subjetiva. Con este éxito a medias en los recuerdos de él, abandoné su cuerpo cuando les oí regresar para no complicarle más la vida.

Otra invasión se produjo durante unas vacaciones en la montaña. «Yo allí», Lea y los dos niños iban por una serpenteante carretera de montaña, cada uno de ellos en el vehículo autopropulsado descrito más arriba. Le «invadí» sin darme cuenta al terminar una cuesta abajo y comenzar una cuesta arriba. Sin saber manejar el vehículo, traté de subir la cuesta y no tardé en salirme de la carretera para ir a dar contra un montón de tierra. Los demás aguardaron a que yo volviera a la carretera, y yo murmuré que había mejores formas de divertirse que ésta. Esto provocó algo en Lea, que de repente se calló. No sé por qué. (Seguro que «Yo allí» sí). Le conté que yo no era quien ella creía y me di cuenta de que esto empeoró las cosas. Me «marché», regresando al agujero y al mundo físico.

En invasiones posteriores «Yo allí» y Lea ya no vivían juntos. Él había alcanzado cierto éxito, pero algún acto suyo le había hecho alejarse a ella. Como estaba solo, pensaba en ella constantemente lamentando la debilidad suya que tanto le desagradó a ella. Se la encontró una vez por casualidad en

una gran ciudad y le suplicó que lo dejara visitarla. Ella le dijo que sí, para ver qué tal iban las cosas. Vivía en el equivalente a un piso, en la planta tercera de un edificio residencial. Él prometió ir.
Lo malo es que «Yo allí» perdió u olvidó la dirección que ella le dio y, en la última invasión, era un hombre solitario y frustrado. Estaba convencido de que Lea interpretaría el hecho de que hubiera perdido la dirección como indiferencia por su parte o como otro ejemplo de su inestabilidad. Él estaba trabajando, pero dedicaba el tiempo libre a intentar encontrar a Lea y los niños.
¿Qué conclusión puede extraerse de todo esto? A juzgar por las circunstancias, no precisamente idílicas, no se trata de una evasión de la realidad a través del inconsciente. Ni tampoco es la clase de vida que uno podría elegir para disfrutarla a través de otra persona. Sólo caben especulaciones, que deben
tener en cuenta conceptos inaceptables para la ciencia de hoy día. Sin embargo, la actividad vital «dual pero diferente» puede ofrecer alguna pista acerca de «dónde» está el Escenario III.
La conclusión más importante es que el Escenario III v el Escenario I (Aquí y Ahora) no son lo mismo. Esto se basa en las diferencias en el desarrollo científico. El Escenario III no es más avanzado, quizás lo sea incluso menos. La ciencia no ha estado nunca en el estadio de desarrollo del Escenario III en ningún momento de nuestra historia conocida. Si el Escenario III no es ni el pasado conocido ni el presente ni tampoco el futuro probable del Escenario I, ¿qué es? No forma parte del Escenario II, donde no se necesita o se utiliza más que el pensamiento.
Podría ser un recuerdo, racial o de otro tipo, de una civilización física terrestre anterior a la historia conocida. Podría ser otro mundo terrestre situado en otra parte del universo, accesible de alguna manera mediante manipulación mental. Podría ser un duplicado antimateria de este mundo físico terrestre, donde somos lo mismo, aunque diferente, enlazados pieza a pieza por una fuerza que rebasa con mucho nuestra comprensión actual.
El doctor Leon M. Mederman, profesor de Física de la Universidad de Columbia, ha declarado: «La física elemental es completamente coherente con la concepción cosmológica de un antimundo literal de estrellas y planetas compuesto de átomos de antimateria o, dicho de otro modo, núcleos negativos rodeados de electrones positivos. Ahora podemos alimentar la intrigante idea de que estos antimundos están poblados de antipersonas, cuyos anticientíficos están quizás ahora mismo entusiasmados por el descubrimiento de la materia».

7 POST MÓRTEM

El reconocimiento de la existencia del Segundo Cuerpo lleva aparejada la pregunta que la humanidad se hace desde el día en que aprendió a pensar: ¿seguimos viviendo?, ¿hay vida más allá de la tumba? Las religiones nos dicen que creamos, que tengamos fe. Esto no es suficiente para el pensador silogístico en busca de premisas válidas que sean claras y lleven a conclusiones ineludibles.
Todo lo más que yo puedo hacer es ser relator objetivo de mi experiencia subjetiva. Quizás mis premisas sean válidas para quien lea este libro.

Conocí al doctor Richard Gordon en Nueva York en 1942. Era un especialista en medicina interna. Nos hicimos amigos y se convirtió en nuestro médico de familia. Era un hombre con muchos años de experiencia y poseía un curioso sentido del humor entre cínico y sarcástico. Era realista, con la sabiduría que otorga la experiencia. Cuando nos conocimos rondaría la cincuentena, por lo tanto, no le conocí de joven. Era ajo y delgado, y el pelo blanco empezaba a ralearle.
El doctor Gordon tenía dos costumbres. Había decidido vivir mucho tiempo, por lo que actuaba con mucha prudencia. Caminaba deliberadamente a paso lento y cauteloso. No corría
más que si era absolutamente necesario. Mejor dicho, cuando caminaba, paseaba con estudiada despreocupación.
La segunda consistía en que, cuando alguien acudía a su consulta, él se quedaba mirándole desde la puerta que daba al pasillo. No decía «hola» ni saludaba con la cabeza o con la mano. Se limitaba a mirar, como diciendo: «¡Qué demonios le pasa a éste!».
Pese a no habernos hablado nunca, entre el doctor Gordon y yo había una comunicación muy cálida e íntima. Era una de esas cosas que ocurren sin explicación, sin razón lógica. No teníamos demasiado en común, aparte del hecho de haber coincidido casi en el mismo momento de la historia.
Visité al doctor Gordon en su consulta en la primavera de 1961 y almorcé allí con él; la comida la hizo en un infiernillo Bunsen su enfermera de toda la vida. Le noté cansado y preocupado y se lo comenté.
«No me encuentro demasiado bien», contestó; y acto seguido tuvo una salida de las suyas: «Qué pasa? ¿Es que un médico no puede ponerse enfermo nunca?».
Me reí y le sugerí que hiciera algo al respecto, como acudir a su médico de familia.
«Ya lo haré», dijo distraídamente y volviendo en seguida a su estilo habitual: «Pero antes voy a ir a Europa».
Le dije que me parecía muy bien.
«Ya tenemos los billetes», continuó. «Ya hemos estado allí varias veces, pero ahora quiero conocer un montón de sitios que nos faltan por ver. ¿Ha ido usted alguna vez a Grecia o Turquía, España, Portugal, Egipto?».
Le dije que no.
«Pues debería ir», dijo apartando la comida. «Vaya en cuanto pueda. No debe dejar de ver esos sitios. Desde luego, yo no me los voy a perder».
Dije que lo intentaría, pero que no tenía un trabajo que pudiera esperar hasta mi vuelta. Entonces él se puso serio.
«Bob...».

Esperé a que continuara.
«No me gusta cómo me encuentro», dijo preocupado. «No me gusta, ¿por qué no se vienen su esposa y usted a Europa con nosotros?».
Ojalá hubiéramos ido.
El doctor Gordon y su esposa embarcaron con rumbo a España, aproximadamente, una semana después. Como no dieron señales de vida, imaginé que estarían tomando el sol en

algún lugar del Mediterráneo.
La señora Gordon me telefoneó al cabo de seis semanas.
Su esposo se había puesto enfermo en Europa y habían tenido que interrumpir el viaje. No había querido recibir trata
miento en el extranjero, sino que insistió en volver a casa. Entonces, empezó a sentir fuertes dolores que provocaron su
ingreso inmediato al hospital para un reconocimiento.
No pude verle en el hospital, pero estuve al corriente de su
estado por medio de su esposa. El reconocimiento había dado resultado. Le encontraron lo que estaban buscando, un cáncer abdominal incurable. Lo único que se podía hacer era aliviarle el dolor en la medida de lo posible. No volvería a salir del
hospital. Vivo, se entiende. O, mejor dicho, físicamente vivo. Al enterarme pensé que debía encontrar alguna forma de
ver al doctor Gordon. Ahora estaba todo bastante claro, como casi todo cuando se mira retrospectivamente. Estoy convencido de que sabía lo de su enfermedad el día que nos habíamos visto en su consulta. Al fin y al cabo, era internista. Podía haber estudiado los síntomas en su propio laboratorio personal. Ésa era la razón del súbito viaje a Europa. No quería desperdiciar esta última oportunidad. Y así lo hizo.
A mí me acuciaba la necesidad de hablar con el doctor
Gordon. En ninguna de nuestras conversaciones le había hablado de mi «excéntrico talento» ni de mis andanzas. Creo
que tenía miedo de que hubiera echado para atrás la cabeza y se hubiera reído de mí para mandarme en seguida a la consulta de su hijo psiquiatra. Ahora era diferente. Se enfrentaba con algo en lo que tal vez podría ayudarle yo, para variar. No sabía cómo podía ayudarle lo que había descubierto en mis andanzas, pero tenía la profunda convicción de que así era.
Intenté ver al doctor Gordon en reiteradas ocasiones, pero sólo permitían la entrada en la habitación a su esposa. Hasta que le pedí a ella que me ayudara a verle. Me contó que su esposo sufría un dolor tan fuerte que estaba casi todo el tiempo sedado. Por lo tanto, eran contadas las ocasiones en las que se le podía ver lúcido y consciente. Normalmente a ella le reconocía por la mañana temprano, aunque no todos los días. Le dije que tenía algo importante que contarle. No fingía. En medio de su dolor, comprendió que yo quería transmitirle un mensaje que iba más allá del consuelo de un amigo. La intuitiva mujer halló una solución.
<Por qué no le escribe una carta?», sugirió. «Yo se la llevaré». Le dije que temía que no pudiera leerla.
«Usted escríbala», dijo ella, «que yo se la leeré cuando esté lo suficientemente consciente como para entenderla».
Y eso fue lo que hicimos. Ella se la leyó varias veces a su marido en los momentos en que él estaba consciente. Después me contó que no lo había hecho por propia iniciativa, sino porque él se lo había pedido. ¿Había algo en la carta que él quisiera grabar en su cabeza?
Al enterarme de esto sentí una gran pena. Seguro que no habría echado la cabeza para atrás ni se habría reído. Podríamos haber compartido muchas más cosas si yo hubiera tenido el valor suficiente para comentar mis «actividades» con él. He aquí algunos fragmentos extraídos de la carta que le escribí:

«... y se acuerda de todas las pruebas y reconocimientos que me hizo porque sabía que a mí me preocupaba algo. Bueno, eso fue al principio. Ahora que va a estar algún tiempo en el hospital podría tratar de averiguarlo usted mismo. De

ese modo no tendrá que hacerme caso a mí. Le dará algo que hacer mientras se repone (...). Primero de todo, tiene que aceptar la posibilidad, por remota que pueda parecerle, de que puede usted actuar, pensar y existir sin la restricción de un cuerpo fisico. Y no le diga a su esposa que me envíe a su hijo el psiquiatra. Para resolver esto no basta con Freud. Además, él ya gana suficiente dinero (...). En todas nuestras conversaciones no me pareció apropiado sacar el tema a colación. Pero ahora que está usted postrado, tómeselo en serio. Podría resultarle útil y espero que pueda usted descubrir algunas cosas que a mí se me han pasado por alto. No depende más que de que pueda usted desarrollar la capacidad de abandonar su cuerpo fisico mientras está echado en la cama del hospital. En ese caso, todo esto podría serle de suma utilidad. Puede ser una forma de mitigar el dolor físico. Inténtelo. Con toda la sinceridad de que soy capaz, Dick, le insto a que lo piense. Habrá superado un hito importante por el mero hecho de aceptar la idea de que podría existir su Segundo Cuerpo no fisico. Conseguido esto, la única barrera restante es el miedo. Y no tiene por qué ser así. Porque equivale a tener miedo de la propia sombra, de uno mismo. Es una idea más natural que extraña. Acostúmbrese a que la falta de experiencia consciente a este respecto no significa que haya que tenerle miedo. Sólo se teme a lo desconocido mientras lo sigue siendo. Si asume usted esto, no tiene por qué tener miedo. Entonces, y sólo entonces, pruebe la fórmula que le he escrito aquí. Desconozco los efectos de los medicamentos que esté usted tomando. Puede que faciliten o entorpezcan esta técnica. En cualquier caso, inténtelo. Tal vez no funcione a la primera. (...) Lo más importante es que me cuente cómo le va. Cuando se mejore, quizás pueda pasar a verle y hablar largo y tendido sobre esto. Lo habría hecho ya, pero sabe usted lo escrupuloso que es el hospital con sus normas. Si habla con su esposa de lo que le planteo, seguro que ella me lo transmitirá. Aunque preferiría oírlo de usted más adelante. Cuénteme. (...)».

La señora Gordon no me contó si llegó a intentarlo. Me pareció absolutamente inapropiado pedirle detalles concretos en aquellos momentos. Ya tenía bastante con la desoladora tristeza de saber que la enfermedad de su esposo era terminal. Sigo sin saber a ciencia cierta si se dio cuenta de que mi carta podía estar concebida como sugerencias de preparación para la muerte.

El doctor Gordon entró en coma pocas semanas después. Murió apaciblemente, sin volver a recobrar la consciencia.

Pensé durante varios meses en intentar «ir» a «ver» al doctor Gordon, dondequiera que estuviese. Era la primera persona allegada a mí que había fallecido desde el desarrollo de mi «excéntrico talento». Me movían a ello tanto la curiosidad como la objetividad. Era la primera oportunidad de este tipo que se me presentaba. Estaba convencido de que, si es que continuaba existiendo, al doctor Gordon no le importaría.

Como no era muy ducho en estos asuntos, decidí que probablemente él necesitaría algún tiempo de descanso antes de que yo interfiriera en lo que

estuviera haciendo. Además, necesitaba hacer acopio de fuerzas por mi parte. Era un experimento que no había intentado nunca. Podía resultar verdaderamente peligroso.

Hasta que por fin lo intenté un sábado por la tarde. Me costó una hora llegar al estado vibratorio, hasta que sali de mi cuerpo gritando mentalmente: «¡Quiero ver al doctor Gordon!».

Un instante después empecé a ascender rápidamente, y no tardé en sentir nada más que el movimiento y algo así como una ráfaga de brisa. También noté una mano bajo el codo izquierdo. Alguien estaba ayudándome a llegar alli.

Tras lo que me pareció un viaje interminable de pronto me detuve (o me hicieron detenerme). Estaba de pie, algo perplejo, en una sala grande. Me dio la impresión de que era una especie de psiquiátrico. La mano bajo mi codo me condujo a

una puerta abierta y me hizo quedarme bajo el dintel, desde donde pude asomarme a la sala contigua. Una voz masculina me habló casi directamente al oído derecho y me dijo: «Espere aquí, el doctor le vendrá a ver en un minuto».

Asentí con la cabeza y permanecí a la espera. Había un grupo de hombres en la sala. Tres o cuatro estaban escuchando a un joven de unos veintidós años que estaba contándoles algo muy animado, gesticulando exageradamente.

No vi al doctor Gordon y seguí esperando a que apareciera en cualquier momento. Mientras esperaba fui notando cada vez más calor, lo que me hizo sentir muy incómodo. No sabía qué era lo que me hacía sentir tanto calor, y tampoco estaba seguro de poder seguir allí mucho más tiempo. El sudor me corría a raudales por la cara. Sabía que no iba a aguantar alli mucho más porque la temperatura era insoportable. Si el doctor Gordon no aparecía pronto iba a tener que regresar sin haber tenido la oportunidad de verle.

Volví a mirar al grupo de hombres de la sala y se me ocurrió que tal vez debería preguntarles a ellos por el doctor Gordon. En ese preciso momento el joven bajo y delgado con una buena mata de pelo se quedó callado y me miró por un momento. Tras esa mirada fugaz se volvió a los demás y prosiguió su animada perorata.

El calor se hizo insoportable y decidí que tenía que marcharme. No podía esperar al doctor Gordon. Valiéndome de un movimiento que había aprendido, ascendí rápidamente y me alejé de la sala. El viaje de regreso fue largo. Después de reintegrarme, comprobé mi cuerpo físico. Estaba frío, algo rígido. Desde luego, las mejillas no chorreaban de sudor.

Decepcionado, me incorporé y tomé apuntes del viaje. No sé por qué, pero había fallado. No había sido capaz de dar con el doctor Gordon. El tiempo transcurrido fuera del cuerpo físico había sido de dos horas.

La terquedad forma parte de mi herencia genética. Al sábado siguiente volví a intentarlo. En cuanto abandoné el cuerpo físico y me puse a gritar llamando al doctor Gordon una voz algo irritada dijo junto a mí: <Por qué quiere volver a verle? ¡Ya le vio el sábado pasado!».

Me sorprendí tanto que regresé al cuerpo físico casi al instante. Me incorporé y eché un vistazo al despacho. No había nadie. Todo era normal. Pensé en volver a intentarlo, pero

decidí que era demasiado tarde para hacer otro intento ese día.

El sábado pasado no había sucedido nada importante. No había salido bien. Pero revisé mis notas del «sábado pasado». Y encontré algo escrito: «El doctor le vendrá a ver en un minuto». Y aproximadamente un minuto después un joven bajo y delgado con una buena mata de pelo se había vuelto y había fijado la mirada en mí sin decir palabra, como si estuviera pensando. Lo que yo había percibido era una descripción perfecta de lo que debió haber sido el doctor Gordon a los veintidós años en vez de a los setenta.
Esto parecía dar más crédito al experimento que cualquier otra cosa. Yo había esperado ver a un hombre de setenta años. No le había reconocido porque no era lo que me esperaba. Si hubiera sugerido esto como alucinación, seguramente me habría encontrado con el doctor Gordon a los setenta años.
Posteriormente, en el transcurso de una visita a la viuda del doctor Gordon, conseguí ver una fotografía suya con esa edad. Por supuesto, no revelé a la señora Gordon mi interés en ver aquella fotografía. Coincidía exactamente con el hombre al que yo había visto y que me había visto «allí». Ella mencionó que a esa edad era un hombre muy activo, siempre con prisa, y con una buena mata de pelo rubio.
Algún día volveré a intentar visitar al doctor Gordon.

En otra ocasión, en la que vendimos la casa antes de la mudanza que habíamos previsto porque surgió de repente un comprador. Alquilamos una casa por un año como medida provisional hasta efectuar dicha mudanza.

Era un sitio interesante, construido sobre una roca que asomaba a un pequeño río. Lo alquilamos a través de un agente y no llegamos a reunirnos ni a entrar en contacto con el dueño. Mi esposa y yo ocupamos el dormitorio principal,
situado en la primera planta.
Aproximadamente una semana después de habernos
mudado nos fuimos a la cama y mi esposa se quedó dormida en seguida. Yo permanecí acostado a oscuras, contemplando el cielo nocturno a través de las ventanas que llegaban del
suelo al techo. Sin haberlo buscado, noté que empezaban las consabidas vibraciones, y me pregunté si estaría bien permitírmelas en la nueva casa.
Nuestra cama estaba situada en la pared norte. A mano
derecha quedaba la puerta del pasillo. Y, a la izquierda, la puerta del cuarto de baño principal.
Me disponía a salir del cuerpo físico cuando noté algo en la
puerta. Una forma blanca del tamaño y aspecto de una persona. Esperé a ver qué pasaba porque me había hecho extremadamente cauto en relación con los «extraños». La forma blanca entró en el dormitorio, rodeó la cama y pasó a menos de medio metro de mí, camino del cuarto de baño. Pude ver que se trataba de una mujer de mediana estatura, con el pelo oscuro y liso y los ojos hundidos.
Permaneció unos momentos en el cuarto de baño, después
salió y volvió a bordear la cama. Me incorporé (no físicamente, estoy seguro)

y alargué el brazo para tocarle, más bien para
saber si podía hacerlo.
Ella se detuvo y me miró al ver mi gesto. Le oí perfecta
mente cuando habló. Pude ver las ventanas y las cortinas por
detrás de ella y a través de ella.
«Qué vas a hacer con los cuadros?». Pude ver el movimiento de sus labios;
era una voz de mujer.
Aun no sabiendo qué decir, procuré dar una respuesta
satisfactoria. Le dije que no se preocupara, que ya me encargaría de ello.
Esbozó una sonrisa al oírlo. A continuación alargó las manos y me tomó una
entre las suyas. Daban la impresión de ser reales, cálidas y vivas. Me dio un
suave apretón, me soltó con delicadeza, bordeó la cama y salió por la puerta.
Esperé a que volviera, pero no lo hizo. Me tumbé, activé el cuerpo físico y me
levanté de la cama. Me dirigí a la puerta del pasillo y me asomé a las demás
habitaciones. Alli no había nadie. Tampoco encontré nada en las habitaciones
del
piso de abajo. Entonces tomé unas notas, volví a la cama y me dormí.
Pocos días después conocí a nuestro vecino, el psiquiatra doctor Samuel
Kahn. (¡Me encontraba con psiquiatras por doquier!). Le pregunté si conocía a
los dueños de la casa donde yo vivía.
«Sí, sí, les conocí bastante bien», dijo el doctor Kahn. «La
señora W murió hace un año. El señor W no quiso volver a
entrar en la casa a raíz de eso, se mudó y no volvió».
Le dije que era una pena, porque era una casa bonita. «Pero la casa era de
ella, usted ya me entiende», respondió
el doctor Kahn. Por cierto, murió en casa, en la habitación donde ahora
duerme usted.
Le dije que era interesante. La casa había debido gustarle mucho.
«Desde luego», contestó. Le gustaba mucho la pintura.
Tenía cuadros colgados por todas partes. La casa era toda su vida.
Le pregunté si por casualidad tenía alguna foto de la señora W «Déjeme
ven>. Se lo pensó un momento. «Pues sí. Creo
que sale en la foto de grupo que nos sacamos en el club. Voy a ver si la
encuentro».
El doctor Kahn volvió al poco rato. Traía en la mano una fotografía de unos
cincuenta o sesenta hombres y mujeres; a la mayoría sólo se les veía la
cabeza porque estaban en filas.
El doctor Kahn observó la fotografía. «Está por aquí, sí, estoy seguro».

Miré la fotografía por encima de su hombro. Una cara de la segunda fila me
resultaba familiar. La toqué con el dedo y le
pregunté al doctor Kahn si era la señora W.
«Oh, sí, sí, esa es la señora W.». Su curiosidad dio paso a
una observación. «Ah, usted debe de haber encontrado alguna foto suya por
la casa».
Dije que sí, que eso era. De paso le pregunté si la señora
W. tenía algún gesto peculiar o cosa por el estilo.
Que yo recuerde, no, respondió. «Pero pensaré en ello.
Seguro que tenía alguno». Le di las gracias e hice ademán de
marcharme. Pero me volví cuando me llamó.

«Espere un momento, había una cosa», dijo el doctor
Kahn.
Le pregunté qué era.
«Es curioso, cuando estaba contenta o agradecida te tomaba la mano entre las suyas y te daba un pequeño apretón. ¿Le
sirve esto?».
Claro que servía.
Sabía por experiencia que podía atreverme a cosas así en
asuntos que eran a todas luces insólitos.
Agnew Bahnson era un amigo íntimo más o menos de mi
edad y con el que tenía mucho en común. Le conocía desde hacía ocho años. Era piloto, entre otras cosas, y volaba a menudo en el avión de su empresa. Uno de los temas que más
le interesaba estudiar era la antigravedad, asunto del que hablamos muchas veces. Tenía un laboratorio donde realizaba
experimentos en esta área. Entre las materias que comentamos, relativas a sus estudios acerca de la gravedad, estaba la cuestión de cómo podían demostrar una o dos personas cualquier resultado efectivo en antigravedad en esta época de grandes equipos de investigación con instrumental extraordinariamente costoso.
Durante un viaje de negocios a Nueva York en 1964 me
encontré en la habitación del hotel con una hora libre por la tarde. Decidí echar una siesta. Me acosté en la cama y, cuando

estaba a punto de quedarme dormido, oí la voz del señor Bahnson.
«Hay un modo de demostrar la antigravedad. No hace falta más que demostrársela a uno mismo, y usted está preparado para hacerlo». Me incorporé, completamente despierto. Sabía a qué se estaba refiriendo la voz, aunque no había tenido valor para intentarlo. Pero, ¿por qué sonaba tan real la voz del señor Bahnson en este sueño? Miré el reloj de la mesilla, que marcaba las tres y cuarto. Estaba demasiado
despierto como para poder quedarme dormido, de manera que me levanté y salí.
Cuando dos días después regresé a casa mi esposa estaba muy callada. Le pregunté si pasaba algo.
«No hemos querido molestarte con todo lo que tenías que hacer en Nueva York», dijo, «pero ha muerto Agnew Bahnson. Se ha matado al intentar aterrizar con su avión en un pequeño aeródromo de Ohio».
Recordé la voz del señor Bahnson en Nueva York. Le pregunté si se había matado hacía dos días a eso de las tres y cuarto de la tarde.
Mi esposa me miró un tanto confusa y dijo: «Sí, fue a esa hora».
No me preguntó cómo lo sabía yo. Hacía mucho tiempo que estaba sobre aviso acerca de mí.
No hice ningún intento de «ir» a ver al señor Bahnson durante varios meses. Debí de imaginar que necesitaba reposo por el hecho de haber tenido una muerte violenta, aunque sigo sin saber si estaba en lo cierto.
Con el tiempo me fui impacientando. Un domingo por la
tarde me acosté con el deliberado propósito de visitar al señor Bahnson.
Al cabo de una hora de preparativos logré abandonar el cuerpo físico y comencé a viajar a toda velocidad a través de

las tinieblas. Durante el trayecto fui gritando mentalmente: «¡Agnew Bahnson!».

De pronto me detuve (o me detuvieron). Estaba en una habitación más bien oscura. Alguien me tenía inmovilizado, de pie. Tras un momento de espera salió una nubecilla de gas blanco de un pequeño agujero que había en el suelo. La nubecilla tomó forma y mi sexto sentido me dijo que se trataba del señor Bahnson, aunque no podía verle bien ni identificar sus facciones. En seguida se puso a hablar contento y de manera atropellada.
«¡Bob, no te vas a creer la de cosas que me han pasado desde que llegué aquí!».
Y no hubo más. A una señal de alguien la nubecilla de gas blanco perdió su forma humana y volvió a desaparecer por el agujero del suelo. Las manos que me sujetaban por los codos me dieron media vuelta y regresé al cuerpo físico.
Ésa era la forma de ser del señor Bahnson, la de interesarse por cosas y experiencias nuevas en vez de perder el tiempo con el «entonces» o el pasado. Igual que el doctor Gordon.
Si era una alucinación a medias inducida, al menos era original. Jamás había leído nada semejante. ¿Explica eso la coincidencia horaria en la habitación del hotel de Nueva York?
Otro caso más. Mi padre falleció en 1964, a la edad de ochenta y dos años. En mis años jóvenes yo había sido rebelde a la autoridad paterna, pero en sus últimos años me sentí próximo a él. Y estoy seguro de que el sentimiento era recíproco.
Había sufrido un derrame cerebral meses atrás que le dejó prácticamente paralizado y sin habla. Esto último era lo más lacerante, ya que era lingüista y había dedicado su vida a la enseñanza de idiomas.
Cuando le visitaba durante ese período hacía desesperados esfuerzos por hablarme, tantos que me partían el corazón. Sus ojos suplicaban que le comprendiera. De sus labios no salían más que leves quejas. Yo procuraba consolarle y hablaba con O. Él me respondía como podía. No sabría decir si entendía mis palabras.
Mi padre murió apaciblemente una tarde mientras dormía. Había tenido una vida plena, llena de éxitos, y su muerte produjo una sensación agridulce de tristeza y liberación.
He pensado muchas veces en la importancia de las opiniones e ideas fundamentales que aprendí de mi padre. Siempre le estaré agradecido.
En esta ocasión estaba mucho menos agitado, puesto que quien acababa de fallecer era alguien muy próximo a mí. O quizás fuera que la familiaridad, al menos cierta sensación, me inducían a tener más fe y menos cautela.
La única razón por la que aguardé varios meses fue la conveniencia. Quehaceres acuciantes en mi vida personal y profesional impidieron que pudiera hallar la tranquilidad necesaria. Con todo, una noche entre semana me desperté a las tres de la madrugada con la sensación de que podía intentar visitar a mi padre.
Cumpli con el ritual y las vibraciones no tardaron en llegar. Abandoné el cuerpo físico en cuestión de segundos sin el menor esfuerzo, me levanté y emprendí el viaje a través de la oscuridad. Esta vez no grité mentalmente. Me concentré en la mentalidad de mi padre y me «extendí» hasta donde él estaba.

Empecé a moverme a toda prisa entre tinieblas. No podía ver nada, pero tenía una intensa sensación de movimiento reforzada por el roce del aire espeso y como liquido contra mi cuerpo. Era como deslizarse por debajo del agua después de una zambullida. De pronto me detuve. No recuerdo que esta vez me detuviera nadie, ni tampoco noté ninguna mano en el codo. Me hallaba en una sala mal iluminada de grandes proporciones.
Al parecer, yo estaba al tanto de que aquello era un hospital o una casa de reposo, si bien allí no se aplicaban tratamientos tal como nosotros los conocemos. Busqué a mi padre con la mirada. No sabía qué me iba a encontrar, aunque abrigaba esperanzas de que fuera un encuentro jubiloso.

Fuera de la sala donde me hallaba había otras dependencias menores. Me asomé a dos de ellas y vi a algunas personas que no me prestaron ninguna atención. Empecé a peguntarme si no me habría equivocado de sitio.
La tercera dependencia no era mayor que una celda monacal, con un ventanuco en la pared del fondo. Había un hombre apoyado en la pared y mirando por la ventana. Cuando entré sólo le vi la espalda.
Después se volvió y me vio. Puso cara de asombro y mi padre «muerto» me habló: «Qué estás haciendo aquí?». Lo dijo igual que una persona que hubiera recorrido medio mundo y se encontrara de pronto con alguien de quien acabara de despedirse al partir.
Debido a la emoción, no fui capaz de articular palabra, por lo que me quedé alli plantado, confiando en el jubiloso encuentro que anhelaba. Se produjo en seguida. Mi padre se acercó, me tomó por las axilas y se puso a subirme y a bajarme por encima de su cabeza, tal como hacía cuando yo era niño, tal como los padres hacen con sus hijos.
Volvió a dejarme en el suelo y fui capaz de preguntarle qué tal estaba. «Mucho mejor ahora, ya no tengo dolores», dijo.
Fue como si me hubiera recordado algo que yo quisiera olvidar. Las fuerzas parecieron abandonarle y se alejó con aspecto fatigado. Le miré, y él parecía haber olvidado que yo estaba allí. Se le veía más flaco, con aspecto de cincuentón, deduje por las fotografías que había visto de él a esa edad.
Me dio la sensación de que el encuentro había terminado. No daba más de sí por el momento. Salí sigilosamente de la habitación, di media vuelta, me «extendí» y regresé al cuerpo físico. La vuelta fue mucho más rápida que la ida.
Había sido así? ¿Había sido tan intenso el dolor en aquellos últimos días en que no podía hacerse entender para hacer algo que le aliviara? En caso de ser cierto, qué terrible prisión había debido ser su cuerpo. Desde luego, la muerte era una bendición.
Intentaré volver a «verle»? No lo sé. No sé si debo.
Hay muchas otras experiencias menos personales pero igual de impresionantes. Todas ellas me condujeron a una conclusión empírica ineludible que justificaba las muchas horas de angustia, incertidumbre, miedo, soledad y desilusión. Fueron un punto de embarque en lo que algunos llaman el Salto Cuántico en el pensamiento y el comienzo de un punto de vista nuevo que permitió que los dolores y placeres del Aquí y Ahora adquirieran toda su importancia (qué es un minuto, una hora, un año en un infinito de existencia?). Todas ellas abrieron una puerta a la realidad incomprensible en última instancia para la mente consciente humana, por mucho que siga asombrando

al curioso y comprometiendo al intelectual.
¿Es todo lo anterior mi respuesta? Sumando estas experiencias con el conocimiento de que la personalidad humana puede operar y opera fuera del cuerpo físico, la respuesta no puede ser más que una.
Si aquí hay un Gran Mensaje, debe bastar con esto.

8 «PORQUE ME LO DICE LA BIBLIA»

Qué pasa si el ser humano tiene un Segundo Cuerpo, si ese Segundo Cuerpo sobrevive a lo que llamamos muerte, y si la personalidad y el carácter siguen existiendo en esta forma vieja-nueva? Es una pregunta tan antigua como el tiempo que exige su respuesta.
Hasta la fecha, en doce años de actividades no físicas, no he hallado ninguna prueba que corrobore las nociones bíblicas de Dios y la vida ultraterrena en un lugar llamado cielo. Quizás sí la haya encontrado y lo que pasa es que no la he reconocido. Es muy posible. A lo mejor es que no estoy «cualificado». Por otro lado, buena parte de lo que he encontrado podría ser alguna cuestión fundamental distorsionada a lo largo de cientos de años.
Vamos a empezar por la oración, que se supone que es una comunicación directa con Dios. Tal como se nos enseña a rezar hoy es como si se recitara una fórmula química sin conocer su propósito original ni el significado de sus ingredientes. O la manera en que nuestros hijos cantan: «El Puente de Londres se va a caer» sin saber el significado original de la canción. Toda nuestra civilización está plagada de semejantes hábitos irracionales. Evidentemente, la oración es uno de ellos.
En algún lugar alguien supo cómo rezar. Trató de enseñar a los demás. Unos cuantos aprendieron la metodología. Otros se quedaron sólo con las palabras, que se alteraron y cambiaron con el paso de los años. La técnica se perdió poco a poco hasta que era redescubierta por casualidad periódicamente a lo largo de los siglos. En los últimos casos ha sido muy raro que el redescubridor haya podido convencer a los demás de que la Vía Antigua y Establecida no es del todo apropiada.
Esto es todo lo que yo puedo contar. La Vía Antigua y Establecida no es suficiente. O, como suelo decir, a lo mejor es que no estoy cualificado. Peor aún, a lo mejor mi preparación para la oración fue insuficiente. El caso es que no me ha servido.
He aquí un ejemplo. En un viaje fuera del cuerpo me hallaba yo de regreso al mundo físico a toda velocidad con todo aparentemente bajo control. Sin previo aviso choqué contra un sólido muro de un material impenetrable. No me hice daño, pero sí me llevé un buen susto.
El material era duro y sólido y parecía estar hecho de enormes planchas de acero solapadas y soldadas entre sí. Todas estaban ligeramente combadas, como si formaran parte de un globo.
Intenté atravesarlas, pero no pude. Subí, bajé, fui de derecha a izquierda. Estaba absolutamente seguro de que mi cuerpo físico estaba al otro lado de esta barrera.
Al cabo de una hora de arañar, rascar y empujar, me puse a rezar. Recé todas las oraciones que había aprendido e inventé unas pocas especiales. Y dije cada palabra más en serio que nunca en toda mi vida. Estaba muy asustado.

No pasó nada. Yo seguía pegado a la barrera sin poder atravesarla para regresar a mi cuerpo físico.
Me entró pánico. Clavé las uñas, chillé y lloré. Como todo esto fue inútil, me calmé por puro agotamiento. Me tendí a descansar junto al frío y duro muro, sin saber qué hacer.
No sé cuánto tiempo estuve así antes de recobrar la capacidad para pensar con objetividad. Pero así fue. No podía o, al menos, no quería quedarme allí para siempre. Parecía una

situación imposible. ¿Dónde me había encontrado yo antes una situación aparentemente imposible?
Lo recordé. Años atrás, un amigo mío y yo habíamos comprado una avioneta cuyas características de vuelo desconocíamos. La compramos nada más que porque salía barata y se hallaba en buen estado.
Tras varias prácticas de vuelo por el aeródromo decidimos hacer acrobacias. Pedimos prestados dos paracaídas, despegamos y ascendimos hasta unos 3.500 metros de altitud. Hicimos varios ochos majestuosos, unos cuantos rizos y otras tantas caídas en barrena. Todo parecía ir bien. Una vez que recuperamos altitud, picamos ligeramente hacia abajo y accionamos la palanca y el timón para dar una voltereta.
De repente entramos en barrena. Centramos la palanca y la llevamos hacia adelante, el procedimiento aceptado de recuperación. Antes había funcionado a las mil maravillas. Pero esta vez no. Caíamos cada vez más deprisa y como a tirones. Accionamos el timón en sentido contrario, aceleramos, pero no tuvo ningún efecto. Al contrario, caíamos cada vez más deprisa y el suelo quedaba cada vez más cerca.
Bill me miró desde el asiento delantero con el rostro lívido. Me gritó por encima del ruido del viento: «¡Más vale que saltemos de aquí!».
Yo también estaba dispuesto a saltar. Lo único que me retuvo unos segundos más fue la posible pérdida de la avioneta que tantos ahorros me había costado. Y pensé: «Lo hemos intentado todo, excepto el procedimiento que viola las normas, lo único que no hay que hacer si se entra en barrena. Tirar hacia atrás de la palanca. ¿Qué tenía que perder?».
Tiré hacia atrás de la palanca. La avioneta dejó de dar vueltas y ganó velocidad de vuelo. La hice girar hasta que la tierra quedó donde le correspondía. Aterrizamos sanos y salvos, salimos como pudimos y nos sentamos en el suelo. Habíamos caído en barrena externa. Ninguno de los dos había visto ni intentado nada semejante con anterioridad. Me acordé de eso.
Traté de poner en práctica la misma idea mientras me hallaba allí, jadeante junto a la barrera. Adelante, arriba, abajo, derecha, izquierda; fue inútil.
No quedaba más que una dirección, aunque por lo que yo sabía no era la buena. Pero como no se perdía nada por probar, lo intenté, y momentos después estaba en el cuerpo físico, temblando, pero sano y salvo.
Por dónde había ido? Visto retrospectivamente, estaba claro: me alejé de la barrera por la misma ruta por donde había venido. No sé por qué dio resultado. Tampoco sé qué era la barrera.
Quizás podría pensarse que habían dado resultado mis oraciones. El caso es que regresé. O sea, que si habían dado resultado, no fue al modo en que me lo había enseñado la religión. Ningún ángel custodio había venido a

proporcionarme ayuda ni consuelo.
En otra ocasión fui a visitar a mi hermano y a su familia y me quedé a pasar la noche alli. Poco después de retirarme a la habitación de invitados me acosté, estaba muy cansado.
El cabecero de mi cama estaba junto al tabique de separación entre mi habitación y la de mi sobrina de cuatro años. Su cama también estaba junto al mismo tabique.
Mientras me acostaba a oscuras me vinieron las consabidas vibraciones y decidí salir del cuerpo físico un momento para saber si podía hacerlo estando lejos de casa.
Nada más abandonar el cuerpo fisico me di cuenta de que había tres seres en la habitación. Permanecí por precaución junto a mi cuerpo fisico mientras se me acercaban. Empezaron a tirar de mí, no con fuerza, más bien con la idea de observar mi reacción. Se lo estaban pasando bien. Yo traté de mantener la calma, pero eran tres. No estaba seguro de poder volver en seguida al cuerpo físico antes de que me llevaran con ellos.
De tal manera que recé. Volví a rezar todas las oraciones que recordaba. Pedí a Dios que me ayudara. Pedí ayuda en

nombre de Jesucristo. Probé con varios santos de los que había oído hablar a mi esposa católica.
El resultado fue que mis agresores se rieron a carcajadas y se metieron conmigo con más entusiasmo.
«Oídle rezar a sus dioses», se rio uno con desdén. «¡Oídle!».
Creo que me enfadé un poco después de eso. Retrocedí, me acerqué a mi cuerpo físico y me introduje en él. No era exactamente devolvérsela, pero desde luego no permanecí pasivo.
Una vez en el cuerpo físico, me incorporé muy aliviado por haber vuelto. Al incorporarme oí el llanto de un niño. Procedía de la habitación que se encontraba al otro lado del tabique. Esperé un rato, confiando en que mi cuñada viniera a calmar a la niña para que volviera a dormirse.
Diez minutos después la niña J. no había dejado de llorar. Me levanté y me dirigí al dormitorio contiguo. Mi cuñada tenía en brazos a la niña, que seguía llorando, y procuraba consolarla. Le pregunté si pasaba algo, si podía yo ayudarla en algo.
«Se le pasará en seguida, creo», contestó mi cuñada. «Debe de haber tenido una pesadilla o un mal sueño y no consigo despertarla».
Le pregunté cuánto tiempo llevaba llorando la niña.
«Oh, un rato antes de que entraras tú. No suele portare así. Normalmente tiene un sueño profundo».
Volví a ofrecer mi ayuda en caso de que fuera necesario y regresé a mi habitación. Al poco, la pequeña J. se calmó y se quedó dormida.
¿Era una coincidencia la pesadilla en trance de mi sobrina? Quizás era que yo necesitaba otra técnica de oración.
Hubo muchas otras incidencias semejantes, si bien todas ellas con el mismo patrón, cuando intentaba el método convencional y aceptado de oración.
Sin embargo, los resultados son más halagüeños en relación con el cielo y el infierno. Están en algún punto del Escenario II, si es que existen.
Según se dice, en los viajes no físicos al Escenario II a menudo hay una «capa» o zona que debe atravesarse. Al parecer, se trata de la parte del

Escenario II más próxima y relacionada con el Aquí y Ahora. Es un océano negruzco donde el menor movimiento atrae a seres acechantes y martirizantes.

Es como si uno fuera el anzuelo echado en esta área inmensa. Moviéndose despacio y sin reaccionar ante los «peces» curiosos que venían a investigar, puede atravesarse sin mayores incidentes. Un movimiento más violento y defensivo provoca que los más excitados moradores de la zona se precipiten a morder, tirar, empujar y golpear.

¿Podría ser esto los linderos del infierno? Es fácil concluir que una penetración pasajera de esta «capa» más cercana traería a la mente como habitantes principales «demonios» y «diablos». Parecen infrahumanos y, sin embargo, poseen una capacidad evidente de actuar y pensar independientemente.

Quiénes y qué son? No lo sé. No me he tomado la molestia de permanecer allí el tiempo suficiente para averiguarlo. Sólo mediante reiterados ensayos y errores llegué a descubrir el método para atravesar la zona con relativa paz.

En estos mundos donde los pensamientos no sólo son cosas, sino que lo son todo, incluido uno mismo, los defectos y cualidades son determinantes. Un asesino despiadado puede acabar en esa parte del Escenario II donde todos son como él. Ciertamente, esto debe ser el infierno para personas así, porque no hay víctimas inocentes e indefensas.

Proyectando esto hacia fuera empiezan a distinguirse múltiples variaciones. El destino en el cielo o el infierno del Escenario II parece obedecer completamente a la configuración de las más profundas y constantes (y quizás inconscientes) motivaciones, emociones y tenencias de la personalidad. Las más consistentes y fuertes actúan como aposentadoras al entrar en este ámbito.

Estoy seguro de esto porque siempre ha funcionado así cuando he viajado no físicamente por el Escenario II.

Funciona así con independencia de lo que uno quiera. El más mínimo deseo en un momento inoportuno o una emoción profunda de la que no se era consciente desvían el viaje en «esa» dirección.

Algunos de los destinos resultantes han revestido para mí todos los aspectos del infierno. Otros podrían considerarse el cielo. También hay algunos que en la práctica presentan sólo ligeras diferencias con nuestras actividades en el Aquí y Ahora.

Por lo tanto, ¿qué pasa si el Escenario II parece tener partes del infierno y no está suficientemente a la altura de nuestras nociones del cielo? ¿Dónde buscar orientación? ¿Dónde están el Dios y el cielo a que rendimos culto? ¿Se me escapa algo?

Y, sin embargo, en ocasiones, ocurre periódicamente un suceso muy inusual al visitar el Escenario II. Idéntico suceso con independencia del lugar en el que se encuentre el Escenario II.

En medio de cualquier actividad normal hay una Señal distante, casi como trompetas heráldicas. Todo el mundo se toma tranquilamente

la Señal y, al oírla, deja de hablar o hacer lo que pudiera estar haciendo. Es la Señal de que Él (o Ellos) está
atravesando Su Reino.
Nadie se echa al suelo ni se arrodilla. Al contrario, mantie
nen una actitud de lo más natural. Es algo a lo que están acostumbrados, y cumplir con el rito tiene preferencia sobre cual
quier otra cosa. Sin excepciones.
Al oír la Señal, cada cosa viviente se tumba (mi impresión
es que sobre la espalda, arqueando el cuerpo para levantar el abdomen, no los genitales, con la cabeza ladeada; así no le ven cuando ti pasa). El objetivo parece ser formar una carre
tera viviente por donde Él pueda viajar. He oído que Él selecciona de vez en cuando a alguien de este puente viviente,
alguien de quien no vuelve a saberse nunca jamás nada. El objeto de levantar el abdomen es expresar la fe y la sumisión
completa, pues el abdomen es la parte más vulnerable del cuerpo o la parte que puede sufrir daños más fácilmente. Según pasa El, no hay movimiento ni pensamiento. Todo es momentáneamente inmóvil, pleno y completo mientras Él pasa.
Las ocasiones en las que he podido experimentarlo me he tumbado igual que los demás. En esos momentos era inconcebible el pensamiento de hacer cualquier otra cosa. Él pasa acompañado de un potente sonido musical y una aura de fuerza vital radiante e irresistible que alcanza su máximo cuando está encima y se desvanece a medida que se aleja. Recuerdo que una vez me pregunté qué me ocurriría si Él descubriera mi presencia como visitante temporal. No estaba seguro de querer averiguarlo.
Una vez que Él ha pasado todo el mundo se levanta y reanuda sus actividades. El caso ni se menciona ni se comenta ni se vuelve a pensar en él. Es un hecho completamente aceptado como parte de la vida; aquí es donde reside la mayor y más sutil diferencia. Es un acto tan normal como detenerse ante un semáforo al llegar a un cruce concurrido o esperar en un paso a nivel cuando la señal indica que se acerca un tren; no hay motivo de preocupación y, sin embargo, se siente un respeto no expresado por la potencia que representa el tren que pasa. Además, se trata de un acto impersonal.
¿Es Dios? ¿Es el hijo de Dios? ¿Es Su representante?
He «ido» tres veces a un lugar indescriptible con palabras. No obstante, es esta visión, esta interpretación, la visita temporal a este «lugan> o estado del ser la que evoca el mensaje que hemos oído muy a menudo a lo largo de la historia de la humanidad. Estoy seguro de que esto puede formar parte del cielo tal como nuestras religiones lo conciben. También debe ser el nirvana, el Samadhi, la experiencia suprema que nos han contado los místicos de todas las épocas. Ciertamente, es un estado del ser, muy probablemente interpretado de manera diferente por cada persona.

Para mí era un lugar de paz absoluta y exquisita emoción. Era como estar flotando entre cálidas nubes suaves donde no hay arriba ni abajo, donde no existe nada como porción separada de materia. La calidez no es sólo interna, sino que forma parte de uno. La propia percepción se ve fascinada y abrumada por el Entorno Perfecto.
La nube donde se flota está bañada por rayos de luz de tonos y matices en

perpetuo cambio, todos buenos mientras uno se baña en ellos, mientras le pasan por encima. Rayos de luz de color rubí o algo más allá de lo que conocemos como luz, porque jamás había visto una luz semejante. Todos los colores del espectro iban y venían constantemente, nunca con brusquedad, proporcionando cada uno de ellos una diferente felicidad apacible o relajante. Es como estar dentro y formando parte de las nubes que rodean un atardecer eternamente resplandeciente y cambiar con cada variación de color vivo. Es como responder y absorber la eternidad de azules, amarillos, verdes y rojos y toda la sutil gama de tonos intermedios. Todos resultan familiares. Aquí se está a gusto. En la Casa.

Al atravesar despacio y sin esfuerzo la nube se escucha música alrededor. No es algo que se capte. Está allí siempre y se vibra en armonía con la música. Es mucho más que la música conocida. Son sólo las armonías, los delicados y dinámicos pasajes melódicos, los contrapuntos corales que evocan alli una profunda emoción incoherente. No hay ramplonería. Coros de voces humanas hacen eco en canciones sin palabras. Es como resonar en infinitas modalidades de cuerdas de todos los tonos de sutil armonía entrelazadas en temas cíclicos a la vez que en fuga. La música no procede de ninguna fuente. Está alli, envolvente, íntima, parte de uno; la música es uno mismo.

Es la pureza de la verdad de la que no se ha tenido más que un atisbo. Es el festín, y las diminutas exquisiteces degustadas allí hacen concebir esperanzas en la existencia del Todo. Aquí se colma la inefable emoción, anhelo, nostalgia y sensación de destino que se experimenta al contemplar las nubes de
poniente en Hawaii, al permanecer mudo entre los altos árboles que se mecen en el silencio del bosque, o cuando un pasaje o fragmento musical o una canción evocan recuerdos del pasado o inspiran una nostalgia ausente de recuerdos o cuando se echa de menos la patria, ya sea ésta una ciudad, un país, una nación o la familia. Uno es la Casa. Se está donde hay que estar. Donde siempre se debería haber estado.

Y lo más importante, no se está solo. Hay otros al lado o relacionados con uno. No tienen nombre ni se les percibe por su aspecto, pero se les conoce y se está unido a ellos por un gran conocimiento único. Son exactamente como uno mismo, son uno mismo y, del mismo modo, son la Casa. Se les siente como suaves ondas eléctricas que pasan, como una totalidad de amor de la que todas las facetas que se hayan experimentado no son más que segmentos o porciones incompletas. Aquí es el único sitio donde la emoción no necesita ninguna expresión ni manifestación ostentosa. Se da y se recibe como un acto automático, sin esfuerzo. No existe la necesidad. Desaparece la «condescendencia». El intercambio fluye con naturalidad. No hay conciencia de las diferencias de sexo, cada uno como parte del todo es a la vez masculino y femenino, positivo y negativo, electrón y protón. El amor hombremujer va y viene, padrehijohermanoídolo, idilio e ideal, todo ello interactúa en suaves ondas dentro, en y a través de cada uno. El equilibrio es perfecto porque se está donde hay que estar. Uno es la Casa.

Dentro de todo esto, aunque sin formar parte de ello, se es consciente de la fuente de toda la existencia individual y de la inmensidad que rebasa la capacidad personal de percibir y/o imaginar. Aquí se sabe y se acepta fácilmente la existencia del Padre. El auténtico Padre. El Padre, el Creador de todo cuanto existe o ha existido. Cada uno es una de sus innumerables

creaciones. Cómo o por qué, no se sabe. No importa. Se es feliz sencillamente por hallarse en el Sitio Idóneo, donde se está verdaderamente a gusto.

Ninguna de las tres veces que fui Alli regresé voluntariamente. Volví triste y a mi pesar. Alguien me ayudó a regresar. Y cada vez que lo hice sufrí durante varios días una intensa soledad y nostalgia. Me sentía igual que un extranjero en una tierra desconocida donde las cosas no estaban «bien», donde todo y todos eran muy distintos y muy «malos» en comparación con la mía. Una punzante soledad, nostalgia y algo semejante a la añoranza... No he vuelto a querer ir Allí.
¿Era el cielo?
Una vez traté de simular Allí en este mundo. Me acordé de cuando era niño nadando en una piscina iluminada con luces de colores bajo el agua. Recordé incluso qué piscina era en concreto.
Como en nuestra casa de campo teníamos una piscina, me puse manos a la obra. Instalamos luces de colores bajo el agua. Por más que lo intenté no conseguí los tonos intensos que recordaba. Hacía falta mucha potencia. Además, pusimos un altavoz bajo el agua para poder escuchar música del equipo de casa estando sumergidos. Funcionó bastante bien. Pero no era Allí ni de lejos.
Otra cosa curiosa. Al visitar aquel lugar de mi infancia, la piscina que yo recordaba, resultó que no tenía luces de colores bajo el agua. Nadie, ni siquiera los amigos de entonces que habían nadado conmigo en la piscina, recordaban que la piscina hubiera tenido jamás luces de colores bajo el agua. ¡Realidad, realidad!

9 ANGELES Y ARQUETIPOS

Uno de los mayores enigmas de todo este asunto es que alguien (tal vez más de uno) ha estado ayudándome de vez en cuando con mis experimentos. Quizás están todo el tiempo conmigo y no me doy cuenta. No sé quiénes son esos «ayudantes» ni por qué me están ayudando.
Desde luego, no parece que sean ángeles custodios, sino que más bien podría interpretarlo como una personalidad de orientación más convencional. No siempre responden cuando necesito ayuda, ni atienden siempre mis oraciones. A veces han sido la angustia mental y los gritos lo que me los han acercado. Muy a menudo me han ayudado cuando no se lo he pedido o al menos cuando no he sido consciente de haberlo hecho. Su apoyo parece ser más decisión suya que mía.
Rara vez se muestran «amistosos» en la acepción normal del término. Sin embargo, en sus actuaciones para conmigo hay un inequívoco sentido de comprensión, conocimiento y determinación. Noto que no quieren hacerme daño, por lo que me fío de sus orientaciones.
Gran parte de la ayuda me la han proporcionado sutilmente. Por ejemplo, las «manos» que me empujaron cuesta arriba hasta la casa del doctor Bradshaw estaban ayudándome a conseguir lo que deseaba. No vi quién estaba ayudándome, sin
embargo, un poco antes vi a alguien sentado como un yogui, con túnica y

turbante. ¿Sería el «ayudante»?
En el capítulo 10 el hombre de la túnica con ojos y rostro cautivadoramente familiares que respondió a mi angustiosa petición cuando yo estaba tratando de librarme de los «parásitos» no hizo mucho caso de mi malestar emocional. Sin embargo, estaba claro que había acudido en mi ayuda. Había venido a resultas de mi problema. De todas formas, no pronunció palabras de consuelo ni trató de calmarme o apaciguarme.
Nunca vi en el Escenario II al ayudante que me llevó cuando fui a visitar al doctor Gordon. Noté sus manos y oí su voz, pero nada más. Lo mismo puede decirse del que, una semana después, comentó que yo ya había efectuado el viaje cuando me proponía a efectuarlo otra vez. Hay una especie de aceptación intrínseca de la ayuda sin cuestionarla. Raramente se me ha ocurrido volverme en esos momentos para identificar al ayudante. Parece una cosa bastante natural.
Los dos jóvenes que me llevaron al piso después de la sesión de espiritismo no parecen encajar dentro de esta categoría. Estaba claro que no habían acudido más que para hacer lo que hicieron. Esto lleva a otra particularidad. De todos los «ayudantes» de quienes he obtenido algún rasgo de identificación que fuera repetible, sólo a uno he podido identificar la segunda vez.
En mi visita a Agnew Bahnson en el Escenario II alguien me sostuvo para que le viera. Noté claramente las manos que me tomaban por los costados con suavidad y firmeza. Esas mismas manos no podían haber sido más vívidas cuando me hicieron dar media vuelta para que me marchara, como cuan do se hace de lazarillo de una persona ciega. Fue otro caso de un ayudante que respondía a un deseo concreto por mi parte.
Nadie vino en mi ayuda cuando tuve pánico, grité y recé junto a la barrera en mi viaje de regreso. Nadie vino en mi ayuda cuando aquellos entes se rieron de mí y me atormentaron.
Nadie vino en mi ayuda cuando fui atacado tan salvajemente

por los seres. O, mejor dicho, no fui consciente de que nadie viniera. ¿Qué diferencia hay? ¿Cómo deciden «ellos» cuándo ayudar y cuándo dejarme solo? No lo sé.
Y, sobre todo, ¿quién insistió calladamente en que yo regresara al cuerpo físico cuando vagaba en aquella dicha aparentemente eterna? No sé si dar las gracias o entristecerme por esa ayuda en concreto.
No incluyo al «huésped» (capítulo 12) entre esos «ayudantes», aunque quizás lo sea. Es uno de los que no tendría dificultad en reconocer si volviera a verlo. Fue diferente porque me produjo una impresión de cálida amistad y compañerismo, aunque en cierto sentido no era igual que yo. Era mayor y más sabio que yo en otros campos. Fue diferente en el sentido de que se presentó y me ofreció su ayuda. Una de las raras ocasiones en que la decisión fue mía.
Curiosamente, las otras veces que necesité ayuda urgente no apareció nadie, por ejemplo, en las duras experiencias en que parecía estar en el cuerpo físico de otra persona (capítulo 12). A primera vista es la situación más seria necesitada de ayuda inmediata. Las notas siguientes no muestran ningún indicio de nada aparte de mis propios esfuerzos. Tampoco hay pauta alguna.

He aquí varios extractos de mis notas que pueden ilustrar algunos puntos oscuros acerca de los «ayudantes».

14/9/58
Al caer la tarde, en el porche, en plena relajación. Vibración inmediata de alta frecuencia. Experimento con saliry entrar del cuerpo físico. Una de las veces tengo dificultades para regresar. Dos manos me tomaron por las caderasy me colocaron en la postura adecuada. Se lo agradecí mentalmente, pero sin saber quién era.

18/3/62. Tarde
E. W. estaba de visita y ambos decidimos echarnos un poco antes de la cena, a eso de las cinco de la tarde. Lo hicimos en habitaciones contiguas.
Nada más acostarme oí voces y me sonaron a como si E. W estuviera discutiendo algo con otra persona. En ese momento pensé que estaba oyéndole físicamente hablar con la otra persona en el pasillo (E. W me contó que se había dormido en seguida, sin hablar con nadie antes, y que no recordaba nada de eso).
En cuanto oí el murmullo de esta conversación salí de mi cuerpo y una voz me habló por encima del hombro.
«Si crees que debes saber, me figuro que tendré que contártelo».
Diciendo esto, alguien me tomó del brazo y yo me dejé llevar. Viajamos durante un largo trecho y llegamos a una casa a oscuras. Tuve la impresión de que era un club, fraternidad o sede de alguna otra cosa por el estilo. En una sala a mano derecha había unas personas en silencio y me pareció saber que había más en algún sitio de la parte de arriba.
Mientras esperaba se puso a funcionar algo parecido a un proyector de 16 mm y vi un cuadro de luz blanca en una pared o pantalla, como en el cine. Tenía escrito este mensaje a mano:

«Para obtener resultados parapsicológicos puros
tome seis gotas de un producto químico
en un vaso de agua».

Esto me intrigó, por lo que me acerqué al proyector para rebobinar volver a leer el mensajey cerciorarme así de que lo había leído bien. Busqué en vano el botón de rebobinado. (Para entonces la imagen ya había desaparecido). Después vi una película desenrollada en el suelo y pensé que se había roto el mecanismo por toquetearlo. Esto me puso nervioso y regresé a mi cuerpo para evitar problemas, lleguéy volví a entrar con facilidad.

3/5/60
Estaba acostado, plenamente consciente, y las vibraciones eran como una sensación cálida si mantenía los ojos cerrados. Estaba a punto de salir de mi cuerpo cuando dos manos me pusieron un libro delante de los ojos cerrados. Pasaron las hojasy le dieron la vuelta por todos lados para que yo pudiera ver que se trataba de un libro. A continuación el libro se abrió y me puse a leer. El meollo de lo que leía consistía en que para evocar

voluntariamente una situación había que recrear la sensación de una

experiencia similar en el pasado (es decir, parte de un recuerdo). Me quedé con la idea de que lo importante, más que los detalles, era la sensación. Se daban varios ejemplos y después el libro se fue haciendo borroso a medida que cesaban las vibraciones, de tal forma que, por mucho que quisiera, no pude seguir leyendo. Hasta que me incorporé en mi cuerpo físico y tomé notas.

9/3/59. Noche
Estaba acostado en plenas vibraciones. Sumergido en una oscuridad especial podía «ver» con los ojos cerrados, un punto empezó a brillar como si las nubes se abrieran, se retiraran y quedara despejado, hasta que me llegó un rayo de luz blanca desde algún lugar situado encima de mi cabe
(Todavía podía oír los ruidos de la actividad de la familia en la casa y era plenamente consciente del espaciotiempo. Todavía estaba en casa y plenamente consciente).
Me animé, pero procuré conservar la calma. En el centro del rayo blanco, justo donde tocaba las nubes, se veía una pequeña cumbre montañosa. Hice acopio de fuerzas y pregunté por la respuesta fundamental a mis preguntas básicas. No sé por qué lo hice, pero me pareció que era lo que debía hacer. Una voz sonoray profunda contestó (aun cuando no era una vol y mucho menos mi mente conciente, mientras yo aguardaba expectante).
«Estás seguro de que quieres saberlo?». La vozprocedía del rayo de lut.
Respondí que estaba seguro.
«Eres lo suficientemente fuerte como para aceptar las respuestas ver daderas?». Había poca entonación y ninguna emoción en sus palabras.
Respondí que creía que sí. Esperéy me pareció que pasó mucho tiem po hasta que la voz volvió a hablar.
«Pide a tu padre que te cuente el gran secreto».
Empecé a preguntar lo que debía, pero alguien de la familia subió por las escaleras haciendo ruido y dio la luz del pasillo. El rayo de luz blanca se esfumó al oírse el interruptor, por más que intenté retenerlo, y las nubes grises se tornaron negras. Cuando las nubes se hubieron disipado por completo abrí los ojos. (No hubo transición entre la «visión» del Sueño y la vigilia. Según todos los indicios, yo había permanecido despierto todo el rato). Fue una experiencia importante, pero no puede clasificarse como fuera del cuerpo.
A partir de entonces he explorado en dos direcciones. He tratado en vano de recrear la experiencia. He escrito a mi padre físico, que todavía estaba vivo' muy interesado en estos asuntos. Le planteé la cuestión sin mencionar la fuente. Me contestó con evasivas, diciéndome que quizás había unas cincuenta respuestas y preguntándome cuál quería. El otro (padre» también está pendiente de darme la respuesta.

15/3/59. Noche
Esto es lo que pasó a continuación. Mientras yo estaba acostado en proceso de relajación repetí mentalmente las palabras: «Padre, guíame. Cuéntame el gran secreto, padre». Al poco rato se produjo un repentino apagón y me encontré en una sala con vigas en el techo. Salí de la casa y eché a andar por una plataforma a una especie de convoy en espera (como un tren), después me detuve y di media vuelta. Alguien me había llamado.

A mi lado había una mujer alta, delgada, de piel más bien oscura, con una túnica o vestido largo y recto. Mi primera impresión fue la de que era una mujer negra con rasgos corrientes, cabello oscuro y liso y arrugas en la frente. A juzgar por la descripción me doy cuenta retrospectivamente de que podía haber sido egipcia o de Oriente Medio, pero no oriental, como debería haber advertido por la forma de los ojos.
Me dijo que había hecho algo mal, en el sentido de equivocado más que malvado. Le pregunté de qué se trataba y dijo que ya me lo diría. Entonces empezamos a movernos y rodeamos un gran edificio. Entramos en un gran patio adoquinado. Nos detuvimos y fue tal como si estuviéramos viendo una película a tamaño natural en color y en tres dimensiones.
A mano izquierda había un grupo de personas que daban impresión de autoridad. A mano derecha, tendida en el patio, había una niña de cabellos oscuros y de unos doce o trece años. Parecía atada o inmovilizada de alguna forma. Yo formaba parte de la escena al mismo tiempo que la observaba con la mujer. Notaba todos «mis» actos y emociones en la escena.

Los hombres de autoridad dijeron al «Yo» en la escena que debía relatar ciertos actos dañinos con la niña. El creía que no y la niña le suplicó que no lo hiciera. Dio la espalda a las autoridades para evitar ejecutar sus órdenes. Las autoridades permanecieron imperturbables, especialmente ante las lágrimas de la niña. Dijeron que si él no realizaba los actos requeridos no tardarían en venir otros a hacerlo en su lugar. Añadieron que para la niña sería mejor que realizara este acto él en vez de otros, que eso sería menos dañino para ella. El «Yo» de la escena dio media vuelta de mala gana y cumplió las órdenes de las autoridades. Momentos después la mujer me sacó del patio y regresamos a la plataforma. (En cuanto salimos perdí contacto con el «Yo» de la escena).
«z Comprendes ahora?», preguntó ella.
Contesté perplejo que no y ella me miró fijamente, con cierta tristeza, y dio media vuelta. Como no sabía qué hacer pensé en el cuerpo físico, me costó mucho tiempo regresar. ¿Quién era la mujer? Cuál era el gran secreto?
Mirando a la propia historia de mi vida aquí, estoy empezando a saberlo.

218/8/61. Tarde
Otra vez las manos y el libro. Esta vez en el despacho. Tres de la tarde, lluvioso, clima húmedo, si eso importa algo. Estuvieron presentes las vibraciones, completamente consciente y despierto. Lo comprobé abriendo varias veces mis ojos físicos y mirando el reloj. El paso del tiempo era el normal.
Las manos volvieron a colocar el libro ante mis ojos. Le dieron la vuelta, pasaron las páginas y lo sostuvieron en muy diversas posiciones con movimientos explícitos para asegurarse de que yo me daba cuenta de que era un libro. Pensé en intentar ver el título al final del libro y me lo mostraron al instante, pero la letra era demasiado pequeña o yo demasiado miope. Por más que lo intenté no pude leerlo.
Hasta que desistí. Entonces el libro se abrió y vi ambas páginas impresas. Intenté leerlo otra veza pero estaba borroso. Por fin sugerí mentalmente que podría leerlo yendo letra por letra. En respuesta saltó una letra de una línea y la vi pasar volando. Leí y releí con gran dificultad hasta que
pude formar cuatro palabras: «Evocar seres infelices mediante...». Seguí

intentando leer más y me concentré al máximo, pero eso sólo lo puso más dificil. Me fijé en las grandes nubes panzudas encima de mí y eso me distrajo. Había escampado. Estaba aclarando. Yo quise salir y subir al cielo entre montarIas y valles. En esto, empecé a elevarme despacio.
Las manos cerraron el libro, se lo llevaron] se me vino a la cabeza un pensamiento tolerante, divertido y amistoso: «Bueno, si la ascensión es tan buena, a por ella». Era como si un maestro hubiera cedido por el momento en el intento de mantener la atención de un niño demasiado inquieto para concentrarse.
Ascendí a través de la puerta, hacia el cielo, lo pasé maravillosamente entre las nubes y retorné sin incidentes dignos de mención. (Las nubes seguían allí una vez que me hube incorporado físicamente, tal como las había experimentado, aun cuando al iniciar el experimento estaba nublado).
Tal vez algún día se identifiquen los «ayudantes». Sospecho que la respuesta puede ser sorprendente.

10 ANIMALES INTELIGENTES

Los testimonios son concluyentes a lo largo de la historia de la humanidad. Hay demonios, espíritus, duendes, trasgos y diversos entes infrahumanos revoloteando siempre alrededor de las personas para amargarles la vida. ¿Son mitos? Alucinaciones? Supongamos por una vez que no desdeñamos el tema antes de considerarlo serenamente. Quizás todas esas cosas sean sólo producto de la imaginación. La cuestión es de dónde saca la imaginación estos seres. Los siguientes fragmentos de las notas ofrecen varias posibilidades.

18/4/60. Mañana
Estoy tumbado en el sofá a eso de las diez y empiezo la relajación fraccional. La habitación está inundada por la luz de la mañana. A mitad del segundo conteo comienzan las vibraciones. Tras un momento de «sintonización» (con la mandíbula) abro los ojos físicos para ver si las vibraciones continúan. Así es. Con los ojos físicos abiertos decido probar a «salir» para ver qué le ocurre a mi visión. El reloj de pared está a la vista. Mi orientación temporal es normal según el minutero. Me hallo a unos treinta centímetros por encima del cuerpo físico cuando veo un movimiento por el rabillo del ojo. Caminando junto a mí hay un cuerpo de aspecto humano. (Sólo distingo la mitad inferior por la posición en que tengo la cabeza, mirando hacia la derecha). Está desnudo, sin ropa, y es
varón. Por el tamaño representa unos diez años, como un metro de altura, piernas flacas, vello púbico escaso y genitales sin desarrollar.
Tranquilamente, como si fuera un acto cotidiano, como un chico cuando monta su caballo favorito, me echa una pierna por la espalda y se sube encima de mí. Noto sus piernas en la cintura y su pequeño cuerpo apretado contra mi espalda. Estaba tan sorprendido que no me dio ni miedo (quizás también debido a su tamaño). Esperé rígido y mirando de rejo. Por mi derecha vi su pierna colgando encima de mi cuerpo, a medio metro. Parecía una pierna perfectamente normal de un niño de diez años.
Yo seguía flotando por encima de mi cuerpo físico y me pregunté cauteloso quién y qué era esto. «El» parecía totalmente ajeno al hecho de que yo

hubiera notado su presencia o, si es que se había fijado, no le importaba lo más mínimo. Pensé que no quería enfrentarme con él en un medio en el que se encontraba más cómodo que yo, de modo que retrocedí en seguida al cuerpo física, terminé con las vibraciones y me puse a escribir estas notas.
No sé lo que era. Lo único que sé es que no tuve valor para volverme' mirarle (si hubiera podido). Tenía forma humanoide pero, pensándolo ahora, no daba la impresión de poseer inteligencia humana. Parecía más bien un animal o algo intermedio. Me tomé como un insulto la tranquilidad con que se había presentado y se me había subido a la espalda. Parecía confiar en no ser detectado, quizás por la larga costumbre de convivir con seres humanos para los que era invisible. Si era una alucinación, era una imagen muy real, a plena luz del día, con el minutero del reloj de pared en movimiento.

28/4/60. Noche
En mi despacho, hacia las siete y media, efectúo el procedimiento de cuenta atrás y las vibraciones surgen sin problemas. Empiezo a salir con precaución cuando noto que algo se me sube a la espalda. Me acordé del sujeto pequeño de la otra vez y no tengo ningunas ganas de ir a ninguna parte con alguien colgado a la espalda. Dejo que sigan las vibraciones y alargo el brazo para agarrarle de la pierna, sin saber si mis manos no físicas lo atravesarán. Cuál no sería mi sorpresa cuando tocaron algo. Por la consistencia parecía carne, con el calor corporal normal y algo gomosa; parecía estirarse.

Tiré y, cuanto más tiraba, más se estiraba. Hasta que tiré tanto que me lo quité de la espalda, salvo una pierna que parecía estar debajo de mi cuerpo. Finalmente también la aparté, y después lo empujé todo contra la estantería que estaba al lado del sofá. (Parecía estar muy vivo).
Quería volver a subirse encima de mí y yo tuve que apartarlo. Forcejeamos (por su parte no había malicia, sólo quería volver a subirse encima de mi) y me entró un poco de pánico. Yo me puse otra ved encima de mi cabeza. Pensé en prender cerillas para intentar quemarle, hacer algo, lo que fuera. Pero no había manera de impedirle que se subiera encima de mí hasta el momento en que volví a entrar en mi cuerpo físico.
Como había comentado el último episodio con varias personas seguí sus instrucciones. Procuré conservar la calma, pero no fue fácil. Me santigüé varias veces, pero fue en vano. Repetí fervientemente el Señor Mío, Jesucristo, pero tampoco le disuadió. Entonces grité pidiendo socorro.
En el momento en que estaba tratando de echar mano al primero se me subió otro a la espalda. Teniendo agarrado al primero con una mano, alargué la otra y me quité al segundo de encima y floté en medio del despacho con uno en cada mano, pidiendo socorro a gritos. Los miré bien a ambos y, mientras lo hacía, se transformaron en sendos facsímiles de mis dos hijas (¡los psiquiatras se lo habrían pasado bien con esto!). Me di cuenta al momento de que era un camuflaje deliberado por su parte para producirme confusión emocional e invocar el amor a mis has y así evitar que les hiciera daño a ellos.
En cuanto comprendí su estratagema ya no parecieron mis has. Desesperado por hallar una solución, pensé en el fuego, lo que pareció ayudarme un poco. Sin embargo, me dio la impresión de que ambos se estaban divirtiendo, como

si yo no pudiera hacerles daño. Yo ya estaba llorando a falta de socorro. Entonces vi por el rabillo del ojo que se acercaba alguien más. Al principio creí que era otro de ellos, pero éste era claramente un hombre. Se detuvo a corta distancia y contempló la escena con expresión seria. Le miré bien. Para empezar, los ojos me resultaban muy familiares, claros y un poco hundidos. Me recordaban a un primo por parte de padre. Tenía el pelo muy corto, con entradas en las sienes, estaba casi calvo. Vestía una túnica oscura hasta los tobillos. No pude verle los pies.

Mi primera reacción fue que había venido en ayuda de los «entes», lo que me asustó aún más. Estaba llorando todavía cuando se nos acercó despacio; yo estaba arrodillado, con los brazos extendidos y uno de los dos pequeños seres en cada mano. El hombre estaba muy serio, no me dio nada, ni siquiera me miró. Dejé de forcejear cuando se acercó y caí de rodillas pidiéndole ayuda. Sin dignarse a mirarme, cogió a los dos pequeños seres, se puso uno en cada brazo y les miró. Mientras los sostenía así ellos parecieron calmarse y se relajaron, dejando caer el cuello y las extremidades.
Agradeciéndoselo entre lágrimas, me moví hacia el sofá y entré en mi cuerpo físico, notando todavía las vibraciones, y me incorporé' miré a mi alrededor. La habitación estaba vacía.
Tras reflexionar durante veinticuatro horas sobre este hecho llegué a ciertas conclusiones. Cabe la posibilidad de que todo haya sido una alucinación o un sueño superpuesto a mi plena consciencia. En tal caso comprendo la gran dificultad de los paranoicos a la hora de decidir qué es la realidad. Si se trata de símbolos, son bastante evidentes. Los entes que me rodean no son más que productos míos. Verlos como mis has es bastante dificil de interpretar de otra forma que no sea la de demostrar que son mías (las he creado yo, son mis has). Por lo tanto me pertenecen, y no son ni buenas ni malas. Aún no sé lo que son. ¿Son partes disociadas de mí, o entes que he creado a partir de las pautas de pensamiento habituales? ¿Qué hago con ellas? ¿Qué representa el hombre de la túnica? Me costó más de veinticuatro horas entender esto. No obstante, la próxima ved si la hay, desde luego trataré de tener mayor objetividad, menos miedo y un método analítico.

21/5/60. Noche
Estaba acostado y profundamente relajado en mi dormitorio a primera hora de la noche. Las vibraciones comentaron regularmente y no tardé en notar la pequeña pierna encima de mi cuerpo (no físico, supongo). Noté el pequeño cuerpo colgado a mi espalda. Alargué con cuidado el brazo y noté la pequeña espalda sobre la mía. Le di una suave palmada en el hombro (con intención de hacerme entender) y retiré cuidadosamente el pequeño cuerpo y lo aparté de mí. Esperé, pero no volvió ni intentó acercarse. Como no quería tentar a la suerte regresé al cuerpo físico, me incorporé y tomé estas notas.

27/5/60. Noche
Tras elevarme, volví a notar uno de esos entes gomosos en la espala. Sin mediar palabra ni gesto alguno, sólo el pequeño y cálido cuerpo colgado de mi espalda. Esta vez no me asusté mucho y conseguí quitármelo de encima despacio. Mientras tiraba de él pedía ayuda a Dios (ante la insistencia de varias personas con mayores inclinaciones quejo). Otra vez la cosa se estiró

mientras yo tiraba de ella y no llegó a irse del todo. Me acordé del pensamiento visualizado del fuego! de que no me había sido de mucha utilidad, aunque sí había ayudado un poco. Esta vez me puse a pensar en la electricidad. Visualicé dos pedazos de cable de alta tensión. Los pegué mentalmente al costado del ente del que había tirado. La masa se encogió al instante, se quedó como desmadejada y pareció morirse. Simultáneamente, una cosa semejante a un murciélago pasó chillando al lado de mi cabeza y salió por la ventana. Tuve la sensación de haber ganado. Me sentí muy aliviado y regresé al cuerpo físico, me reintegré y me incorporé ricamente).

25/8/60. Noche
Volvió a suceder en este viaje. Mientras yo me desplazaba se me adhirieron varias «cosas» a distintas partes de mi cuerpo (no físico). Digo cosas porque estaba en la oscuridad más absoluta y era imposible ver nada. Parecían casi como pececillos, de unos veinte a treinta centímetros, y se adherían como los peces parásitos «chupadores» en el mar. Me los quité de encima y los aparté lo mejor que pude, pero volvían inmediatamente (ellos mismos u otros). No eran malos, simplemente molestos. Al final tuve que regresar al cuerpo físico para librarme de ellos.

3/ 11/61. Noche
He descubierto algo nuevo con respecto a los «chupadores». Forman casi como un banco, a veces hay que atravesarlo, aunque la mayoría de las veces no es así, o se va tan rápido que pasa desapercibido. Esta vez me detuve justo en medio del banco mientras los <peces» empezaron a apiñarse alrededor, atraídos por mi presencia. En lugar de reaccionar como antes, me limité a esperar totalmente inmóvil. Momentos después se soltaron y se fueron. Después no hubo nada, únicamente oscuridad. Empecé a moverme ly volvieron otra ved! Esta ved me moví despacio. Volvieron uno o dos, pero nada más. Entonces ascendí y proseguí el viaje a otros lugares. Era como si yo fuera el cebo en un océano de peces.

13/7/60
Esto debe constar, pues quizá tenga alguna utilidad. En la habitación de un hotel en Durham, entrada la noche, con mi esposa acostada a mi lado. Estaba a punto de dormirme cuando sentí a alguien o algo en la habitación. Sin saber muy bien lo que estaba pasando al principio, salté de la cama para defender a mi esposa y a mí. Fui atacado de inmediato por algo que no pude ver en las tinieblas. Peleaba coma un animal, es decir, intentaba morder y arañar. Estuvimos una eternidad peleando en tres dimensiones por la habitación. No podía ver en la habitación a oscuras (z o tenía los ojos cerrados?) y tuve que empeñarme para acercarme paso a paso a la ventana y echarlo por ella. Al parecer, no tenía rasgos ni inteligencia humanos. Era una especie de animal de un metro y medio, como un perro grande.
Junto a la ventana, una ve. liberado de él, me volví y caí en la cuenta por primera ved de que no estaba en el cuerpo físico. (¡Atravesaba con la mano la ventana cerrada!). Floté sobre la cama y vi dos cuerpos acostados debajo de las mantas. Me acerqué hasta el reloj de la mesilla j pude ver por las manecillas fosforescentes que eran las tres menos veinticinco. Recordé que estaba muy cerca de la mesilla de noche, floté por encima de ella, descendí,

giré y volví «dentro». Me incorporé físicamente y vi que la habitación estaba en calma, a oscuras y vacía. Miré el reloj de la mesilla. Marcaba las tres menos veintidós.

27/10/60. Noche
Me acosté cansado, tarde, y hacia la una y media me propuse mentalmente no tener «actividades». Cuando estaba empezando a dormirme (sin pérdida de consciencia, sin constancia de separación del cuerpo físico, aunque poco antes experimenté una sensación de liberación), algo me

atacó. Al parecer, no tenía personalidad. No logré verle, pero sabía que era increíblemente malo porque quería «quitarme» algo mío que exigía librarse antes de «mí» (no necesariamente del «Yo» físico, sino del «Yo» que podía actuar independientemente del físico).
Esta pelea no fue como esquivar a un animal. Fue una pelea sin cuartel, silenciosa, terroríficamente rápida, con el otro al acecho de cualquier debilidad por mi parte. Al principio no me empeñé a fondo porque estaba aturdido. Me limité a defenderme. Sin embargo, la «cosa» contra la que luchaba parecía moverse de un centro nervioso a otro, y algunas de las presas que me hacía eran espantosas. Sabía que si no contraatacaba perdería, y perder equivalía a perder la existencia. Entonces me puse a contraatacar con la misma intensidad, salvajemente y con desesperación. La cosa conocía mis puntos débiles y los explotaba. Estuvimos horas peleando, y poco a poco se fue adueñando de mí la idea de que podía perder. Me di cuenta de que aquello no podía durar siempre y de que de algún modo estaba fuera del cuerpo físico. Sin d jar de pelear orienté la batalla en dirección a mi cuerpo físico. Cuando estaba muy cerca, justo encima de él, me dejé caer (dentro». Fue la única manera que se me ocurrió para acabar aquella pelea sin perder.
Abrí los ojos ('sicamente) y me incorporé. La habitación estaba en calma y vacía. La ropa de cama estaba intacta, de manera que estaba claro que no se había producido ningún movimiento físico. Mi esposa dormía tranquilamente a mi lado. Me levanté, anduve por la habitación y me asomé al pasillo. Todo parecía normal.
Podría haber sido un sueño. En tal caso, había sido muy vívido, y desde luego no había seguido el patrón habitual de los sueños que yo solía tener. (Hace mucho que he llegado a reconocer los sueños del tipo pura liberación, refl jo de las tensiones de la jornada o de inquietudes interio res antiguas, con aire semejante a conversaciones múltiples o parloteos incomprensibles). El dormitorio como escenario de los hechos más el con trol consciente de la misma redundan en negar que se tratara de un sueño.
Practiqué unos veinte minutos de relajación. Lógicamente, no me ape tecía nada intentar dormirme otra ved No quería reanudar la pelea. No sabía cómo evitarla. Probé la que me pareció única respuesta posible. (La alternativa era pasar la noche en vela, pero estaba agotado). Me acosté y repetí: «Mi mente y mi cuerpo están abiertos únicamente a fueras constructivas; en el nombre de Dios voy a dormir tranquilamente». Así fue, y me desperté por la mañana a la hora acostumbrada. Antes de quedarme dormido había repetido la frase veinte veces como mínimo.

El empleo de frases semejantes es indicio de la seriedad y preocupación que

sentía en esos momentos; quienes me conocen bien saben que yo necesitaba pedir ayuda y protección de esa manera. A decir verdad, no tenía otro remedio. Y, echando la vista atrás, sigo sin ver qué otro método, lugar, persona, práctica religiosa (que me brindara seguridad), medicamento o cualquier otra cosa en mi conocimiento, experiencia o información podría haber garantizado una protección absoluta contra aquello que me atacó. Sin embargo, debe existir algo más que la mera autodefensa, aunque uno mismo no sepa lo que es. Era el mismo mecanismo defensivo que se utilizaría en caso de ser atacado de noche en la selva por un animal. Nadie se entretiene en buscar un método de lucha en medio de la refriega. Nadie se pone a averiguar quién es el atacante. En cuanto ataca el animal se lucha para salvar la vida con lo que se tenga a mano. Se lucha desesperadamente, sin pensar entonces en cómo ni por qué ni con quién. Quien es atacado sin que medie ninguna provocación sabe que el atacante no es bueno, de lo contrario no habría atacado de esa manera. La defensa es automática, instintiva, sin otra idea que la de la supervivencia, basada en la premisa de que es malo rendirse ante alguien o algo cuyas cualidades (ataque sin mediar provocación, deseo ciego de matar) se aborrecen. Es importante resaltar que las visitas de los «demonios» han sido raras desde entonces.

11 ¿DON O RESPONSABILIDAD?

Desde los primeros experimentos empezó a manifestarse un efecto secundario. No fue una actividad fuera del cuerpo como tal, sino que se produjo en los estados de relajación profunda anteriores a la separación. Normalmente se le llama «precognición». Esta «visión» solia tener lugar con independencia de mi voluntad mientras yo estaba acostado, con la mente aún relajada.

Empezaba con un susurro localizado en el lóbulo frontal y la sensación de un portillo rectangular girando hacia abajo sobre sus goznes en un ángulo de 45 grados. Dejaba ver un agujero redondo. Inmediatamente después veía y medio experimentaba un suceso o incidencia semejante a un sueño, porque yo seguía siendo consciente y dueño de mis sentidos. El sueño se superponía directamente a otros estímulos exteriores. Yo podía percibirlos ambos con nitidez. Pero ni podía ni puedo producir este efecto a voluntad. Surgía espontáneamente o lo impulsaba algún mecanismo no consciente.

Al principio no presté mayor atención a este fenómeno, atribuyendo las visiones oníricas a la liberación de material del inconsciente. Pero cierto hecho relevante me llamó mucho la atención. Es lo suficientemente importante como para sacarlo de mis notas y presentarlo aquí.

5/7/59

La «válvula» volvió a abrirse a primera hora de la mañana, y lo que vi me preocupó por lo vívido que era. Estaba a punto de subir a un avión comercial. En la puerta del avión me estaba esperando D. D., un hombre a quien conozco desde hace más de diez años. Monté en el avión y tomé asiento. Me di cuenta de que había muchos asientos y de que el avión estaba a punto de despegar, por lo que estaba seguro de que mi amigo también habría montado. Vi delante a un grupo que charlaba junto a la puerta con un joven negro que acababa de entrar. Estaban muy animadosy contentos por la llegada de este ultimo. Elgrupo lo formaban otros dos negros más mayores,

un hombre blanco mayory el joven negro. Cuando vieron que el avión se disponía a partir recorrieron el pasillo en dirección a sus asientos. Pasaron a mi altura y yo me incliné hacia adelante para ver si mi amigo montaba y se sentaba. Estaba a punto de levantarme para ir a ver cuando el avión empezó a moverse y me quedé sentado. El avión empezó a rodarpor la pista yyo me puse un poco tenso porque tardaba mucho tiempo en despegar. Hasta que por fin alzó el vuelo y sobrevolamos los bulevares (con sus curvas y cruces). Permanecimos a baja altitud, ya que el avión se elevó muy poco.
Momentos después oí hablar a la azafata por el sistema de megafonía. Dio que en unos minutos el piloto decidiría por cuál de las dos rutas llevaría el avión, la de la izquierda (dando vueltas) o la ruta por debajo del cable». Tras unos momentos de espera me di cuenta de que el avión había pasado por un determinado punto (por una ciudad a baja altitud) y, antes de que volviera a hablar la azafata, me fijé en que estábamos yendo por la ruta por debajo del cable». La voz de la azafata al anunciarlo fue más bien ligera e informal, aunque me pareció percibir un poco de tensión.
Miré por la ventanilla del avión y vi que por delante había cables que se entrecruzaban en todas direcciones. El avión se aproximó y avanzó bajo los cables, volando a muy baja altitud. Yo estaba tenso y miraba hacia adelante en busca de algún hueco entre los cables por el que pudiéramos remontarnos. Hasta que vi que más adelante terminaban los cables y lucía el sol. Me relajé un poco, parecía que íbamos a conseguirlo. En ese momento el avión descendió bruscamente y rebotó contra la

calle. Algo se rompió cerca de mí y salté (o casi) a la calle que estaba a unos dos o tres metros por debajo. Miré dónde había caído mientras el avión ascendía y se aljaba después de haber rebotado; después escoró hacia la derecha y se metió por el espacio libre entre dos edificios. Enormes nubes de humo oscurecieron parcialmente el avión estrellado.
Mi primera reacción tras el accidente fue la de dar gracias a Dios por el milagro de haberme salvado. La segunda fue pensar en que mi familia estaría preocupada porque sabía que había tomado ese vuelo, por lo que debía ponerme al habla con ellos. La tercera fue la de correr hacia el avión siniestrado para intentar salvar a los demás, aunque sabía que era inútil. Me levanté y fui hacia el aparato destrozado y vi llamas entre el humo. El piloto (con gorra y cazadora de cuero) se me acercó, me miró con cierta perplejidad y me preguntó por qué había sido elegido yo para ser salvado entre todos los pasajeros. Me hice la misma pregunta, e inmediatamente después se cerró la válvula.

24/7/59
Estoy a punto de partir en el que podría ser el primero de cuatro viajes en avión. Este primero va a ser a Carolina del Norte. Siento un estremecimiento al pensar en el viaje. Esto me hace pararme a pensar y, a la vista de otros accidentes, repasar la experiencia relatada en 5/7/59. Siempre estoy algo preocupado cuando viajo en avión, creo que como todo el mundo. No pienso que vaya a suceder nada en el viaje a Carolina del Norte, aunque puede que lo interprete mal. ¿Qué hago si me ocurre un accidente parecido al comienzo de uno de. estos tres viajes, una repetición exacta del accidente del 5/7/59? ¿Me bajo del avión? 20 es imposible romper la pauta? Mi lectura dice que

sobreviviré, aunque en este caso la supervivencia puede significar la transición hacia la muerte, o que no veo la muerte como muerte porque sigo «vivo» todavía. La verdad es que no sé lo que haré. Sin embargo, no os entristezcáis todos cuantos me queréis (y espero que seáis muchos) en caso de que haya un accidente así y la interpretación pertinente sea que estoy experimentando la transición hacia la muerte en vez de continuar la vida aquí Porque tengo la íntima convicción de que es una transición y, por mucho que eche de menos las cosas que ya no voy a hacer aquí, la honda nostalgia y añoranza de lo que he intentado realizar aquí creo que se harán realidad si voy a la «Casa». Porque creo más que nunca que el cuerpo físico no es más que una máquina para uso del «Yo». Por lo tanto, una vez que «Yo» haya partido, el cuerpo no significa nada. Ni tumba, ni mausoleo, el cuerpo como tal no importa. «Yo» no estoy en él.

Del mismo modo, por propio interés, en caso de que ocurra un hecho semejante «Yo» trataré de establecer comunicación con quienes estén interesados. (Lo que podría impedirlo, y siempre cabe esa posibilidad, es que «otro avión o lugar» pueda ofrecer las mismas cuestiones que aquí y que los asuntos de allí sean más importantes). No lo sé. No puedo prometer nada. Estén tranquilos quienes me conocen porque no van a tenerproblemas en reconocer una auténtica comunicación.

No tengo la menor intención de ponerme morboso, quizás últimamente estoy muy sensible, pues lo único que quiero es tenerlo presente, de manera que, en cierto sentido, los demás estén sobre aviso si ocurriera algo. No quiero que pase nada, no me siento <preparado», y sólo de pensarlo me pongo muy serio y meditabundo. Pero así me voy preparando.

23/10/59

Esto está escrito unas doce semanas después de la anterior entrada. Cuatro de esas doce semanas las he pasado en un hospital', el resto, convaleciente en casa.

Vayamos por partes En la entrada anterior estaba preocupado por una cuestión de presagiosy por la definición de supervivencia. He aquí la secuencia de los acontecimientos para que pueda compararse con el «sueño».

Reconocimiento 1. Según se ha dicho, todo empezó por el viaje a Carolina del Norte. El primer indicio de semejanza tuvo lugar cuando monté en el autobús que cubre la línea entre la terminal del aeropuerto de Nueva York y el aeropuerto de Newark. Subí y me senté en el segundo asiento de la derecha. Una vez sentado me invadió la sensación de algo conocido. Fue mi posición con respecto a la puerta, el pasamanos y la placa de la puerta. Reconocí el «sitio» como lo que originalmente había interpretado en la precognición como el avión. Pero no era el avión, sino el autobús que va al aeropuerto.

Reconocimiento 2. Montaron en el autobús cuatro hombres, tres con traje curo y uno de claro, entre bromas y risas (Ver la comparación anterior).

Reconocimiento 3. Una mujer se sentó justo delante de mí. Estaba muy incómoda y agitada. Sin embargo, no era por mí, sino por el moto que se había ocupado de sus maletas fuera.

Reconocimiento 4. La impresión de mi amigo D. D. esperando en la puerta, el

último en montar. Me asomé a donde estaba esperando el conductor a los pasajeros rezagados. Su caray su aspecto me recordaron en seguida a mi amigo, como si fueran hermanos. ,Quedó pendiente la comprobación fotográfica de esto. (La mente, cuando es incapaz de identificar con seguridad, tira de parecidos en la experiencia mental). Por fin subió y cerró la puerta, pues era el último en montar, y se sentó en el asiento del conductor, prácticamente delante de mil
Reconocimiento 5. Al tomar la Jersey Turnpike el autobús «vuela bajo y despacio», o ésa pudo haber sido la impresión comparada con un avión. El trazado de esta autopista va por encima de muchas calles y casas de la zona. Según miraba las carreteras y bulevares llenos de curvas, a medida que íbamos pasando por encima de ellos, volvió a invadirme la sensación de familiaridad y reconocimiento. Sólo que no era el avión (el malentendido de origen), sino el autobús.
Reconocimiento 6. En el aeropuerto yo ya estaba alerta por todas las señales anteriores. El avión llegaba con retraso y me fui a la sala de espera. Estando allí sentado en un banco oí la voz de una mujer hablando de la confluencia del este y el oeste por la megafonía. La voz grave me resultó otra vez muy familiar (este y oeste, derecha e izquierda).
Reconocimiento 7. Cuando por fin llamaron para embarcar en el avión dudé por un momento si tomarlo o no, no por miedo, sino porque no sabía lo significaba «supervivencia». Llegué a la conclusión de que, si era inevitable, si esperaba otro vuelo posterior, lo único que hacía era aplacar los hechos. Embarqué, alerta, y empezamos a rodar para el despegue. Entonces la azafata anunció por el interfono que volaríamos a dos mil metros de altitud. Eso confirmaba la baja altitud. Una vez que el avión despegó no tardamos en adentramos en una tormenta eléctrica. Esto confirmaba mi impresión de un vuelo por debajo de los cables (electricidad), símbolo reconocible desde hacía tiempo.
El piloto decidió modificar la altitud en plena tormenta (no lo anuncio), si bien finalmente logramos salir de la tormenta y aterrizamos en Carolina del Norte sin incidentes dignos de mención. Después de aterrizar llegué a la conclusión de que mi interpretación del vuelo había sido errónea y olvidé en seguida todo este asunto.
Cuatro días después, durante una apacible y amistosa charla un lunes por la mañana en el despacho, sufrí un ataque al corazón y me llevaron al hospital, donde me diagnosticaron una oclusión coronaria. Yo no me lo creía y no tenía ni idea de lo que era hasta que me lo comunicaron tras el reconocimiento médico con electrocardiograma incluido. Me costó mucho convencerme de que era así. La ratón era que en todos los reconocimientos médicos que me habían hecho, incluidos los que la semana pasada me efectuaron distintos médicos de la aseguradora, mi corazón siempre había merecido comentarios del tipo: «Jamás tendrá que preocuparse por el corazón. No se va a morir usted de un problema cardíaco». Mi mente estaba absolutamente condicionada para rechazar esa posibilidad. No aceptaba la inferencia precognitiva de un ataque al corazón. Parecía imposible. Por lo tanto, seleccionaba una catástrofe acorde con los recuerdos que tenía, como un accidente aéreo. (la mente echa mano de lo más parecido). De tal manera que el ataque al corazón se presentó bajo la forma de un accidente aéreo; eso sí era una posibilidad aceptable.

Las cuatro semanas de hospital se vieron aliviadas por la utilización de una cinta pregrabada de sugestiones terapéuticas que obró maravillas con mi moral)/ pareció acelerar mi recuperación. En el hospital no tuve ninguna experiencia paranormal, lo cual atribuí a los sedantes (barbitúricos) que me administraban cada tres horas. Una vez en casa, la convalecencia siguió el proceso de costumbre sin que hayan vuelto a presentarse los síntomas hasta la fecha.

Ni que decir tiene que después de eso observé muy atentamente cuándo la «válvula» decidía abrirse. Cada vez que se presentaba la visión coincidía exactamente con hechos que ocurrían días, meses o años después.
Entre los ejemplos que podría poner hay una descripción visual del interior de una casa, pintura y estado de conservación

incluidos, que eligió para nosotros mi esposa en una ciudad del sur. La reconocí inmediatamente; era idéntica a la descripción en mis notas dos años antes. Lo más curioso es que en el momento de la precognición no teníamos planes ni intenciones de mudarnos al sur.
Otro ejemplo es que cinco minutos antes de la emisión de un programa grabado la válvula se abría y yo «veía» la cinta romperse de repente y las noticias dispararse a toda velocidad. Diez minutos más tarde, durante la emisión, la cinta se rompió y hubo que sustituirla inmediatamente. Esta rotura no había ocurrido nunca antes durante una emisión y, por lo tanto, no era una preocupación corriente. Además, el empalme y edición los había hecho yo mismo y sabía que estaban bien. La ruptura se debía a un empalme hecho por otra persona que había utilizado la cinta con anterioridad.
Tercer ejemplo: la válvula se abrió en el despacho y dejó ver una luz roja con las palabras «Nivel de aceite». Al cabo de una hora, camino de casa en un coche prácticamente nuevo, volvió a encenderse el piloto del aceite. Esta vez tampoco era una preocupación subconsciente. El coche tenía menos de quinientas millas y acababan de hacerle una puesta a punto. Pero perdía aceite, algo que no se espera ni preocupa en un coche nuevo.
Hay otros dieciocho ejemplos más, todos ellos de incidencias personales de diversa magnitud, vistos con anticipación gracias a la válvula y acaecidos después, exactamente igual que mis notas, con pequeños errores de interpretación.
Hasta la fecha se ha establecido el siguiente patrón: S (Sonido sibilante) + A (Apertura de la válvula) = V (Visión de un acontecimiento. futuro).
Sobre la base de que esta fórmula se ha aplicado y demostrado en veintidós ocasiones, ¿cuáles de los demás casos recogidos en las notas como F no han tenido lugar todavía? Sin más comentarios, he aquí algunos casos en los que este patrón no ha quedado demostrado.
3/8/60
Sonido sibilante/ Válvula: pasa un avión por encima, evidentemente en apuros, con los alerones y el tren de aterrizaje bajados. Se estrella detrás de un cerro cercano' mi familia y yo corremos a prestar ayuda. Cuando llegamos el avión está incandescente con un intenso resplandor rojizo. Sé que eso es algo distinto de un fuego corriente de gasolina" advierto a los demás de que se mantengan alejados para no sufrir daños, ya que no podemos hacer nada por los pasajeros muertos.

5/11/61
Sonido sibilante/ Válvula: estoy solo enfrente de mi casa. El cielo está prácticamente despejado, con algún banco de nubes con claros al norte. Veo salir un grupo de aviones del banco de nubes, justo por encima de él. Se aproximan y veo que no son los aviones ni los cohetes habituales. Detrás de la primera oleada pasa una hilera tras otra de extraños aviones, literalmente, cientos de ellos. No se parecen a los aviones que conozco. No tienen alas y son gigantescos, unos mil metros del morro a la cola. Tienen forma de punta de flecha, forma de V, aunque el fuselaje no es ahusado como en nuestros aviones. La V no desempeña ninguna función ascensional, sino que aloja a los ocupantes en dos o tres cubiertas. Vuelan majestuosamente y da un poco de miedo la potencia que aparentan. Me dan miedo porque en el fondo sé que no son obra humana.

20/10/62
Sonido sibilante/ Válvula: estoy con otras personas en una calle de barrio. Levanto la vista)) veo aparecer algo semejante a unos aviones a través de un claro entre las nubes. Cuando me fijo me doy cuenta de que es un tipo de avión que no he visto nunca, propulsado por algo diferente a hélices y reactores (parecen cohetes especiales, pero no químicos. Tres de ellos descienden haciendo un viraje y veo que tienen los costados negros y ventanillas cuadradas blancas, pero no alas. Los tres hacen una pasada a ras de suelo por una calle cercana. Casas y edificios se derrumban a su paso, no debido a alguna bomba, sino por algo emitido por los propios aparatos. Nos metemos en una zanja por seguridad.

21/6/63
Sonido sibilante/ Válvula: mi familia y yo estamos en una situación n la que toda la población de la ciudad en la que vivimos desea marcharse de allí. No hay gasolina y han cortado el suministro eléctrico. Todo el mundo está bajo el peso de la fatalidad. No parece producto de la guerra nuclear ni tampoco de ningún escape radioactivo. El sentimiento predominante es el del hundimiento definitivo de la civilización tal como la conocemos debido a algo que acaba de suceder, un factor que rebasa la capacidad humana de control.

11/4/64
Sonido sibilante/ Válvula: mi familia y yo estamos en una gran ciudad donde parece haber graves problemas. Todo el mundo se quiere marchar. Dejo la casa para buscar alguna manera de salir al campo. Una vez en la calle, toda la ciudad está revuelta y es presa del pánico, con coches abarrotados y atascados, al modo de un hormiguero desbaratado.

Hay muchos más ejemplos personales, generales, concretos, locales y mundiales. Será el tiempo el que los confirme. Confio en que algunos sean meras alucinaciones.

12 FUERA DE LUGAR

Entre los numerosos misterios encontrados destacan algunos aparentemente inmotivados y, sin embargo, muy profundos. Mi única esperanza es que otros con una orientación más técnica o filosófica puedan percibir en ellos el objetivo y la razón que yo no alcanzo a ver.
He aquí unos cuantos que no parecen pertenecer a los Escenarios II o III.

23/8/63. Tarde
Me acosté a las siete y media en el sofá del estudio para descansar, no para iniciar ninguna actividad extrafisica. En el momento en el que me tumbé y cerré los ojos hubo una tremenda explosión insonora. Sin intervalo alguno. Ocurrió dos segundos después de que yo cerrara los ojos. La explosión me lanzó contra la pared del otro lado de la habitación y acabé en el suelo. Mi primer pensamiento fue que habría habido algún tipo de explosión en la casa, porque la instalación eléctrica despedía chispas azuladas, tras lo cual los cables se fundieron. (Cuando me acosté la luz estaba apagada y la habitación en penumbra). Me pareció como si se hubiera producido un enorme cortocircuito en el cableado. Había una sensación de hormigueo parecida a los electroshocks (no a las vibraciones que tantas veces he mencionado). Entonces eché una mirada por la habitación. Mi cuerpo físico seguía relajado, en el sofá. Lo distinguí con claridad.

Fue en ese momento cuando consideré seriamente otra posibilidad. Podría tratarse de la muerte, la muerte de verdad, en vez de la típica experiencia fura del cuerpo. Esta situación era de lo más insólito. Puede que hubiera muerto, que se me hubiera parado el corazón. Aún seguía un poco conmocionado por la explosión, pero no sentía miedo. Si esto era la muerte, pues bien. Permanecí un rato tirado en el rincón para reponerme. Palpé por debajo de mí y me pareció notar la alfombra, pero no estaba seguro. Al menos había algo sólido debajo de mil Entonces decidí que debería intentar regresar al cuerpo físico, aun cuando no lo consiguiera. No se perdía nada porprobar.
Con mucha fuerza de voluntad floté hacia arriba, me puse encima del sofá y descendí. Se produjo algún fallo y me encontré a medias en mi cuerpo físico. Me di cuenta de que estaba a la mitad, me retorcí y forcejeé, como se hace al ponerse los guantes. Al momento estuve otra vez «entero».
Me incorporé (secamente) y encendí la luz Todo parecía normal, la casa estaba en silencio, mi cuerpo parecía normal, salvo por la carne de gallina. Estaba bastante agitado por la experiencia, y sigo sin saber qué la causó y por qué. ¿Fue una explosión de naturaleza no física? ¿Fue algo interno, dentro de mí, o fue producto de alguna fuerza externa? Visto retrospectivamente, en ese momento no había nada raro en mi estado físico, emocional o mental que lo provocase. Analizando el recuerdo del momento de la explosión, es como si algún rayo descaminado hubiera atravesado la habitación y me hubiera pillado en el trayecto, con el resultado de hacerme «saltar» del cuerpo físico. A partir de ahí me dio la impresión de que el rayo era producto de algún artefacto experimental pendiente de ultimar por los investigadores que lo estaban probando, es decir, que todavía no conocían todos sus efectos. Esto me recuerda a la experiencia del artefacto de tres posiciones.

5/5/59. Tarde
Hoy me enterado de que hay un extraño artefacto que se supone que funciona en tres posiciones. A eso de las cinco decidí intentar dar con una fórmula para la situación Me acosté en la cama, pensé en el diagrama del campo de fuerzas y luego empecé la cuenta atrás a partir de 20. No conseguía nada y volví la cabeza. Tenía los ojos abiertos y miré al sol a través de la ventana (era un día solado y la ventana daba al oeste). Inmediatamente comenzaron unas tenues vibraciones, cerré los ojos y volví a tumbarme. Las vibraciones eran como un hormigueo en la nuca. Seguí el procedimiento del movimiento de mandíbula y las vibraciones aumentaron o disminuyeron en función de mi postura, tal como era de esperar. Hasta que decidí poner la mandíbula en la postura de máxima sintonía (ésta es la única manera en la que puedo expresarlo). Las vibraciones eran fuertes en mi cabeza, demasiado fuertes, de manera que las «trasladé» al pecho y después probé a colocarlas en distintas partes de mi cuerpo, es decir, hacerlas más fuertes en una determinada parte. Cada vez que me pasaban por el lado inferior derecho sentía como una quemadura en el hígado, el riñón o el colon (cuerpo extraño o producto químico?). Esto había sucedido antes, si bien no recuerdo haberlo mencionado. «Quise» mentalmente ir hacia arriba y floté. Se me debió cruzar algún pensamiento extraño, porque inmediatamente giré en el aire y me zambullí a través del suelo. Oí fugazmente (como cuando se recorre el dial de la radio) música de una banda, y después me hallé en una casa inacabada, todavía sin las ventanas puestas, con el suelo sin pavimentary lleno de cosas y restos desperdigados. Por la ventana se veía un paisaje rural, árboles y campos; la casa estaba en la ladera de un cerro con vistas al pequeño valle que formaba con la loma de enfrente.
Bajé la vistay vi un artefacto de medio metro de longitud en el suelo. Parecía que la persona encargada de manejarlo lo hubiera dejado allí momentáneamente porque se «había ido a comer». Lo levanté con curiosidad porque nunca había visto nada igual. Tenía la forma de un tubo formado por la agregación de tres partes. Lo levanté y, mientras lo contemplaba, apunté con él sin querer a un hombre en el que no me había fijado antesy que estaba en un patio frente a la ventana abierta. No ocurrió nada, la única reacción del hombre fue la de volverse para mirarme. Desapareció un momento de mi vista, y después entró por una puerta a mano derecha y subió hasta donde yo estaba. Sonrió y, por lo que puedo recordar, parecía ser totalmente normal. Al ver el artefacto en mi mano dijo que podría enseñarme a utilizarlo. Señalando el tubo (un cilindro abierto) de la parte delantera, me enseñó a «enfocar» el artefacto moviendo hacia atrás y hacia adelante el tubo o cilindro para obtener un rayo fino y hacia mí mismo para obtener un rayo más grueso y agradable. A continuación me dijo que apuntara a través del hueco de otra ventana por la que se veía a otro hombre charlando animadamente con alguien fuera de nuestro campo visual. Me dijo que empujara el cilindro hacia adelante para obtener un rayo fino. Así lo hice. Apunté con el artefacto al hombre igual que si se tratara de un rifle. No vi que el artefacto emitiera rayo alguno. Sin embargo, el hombre que se veía por el hueco de la ventana se desplomó en su asiento como si estuviera muerto. Me volví al hombre que me acompañaba, asustado y preocupado por haber matado sin querer al otro. Me sonrió y me dijo que volviera a apuntar con el artefacto al hombre

inconsciente de fuera, esta vez tirando para atrás, pues de ese modo conseguiría producir un rayo más grueso. Así lo hice y el hombre inconsciente se incorporó y reanudó la conversación como si no hubiera ocurrido nada.
El hombre que me acompañaba me sacó fuera y preguntó al otro si había notado algo. Este interrumpió la conversación, me miró intrigado y dijo que no. Le pregunté si recordaba haberse ido a dormir o que hubiera transcurrido algún período de tiempo, pero volvió a darme una respuesta negativa y siguió con su conversación.
El hombre que me acompañaba me miró sonriente y me llevó al otro lado de la casa, que daba al valle, indicándome que iba a enseñarme otra cosa que podía hacerse con el artefacto. Señaló a los ojos. En la ladera de la loma, a unos trescientos metros de distancia, se veía el resplandor de una pequeña hoguera' las volutas de humo que ascendían al cielo. Me dijo que empleara el rayo fino y que apuntara a la hoguera. Así lo hice, y la hoguera se apagó inmediatamente. La llama se consumió, como extinguida de repente. El humo duró un momento más y se desvaneció.
Sentí una viva curiosidad por el artefacto y pedí al hombre que me acompañaba que me lo explicara, lo que hijo con gusto. Según me contó, se componía de tres partes. El cilindro era el foco, eso lo entendí. En la mitad había una bobina, la fuente de energía, según me dijo. Detrás tenía tres discos en forma de aletas (como los de un rectificador), no muy importantes, según me dijo, que servían de protección. Les pasó el pulgar por encimay se doblaron, mostrando su flexibilidad. Me preguntó si lo había entendido bien. Le contesté que el artefacto parecía un triodo grande (era lo más parecido en que se me ocurrió pensar). Asintió vivamente con la cabeza y respondió: ¡Eso es! ¡Un triodo!».
Como no podía quedarme más tiempo y tenía que marcharme, le di las gracias por la información y dijo que volvería a verme en (no lo recordaba). Mi mente reconoció el sitio y dijo que sí, la Cadena Azul (en español en el original). Esto era fruto de mi visita a América del Sur y me pareció un modo natural de decir lo que quería decir, la red azul. El hombre que me acompañaba empezó a asentir con la cabeza, pero después puso cara de no entender y me di cuenta de que mi impresión era correcta, aunque él no había comprendido las palabras en español.
A continuación volví a la habitación sin terminar y «despegué» extendiéndome de un salto. Subí unos dos o tres pisos y después me detuve. El lugar en el que me encontraba parecía mi despacho, aunque estaba vacío. Sin muebles ni sofá, con el suelo y las ventanas polvorientos ¡y ningún cuerpo físico! Me di cuenta de que no era el «sitio» donde yo quería estar, pues deseaba seguir «subiendo». Reanudé la ascensión a través del techo y al cabo de ocho o diez plantas fui a dar a mi propio despacho, me sumergí en mi cuerpo físico (tuve ciertas dificultades con un brazo) y por fin me fusioné por completo.
Me incorporé y abrí los ojos. El reloj indicaba que había transcurrido una hora y cinco minutos. Hice un boceto del artefacto y después redacté estas notas. Un artefacto que hace dormir o despertarse a las personas y que apaga fuegos. Algún día intentaré fabricarlo.

11/3/61. Noche
(...)y creí que había regresado con normalidad al cuerpo físico. Abrí los josy me hallé en una cama extraña. A mi lado estaba acostada una mujer que me

sonrió cuando vio que me despertaba. Tras ella estaba de pie una mujer más mayor. Se les veía contentas de que al fin hubiera ido, porque había estado enfermo mucho tiempo y ahora estaría bien. Me ayudaron a levantarme y me vistieron con una especie de túnica (como una bata; ellas llevaban ropa normal); yo estaba convencido de que me habían tomado por otra persona. Quise decírselo, pero se lo tomaron a broma y se creyeran que era una especie de delirio mío. Les pregunté en qué día estábamos y se limitaron a esbozar una sonrisa comprensiva, como si yo estuviera algo desorientado (¡y era verdad!). Iba a pedirles un calendario, pero decidí que era mejor conformarme con saber el año. Se lo pregunté a la mujer más joven, que parecía ser mi esposa (o el cuerpo de mi esposa) y me contestó que estábamos en 1924, según el método griego de calcular el tiempo.
Me pareció que no podía quedarme allí y, pese a sus insistentes objeciones, salí al aire libre. Me planté allí y traté de moverme para arriba y tuve la sensación de que tenía que subir mucho. Traté de despegar, pero ellas me estaban reteniendo. No ocurrió nada y llegué a preocuparme. Sabía que no debía seguir allí. Entonces me acordé del truco de la respiración y me puse a respirar entrecortadamente, con los labios entreabiertos. Comencé a ascender poco a poco, por encima del edificio, que tenía forma de U, sin perder la sensación de que ellas seguían empeñadas en retenerme. Aceleré la respiración y me desplacé cada vez más deprisa, hasta que me envolvió la consabida mancha azul. De pronto me detuve en el aire, muy por encima de un paisaje de campestre salpicado de casas. Se me hacía familiar y creí que lo que veía era nuestra casa y los edificios entre la carretera y el río. Descendí hacia la casa y en un momento estaba entrando en mi cuerpo físico. Me incorporé, plenamente integrado otra vez, y eché una mirada de satisfacción a mi alrededor. ¡Era mi sitio!

17/8/60. Noche
Éste fue un intento mal orientado, por decirlo suavemente. Empecé con el procedimiento de la cuenta atrás hacia las once y media de la noche en el dormitorio. Salí con idea de visitar a Agnew Bahnson e inicié el tipo de viaje impulsado por el viento, si bien regresé (o eso creí) inmediatamente al cuerpo físico. No estaba en mi habitación. Un hombre grande y de hombros anchos me estaba sosteniendo por la izquierda. Era mucho más alto que yo y tenía los hombros relucientes. Por la derecha me sostenía una chica joven. Estaban obligándome a dar vueltas por la habitación y me sostenían un poco por los brazos porque me resultaba dificil caminar. Les oí comentar que tenía algo malo o raro en las manos. No es que fueran hostiles, pero yo no me encontraba a gusto allí. Menos mal que conservaba la lucidez y me extendí con rapidez hacia arriba, de tal forma que en un momento volví a entrar en mi cuerpo físico. Eché un cauteloso vistazo a mi alrededor ("fisicamente) antes de moverme. Había regresado a mi propio cuerpo físico, mi propio dormitorio. ¡Pasó mucho tiempo hasta que me di la vuelta y conseguí dormirme!

23/ 11/60. Noche
Ésta fue una experiencia insólita y vívida, aunque no sé si quiero volver a pasar por nada semejante. Me acosté tarde, muy fatigado, hacia las dos de la madrugada. Las vibraciones se presentaron sin necesidad de inducción y decidí «hacer algo» pese a la necesidad que tenía de descansar (puede que

en eso consista descansar). Tras abandonar fácilmente el cuerpo físico y visitar rápidamente varios sitios sucesivos, me acordé de que necesitaba descanso e intenté regresar al cuerpo físico. Pensé en mi cuerpo acostado en la cama y al momento estaba acostado. Pero no tardé en darme cuenta de que algo pasaba. Tenía un armatoste en forma de caja encima de los pies, para separarlos de la sábana. En la habitación había dos personas, un hombre y una mujer vestida de blanco a quien reconocí como enfermera. Estaban hablando en voz baja, a corta distancia de la cama.
Mi primer pensamiento fue que algo iba mal, que mi esposa me había encontrado en una especie de coma y me había llevado a todo correr al hospital. La enfermera, el ambiente esterilizado de la habitación y la cama abonaban esta idea. Pero aún así había algo que no me quedaba claro.
Al poco dejaron de hablar entre ellos. La mujer (enfermera) dio media vuelta y salió de la habitación, y en ese momento el hombre se acercó a la cama. Sentí pánico porque no sabía lo que iba a hacer. Máxime cuando se inclinó sobre la cama y me tomó con suave firmeza por los brazos a la altura de los bíceps y me miró con ojos saltones y brillantes. Lo peor de todo era que, por más que lo intentaba, no conseguía moverme. Era como si tuviera paralizados todos los músculos del cuerpo. Interiormente el pánico me agarrotaba mientras trataba de alejarme al tiempo que él acercaba su cara a la mía.

Con gran asombro por mi parte, se inclinó hasta besarme en ambas mejillas; pude notar los pelos de su bigote, y el brillo de los ojos eran lágrimas. Después se irguió, me soltó los brazos y salió despacio de la habitación.
A pesar de mi terror me di cuenta de que mi esposa no me había llevado al hospital, que ese hombre era un extraño y que yo volvía a estar en el sitio menos indicado. Tenía que hacer algo, pero por más ganas que le ponía no surtía ningún efecto. Poco a poco fui percibiendo un siseo en la cabeza, muy parecido al sonido del vapor a presión o al silbido del aire. Gracias a un conocimiento arcano, me concentré en el siseo y me puse a pulsarlo, esto es, a hacerlo subir y bajar de intensidad. Lo aceleré hasta que en pocos momentos alcanzó una vibración inusitada. A continuación intenté elevarme y lo conseguí sin problemas. Momentos después estaba dirigiéndome a otro cuerpo físico.
Esta vez fui cauto. Palpé la cama. Oí ruidos familiares fuera de la habitación, que estaba a oscuras cuando abrí los ojos. Alargué el brazo hasta donde debía estar el interruptor de la luz ,y allí estaba. Di la luz y suspiré con gran alivio. Había regresado.

7/6/63. Noche
Al cabo de un rato empecé a salir y, una vez fuera de casa, me encontré con una mujer que también estaba «volando» y me recordó que íbamos a llegar tarde (no sé adónde) y que podríamos tener problemas para entrar. Después nos acercamos a un gran edificio parecido a un hospital y entramos tranquilamente por una puerta sin necesidad de abrirla para evitar al guardia que estaba allí (comprobando a quiénes llegaban tarde a dormir para castigarles). Una vez dentro nos separamos e inmediatamente un hombre (cordial y con aspecto de médico) dijo que se ocuparía de mí, que le esperara en el segundo despacho, a mano derecha. Así lo hice, aunque no tenía claro lo del despacho, porque en todos había varias personas en animada

conversación y ninguna de ellas se fijó en mí. De todas maneras esperé en el segundo hasta que vino el hombre a reconocerme; dijo que necesitaba tratamiento. Después habló de titración, empezando por 1500 cc para bajar después a la cantidad normal (a saber cuál era). Le pregunté por qué era necesario el tratamiento y me contestó que para el desarrollo y mejora del universo (o la humanidad). Repetí la pregunta (por qué hacía falta esa mejora) y no me contestó. Sentí hacia el tratamiento cierta aprensión. Poco después sentí la necesidad de regresar al cuerpo físico y lo conseguí sin problemas.

31/7/61. Tarde Noche
Después de realizar una visita a Cape Cod llegué por la tarde algo cansado a Hyannis y me acosté a descansar. Tras la relajación se produjo el consabido proceso de salida del cuerpo y me encontré sobrevolando la parte trasera de una casa, cerca del garaje. Había un perro en el patio (grande, con aspecto de pastor alemán) que se puso a ladrar muy excitado nada más verme. Apareció un hombre por una esquina de la casa (la derecha, que daba a la parte de atrás), empuñó una pistola y me apuntó. Yo me retiré precipitadamente, sin pararme a pensar que quizás las balas no me harían daño. Regresé, me acosté en la cama y di todo aquello por terminado; lo único que recordaba era que el hombre parecía muy alto.
Esa noche, después de acostarme, volvió a repetirse todo y salí de mi cuerpo. Floté por encima de varias casas pensando en qué hacer cuando, de repente, apareció delante de mí el hombre alto (el mismo) y me cerró el paso. Me dio una impresión de fuerza y serenidad. Me preguntó por qué quería ver al presidente. Al principio se mostró un poco sorprendido porque yo no tenía muchas ganas de ver a Eisenhower (eso era para mí el presidente), pero se me ocurrió una idea para un plan de paz y se la conté al hombre alto. Entonces me preguntó: «¿Cómo podemos estar seguros de que eres leal a Estados Unidos?». Le contesté con perplejidad que estaba seguro de que en Washington ya tenían información sobre mí. Su respuesta fue que no podía ver al presidente en ese momento. Lo acepté y regresé. Pensando en ello una vez en mi cama, caí en la cuenta de que Eisenhower ya no era presidente. De pronto tuve la profunda convicción de que Kennedy tenía un guardaespaldas (o guardamentes) con poderes parapsicológicos. Entonces me di cuenta de que Kennedy podía estar en Hyannis ese fin de semana. Me levanté, bajé, tomé el periódico local)/ vi en la portada la noticia de que Kennedy llegaba a Hyannis esa tarde (no había leído el periódico desde hacía dos días).
Esto no es más que una muestra de los muchos «sucesos» que desafían toda clasificación desde el punto de vista de los sueños normales de cada día. Tal vez no sean más que fragmentos aislados de un mural viviente que algún día se verá en su totalidad. Espero que no haya que «morir» para tener la visión del conjunto.

13 EL SEGUNDO CUERPO

La prueba principal de la existencia de un determinado fenómeno es su consistencia a través de la observación reiterada. Sólo a través de tales experimentos analiticos razonablemente meticulosos, al menos en la medida en que fui capaz de hacerlos, llegué a la conclusión de la incuestionable

existencia del Segundo Cuerpo. Doy por sentado que todos tenemos uno. No puedo concebir que yo sea un caso singular.
Si existe, ¿cómo es? ¿Qué rasgos tiene? He aquí extractos de mis notas a través de varios centenares de pruebas.

11/6/58. Tarde
Volví a abrir los ojos y todo parecía normal, salvo la vibración y el zumbido que seguía notando en la cabeza. Cerré los ojos y se hicieron más intensos. Decidí elevarme y floté por encima del sofá, en mitad de la habitación, y descendí muy suavemente, igual que una pluma al caer. Toqué el suelo y la cabeza y los hombros parecieron estar contra la alfombra, mientras caderas y pies seguían en el aire. Como si la cabeza fuera lo que más pesara de mí o tuviera más atracción gravitatoria, aun cuando todo yo me veía suavemente atraído hacia la tierra. Al parecer, yo seguía pesando, por poco que fuera.

19/7/58
Otra vez en el sofá, sintiendo unas vibraciones muy tenues. Abrí los ojos y miré alrededor. Todo parecía normal, y las vibraciones continuaban. Entonces moví los brazos, que tenía cruzados, y los levanté mientras me tendía de espaldas. Se sintieron estirados y a mí me sorprendió (ya no sé utilizar bien la palabra atónito) cuando miré, porque seguía teniendo los brazos cruzados sobre el pecho.
Levanté la vista adonde los notaba y vi el contorno nítido de manos y bravos en el mismo sitio donde ellos notaban que estaban. Miré alternativamente los brazos cruzados y después su contorno transparente extendido. A través de ellos podía ver los estantes que había detrás. Parecían un contorno transparente que se movía cuando los notaba moverse o cuando los hacía moverse yo intencionadamente. Movía los dedos y los dedos transparentes se movían y yo los notaba moverse. Juntaba las manos y las manos transparentes se juntaban y yo las notaba juntarse. Eran igual que las manos corrientes, sin diferencias.
Permanecí echado unos diez minutos, tratando de comparar tan extraña evidencia para establecer las diferencias. Visualmente podía distinguir mis brazos cruzados sobre el pecho. Simultáneamente podía ver el contorno transparente de mis manos y brazos extendidos por encima de mí. Intenté mover los brazos físicos, pero no lo conseguí. Intenté mover los contornos transparentes de mis brazos y «funcionaban» a la perfección. Traté de sentir con mis brazos físicos, pero no pude concretar ninguna sensación. Di una palmada con el contorno transparente de mis brazos y fue completamente normal. Froté el contorno transparente de mis manos por los respectivos antebrazos y la sensación fue normal, sólida al tacto. Moví el contorno transparente de mi mano al estante junto al sofá y no lo noté. El contorno transparente de mi mano lo había atravesado.
Las vibraciones empezaron a disminuir y yo moví deprisa hacia mi pecho los contornos transparentes de manos y brazos. Fue exactamente como si me pusiera unos guantes largos. Acto seguido pude mover los brazos físicos. No quise verme sorprendido fuera (aunque sólo fueran los brazos sin las vibraciones. No sé qué hubiera pasado y, en cualquier caso, tampoco tengo ganas de averiguarlo.

5/5/60. Noche
En alguna ocasión he notado a alguien, un cuerpo cálido y vivo, apoyado contra mi espalda cuando dejaba el cuerpo físico. Después de mi experiencia con las (formas de pensamiento», me había vuelto cauteloso
en extremo.
Cada vez que notaba a este ente en la espalda regresaba en seguida al cuerpo físico. Estaba seguro de que se trataba otra vez de los (formas de pensamiento infantil», o quizás de algún ser de sexualidad tortuosa, si bien nunca advertí connotaciones sexuales. Yo era prudente, nada de timorato, aunque, desde luego, estaba asustado. Esta última impresión se me confirmó cuando me di cuenta de que la cara que descansaba sobre mi nuca no física tenía bigotes. Y pinchaban, como los de un hombre sin afeitar. Además, pude oír sus jadeos al oído. No era ningún niño. Era un varón adulto, jadeante de pasión, con una evidente actitud sexual. ¿Por qué se había fijado en mí, otro varón? ¿Habría reaccionado de manera diferente si se hubiera tratado de una forma femenina? Con toda sinceridad, estoy seguro de que sí. Tendré que quitármelo de encima.

22/5/60
¡Los bigotes fueron la clave! Ya no tuve que preocuparme más por el «hombre» a mi espalda. Ahí sigue, pero ahora sé quién es. Esta vez/ después de haber regresado cinco veces lleno de miedo al cuerpo físico, reuní un poco más de valor. Salí despacio y me quedé junto al cuerpo físico y noté el cuerpo a la espalda igual que otras veces, con sus bigotes en la nuca y el jadeo al oído. Con cuidado, para que el movimiento no fuera tomado por hostil, me llevé la mano a la espalda y moví la palma de la mano por la cara que tenía detrás de mí. Tenía bigotes y eran de verdad. Seguían los jadeos y el cuerpo apretado contra mi espalda, de modo que volví a entrar en el cuerpo físico. Me incorporéy pensé en ello. En ese momento me pasé la mano pensativamente por el mentón. Tenía que afeitarme, pensé distraído, y acto seguido me quedé quieto. Volví a pasarme la mano por el mentón. Una sensación muy familiar. Exactamente igual que cuando pasé la mano por el mentón de... ¿podía ser? Entonces noté que tenía seca la garganta, igual que si hubiera estado respirando por la boca, como cuando...
Había una forma de averiguarlo. Me acosté y no tardé en poder generar las vibraciones. Salí despacio de mi cuerpo físico. Y lo noté en seguida. Allí estaba otra vez el cuerpo, con los bigotes contra mi nuca y el jadeo al oído. Me llevé la mano a la espalda con cautela y noté el roce de los bigotes. Igual que la mía. Contuve la respiración o pensé en hacerlo y cesaron los jadeos. Volví a respirar una, dos veces y otra vez contuve el aliento. El «cuerpo» detrás de mí jadeó a la par conmigo. ¡El cuerpo caliente pegado a mi espalda era yo mismo!
Regresé al cuerpo físico, me incorporé y pensé en esto. La cuestión era, ¿cuál es cuál? Tras mucho pensarlo, parecía que el que tenía a la espalda (el que yo podía notar] oír) era el «Yo» físico, y el «Yo» que estaba enfrente era el «Yo» mental o real. Me lo figuro porque las sensaciones] actividades físicas estaban en el cuerpo que tenía a la espalda, en tanto que el pensamiento estaba en el otro «Yo». Confuso pero muy real.
A raíz de esto ya no tuve problemas al experimentar esta sensación. ¡Que me vengan a contar a mí que hay gente que tiene miedo de su sombra!

8/8/60. Tarde
He realizado otro experimento interesante. Después de acostarme y de practicar el método de la cuenta atrás surgieron unas vibraciones potentes y bruscas que después se hicieron más suaves a medida que aumentaban de frecuencia (pasaron de unos 30 ciclos por segundo hasta una pura sensación de calor). Decidí salir despacio para examinar todo el proceso. Me puse a ello y logré sacar las piernas y las caderas, pero nada más. Por más que lo intenté, no pude sacar el pecho ni los hombros. Fue muy raro. Me puse a mover piernas] caderas de un lado para otro. Las observé visualmente con mis ojos físicos, que parecían astigmáticos. Hice varios intentos de levantar las piernas fuera del cuerpo físico, luego a la derecha y después dejarlas caer: bajaban flotando despacio, tocaban el borde del sofá y seguían hasta el suelo. Se doblaban por el borde del sofá como si no tuvieran huesos, igual que una versión a cámara lenta de un trapo en caída libre cuando se dobla al entrar en contacto con un objeto sólido. No hubo nada de particular cuando regresé al cuerpo físico y me incorporé. Tiempo transcurrido, veintidós minutos.

16/9/ 60. Tarde
Otro sábado estaba fuera del cuerpo procurando mantenerme 1róximo», es decir, permanecer en la misma habitación. Volví a experimentar la curiosa elasticidad del Segundo Cuerpo como si fuera de goma. Logré ponerme de pie en mitad de la habitación y alargar el brazo para tocar la pared, a unos dos metros y medio. Al principio no llegaba con el braco. Pero seguí intentándolo, hasta que por fin noté en la mano la textura de la pared. De tanto estirarlo, el brazo se había hecho el doble de largo sin que yo notara cambio alguno. Cuando dejé de estirarlo se encogió hasta su tamaño normal. Esto confirma el hecho de que el cuerpo puede amoldarse a cualquier forma que se piense consciente o inconscientemente. Cuando se le deja a su aire recobra la forma humanoide. Si se piensa conscientemente en una determinada forma sospecho que la adopta. Por ejemplo, es posible adoptar temporalmente la forma de un perro o un gato. ¿Podría ser esto el origen de la mitología de los hombres lobo y los vampiros? No estoy seguro de querer intentarlo.

10/10/62. Noche
Tengo otra pista sobre la pregunta: «¿Qué aspecto tienes cuando no estás en el cuerpo físico?». A última hora de la tarde, a eso de las siete y media, decidí intentar visitar a R. W. en su apartamento, a unos catorce kilómetros de distancia. Estaba seguro de que estaría despierta (no físicamente, por supuesto). No tuve dificultades y me encontré de inmediato en un cuarto de estar. Allí estaba quien yo pensé que sería R. W., sentada en una silla junto a una luz intensa. Me acerqué, pero hito caso omiso de mi presencia. Estoy convencido de que después me vio, pues pareció asustarse. Retrocedí y me puse a hablar, pero algo me empujó de vuelta al cuerpo físico y me encontré de nuevo en mi dormitorio, en el cuerpo físico, con las vibraciones en retirada. La ratón por la que lo recuerdo es porque se me había quedado dormido el brazo y me cosquilleaba debido a la mala circulación. Estaba en mala postura. Lo que sucedió a continuación fue de lo más insólito. Al día siguiente R. F. me

preguntó qué había hecho la noche pasada. Quise saber por qué lo preguntaba y me d jo: «Estaba sentada en el cuarto de estar después de cenar, leyendo el periódico. Algo me hizo levantar la vista)/ al otro lado de la habitación había algo agitándose en el aire».
Le pregunté qué aspecto tenía y ella respondió con lujo de detalle: «Como un troto transparente de chiffon gris. Podía ver la pared y la silla por detrás. Empezó a acercarse a mí. Yo me asusté y creí que podrías ser tú, así que se lo pregunté. Y seguía ahí en el aire, agitándose ligeramente. Volví a preguntar si eras tú y, en tal caso, le pedí que hiciera el favor de marcharse y dejarme en paz. Entonces retrocedió y se esfumó».
Me preguntó si había sido yo de verdad y le dije que creía que sí. «Pues la próxima vez di algo para que me asegure de que eres tú», contestó. «Así no me asustaré tanto».
Le prometí que lo haría. Al menos no soy un fantasma resplandeciente ni tengo forma humana, a veces.

21/11/62. Noche
Esta vez decidí hacer un viaje puramente «local». Empecé a flotar por la habitación en dirección a la puerta j entonces me acordé de que no necesitaba utilizar las puertas en estas condiciones. Giré y fui derecho a la pared, confiando poder atravesarla. Pero no pude. Al llegar a la pared fui incapaz de penetrar por ella. Era como cualquier pared cuando se intenta empujar físicamente con las manos. Pensé que algo había salido mal. Ya había atravesado paredes sin problemas. En esta ocasión también debería haber podido. En esto, apreté con los brazos extendidos hacia ella. Hubo un momento de resistencia y después la atravesé igual que si fuera de agua. Con una diferencia. Mientras pasaba al otro lado noté e identifiqué cada capa de material en la pared (pintura, yeso, listones, revestimiento y, por último, el zócalo de la parte de fuera). Se parecía a cuando experimenté atravesar el suelo con la mano. Ya qué venía la insólita resistencia en el primer intento?

15/2/63. Noche
Éste fue un experimento de lo más insólito. Después de «salir» con facilidad y conseguir quedarme en la misma habitación reuní fuerzas para regresar y examinar detenidamente el cuerpo físico que yacía en la cama. Descendí despacio, a tientas en la penumbra. (La única luz era la del crepúsculo, que entraba por las ventanas y que no dejaba ver mucho; quizás eso fue bueno, porque ver el propio cuerpo físico da cierta repugnancia). Alargué con cuidado los brazos para tocar mi cabeza física ¡y mis manos tocaron los pies! Al principio creí que me había ido a otro lugar y toqué los dedos de los pies. Tenía una gruesa en el pulgar del pie izquierdo porque me la había aplastado hacía mucho tiempo un tronco que se cayó. ¡Pero no estaba! Me toqué con las manos el pie derecho. La una gruesa estaba en el pulgar del pie derecho. Todo estaba al revés, como las imágenes en un espejo. Fui tocando despacio el cuerpo desde los dedos de los pies, pero no sabría decir si estaba al revés o no. Lo importante era que podía tocar el cuerpo físico. Mis manos no lo habían atravesado. Se hacía raro tocar mi cara con los ojos cerrados como si fuera de otra persona. Me acerqué más para verla bien. Era yo, de acuerdo, pero un tanto distorsionado. O bien era que mi aspecto era mucho menos aceptable de lo que mi ego y mi orgullo reconocerían. No es que creyera que

era guapo, pero sí un poco mejor que esto. Era curioso que todo estuviera al revés. Al estar flotando en la penumbra podía haberme confundido. Pero no, la uña gruesa estaba en el pie derecho en vez de en el izquierdo. Debo analizar esto más a fondo.

18/3/60. Noche
Esto me lo sugirió una pregunta del doctor Bradshaw. Una ved fuera pero aún cerca de mi cuerpo físico se me ocurrió, para tratar de responder a su pregunta, averiguar si llevaba ropa en el estado no físico. Antes no me había importado, me imagino que porque no me preocupo demasiado por la ropa. Para mí se reduce a una cuestión de comodidad y calor. Toqué mi Segundo Cuerpo no físico. Tenía la carne de gallina, pero ropa no. Al menos esta vez.

23/2/61. Noche
Salí del cuerpo físico girando sobre mí mismo y empecé a cruzar la habitación. Algo pareció retenerme. Era como caminar despacio por el agua, empujando en vano con los brazos y las piernas. De pronto me tiraron de la espalda (sin hacerme daño) y di una voltereta hacia atrás, como un arco, con los pies por encima de la cabeza, y volví a entrar en el cuerpo físico. Me incorporé físicamente y llamaron a la puerta (era mi hija). ¿Qué era lo que tiraba de mí con tanta decisión? ¿La «cuerda» sobre la que ya había leído?

7/7/60. Tarde
Éste fue un experimento que no quiero volver a repetir. Estaba en la caja de Faraday (malla metálica de cobre, por encima del suelo, corriente continua, 50 kgs. de carga). Intenté atravesar la caja. Salí del cuerpo físico sin problemas, después fue como si estuviera atrapado en una gran bolsa hecha de hilos metálicos flexibles. La bolsa cedía cuando presionaba, pero no pude atravesarla. Forcejeé como un animal caído en una trampa y acabé regresando al cuerpo físico. Dándole vueltas después, no habían sido los hilos metálicos, sino el campo eléctrico de una forma prácticamente idéntica a la de la pantalla, aunque más flexible. Tal vez esto fuera la base del «cazafantasmas».

30/10/60. Tarde
Me acosté a las tres y cuarto con la intención de ir a visitar a E. W a su casa, a unos ocho kilómetros de distancia. Tras ciertas dificultades conseguí pasar al estado vibratorio; después salí del cuerpo físico y me marché de la habitación. Despegué pensando en E. W como objetivo y empecé a moverme despacio (comparativamente). De repente me hallé en una calle comercial, desplazándome despacio a unos ocho metros por encima de la acera (a la altura de las ventanas del segundo piso). Vi que se trataba de la calle principal de la ciudad y reconocí la manzana y la esquina sobre las que pasaba. Sobrevolé un rato por encima de la acera y vi una estación de servicio en la esquina con un coche blanco con dos puertas abiertas. Me decepcionó no haber ido adonde E. W., mi destino. Como no vi nada más de interés decidí regresar al cuerpo. Una vez de vuelta, me incorporé y me puse a analizar por qué no había ido adonde quería. De pronto me levanté, bajé al garaje y recorrí en coche los aproximadamente ocho kilómetros que me

separaban de su casa. Mi idea era sacar algún provecho del viaje y comprobar lo que había visto. Llegué a la misma esquina de Main Streety allí estaba el coche blanco con las dos

puertas abiertas. ¡Pequeñas pruebas que son de gran ayuda! Levanté la vista hacia el lugar donde había estado sobre la acera y me llevé una sorpresa. Más o menos a la misma altura que había estado flotando sobre la acera había unas bobinas de alto voltaje. ¿Atraen los campos eléctricos al Segundo Cuerpo? ¿Es éste el medio por el que viaja? Esta noche di por fin con E. W en casa. Al parecer, mi objetivo no había estado demasiado lejos. A eso de las tres y veinticinco E. E iba por Main Streety yo estaba siguiéndole todo lo cerca que se puede imaginar.

9/1/61. Noche
En respuesta a la cuestión suscitada en el transcurso de una discusión con el doctor Bradshaw decidí ver si había alguna «cuerda» entre el cuerpo físico y el Segundo Cuerpo. Hasta el momento no me había dado cuenta de que hubiera ninguna, salvo las veces en que tiraban de mí. Teniendo esto presente realicé los preliminares de costumbre hacia el atardecer. Salí del cuerpo físico mediante rotación sobre mi eje permanecí en la habitación, a unos metros por encima del cuerpo físico. Me volví en busca de la «cuerda», pero no me era visible: o estaba demasiado oscuro o no la había. Después me palpé la cabeza para ver si podía averiguar si venía de la parte de arriba, de la de abajo o de la de atrás. Al tocarme la parte de atrás de la cabeza tropecé con algo y me llevé ambas manos a la nuca. Había algo que se extendía desde un punto de la espalda, entre los omoplatos, por lo que pude deducir, y no desde la cabeza, como me esperaba. Toqué la base y era exactamente igual que las raíces que salen del tronco de un árbol. Estas raíces llegaban hasta la mitad de la espalda y hasta el cuello y los hombros. Alargué las manos y formaban una «cuerda», si puede llamarse así a un cable de cinco centímetros de diámetro. Colgaba hacia abajo y pude apreciar su textura con toda claridad. Era cálida al tacto y parecía compuesta de cientos de filamentos como tendones, compactos, pero no retorcidos ni en espiral. Era flexible y no parecía tener ninguna capa de piel. Satisfecho con mis averiguaciones, despegué y me fui.

Los rasgos descritos han sido confirmados muchas otras veces de diversas formas. No obstante, parece no haber otro
método más que la experiencia personal y la observación por terceros para validar estas pruebas. Quizás esto se produzca a su debido tiempo.
Veamos, pues, lo que hemos aprendido de todo lo anterior. Primero, el Segundo Cuerpo tiene peso tal como lo entendemos. Está sujeto a la atracción gravitatoria, si bien mucho menos que el cuerpo físico. Los físicos podrían explicar esto, por supuesto, diciendo que es una cuestión de masa y que cualquier cosa capaz de atravesar una pared debe tener tan poca densidad como para penetrar a través del espacio entre la estructura molecular de la materia. Tan escasa densidad implica muy poca masa, aunque puede seguir siendo materia. Esto se confirmó experimentalmente cuando la mitad inferior del cuerpo quedó fuera y después pudo descender y posarse encima de la cama. La masa de baja densidad cayó tan levemente

como una pluma. Otro caso es el de atravesar la pared. La resistencia inicial puede obedecer a alguna forma de tensión superficial que, hablando en términos de vibraciones, una vez rota, permite que la masa poco densa pase entre las moléculas de la pared. Quizás algún físico especulativo puede partir de aquí.

Segundo, este Segundo Cuerpo es visible en ciertas condiciones. Para ser visible debe reflejar o irradiar luz en el espectro conocido, o al menos en un armónico en esta zona. Según la información del experimento de los brazos y las piernas, yo debí de estar viendo luz irradiada, pero sólo en el contorno del cuerpo. El resto era invisible a la luz del día. Además, debe tenerse en cuenta que mis mecanismos perceptivos y sensoriales pueden o deben haber estado en un estado de intensidad o alteración tal que hicieron posible esta «visión». La «gasa gris» vista por R. W. plenamente consciente y con luz artificial puede ser otra cosa. A juzgar por su descripción, puede entrar en la categoría de la luz reflejada. Según los datos obtenidos, existen determinadas condiciones en las que un observador consciente puede captar visualmente la presencia del Segundo Cuerpo. Lo que no sé es cuáles son esas condiciones.

Tercero, el sentido del tacto del Segundo Cuerpo parece ser muy similar al del físico, es decir, la sensación parece idéntica cuando las manos se tocan. Lo mismo cabe decir del informe sobre la búsqueda de la «cuerda». Las manos notaron y tocaron el cuerpo no físico, y fue como cuando se toca carne con carne, según los receptores sensoriales, con la excepción de los foliculos pilosos de las protuberancias de la piel. Además, hay indicios de que las manos no físicas pueden tocar el cuerpo físico con un resultado prácticamente igual, tal como lo confirma el experimento del regreso con examen directo a partir de los dedos de los pies. Vuelve a plantearse en el caso del «hombre a la espalda», en el que noté el cuerpo físico en contacto con el no físico en otras partes del cuerpo además de en las manos. Es como si en la denominada «situación de proximidad» el Segundo Cuerpo pudiera percibir y también tocar objetos físicos.

Cuarto, el Segundo Cuerpo es muy plástico, por lo que puede adoptar cualquier forma conveniente o deseada por la persona en cuestión. Prueba de dicha elasticidad es la capacidad de «estirar» el brazo el triple de su longitud normal. Extrapolando esto último, puede concebirse el viaje no físico como el increíble estiramiento de alguna sustancia emanada del cuerpo físico. Da crédito a esta idea el «regreso brusco» al cuerpo físico cuando se pierden las ganas de «estar fuera». La apariencia del Segundo Cuerpo como una gasa ondulante desafía cualquier análisis hasta la fecha, aunque puede ser otro indicio de plasticidad. Si la mente o la voluntad no transmiten una forma especial en un momento dado, cabe suponer que se mantiene la forma humanoide habitual a través de algún pensamiento automático.

Quinto, cabe la posibilidad de que el Segundo Cuerpo sea el reverso del cuerpo físico. Esto se apoya en la separación mediante «giro» y en el experimento consistente en la exploración del cuerpo físico mientras yacía inerte sobre el sofá. Luego está el descubrimiento de la cabeza a los pies, que quizás pueda explicarse por la dislocación en la penumbra. No obstante, merece una consideración, junto con la identificación del dedo pulgar del pie. Hay sugerencias de esto en otros informes, que inicialmente quedaron

condenados a la desorientación y a las respuestas puramente subjetivas. La idea de la transposición quizás esté asociada en cierto sentido con la teoría de la antimateria.
Sexto, las investigaciones directas suelen abonar la tesis de que hay una «cuerda» de enlace entre el cuerpo físico y el Segundo Cuerpo, tal como ha quedado recogido en multitud de ocasiones por la literatura esotérica. A qué obedece este vínculo sigue sin saberse todavía. Puede especularse con que el Segundo Cuerpo y la inteligencia que lo habita siguen controlando el cuerpo físico mediante dicho vínculo. Parece probable que viajen del mismo modo los mensajes del cuerpo físico al Segundo Cuerpo, como puede verse en la llamada de regreso, en el brazo que se me había quedado dormido o en la llamada de aviso en la puerta. Si se mantiene la conexión entre ambos, debe tratarse de una sustancia muy elástica del tipo del Segundo Cuerpo, a juzgar por las distancias aparentemente infinitas que debe enlazar.
Séptimo, la relación entre el Segundo Cuerpo, la electricidad y los campos electromagnéticos es muy significativa. Así lo atestiguan el experimento de la caja de Faraday y la ubicación del Segundo Cuerpo encima de la calle, en (o junto a) el campo constituido por la corriente eléctrica básica o en la propia corriente eléctrica.

14 MENTE Y SUPERMENTE

Una vez descritos los aspectos «físicos» del Segundo Cuerpo procede examinar cómo reacciona la mente a la experiencia del Segundo Cuerpo.
Tal vez los estudiantes de las ciencias de la mente discrepen de la terminología aquí utilizada, ya que no se ha pretendido enfocar el fenómeno desde el punto de vista psiquiátrico, psicológico o fisiológico. Al mismo tiempo, se espera que este capítulo, así como el anterior, tengan un significado común a todas las ciencias y que actúen como puentes para exploraciones posteriores en cualquier horizonte intelectual.
La cuestión planteada más a menudo es: ¿cómo se sabe que no es un sueño, que la experiencia es un vívido sueño o una especie de alucinación?
Esto merece una respuesta más allá de la contrapregunta: ¿cómo se sabe que la experiencia del estado de vigilia es normal? Según se ha dicho, al principio yo estuve convencido durante mucho tiempo de que estas experiencias eran sueños o alucinaciones. Sólo fueron consideradas seriamente como algo más cuando empezaron a acumularse.
Estas experiencias difieren de los sueños en tres aspectos principales:

- Continuidad de cierta consciencia.
- Decisiones intelectuales o emocionales (o mezcla de ambas) tomadas durante dichas experiencias.
- Percepción múltiple a través de los sentidos o sus equivalentes.
- No recurrencia de patrones idénticos.
- Secuencia de acontecimientos que parece indicar transcurso del tiempo.

Lo que sí cabe asegurar es que, en situaciones así, se es tan consciente de «no estar soñando» como en el estado de vigilia. Pueden aplicarse los mismos criterios de la vigilia con el mismo resultado positivo. Esto era lo más desconcertante en los primeros experimentos. La dualidad de la existencia está en abierta contradicción con la formación científica existente y con la

experiencia humana. Una vez más, la prueba definitiva de tal afirmación es experimentarse a sí mismo en este estado del ser.

¿Es esto un producto de la autohipnosis con sugestión poshipnótica incorporada? Muy probablemente el método de inducción y el establecimiento de esta situación tienen que ver con la hipnosis en muchos sentidos. La hipnosis es otro fenómeno muy poco conocido. La «sugestión», tal como se emplea en la hipnosis, puede ser parte del proceso de activación. Sin embargo, se ha tenido mucho cuidado en evitar sugestiones indirectas o estímulos que indujeran experiencias alucinatorias. Cuanto más se sepa de los factores que intervienen en la hipnosis, más relaciones podrán ir apareciendo.

Si la mente actúa de un modo diferente, ¿cuáles son los puntos de divergencia? En general parece que la mente consciente (o la totalidad de la persona) pasa poco a poco por un proceso de aprendizaje. Visto retrospectivamente, el efecto es una adaptación evolutiva y una aceptación de la mente consciente dentro de una porción relegada de un todo. El todo es una mezcla a partes iguales de consciente, inconsciente y

Supermente, todos ellos plenamente conscientes unos de otros. Sin embargo, esta amalgama sólo es efectiva en el Segundo Estado. En caso de continuar en el entorno físico, el efecto se capta sólo de modo limitado.

En las primeras incursiones en el Segundo Estado pensamiento y acción están dominados casi por completo por la mente inconsciente, subjetiva. Los intentos de comprensión racional quedan sepultados bajo un alud de reacciones emotivas. Todos los impulsos subjetivos primarios se hacen muy evidentes y exigen que se les hagan caso y/o sean satisfechos. Es imposible negar su existencia. Los primeros en aparecer son los miedos que se creían desaparecidos. Les siguen los impulsos igualmente fuertes de unión sexual, que serán examinados después. Unos y otros suponen dos buenos golpes contra el desarrollo continuado del Segundo Estado. A lo largo de la historia de la humanidad el miedo y la sexualidad han sido los factores principales de motivación y control en todas las formas de organización social. Por lo tanto, es comprensible el papel tan fundamental que desempeñan en el Segundo Estado.

La mente consciente empieza poco a poco a actuar sobre esta masa aparentemente desorganizada e ilógica, poniendo orden y percepción objetiva en ella. Al principio parece un empeño imposible. Más adelante la mente consciente desarrolla una relación simbiótica con ella. Es raro que las cosas se descontrolen. Esto no quiere decir que la mente consciente controle por entero el Segundo Estado. Al contrario, no es más que un regulador de una fuerza directriz o impulsora. Pero, ¿quién dirige? Se le puede llamar Supermente, alma o yo interior, la etiqueta es lo de menos.

Conviene saber que la mente consciente responde automáticamente a las órdenes sin cuestionarlas. En el estado físico no nos fijamos mucho en esto. Pero en el Segundo Estado es algo natural. La Supermente sabe sin la menor duda lo que está «bien», y sólo hay problemas cuando la mente consciente se obstina en negarse a reconocer este conocimiento superior. La fuente del conocimiento de la Supermente da lugar a muchas ramificaciones; la mayoría de ellas rebasan nuestra percepción del mundo con la mente consciente. De éstas, la más aceptable es la herencia, pero

también la más insuficiente.
Podemos extraer ciertas conclusiones de esta adaptación continua.
Conclusiones aplicables al entorno del Segundo Estado.
Sincronía pensamientoacción. Mientras que en el estado físico la acción sigue al pensamiento, aquí son una sola y misma cosa. No hay conversión mecánica del pensamiento en acción. Poco a poco se valora la existencia del pensamiento como una fuerza en sí misma, más que un detonante o un catalizador. Se trata esencialmente de una fuerza de pensamiento emocional, traducida paulatinamente en acción coherente. Es pensar en el movimiento lo que crea la acción. Es pensar en la persona que se va a visitar lo que crea el destino. Asimismo, son las necesidades de la Supermente las que crean el movimiento hacia áreas desconocidas, a menudo sin conciencia inmediata de las fuerzas que lo motivan.
Los patrones de pensamiento extraídos de las actividades físicas influyen mucho en las respuestas en el Segundo Estado de la existencia. Es asombroso descubrir cuántos pequeños hábitos de pensamiento se «cultivan» y qué inquietud suelen provocar por su carácter automático. Los hábitos, necesidades o deseos puramente físicos (hambre, dolor, tabaco) no son trasvasables como tales, pero sí pequeños y molestos patrones de pensamiento y acción que confunden y distraen la atención. La excepción a todo esto es el impulso sexual, e incluso éste está matizado por criterios sociales artificiales y los hábitos subsiguientes.
He aquí un ejemplo sacado de mis notas acerca de la influencia de estos pequeños hábitos.

11/6/63. Noche
(..) cuando se acercaron y me tomaron de los brazos para llevarme a través de la zona, me llevé la mano al bolsillo interior de la chaqueta por ver si seguía allí la cartera, si no me la habían quitado. Tardé unos momentos en caer en la cuenta de que no había ninguna cartera (quizás tampoco chaqueta), así como tampoco había intención alguna por parte de quienes me llevaban de quitarme algo inexistente. ¡Este es el precio de vivir en una gran ciudad masificada!

Pequeños hábitos como éste salen a cada paso, y se incurre en ellos una y otra vez. La manera de eliminarlos es irlos reconociendo uno a uno. Una vez identificados ya no vuelven a interferir. Esto es aplicable igualmente a los pensamientos relativos a la forma física del cuerpo. Por ejemplo, quien haya estado muy condicionado por la conciencia de la desnudez pensará automáticamente que está vestido. La forma del cuerpo físico se reproduce hasta el último poro o cicatriz a menos que se piense en otra forma distinta. Del mismo modo, si los hábitos de pensamiento han ido en otra dirección, puede adoptarse la forma que parezca más conveniente. Sospecho que el Segundo Cuerpo puede modificarse en la forma que se desee, sea cual sea. Una vez rechazado el pensamiento, el Segundo Cuerpo vuelve a su forma humanoide habitual. Esto da pie a cierta especulación sobre la mitología humana. Si alguien quiere experimentar lo que significa ser cuadrúpedo, en el Segundo Cuerpo puede transformarse temporalmente en un gran perro, lo mismo que alguien con visión del Segundo Estado (probablemente hay

muchas personas así) puede convertirse en hombre lobo. El resultado también puede ser el de los personajes mitológicos de hombres mitad cabra o mitad caballo. Se puede «pensar» en alas y volar y transformarse temporalmente en un vampiro. No es tan difícil cuando se experimenta con el poder del pensamiento en el Segundo Estado.
Dicho de otro modo, no parece haber nada que no pueda producirse en esta otra vida nueva/vieja. Por eso es obligado subrayar la siguiente advertencia: hay que estar absolutamente seguro del resultado que se desea y controlar constantemente los pensamientos que se tienen.
Cambios de percepción. Aquí es donde se producen los cambios más significativos e incomprensibles. Como no hemos aprendido a hacerlo de otra forma, al principio traducimos todos los impactos sensoriales como significados captados por los cinco sentidos. Por ejemplo, cuando se empieza a «ven» de esta extraña manera, la impresión es que esta «vista» se asemeja mucho a la recepción óptica de los ojos físicos. Es más tarde cuando se descubre empíricamente que no es ése el caso. No se trata en absoluto de la «vista» física. Se aprende que se puede «ven» en todas direcciones a la vez, sin volver la cabeza, que puede verse o no verse según el pensamiento y que, analizado detenidamente, es más una impresión de radiación que el reflejo de ondas lumínicas.
Lo mismo cabe decir de los demás sentidos físicos. Al principio se cree que se oye «hablan» a otras personas. Pero no se tarda en caer en la cuenta de que no hay «oído» que esté recibiendo ningún mensaje sensorial. Los mensajes se reciben de otra forma (el pensamiento), y la mente los traduce a palabras comprensibles. El tacto parece tener una relación mucho más directa con su contrapunto físico. Hasta la fecha, olfato y gusto han estado ausentes.
Lo más interesante es la comprobación de que ninguno de estos modos de percepción funciona del todo automáticamente, como si se pudieran activar y desactivar a voluntad.
Además parece haber unos cuantos medios nuevos de percepción sensorial. Uno de ellos consiste en la identificación de otros entes humanos, no por su «aspecto», sino por una clara conciencia de sus pensamientos y hábitos básicos de la personalidad. Esto es lo más notable porque parece infalible, con la intimidad del ser irradiando pautas, muy parecido a como puede analizarse la composición de una estrella o un pedazo de metal. Sospecho que la persona en cuestión no puede interrumpir

tales emanaciones, de tal forma que es imposible que nada pueda ocultarlas.
Otro aspecto es la capacidad de comunicarse con los demás a un nivel superior a la mente consciente. Esto se ha efectuado con personas vivas en estado de vigilia y dormidas. Es bastante posible que tenga también lugar inconscientemente entre personas que viven en el estado físico. En el Segundo Estado es algo particular y absolutamente natural. En las notas se ha dejado constancia de muchos momentos de este tipo de comunicación mientras la otra persona está en conversación física y consciente con una tercera persona.
Lo más frustrante de esto es que el comunicante no suele recordarlo después. Además, el contacto con una persona físicamente despierta es difícil de establecer. Es como intentar despertar a una persona profundamente dormida. Puede ser que esta parte comunicante de la mente esté

verdaderamente dormida durante los períodos de consciencia física. Habría que recurrir a técnicas de asociaciones libres o regresiones hipnóticas para evocar el recuerdo.
Hay un problema de percepción que se presenta de vez en cuando en el Segundo Estado. Puede ser más común de lo que se ha contado en la percepción por medios físicos y, por lo tanto, no es ninguna rareza. Me refiero a la cuestión de la identificación mental de personas, lugares y cosas desconocidas y nunca percibidas con anterioridad.
En su búsqueda de orientación y datos probatorios la mente parece obedecer a una orden difusa de identificación por parte del pensamiento, sin modificaciones ni equivocaciones. Por lo tanto, ante una situación, lugar, persona o cosa desconocida o aparentemente imposible la mente produce algún tipo de respuesta en vez de no dar ninguna.
Dicha respuesta adopta la forma de racionalización, si puede llamarse así; o más comúnmente se hace una búsqueda de recuerdos y experiencias pasadas para producir una adecuada identificación. Compara la situación en que es percibido un
determinado objeto o acción con una experiencia personal pasada. Si no hay nada que coincida exactamente con los actos observados, la mente informa indefectiblemnte del recuerdo más parecido y declara: «Éste es el objeto o acción que estás viendo». Su semejanza con lo realmente percibido sólo aparece tras un análisis crítico.
Hay muchos buenos ejemplos de este fenómeno. Uno de los mejores es la visita matutina a casa del señor Bahnson. La mente, al no tener referencia en su recuerdo del objeto situado en la parte trasera del coche (un generador van DeGaff), identificó adecuadamente su tamaño aproximado, la protuberancia redonda, como una rueda en un extremo y la plataforma de la base e informó erróneamente de que era un coche de juguete. La mente informó adecuadamente del chico y la pelota de béisbol porque era parte de su banco de datos de recuerdos. Sin embargo, erró en el gesto de la señora Bahnson repartiendo el correo de la mañana. Informó de ello como «reparto de naipes», aun cuando la mente se enfrentaba con la incongruencia de jugar con unos grandes naipes blancos (cartas) sobre una mesa llena de platos. La idea de jugar a las cartas fue el hecho similar menos imposible en la asociación de recuerdos, y por eso fue el que afloró.
Un interés semejante ofrece la experiencia del avión estrellado recogida en el capítulo 11. Aquí se trataba de toda una serie de hechos, abarrotada de datos sensoriales y filtrada por las asociaciones del pasado de la mente. En este caso, la rápida superposición de información añadió un elemento más de confusión a la secuencia de los acontecimientos. La impresión de efectuar un viaje en avión fue bastante exacta. Ahora bien, la mente «olvidó» que antes había habido un viaje en autobús al aeropuerto. En consecuencia, al informar de la subida de pasajeros, confundió el avión con el autobús. Al montar en el autobús la mente percibió al conductor esperando en la puerta. En un intento de identificarlo buscó un recuerdo, y a tal efecto seleccionó a la persona más parecida de la experiencia

pasada (D. D.). El parecido físico entre el conductor del autobús y D. D. quedaría patente posteriormente.
Otra forma de mala interpretación fue la del reconocimiento de la mujer en el

asiento delantero y su incomodidad. La incomodidad o inquietud eran acertadas, no así la razón. La mente no había determinado la causa de la inquietud de la mujer y la relacionó con la persona porque haca falta alguna respuesta. Por otra parte, el vuelo lento y rasante por encima de las calles era una descripción perfecta de los acontecimientos (el autobús por la autopista camino del aeropuerto), sólo que la mente seguía aferrada a la idea de volar en avión.
La mente seguía, efectivamente, aferrada al «hecho» de que el avión había emprendido el vuelo. La mente informó de que el avión volaba por debajo de los cables de la luz y el teléfono porque no pudo traducir directamente los efectos de la tormenta.
Lo más significativo fue la interpretación que la mente hizo del «accidente» o catástrofe. «Vio» lo que pareció ser una interrupción de la actividad cardíaca. Era una situación imposible, un hecho inconcebible basado en su propia experiencia. A la luz de los datos del pasado, la mente se vio obligada a identificar, aunque la experiencia decía que la catástrofe observada no era posible. Por lo tanto, seleccionó un accidente aéreo como hecho creíble y aceptable como posibilidad.
A partir de esto puede comprenderse mejor la dificultad de informar correctamente sobre la observación de materiales desconocidos. Si ya es complejo de por sí en entornos conocidos, no es difícil imaginar lo que sucede cuando lo que se percibe no tiene relación alguna con la experiencia anterior. Relacionar unos cuantos hechos es fruto de un laborioso esfuerzo de ensayo y error, y puede no coincidir con lo que interpreten otras mentes con otro tipo de experiencias. Por esto es necesario que los demás experimenten bajo las mismas condiciones.
Entre los pocos hechos acertadamente interpretados destacan los sueños del «vuelo» y la «caída». Estoy convencido de
que sueños semejantes no son sino recuerdos de algún tipo de experiencia en el Segundo Estado. He tenido a menudo la experiencia de soñar que volaba cuando, en realidad, al tomar conciencia de lo que había ocurrido, he estado volando fuera del Segundo Cuerpo. Se trata de un acto involuntario que la mayoría de las veces ocurre sin que medie ningún esfuerzo consciente. Es perfectamente factible el hecho de que muchas personas tengan esta experiencia mientras duermen, sólo que después no la acuerdan.
Lo mismo cabe decir del sueño de montar en avión. La mente se niega a aceptar la posibilidad de volar sin medios mecánicos debido a los recuerdos almacenados, por lo que recurre a un avión para racionalizar los hechos. Y, como de costumbre, el «avión» desaparece al recobrar la consciencia. Y uno se queda en el aire, sin nada que lo sustente. Resulta muy desconcertante hasta que uno se acostumbra a la idea.
En mis primeros experimentos se examinaron sueños de caídas en repetidas ocasiones. Es una «sensación» corriente en la reintegración rápida del Segundo Cuerpo con el cuerpo físico. Está claro que la proximidad del cuerpo físico le hace aceptar las señales sensoriales del Segundo Cuerpo, que está «cayendo» dentro de él. Del mismo modo, el proceso de quedarse dormido se experimenta como sumirse en el sueño. Tras reiterados experimentos, el efecto lo produce la separación del Segundo Cuerpo del cuerpo físico; las impresiones sensoriales se reparten entre ambos. Quizás la mencionada sensación de «sumirse» en algo se produce igualmente cuando se pierde el

conocimiento por otras causas como pueden ser un mareo, anestesia, etcétera.
Medida de la inteligencia. A primera vista, parece que no hay una apertura inmediata de nuevos campos de conocimiento e información, excepto en lo tocante a las capacidades sensoriales ya referidas. No hay ningún salto en el cociente intelectual según los estándares aplicados en el mundo físico. Lo cierto es que entra en funcionamiento un nuevo tipo de intelecto, si

bien de una forma tal que resulta incomprensible. Es una mente compuesta que se vale de las experiencias vividas en el cuerpo físico aun cuando sólo las utiliza en el momento en que «encajan» con el hecho en cuestión. Hay determinados actos aparentemente sin sentido para la mente consciente, la cual sólo reconoce su validez a posteriori.
Al cabo de un número significativo de experimentos queda patente que la mente consciente, aún con sus pautas de memoria y recuerdo, es insuficiente para la tarea de una comprensión cabal. Hay demasiadas cosas por evaluar que rebasan el ámbito de la experiencia consciente de una sola persona. Una vez más, se hace necesario organizar los datos disponibles de forma comprensible e incorporarlos al cuerpo general de conocimientos a través de la experiencia de otras mentes conscientes. ¡La mente consciente debe reconocer sus limitaciones!
Pautas de recuerdo. El intelecto consciente no parece mejorado, pero el almacenamiento de recuerdos es cosa distinta. Uno de los primeros cambios es la paulatina invasión de la memoria con hechos, lugares, personas y cosas sin relación alguna con actividades de la vida física habitual o con pasadas experiencias. Tampoco parecen tener ninguna relación con visitas a los Escenarios II o III.
Sigue siendo un misterio el origen de tales recuerdos. Se sienten y evocan únicamente en el Segundo Estado. Por ejemplo, guardo un nítido recuerdo de un lugar en el que viví: las carreteras de acceso, la configuración del terreno, su ubicación con respecto a la carretera y el paisaje circundante. No es gran cosa pero, al parecer, he trabajado mucho para adquirirlo, y es todo cuanto he podido conseguir. Tenía la intención de construir allí una casa algún día.
Tengo otro recuerdo que tiene que ver con tres edificios intercomunicados en una calle de una ciudad, edificios antiguos de unas ocho alturas. Los pisos superiores (como en las casas antiguas) se han unido para formar uno solo con grandes
habitaciones de techos altos. Hay pequeños escalones entre unas y otras habitaciones porque el nivel del suelo es diferente. Se trata de un lugar que no he visitado muy a menudo, sólo alguna vez en algún lugar.
Hay muchos más, probablemente carentes de importancia en relación con el conjunto. Sin embargo, conviene saber que son producto directo de experimentos en el Segundo Estado. Todavía está por saberse su valor más allá de la confusión que engendran.

15 SEXUALIDAD EN EL SEGUNDO ESTADO

A lo largo de los experimentos empezaron a acumularse pruebas de un factor vital en el Segundo Estado. Sin embargo, no se las menciona en toda la literatura esotérica de la organización clandestina, no se les dedica una sola palabra. Este factor es la sexualidad y el impulso físico sexual. Si se toman como hechos los datos del Segundo Estado, la cuestión del sexo entre seres humanos se ha confundido, distorsionado y malentendido por completo. Este factor se menciona mucho en un país donde más del 90 por ciento de los psiquiatras en ejercicio son freudianos. No hay prácticamente ningún pensamiento ni acto alguno que tenga otra motivación, si nos atenemos estrictamente a esta teoría.

Dada la asociación de este tema con el «mal» que ha existido desde siempre, probablemente la organización clandestina prescinde de él como «material» algo basto e indigno de ocupar ningún lugar en el desarrollo espiritual. Lo mismo cabe decir de las religiones, estén o no organizadas. Esta necesidad, igual que la de alimentarse, viene siendo manipulada en la historia de la humanidad a través de reglas artificiales y tabúes para controlar a las masas. Sigue aplicándose en gran medida como un control básico de nuestros deseos y actos. Véase cualquier anuncio de la televisión americana. Escúchese
a un predicador apocaliptico. Estúdiese la historia sin censura de cualquier civilización o religión relevante. En todos los casos podrá comprobarse nuestra afirmación.

En la organización clandestina circulaban rumores basados en ciertas pruebas que tenían que ver con el hecho de que muchas personas famosas con poderes parapsicológicos tenían una sexualidad muy activa. El grupo más sofisticado pretendía estar al tanto de esto, si bien nunca trascendió nada. Se cuenta que el famoso místico de principios del siglo xx, Gurdjieff, ha declarado que si hubiera habido obstáculos como el sexual para alcanzar el estado místico, jamás lo habría alcanzado.

Es imposible describir mi profundo aprecio y reconocimiento por el comentario de Gurdjieff, pues he estado sometido a los mismos conceptos y condicionamientos sociales que cualquier americano. Incluso ahora, luego de haberme liberado de esos condicionamientos, me quedan ecos de culpa y pecado al intentar aportar cierto candor a este capítulo. Pero he de reconocer que sin esto el texto quedaría incompleto.

He aquí algunos fragmentos extraídos de las notas de mis primeros experimentos.

7/5/58

Entrada la noche, dormitorio, humedad baja, luna nueva. Estaba físicamente cansado, mentalmente en calma. Me eché a dormir y al poco rato empezaron las vibraciones. Hice acopio de valor para intentar pensar en «salir» y conseguí elevarme poco a poco como a metro y medio por encima de la cama. Estaba tratando de decidir qué hacer cuando me invadió un intenso deseo de satisfacción sexual. Tanto que me olvidé de todo lo demás. Miré a mi alrededor y vi abajo a mi esposa, acostada en la cama. Descendí e intenté despertarla para que pudiéramos hacer el acto sexual, pero no lo conseguí; no se despertó. Me dio la sensación de que la única forma en que podía

obtener resultados era en el cuerpo físico, así que regresé a él. Las vibraciones disminuyeron casi al momento. Cuando me incorporé físicamente el deseo sexual había desaparecido por completo. Esto es muy extraño, no sabía que tuviera un deseo subyacente tan
intenso.

1/6/58
Entrada la noche, dormitorio, humedad media, nublado. Estaba algo cansado, pero mentalmente alerta. 14s vibraciones empezaron un par de minutos después de acostarme. Salí y me elevé por el método del pensamiento», y otra vez experimenté un deseo sexual acuciante, por cuarta vez seguida. Por más que lo intenté, no fui capaz de ahuyentarlo. Regresé al cuerpo físico disgustado conmigo mismo. Ya no había vibraciones cuando me incorporé. ¡Debe existir una forma de ahuyentarlo!

29/7/58
Entrada la noche, despacho, humedad media. Estaba algo cansado, pero mentalmente alerta. Creo haber encontrado la respuesta a la manía sexual en mí; esta vez funcionó con unos resultados impresionantes. Empezaron unas leves vibraciones y esperé a que se intensificaran, entonces pensé» y volví a estar por encima de la cama. Volví a buscar una mujer por toda la oficina. Volvió a pasarme que, cuando pensaba en alejarme más de tres metros del cuerpo físico, la idea del sexo me lo impedía. I .a nueva técnica consistió en que, en vez de rechazar, ignorar o negar la existencia de la idea de sexo, pensé que era muy buena y que debíamos (debía hacerle caso. Lo haré dentro de poco, pero antes quiero ir a otro sitio. Tomé impulso, atravesé el techo y en cuestión de segundos estaba en otra habitación. Ellos estaban sentados a una mesa donde había un gran libro blanco. Yo estaba excitado, pero no tardé en preocuparme por el regreso y me acució el pensamiento de mi cuerpo físico. De pronto me sentí introduciéndome en él. Me incorporé físicamente en el sofá, eché un vistazo y todo parecía normal, yo también. Pero al menos había abandonado la proximidad inmediata. No sé quiénes serían esas dos personas.

Según lo dicho, queda claro que en realidad el impulso sexual no llegó a satisfacerse. Al contrario, quedó marginado, aplazado mientras yo reconocía plenamente su existencia. Lo
cierto es que la idea me vino de la llamada «Escena de amor de Gene Autrey». En el western típico, Gene luchaba contra los malos para salvar a la chica y llevarla al cercado del rancho. Se acercaba a ella y elogiaba su pelo, como el de un alazán. La chica se acercaba a él con una mirada llena de amor. Y cuando todo el mundo (chica incluida) estaba seguro de que iba a besarle, el bueno de Gene salia con un: «Claro, Susy Jane, pero antes quiero cantarte una canción». Y sacando una guitarra de algún sitio se ponía a cantar una canción de caballos. Y el beso no llegaba nunca porque la película acababa antes. La idea del aplazamiento en vez del rechazo sirvió como medio de emancipación del dominio sobre el impulso sexual. El impulso permanecía, aún permanece y se presentará a la menor oportunidad. Este tipo de oportunidades se dan en el Segundo Estado, si bien de un modo diferente.

«Diferente» es una manera inadecuada de decirlo. La acción -reacción sexual en el cuerpo físico resulta un pálido reflejo o un intento desganado de reproducir la forma íntima de comunicación que se da en el Segundo Estado y que no es «sexual» en el sentido en que nosotros lo entendemos. En el impulso físico de unión sexual es como si estuviéramos recordando vagamente el climax emocional que se opera entre las personas en el Segundo Estado y lo tradujéramos en acto sexual. Quien considere difícil de aceptar esto que piense detenidamente en sus propios deseos sexuales sin los factores que lo condicionan. Que prescinda de normas y tabúes y los analice sin carga emocional. Puede hacerse. Más de uno se sorprendería de cómo puede haber perdido tanto el rumbo el género humano.
Trataré de exponerlo valiéndome de la analogía más próxima posible a la experiencia del Segundo Estado, de la que la sexualidad física no es más que una sombra. Si dos polos cargados de electricidad de distinto signo pudieran «sentir» cuando se aproximan uno al otro, «necesitarían» fundirse. No hay barrera que pueda impedírselo. La necesidad aumenta con la

proximidad. Primero es obligada, después acuciante, y acaba siendo tan imperiosa que ambos polos se precipitan y se funden el uno en el otro. Se produce en un instante un flujo mutuo de electrones mentales, una adecuación entre las cargas respectivas, y se restablece el equilibrio armónico entre ambas, quedando una y otra revitalizadas. Aunque transcurra una eternidad, todo transcurre en un instante. Después viene la calma y la separación serena.
Es tan sencillo como esto. Tal vez resulte difícil reducir esta emoción vital a una mera necesidad natural, a la simple aplicación de una ley física a otro nivel. Sin embargo, abundan las pruebas que abonan esta tesis.
No fue nada fácil llegar a esta conclusión, dado que había que vencer obstáculos insalvables. El primero de ellos fueron las respuestas condicionadas e impuestas por las normas y tabúes de nuestra estructura social. Al principio nos las llevamos también al Segundo Estado. He aquí un buen ejemplo extraído de mis notas.

16/9/59
Una ved que decidí «ver» fui consciente de mi ubicación en la habitación. El despacho estaba poco iluminado y yo me hallaba encima de la mesa, a unos dos metros y medio del sofá en el que pude distinguir a medias mi cuerpo físico en la penumbra. Después vi cerca de la puerta una forma, inequívocamente humanoide, que se me acercó. «Supe» al instante que esa persona era mujer. Tomé mis precauciones ante el apetito sexual que se despertó.
«Soy una mujer». Parecía decirme una voz grave de mujer. Respondí que ya lo sabía, procurando contenerme. Las insinuaciones sexuales de su voz eran inconfundibles. Se me acercó más.
Mi mente tradujo que era, efectivamente, una mujer, el arquetipo del atractivo sexual. Retrocedí, desgarrado por el deseo y el temor a lo que podría suceder si mantuviera una relación sexual estando en el Segundo Cuerpo ji a la posible «infidelidad» con respecto a mi esposa. Al final, mi miedo a posibles consecuencias desconocidas venció al deseo y me apresuré
por regresar al cuerpo físico, me refundí y me incorporé. Miré a mi alrededor.

En la habitación no había nadie más. Al evocar lo sucedido mi cuerpo físico reaccionó 5 se estimuló. Salí a dar un paseo antes de volver para tomar estas notas. ¡Tal ved sea un cobarde!

Transcurrieron varios encuentros con distintos niveles de intensidad para que yo empezara a caer en la cuenta de qué era lo que me hacía echarme para atrás. Parecía haber una relación directa entre lo que yo interpretaba como impulso sexual y la «fuerza» que me permitía disociarme del cuerpo físico. ¿Era una manifestación diferente de este impulso básico lo que sentía como «vibraciones»? ¿O era justamente al revés? ¿Era el impulso sexual una manifestación física y emocional de dicha fuerza?
Quizás haya forma de averiguarlo bajo condiciones estrictamente controladas, es decir, en una sociedad lo suficientemente madura como para llevar a cabo estos experimentos. Desde luego, la nuestra no lo es. Lo más que puede hacerse aquí es intentar analizar determinados extremos. En una serie de estudios recientes sobre el sueño se ha observado que durante el sueño MRO (Movimientos Rápidos de Ojos) los sujetos varones tenían una erección. Esto ocurría con independencia del contenido del sueño. Podía producirse hasta con un sueño sin naturaleza sexual. Es lo más concluyente que ha experimentado la ciencia hasta la fecha. Se saca aquí a colación únicamente porque la reacción física más consistente al regreso del Segundo Estado es una erección. No es más que una pista.
Tanto si se trata de una manifestación distinta como de una purificación, la sexualidad del Segundo Estado no es igual que su eco físico, ni siquiera después de abandonar los hábitos y prejuicios de este último. Las barreras originadas y continuamente reforzadas por los condicionamientos sociales no son más que la mitad del problema. Ya no intervienen los elementos físicomecánicos. La mente sigue traduciendo durante

mucho tiempo la secuencia atracción –acción- reacción como si fuera igual en el mundo no físico. Las diferencias van haciéndose patentes a medida que se intensifican la percepción y el control.
La primera y más evidente es que no existen pruebas de interpenetración hombre -mujer. Vistos retrospectivamente, los intentos de expresar las necesidades de modo tan funcional resultan patéticos. Se produce una frustración al descubrir que las cosas no funcionan así en el Segundo Estado. Además, está ausente por completo la sensualidad surgida por la forma del otro sexo, puesto que no cabe distinción de forma física ni a la vista ni al tacto.
Entonces, ¿cómo es?, ¿qué es lo que pasa? Recurrimos una vez más a la analogía entre los polos opuestos. Hay una conciencia clara de la «diferencia», semejante a la radiación (tal vez lo sea) solar o al fuego cuando se está aterido de frío. Es una dinámica de atracción y necesidad. Atracción cuya intensidad varía de unas personas a otras . (Definir qué hace que una persona sea más atractiva sexualmente que otra va más allá de lo físico). Puede tratarse de lineas o flujos magnéticos.
El «acto» como tal no es propiamente un acto, sino un estado de shock rígido e inmóvil en el que ambos se funden en todas sus dimensiones, átomo por átomo, a través de todo el Segundo Cuerpo, y no a un nivel superficial y limitado a determinadas partes del cuerpo físico. Es un breve flujo mutuo y

sostenido de electrones. Se alcanza un éxtasis insoportable al que siguen la tranquilidad y el equilibrio; eso es todo.
No sé por qué sucede esto ni por qué se necesita, igual que el polo positivo de un imán tampoco entiende por qué necesita al polo negativo de otro imán. Sin embargo, la diferencia estriba en que podemos percibirlo objetivamente y preguntarnos «por qué». Una cosa es cierta: el acto es igual de necesario en el estado físico que en el Segundo Estado. En ciertas zonas del Escenario II es tan normal como un apretón de manos. He aquí algunas impresiones extraídas de mis notas.
12/9/63
Por alguna ratón incomprensible llegué a una zona al aire libre en la que había entre siete u ocho personas, todas ellas de pie, formando un grupo informal. No parecieron sorprenderse mucho al verme y yo guardé las precauciones habituales. Los noté titubeantes, como si no supieran cómo tratarme o saludarme, pero no hostiles. Al poco uno de ellos se me acercó con ademán amistoso, como para estrecharme la mano. Iba a darle la mano cuando esta persona se me acercó mucho y de repente hubo un rápido y momentáneo fogonazo de descarga sexual. Yo estaba sorprendido)/ un poco impresionado. Después se me acercaron uno tras otro todos los demás, me saludaron en fila de la misma manera (tan sencilla como un apretón de manos). Hasta que se me acercó la última persona del grupo, la única a quien fui verdaderamente capaz de percibir como mujer. Parecía mayor que los demás e incluso que yo mismo. Parecía expresar amistad j buen humor. «Bueno, hace mucho que no practico. Mientras sonreía d #o: ¡pero estoy deseando hacerlo!».
Diciendo esto, se me acercó, y juntos tuvimos una breve)! nada leve descarga sexual. Retrocedió, soltó una risita divertida y se fue con los demás. Momentos después, mientras trataba de averiguar dónde estaba, me sentí muy a disgusto y me pareció mejor regresar. Ascendí, me extendí hacia el cuerpo físico y volví sin incidentes dignos de mención.
¿Era el saludo con descarga sexual una costumbre típica de aquí, o sencillamente estaban procurando agradar a un forastero adoptando provisionalmente una costumbre que parece ser algo habitual en su tierra? Podría ser, si miraran algo interior secreto de la mayoría de nosotros en su envoltura fisica».
¿Fantasías sexuales oníricas causadas por alguna remota represión sexual? Ésta podría ser la respuesta freudiana, así como la salida fácil, la etiqueta puesta para evitar enfrentarse con posibilidades desconocidas. ¿Qué pruebas hay de que sea
otra cosa? No hay forma de demostrar nada porque no hay forma de determinar «dónde» transcurren.
En la experiencia anterior, sí. ¿En otra? Una vez más, recurro a mis notas.

4/3/61
Entrada la noche, en el estudio, planta baja. No estaba agotado; más bien mentalmente alerta. Induje deliberadamente las vibraciones por el método de la cuenta atrás. Era sábado por la noche y estoy escribiendo esto el domingo por la tarde, según las notas tomadas durante la noche y otros hechos similares. Información preliminar: el sábado por la tarde (ayer) una amiga de mi mujer J. F.) telefoneó para preguntarnos si podía visitarnos)/ quedarse a

dormir esa misma noche en casa. Llegó a la hora de la cena y nos retiramos tras una tranquila y agradable velada. Nuestra invitada subió a la pequeña habitación cuadrada de invitados, en la parte delantera de la casa, o al menos eso me imaginé. Creí también que nuestros dos hijos estaban dormidos en su habitación, que es larga)/ rectangular)/ que da directamente al estudio. Decidí acostarme en el estudio en vez de hacerlo en el dormitorio con mi esposa porque me pareció que podía inducir las vibraciones)/ no quería perturbar su sueño.
Tras muchos preliminares llegaron unas fuertes vibraciones y alcanzaron una frecuencia que rebasaba la percepción como pulsaciones. Salí del cuerpo físico)/ seguí ascendiendo con una intensa sensación de liberación y control; atravesé el techo y el suelo del piso de arriba hasta llegar a una sala rectangular. Estaba a oscuras, y creo que el lugar en el que me encontraba era el dormitorio de mis hijos, aunque no les vi. Me disponía a marchar a otro sitio cuando advertí la presencia en la sala de una mujer no muy lejos de mil No pude distinguir sus rasgos, aunque me dio la impresión de que andaría por los treinta tantos años)/ de que era una mujer con una considerable experiencia sexual (¿sería por la consabida «irradiación» de características personales?). Esto último despertó mi deseo sexual)/ me sentí atraído por ella. Al acercarme dijo que (preferiría no hacerlo» porque estaba muy cansada. Retrocedí, respetando sus deseos, y le dije que de acuerdo. Ella pareció agradecerlo)/ yo me mostré
considerado, pero quedé decepcionado. Entonces me fijé en una segunda mujer, al fondo, a la derecha. Mayor que la primera, alrededor de cuarenta, y también con amplia experiencia sexual. Se acercó y se ofreció a «esta»conmigo como diciendo (yo sí» (en alusión a que la primera mujer no había querido). A esas alturas yo no necesitaba ninguna invitación y en seguida nos unimos. Se produjo el vertiginoso shock de tipo eléctrico
213
y después nos separamos. Le di las gracias ella pareció calmada y contenta. Me pareció bastante para una noche regresé atravesando el suelo. No tardé en volver a entrar en el cuerpo físico. Me incorporé" encendí la luz En la casa todo estaba en calma. Fumé un cigarrillo, me acosté
dormí sin incidentes el resto de la noche.
Esta mañana (domingo) me levanté temprano, como de costumbre. Mi esposa entró en la cocina a servirse una taza café a eso de las diez Ha dudado en subir a despertar a J. F para ir a la iglesia. Mencionó de pasada que esperaba que j F hubiera dormido bien porque estaba muy cansada. Hasta entonces no pasó nada, pero cuando dijo que J. F había dormido en el dormitorio de mis h Os en ver de en el cuarto de invitados (en una cama supuestamente más cómoda), empezó a sonar una campana. Según se ha dicho, el dormitorio de mis hijos es rectangular" queda directamente encima del estudio. Además, J F tiene treinta y tantos años, es cantante profesional", desde luego, tiene una amplia experiencia sexual (dos maridos varias aventuras). Añádase a esto el hecho de que estaba muy cansada.
Me costó un rato reunir el valor suficiente para preguntar, pero tenía que saberlo. Le pedí a mi esposa, ya muy al tanto de este tipo de cosas, que subiera a preguntarle a J. F si estaba sexualmente «cansada». Me preguntó a qué me refería y se lo expliqué. Entonces, lógicamente, quiso saber por qué, y dio que no podía hacer a J. F semejante pregunta. Le contesté que sabría

averiguarlo, que era importante. Por fin accedió
subió a despertar a j F Esperé durante un buen rato hasta que volvió a bajar mi esposa sola. Me lanzó una mirada inquisitiva" dijo: « Cómo lo sabías?». Menos mal que no tuvo un tono de sospecha. «Por eso nos había llamado para venir. Ha tenido una intensa aventura esta semana, con sexo todas las noches. Me ha dicho que estaba demasiado cansada para tener otra noche más».
Poco después bajó j F a desayunar. Por supuesto, mi esposa no le había contado nada de mi interés por su estado. Su aspecto fue normal durante todo el día, menos en una cosa. Normalmente j F me trata muy informalmente, como se trata al amigo de una vieja amiga. Hoy le he sorprendido varias veces mirándome, como si quisiera recordar algo sobre mí y no pudiera. No le he dado a entender que había captado su súbito interés. Ésta era una prueba bastante buena. Pero, z quién era la otra mujer?

7/3/61. Continuación
Ahora es miércoles por la noche. Llevo varios días dándole vueltas a qué podría significar la mujer más mayor. Estaba a punto de llegar a la conclusión de que era una persona muerta aún fuertemente atraída por las relaciones sexuales físicas, que seguía a J. F. para disfrutar mediante una persona interpuesta de sus relaciones sexuales, si es que esto era posible. Después, ayer, estuvo en el despacho un amigo mío. Mencionó en el transcurso de la conversación que nuestra común amiga R F. le contó que había soñado conmigo el sábado pasado.
Eso me alertó. R. W era una empresaria de cuarenta tantos años. Aunque estaba casada, se veía que era una mujer con amplia experiencia sexual, según mi propia observación (no experiencia). R W no había referido a nuestro común amigo la naturaleza del sueño, de manera que decidí averiguarlo. Hoy he podido hablar con ella por teléfono. Al principio K. F. se perdió en generalidades sobre el contenido de su sueño. Ante mi amable insistencia manifestó que yo le había hecho un «reconocimiento físico» minucioso. Pero no quiso añadir más. Bien no se acordaba, bien era demasiado personal para contármelo. En cualquier caso, es difícil calificar de coincidencias el hecho de que soñara esto el mismo sábado por la noche, que sugiriera cierta intimidad, que fuera suficientemente importante para que ella lo mencionara y que K. W encajara en las características a las que yo me había referido previamente.
No tengo conciencia de haber sentido ningún deseo sexual soterrado por J. F ni por K. W Es reconfortante saber que ambas siguen entre los «vivos».

Muchos experimentos recogidos en los apuntes son «demasiado personales» como para contarlos. Confío en que lo presentado hasta ahora sirva de muestra. Baste decir que ha habido experiencias de todo tipo, como las hay en el Segundo Estado tanto en el Escenario I como en el Escenario II. Los partidarios de la idea de los «planos astrales» dirían que la «calidad» de los planos visitados determinaría su «nivel», entendiendo «cualidad» por intensidad y/o degradación o supresión de la experiencia sexual. Esto está sujeto a interpretaciones.

Quienes aún no entienden las condiciones del Segundo Estado (tanto «vivos» como «muertos») quizá sigan relacionándolas con las del cuerpo físico, sólo que sin las inhibiciones ni limitaciones de la sociedad física «civilizada».
Seguimos considerando buena o mala la sexualidad según dichas inhibiciones, restricciones y estructuras sociales. La falacia de este punto de vista queda patente en que en nuestro propio continuum espaciotiempo no sabemos conciliar las prácticas sexuales con las normas sociales, ni hay tampoco coincidencia a este respecto entre los diferentes ordenamientos sociales actualmente existentes.
El impulso sexual puede servir de catalizador para provocar las vibraciones que abren la puerta al Segundo Estado. De todas formas, es una cuestión espinosa, como un niño inquieto que pone continuamente en cuestión la autoridad y que amenaza con desobedecer y echar a correr en otra dirección.
Aunque en el Segundo Estado no existe en absoluto el mal.

16 EJERCICIOS PRELIMINARES

A lo largo de este libro he efectuado numerosas referencias a un hecho incuestionable: la posibilidad de que una persona reconozca la realidad del Segundo Cuerpo y la existencia dentro de él.
Está claro que no hablaríamos así de ello si fuera cosa fácil. Sospecho que sólo mediante una curiosidad innata pueden superarse los obstáculos que se interponen para conseguirlo. Se han registrado múltiples casos de existencia experimentada fuera del cuerpo físico, pero la mayoría (al menos en el mundo occidental) han sido casos aislados y espontáneos, en momentos de tensión o en los que se han sufrido problemas físicos.
Estamos hablando de algo totalmente distinto, que puede ser investigado objetivamente. El experimentador ha de proceder de tal forma que obtenga resultados coherentes, quizás no en todos los casos, aunque sí tan a menudo como para corroborar su hipótesis con entera satisfacción. Creo que cualquier persona es capaz de experimentar la existencia en el Segundo Cuerpo si su deseo es suficientemente intenso. No entro a valorar si es algo deseable o no.
Las pruebas me han llevado a creer que la mayoría de los seres humanos, si no todos, abandonan el cuerpo físico con diferentes niveles de intensidad durante el sueño. Lecturas ulteriores me han demostrado que esta idea tiene miles de
años de antigüedad en la historia de la humanidad. Tratándose de una premisa válida, el estado en cuestión no es algo antinatural. Por otra parte, la práctica consciente y deliberada de separación del cuerpo físico podría parecer contraria a este patrón a la luz de los limitados datos disponibles.
Los efectos físicos perjudiciales de tal actividad están por determinar. Yo no he detectado (tampoco lo ha hecho ningún médico) cambios fisiológicos positivos ni negativos que puedan atribuirse directamente a la experiencia fuera del cuerpo.
Lo que sí he advertido son muchos cambios psicológicos, aparte de que probablemente hay muchos otros más que se me han escapado. Ahora bien, ni siquiera mis amigos psiquiatras han aventurado que sean negativos. Mi revisión paulatina de ideas y creencias fundamentales ha quedado expuesta

de diversas formas a lo largo de este libro. Si estos cambios psicológicos y de personalidad son verdaderamente nocivos no se puede hacer gran cosa al respecto, al menos por ahora.
Conviene avisar aquí a quienes estén interesados en experimentar de que, una vez abierta la puerta a esta experiencia, ya no puede volver a cerrarse. O, mejor dicho, ya no se puede vivir con ella ni sin ella. La actividad y conciencia resultantes son bastante incompatibles con la ciencia, la religión y las costumbres de la sociedad en que vivimos. La historia está repleta de mártires cuyo único delito era el inconformismo. Si este tipo de intereses e investigaciones llega a ser de dominio público se corre el riesgo de ser tildado de monstruo, farsante o, peor aún, ser condenado al ostracismo. Pese a todo, se perdería algo vital si no se prosiguiera con las exploraciones e investigaciones. Queda meridianamente claro en los innumerables períodos de «secano» en los que no se obtiene ningún resultado por muchos esfuerzos que se hagan. Se sufre una intensa sensación de marginación y agotamiento de una fuente de gran significado para seguir viviendo.

En resumidas cuentas, a continuación ofrezco la mejor descripción escrita que soy capaz de hacer acerca del desarrollo de la experiencia no física.

La barrera del miedo

Existe un gran obstáculo para la investigación del Segundo Cuerpo y el entorno en el que opera. Quizás sea la única barrera de entidad. Al parecer, afecta a todas las personas sin excepción. Puede estar oculto bajo capas de inhibiciones y condicionamientos, pero el obstáculo sigue ahí aun cuando desaparecen las capas que lo ocultan. Se trata de la barrera del miedo ciego e irracional. A poco que se le empuje, se convierte en pánico y pasa a ser terror. Quien franquee conscientemente la barrera del miedo habrá superado un hito en sus investigaciones.
Estoy razonablemente seguro de que esta barrera la franqueamos inconscientemente muchos de nosotros por las noches. Cuando se impone la parte de nosotros que cae más allá de la consciencia queda fuera de la inhibición causada por el miedo, aunque parece seguir bajo el influjo del pensamiento y la acción de la mente consciente. Parece estar acostumbrada a operar más allá de la barrera del miedo, y comprende mejor las normas de la existencia en este otro mundo. Cuando la mente consciente se retira por las noches ocupa su puesto la Supermente.
El proceso de investigación del Segundo Cuerpo y su entorno parece ser una mezcla entre la mente consciente y la Supermente. Si se logra, se supera la barrera del miedo.
La barrera del miedo presenta muchas facetas. Los más intrépidos de nosotros creemos que no existe hasta que, con gran sorpresa por nuestra parte, la reconocemos dentro de nosotros mismos. Ante todo está el miedo a la muerte. Como la separación del cuerpo físico se parece mucho a lo que se cree que es la muerte, las primeras reacciones ante esta experiencia son automáticas. Se piensa: «¡Vuelve inmediatamente al cuerpo físico! ¡Te estás muriendo! ¡La vida está ahí, en el cuerpo físico, vuelve a meterte en él!».
Estas reacciones aparecen a pesar de nuestra formación intelectual o emocional. Yo no conseguí reunir el valor (ni la curiosidad) suficiente para permanecer fuera unos momentos y observar objetivamente hasta después de haber repetido todo el proceso dieciocho o veinte veces. El miedo a la

muerte quedaba sublimado o superado por la familiaridad. Hay quienes han probado esta técnica y lo han dejado después de la primera o segunda experiencia, incapaces de superar este primer aspecto de la barrera.
El segundo aspecto de la barrera del miedo también está relacionado con el miedo a la muerte: ¿seré capaz de regresar al cuerpo físico o de volver a meterme «dentro» de él? Como carecía de orientaciones o instrucciones concretas, éste siguió siendo para mí un miedo fundamental durante varios años, hasta que di con una sencilla respuesta que siempre me ha funcionado. Lo mío fue una cuestión de racionalización. Había «salido» cientos de veces y había quedado claro que era capaz de volver sano y salvo de una u otra forma. Por lo tanto, existían probabilidades de volver sano y salvo la próxima vez.
El tercer miedo fundamental era el miedo a lo desconocido. Las normas y los peligros de nuestro entorno físico pueden determinarse en grado razonable. Nos hemos pasado la vida elaborando reflejos para combatirlos. Ahora, de repente, nos encontramos con otras normas completamente diferentes, otro mundo de posibilidades muy distintas, poblado por seres que las conocen al dedillo. Pero no hay ningún código, ni mapa, ni protocolo, ni cursos de física o química aplicables, ni autoridad incontrovertible a la que recurrir en busca de consejo o respuestas. ¡Muchos misioneros han sido asesinados en tierras remotas en condiciones semejantes!
Debo confesar que aún me asalta este tercer miedo, y con razón. Lo desconocido sigue siéndolo en gran medida. Con la cantidad de veces que he penetrado en el otro estado no he sacado en claro más que un puñado de normas inmutables y coherentes. Todo lo más que puedo decir hasta la fecha es que he sobrevivido a estas expediciones. Hay muchas cosas que no comprendo y que rebasan mi capacidad de comprensión.
Otro miedo son las consecuencias sobre el cuerpo físico y la mente consciente por participar y experimentar con este tipo de actividad. Es verídico, ya que nuestra historia no parece contar con informes fiables al respecto, al menos que yo sepa. Tenemos estudios sobre paranoia, esquizofrenia, fobias, epilepsia, alcoholismo, enfermedad del sueño, acné, enfermedades víricas, etcétera., pero no disponemos de un cuerpo bien trabado de datos objetivos sobre la patología del Segundo Cuerpo.
La única forma de saltar la barrera del miedo es andar al principio con pies de plomo para ir familiarizándose poco a poco. Confío en que la lectura de este libro proporcione ese «paso psicológico» por encima de la barrera. Puede contribuir a reconocer las condiciones y patrones familiares en los que al menos una persona ha tenido experiencias similares y ha sobrevivido.

1. Relajación

El requisito básico, quizás incluso el primer paso, es la capacidad de relajarse. Se genera deliberadamente, y es tanto física como mental. Unido a esto debe ir el alivio de cualquier sensación de apremio. No se puede tener prisa. No deben ocupar el pensamiento citas pendientes ni llamadas anticipadas que requieran nuestros servicios o atención. Cualquier manifestación de impaciencia puede echar por tierra las perspectivas de éxito.

Existen múltiples técnicas para obtener este tipo de relajación, así como muchos libros buenos sobre el particular. Basta con elegir el método que mejor le vaya a cada cual. Hay tres métodos generales que pareen dar buenos resultados, dos de ellos aplicables con estos ejercicios.
Autohipnosis. Muchos libros de autoayuda ofrecen este método en diferentes versiones. Como siempre, es cuestión de dar con el más efectivo para cada uno. Lo más rápido y eficiente es aprender autohipnosis bajo la dirección de un hipnotizador experimentado. Puede proponer sugestiones poshipnóticas que arrojen resultados inmediatos. No obstante, hay que elegir bien al tutor. No hay muchos profesionales responsables y sí muchos neófitos. Las formas de meditación pueden servir también de relajación eficaz.
Duermevela. Éste es quizás el método más fácil y natural, y es el que normalmente garantiza la relajación tanto del cuerpo como de la mente de manera simultánea. La dificultad reside en el mantenimiento del equilibrio adecuado entre el sueño y la vigilia completa. Muchas veces uno se queda dormido, con lo que el experimento llega a su fin.
Hace falta práctica para llevar la consciencia al estado de duermevela y a través de él al destino que se desee. La práctica es la única forma de conseguirlo. La técnica consiste en lo siguiente: acostarse, preferiblemente cuando se esté cansado o con sueño. Al relajarse y empezar a quedarse dormido, fijar la atención de la mente en algo, cualquier cosa, con los ojos cerrados. Una vez alcanzado el estado de duermevela indefinidamente sin quedarse dormido ya se ha pasado la primera fase. Sin embargo, es normal quedarse dormido muy a menudo en este proceso de intensificación de la consciencia. Es inevitable, pero no hay que desanimarse. No es algo que pueda arreglarse de la noche a la mañana. Se sabe que se ha logrado cuando sobreviene el aburrimiento y se espera que pasen más cosas.
También es una reacción normal ponerse nervioso al intentar permanecer en estado de duermevela. La mente consciente acusa compartir la autoridad que tiene en el estado de vigilia. Cuando esto ocurre hay que interrumpir la relajación, levantarse, dar una vuelta, hacer ejercicio y volver a acostarse. Si esto no calma el nerviosismo, hay que dormirse e intentarlo en otro momento. No es el momento adecuado.
Cuando la «fijación», el pensamiento en el que se está concentrado, se desvanece y se pasa a pensar en otra cosa, se está cerca de alcanzar la Situación A.
Una vez conseguida la Situación A que consiste en la capacidad de permanecer indefinidamente en estado de duermevela con la mente en un único pensamiento ya se está en condiciones de dar el siguiente paso. La Situación B es similar, aunque desaparece la concentración. No se piensa en nada mientras se permanece en el estado de duermevela. Simplemente se mira la oscuridad circundante a través de los ojos cerrados. No hay que hacer nada más. Al cabo de varios ejercicios pueden tenerse alucinaciones de «imágenes mentales» o series luminosas. No parecen significar gran cosa, tal vez no sean más que formas de descargas nerviosas. Por ejemplo, puedo recordar haber intentado alcanzar esta situación después de varias horas viendo el fútbol por la televisión. No vi más que imágenes mentales de futbolistas corriendo, pasando y dando toques de balón. Tardaron media hora como mínimo en desaparecer. Estas imágenes mentales están relacionadas con la concentración visual de las ocho o diez horas precedentes. Cuanto

más intenso haya sido el estado de concentración, más tardan en desaparecer las impresiones.
Se habrá alcanzado la Situación B cuando se pueda seguir acostado indefinidamente después de que se hayan desvanecido las impresiones, sin nerviosismo y sin ver otra cosa más que oscuridad.
La Situación C es una intensificación sistemática de la consciencia mientras se está en el estado B. Se llega hasta ella aminorando paulatinamente el rígido control del estado de duermevela y dejándose llevar un poco más cada vez durante
cada ejercicio. Se aprende a establecer grados de intensificación de la consciencia «descendiendo» a un determinado nivel y regresando a voluntad. Dichos grados se reconocen bloqueando los diversos mecanismos de percepción sensorial. El primero es el sentido del tacto. No se siente ninguna parte del cuerpo. Le siguen el olfato y el gusto. El siguiente es el oído y, el último, el desvanecimiento de la vista. En ocasiones estos dos últimos se trastocan, sospecho que la razón de que la vista sea el último es que el ejercicio requiere su utilización, aun cuando sea en la oscuridad.
La Situación D consiste en alcanzar la C cuando se está completamente descansado en vez de cansado y con sueño al principio del ejercicio. Es muy importante, aparte de que es más fácil escribirlo que conseguirlo. Entrar en el estado de relajación lleno de energía y en plena vigilia es una magnífica garantía de mantener el control consciente. El mejor método para los primeros ejercicios de la Situación D es empezar inmediatamente después de despertarse por la mañana o después de la siesta. Empezar el ejercicio antes de dar vueltas físicamente en la cama, cuando el cuerpo está aún relajado por haber dormido y la mente está ya completamente alerta. No ingerir demasiado líquido antes de acostarse para no sentir la urgencia de aliviar la vejiga al despertar.
Inducción mediante drogas. Ninguna de las drogas para relajarse sirven de ayuda. Los barbitúricos fuerzan una pérdida de control y sólo aportan un estado de aturdimiento cuando se intensifica la consciencia. Lo mismo cabe decir de los tranquilizantes, aunque en menor medida. Se obtiene la relajación, pero se paga en percepción. Las bebidas alcohólicas producen efectos similares. Compuestos más exóticos como alcaloides y alucinógenos pueden resultar más productivos. No he tenido suficiente experiencia ni contacto con ellos para opinar o apuntar alguna conjetura fundada. Haría falta investigar mucho más al respecto.
He utilizado los tres métodos y he rechazado desde el principio la relajación mediante drogas por la pérdida de control

consciente y la percepción distorsionada que acarrean. En la primera técnica las cintas pregrabadas de inducción hipnótica eran especialmente indicadas para los experimentos. Eran muy útiles y eficaces. He empleado muy menudo las técnicas de duermevela. Para mí es el método más natural, aunque pueda sonar algo complicado.

2. Estado de vibración

Producir este efecto es lo más importante de todo. La impresión sensorial subjetiva que crea se describe en otro lugar del libro. Una vez conseguido, se tiene la certidumbre de haberlo logrado y de haber superado así otro obstáculo considerable.
Lo más que se puede dar son algunas pistas. No se sabe, en el nivel actual de nuestros conocimientos, por qué ocurren estas cosas. Se parece mucho a accionar un interruptor para dar la luz sin tener ni idea de qué hace el interruptor, de dónde procede la electricidad ni de por qué ni cómo actúa sobre una bombilla con filamentos de tungsteno.
Eso sí, todo el material aquí contenido ha sido verificado empíricamente en la medida de lo posible. Además del principal laboratorio humano (este autor) han probado este método otras personas. Baste decir que con resultados positivos.
Ayudas al estado de vibración. Tumbarse en la postura más favorable a la relajación, con el cuerpo a lo largo del eje norte/sur y la cabeza hacia el norte magnético. Aflojar la ropa que se lleve. Permanecer tapado para no perder la temperatura corporal. Quitarse las joyas u objetos de metal cercanos o en contacto con la piel. Asegurarse de que brazos, piernas y cuello se relajan en una postura que no dificulte la circulación. Dejar la habitación a oscuras para que no se pueda ver nada. Que la oscuridad no sea total, porque habrá que tener después un punto de referencia visual.
Requisitos imprescindibles. Asegurarse completamente de que no haya ninguna perturbación, bien por intervención física directa, llamadas telefónicas u otros ruidos que pudieran interrumpir. No ponerse plazo. El tiempo dedicado al experimento no se emplea mejor en otra cosa y no existe ningún asunto pendiente que pudiera abreviar esta actividad.
Alcanzar el estado de relajación. Hacerlo por el método que mejor le funcione a cada cual. Ponerse en Situación D o su equivalente y permanecer en el estado más profundo posible de relajación sin perder la consciencia. Una vez transcurrido el tiempo necesario para lograrlo, se debe repetir mentalmente: «Percibiré conscientemente y recordaré todo lo que me encuentre durante este período de relajación. Recordaré con detalle cuando esté completamente despierto sólo aquello que sea beneficioso para mi ser físico y mental».
Repetir mentalmente estas palabras al menos cinco veces. Después empezar a respirar con la boca entreabierta.
Provocar las ondas vibratorias. Mientras se sigue respirando con la boca entreabierta, concentrarse en la oscuridad con los ojos cerrados. Mirar primero a un punto como a unos treinta centímetros de la frente. Después a un metro y luego a dos. Permanecer así hasta que el punto en cuestión esté claramente delimitado. A continuación, girar dicho punto en ángulo recto hacia arriba, en paralelo al eje del cuerpo, hasta situarlo por encima de la cabeza. Buscar las vibraciones en ese momento. Una vez encontradas, introducirlas mentalmente en la cabeza.
Esta sencilla descripción suscita diversos interrogantes. ¿Buscar qué? ¿Introducir qué? Vamos a intentar otro método de explicación. Hay que empezar por la concentración mental, como si se fueran alargando sendas líneas a partir del rabillo de ambos ojos cerrados. Pensar en ellas como convergentes en un punto situado a unos treinta centímetros de la frente.

Visualizar una resistencia o presión cuando ambas líneas se encuentren, como si se juntaran dos cables cargados de electricidad o los polos de un imán. A continuación extender las lineas ya unidas

hasta un metro o la longitud del brazo estirado. La presión se modifica por la diferencia de ángulo. Debe producirse una compresión del espacio entre las lineas convergentes, y en consecuencia debe incrementarse la presión para mantener dicha convergencia. Una vez situados a un metro, llevar el punto de intersección a dos metros de la cabeza, a unos 30 grados. (Para visualizar bien el ángulo exacto puede ser de utilidad dibujarlo antes en un papel con un transportador y memorizarlo).
Una vez obtenido el ángulo de 30 grados (a unos dos metros), doblar el punto de intersección 90 grados hacia arriba (en L), en paralelo al eje del cuerpo y en dirección de la cabeza. Se «llega» con este punto de intersección. Hay que insistir hasta obtener alguna reacción. Cada uno sabe cuándo lo consigue. Es como si entrara en la cabeza una oleada de fuertes chispazos sibilantes a un ritmo vertiginoso. Después se extienden por todo el cuerpo, dejándolo rígido e inmóvil.
Una vez comprendido el proceso, o el objetivo, no hará falta seguir todos los pasos. Para provocar las vibraciones bastará con pensar en ellas mientras se está en estado de relajación. Se ha establecido un reflejo condicionado o ruta neuronal que puede seguirse una y otra vez. Según se ha dicho, no es una técnica que pueda dominarse a la primera. Cuanto más a menudo se ensaye, más probabilidades existen de obtener resultados positivos. La probabilidad de éxito se incrementa cada vez que se consigue. Ahora bien, no siempre puede repetirse a voluntad una vez conseguido. Siguen existiendo muchas variables que interfieren y tienen que ser aisladas e identificadas. Pero «funciona» lo bastante a menudo como para poder estar sujeto a un estudio continuado.
3. Control de las vibraciones
Una vez alcanzado el estado vibratorio hay que seguir unas pautas muy concretas. El objetivo que se persigue es utilizar
esta situación manteniendo el control consciente. Hay que observar procedimientos estrictos para lograrlo. Y, por supuesto, deben seguirse en secuencia, en el orden en que aquí se presentan.
No hay prueba alguna que indique que el estado vibratorio surta efectos destructivos en la mente ni en el cuerpo físico. Por lo tanto, hay varios procedimientos que pueden aplicarse sistemáticamente. Son la quintaesencia de, literalmente, centenares de experimentos de ensayo y error.
Aclimatación ji acomodación. Esto es una forma de decir que hay que acostumbrarse a la sensación que produce esta situación tan poco usual. Debe eliminarse todo miedo y pánico cuando se sientan ondas parecidas a un electroshock indoloro a través del cuerpo. Lo mejor es no hacer nada cuando ocurran. Hay que quedarse tranquilamente tumbado y analizarlas objetivamente hasta que se desvanezcan por sí mismas. Suele ocurrir al cabo de unos cinco minutos. Después de varias experiencias semejantes observaremos que nadie queda electrocutado. No dejarse llevar por el pánico para tratar de romper el estado de parálisis. Puede lograrse incorporándose mediante un gran esfuerzo de la voluntad, pero eso acabará en una decepción. Al fin y al cabo, se trataba de alcanzar ese estado.

Manipulación5 modulación. Una vez eliminadas las reacciones de miedo se puede pasar a las medidas de control. Primero, «dirigir» mentalmente las vibraciones dentro de un anillo o metérselas a la fuerza en la cabeza. A continuación debemos empujarlas por todo el cuerpo, hasta los dedos de los pies, y desde ahí otra vez a la cabeza. Empezar lanzando rítmicas oleadas abajo y arriba. Una vez iniciado el proceso, dejar que siga su curso hasta que se desvanezca. El circuito de ida y vuelta de la cabeza a los pies tarda unos diez segundos (cinco para bajar y otros tantos para subir). Practicar esto hasta que las oleadas vibratorias surjan al instante mediante una orden mental y se desplacen regularmente hasta su desaparición.

Para entonces ya se habrá advertido la «brusquedad» de las vibraciones en determinadas ocasiones, como si el cuerpo estuviera sufriendo una fuerte sacudida a nivel molecular o atómico. Esto puede resultar algo incómodo, por lo que se pueden experimentar deseos de «suavizarlas». Esto se consigue «apretándolas» mentalmente para que suban de frecuencia. El ritmo vibratorio original parece ser del orden de unos veintisiete ciclos por segundo (referido a las ondas como tales, no al circuito de la cabeza a los pies). Al principio este patrón responde lenta y levemente a las órdenes. El primer indicio de haberlo logrado es cuando las vibraciones ya no producen bruscas sacudidas. Se ha avanzado en el control una vez que se produce un efecto regular y sólido.
Es esencial aprender a aplicar este proceso de aceleración. La intensificación de las vibraciones es lo que permite la disociación del cuerpo físico. Una vez fijado el impulso que da lugar a la aceleración, ésta se produce automáticamente. Por último, pueden sentirse las vibraciones sólo al principio. Van aumentando la frecuencia (como un motor al arrancar) hasta alcanzar niveles imposibles de percibir. En esta fase el efecto sensorial es un ligero cosquilleo y calor corporal, aunque no demasiado intenso.
Cuando se llega a este estadio es señal de que se puede pasar a los primeros experimentos de disociación física. Aquí conviene hacer otra advertencia. Creo que a partir de este punto ya no hay vuelta atrás. Ya se está abocado a la realidad de esta otra existencia. Cómo afecta esto a la personalidad, la vida cotidiana, el futuro y el pensamiento es algo que depende completamente de cada uno. El caso es que, una vez expuesto a esta otra realidad, ya no se puede volver a ignorar del todo, por más esfuerzos que se hagan. La presión de los asuntos materiales puede sublimarla durante algún tiempo, pero de todas maneras volverá. No siempre se puede estar en guardia ante este retorno. Las vibraciones pueden presentarse de improviso estando en plena relajación al acostarse o al
despertarse. Claro que se pueden acallar, pero al final se está demasiado cansado como para tomarse esa molestia, de tal forma que el proceso vuelve a dar comienzo. Se tiene la sensación de estar luchando contra uno mismo. ¡Y quién va a querer luchar contra sí mismo al precio de un sueño reparador!

17 EL PROCESO DE SEPARACIÓN

Hay que considerar otro factor una vez alcanzado el estado de vibración y cierto control de la fase de relajación. Es probable que ya se haya conseguido, puesto que normalmente es producto de los ejercicios anteriores. De todas maneras, hay que hacer hincapié en él.

Este factor es el control del pensamiento. En el estado de vibración se está sujeto en principio a cualquier pensamiento, voluntario o no, que se pase por la cabeza. Por lo tanto hay que estar en la medida de lo posible «sin pensamiento» o «en un solo pensamiento» (concentración). Si se pasa por la cabeza una idea perdida se responde inmediatamente y, a veces, de una manera no deseada. Sospecho que nunca se está del todo al abrigo de esta posibilidad. Al menos yo no lo he estado, y quizás se deban a ello las numerosos visitas a sitios y personas que no conozco. Parecen haber estado promovidos por pensamientos o ideas que no sabía que tenía, por debajo del nivel consciente. Ante esto sólo cabe hacer lo que se pueda.

Teniendo esto presente, las primeras prácticas de disociación entre el Segundo Cuerpo y el cuerpo físico deben limitarse en el tiempo y en la actividad. A continuación se expone una técnica para familiarizarse y orientarse con el fin de acercarse a la disociación sin miedo ni preocupación.

Relajación de las extremidades. Sirve para entrar en contacto con la sensación del Segundo Cuerpo sin comprometerse del todo. Tras la relación y la creación del estado de vibración hay que centrarse en el brazo derecho y después en el izquierdo. Esto es importante, ya que va a constituir la primera afirmación de la realidad del Segundo Cuerpo. Alargar la mano a cualquier objeto (suelo, pared, puerta o cualquier otro) que se encuentre fuera del alcance del brazo físico. Llegar a dicho objeto. No hacia arriba ni hacia abajo, sino en la dirección en la que apunta el brazo. Alcanzar el objeto como si se estuviera alargando el brazo, no levantándolo ni bajándolo. Otra variante es alargar el brazo de la misma manera sin tener en mente ningún objeto en particular. A menudo es mejor este método, porque así no se tiene ninguna idea preconcebida de lo que se va a «notar».

Si aun haciendo todo lo anterior, no se nota nada, alargar un poco más el brazo. Seguir haciéndolo con suavidad hasta encontrar algún objeto material. Si la vibración ha surtido efecto, funcionará, y al final se notará o se tocará algo con la mano. Cuando esto ocurra, examinar con el sentido del tacto los detalles físicos del objeto. Notar las grietas y demás detalles curiosos que puedan identificarse después. A estas alturas nada parecerá insólito. Los mecanismos sensoriales indicarán que se está tocando el objeto en cuestión con la mano física.

Y entonces llega el primer test. Tras familiarizarse con el objeto con el brazo extendido, alargar la mano y presionarlo con la punta de los dedos. Al principio se encontrará resistencia. Seguir presionando hasta vencer con suavidad la resistencia que se encuentre. Entonces dará la sensación de que la mano atraviesa el objeto. Seguir presionando con la mano hasta atravesar el objeto por completo y dar con algún otro objeto físico. Identificar al tacto este segundo objeto. Retirar después la mano con cuidado por el primer objeto y volver despacio a la situación normal, cuando se sienta la sensación de que la mano está en el sitio que le corresponde.

Llegado este punto, aminorar las vibraciones. La mejor manera de hacerlo es procurar mover despacio el cuerpo físico. Pensar en el cuerpo físico y abrir los ojos físicos. Esforzarse en recobrar los sentidos físicos.
Una vez desvanecidas por completo las sensaciones físicas, permanecer acostado unos minutos, hasta que se produzca del todo el regreso. Acto seguido, levantarse y visualizar el objeto que se ha «notado», ubicándolo en relación con la posición del brazo cuando se estaba acostado. Anotar los detalles del primer y segundo objeto que se hayan notado. Una vez hecho esto, comparar la descripción con el primer objeto real. Fijarse particularmente en los detalles que no pueden verse a distancia. Tocar físicamente el objeto para comparar con la sensación que se tuvo bajo las vibraciones.
Examinar de la misma manera el segundo objeto. Tal vez no se haya sido consciente de su presencia ni de su posición antes del experimento. Esto también es algo muy importante. Comprobar la linea que une el lugar en el que estaba la mano física con el primer y segundo objetos. ¿Es una linea recta?
Verificar los resultados. ¿Estaba el primer objeto tocado físicamente a una distancia imposible de alcanzar sin movimiento físico? ¿Coinciden los detalles del objeto, sobre todo los menores, con las anotaciones que se hayan hecho? Hacer idéntica comparación con el segundo objeto.
Si las respuestas son afirmativas es que se ha logrado. Si no coinciden, volver a intentarlo otro día. Para efectuar este ejercicio basta con haber producido las vibraciones.
Lo que sigue también puede practicarse con relativa facilidad. Una vez producido el estado de vibración, acostarse con los brazos a los costados o sobre el pecho, levantar despacio los brazos sin mirarlos y tocarse las yemas de los dedos. Hacerlo sin poner demasiada atención y recordar el resultado sensorial. Una vez entrelazadas las manos sobre el pecho, mirarlas con los ojos cerrados. Si los movimientos se han efectuado con facilidad se verán tanto las manos físicas como las
no físicas. Las físicas estarán a los costados o sobre el pecho. Las impresiones sensoriales estarán con los brazos no físicos por encima del cuerpo físico. Puede verificarse este fenómeno de muchas maneras y tantas veces como se desee para demostrarse a sí mismo que no se están moviendo los brazos físicos, sino otra cosa. Hay que hacerlo por los medios que sean necesarios para asegurarse enteramente de esta realidad.
Es importante reintegrar siempre los brazos no físicos en perfecta conjunción con los brazos físicos antes de concluir el estado de vibración.
Técnica de disociación. El método más sencillo de utilizar para separarse del cuerpo físico es el procedimiento de «elevación». Por ahora no se trata de viajar a lugares lejanos, sino de familiarizarse con esta sensación en la habitación propia, en un entorno conocido. El motivo es que esta primera experiencia se examinará y explorará más adelante con puntos de referencia identificables.
Es preferible efectuar estos primeros ejercicios de disociación total con luz natural por razones de orientación. La cantidad de luz necesaria en la habitación depende de cada cual. Pero, si es posible, evitar la luz eléctrica. Para conseguir esta situación, hay que lograr el estado de vibración y mantener el control absoluto sobre los procesos del pensamiento. Se va a estar en los limites de la propia habitación. Pensar en aligerarse, en flotar alto,

en lo bonito que sería, porque este último pensamiento subjetivo asociado es muy importante. Hay que hacerlo porque es algo a lo que se responde emocionalmente, incluso con antelación. Si se continúa centrado sólo en estos pensamientos se logrará la disociación y se flotará suavemente por encima del cuerpo físico. Tal vez no se consiga a la primera ni a la segunda. Pero si se han efectuado bien los ejercicios anteriormente descritos, se conseguirá con total seguridad.
Un segundo método es la técnica de «giro», ya mencionada con anterioridad. En las mismas condiciones ya expuestas,

tratar de girar despacio, como cuando se dan vueltas en la cama para ponerse más cómodo. No intentar apoyarse en los brazos ni en las piernas. Empezar girando primero la parte superior del cuerpo, la cabeza y los hombros. En cualquier caso, moverse despacio, ejerciendo una presión firme y suave a la vez. Si no, se puede acabar dando vueltas como un tronco en el agua, sin poder modificar la presión. Esto resulta desconcertante porque puede perderse por completo la orientación y verse obligado a regresar con cuidado en un giro forzado.
La facilidad con la que se emprenda el giro, sin fricción ni sensación de peso, será el indicador de que se ha empezado a tener éxito en la disociación. Mientras esto sucede, girar despacio hasta tener la sensación de haber rotado 180 grados (es decir, cara a cara con el cuerpo físico). Es asombroso cómo se reconoce esta posición. Los 180 grados son dos giros de 90 grados y, sin orientación, son fáciles de advertir.
Una vez efectuado el giro de 180 grados, dejar de girar simplemente pensándolo. Sin vacilaciones, pensar en flotar alto, por encima del cuerpo físico. Como siempre, si se ha alcanzado bien el estado vibratorio, este método dará resultados.
Debe emplearse antes la primera técnica de separación que la segunda. Después, una vez probadas y examinadas ambas, debe utilizarse la que parezca más fácil.
Experimentos cercanos para familiarizarse. Una vez superado con éxito el proceso de separación, lo más importante para seguir adelante es mantener el control absolutamente. La única manera posible de hacerlo es, al parecer, quedarse cerca del cuerpo físico en los primeros experimentos. Hay que mantenerse en las proximidades del cuerpo físico independientemente de la sensación emocional que se experimente. Esta advertencia no se hace porque se sepa de ningún peligro, sino para ir familiarizándose poco a poco, percibiendo todo lo que pasa. Los viajes incontrolados en esta fase podrían dar lugar a situaciones incómodas que obligarían a tener que volver a empezar desde el principio. El proceso de aclimatación mental es diferente de cualquier otro que se haya experimentado conscientemente. La adaptación paulatina refuerza en gran medida la paz de espíritu y la confianza.
Ahora el ejercicio principal consiste en regresar. Es necesario mantener la distancia de separación a un metro como máximo, flotando por encima del cuerpo físico. En este momento no intentar desplazarse lateralmente ni más arriba. Cómo se sabe a qué distancia se está? Como siempre, eso es algo que se siente. Ahora la visión es nula. Hay que obligarse a permanecer con los ojos cerrados. Cerca del cuerpo físico. Esta idea ayuda a mantenerse a la distancia adecuada.

Durante los tres o cuatro ejercicios siguientes no hacer otra cosa que practicar la «salida» y el regreso. Para regresar en estas condiciones basta con «pensarse» de vuelta en el cuerpo físico. La reintegración es relativamente simple si se ha utilizado el primer método de separación. Cuando se regresa en exacta conjunción puede moverse cualquier parte del cuerpo físico y reactivar uno o todos los sentidos físicos. Cada vez que se regrese, abrir los ojos físicos e incorporarse físicamente para comprobar que se ha vuelto «del todo». Con ello aseguraremos la orientación y lograremos confiar en que se puede regresar a voluntad y, lo más importante, nos aseguraremos de que se sigue en contacto con el mundo material del que se forma parte. Esta confirmación es muy necesaria, con independencia de lo que cada cual piense.
Si se ha utilizado el método de giro, habrá que desplazarse despacio hacia el cuerpo. Basta con pensarlo y, cuando se tenga la impresión de que el contacto es completo, empezar el giro de 180 grados para entrar en el cuerpo físico. No parece haber diferencia si se gira o se efectúa un movimiento distinto del utilizado para salir.
En ambas técnicas al entrar otra vez en conjunción con el cuerpo físico, se produce un leve espasmo. Es bastante difícil describir esta sensación con exactitud, aunque se reconoce

bien. Hay que esperar siempre unos momentos antes de incorporarse después de haber regresado, sobre todo para prevenir cualquier posible malestar. Hay que darse cierto tiempo para readaptarse al medio físico. El acto físico de incorporarse suministra la prueba de la continuidad de una manera demostrable; se sabe que se puede actuar consciente y voluntariamente con un movimiento físico entremezclado con experimentos en el entorno no físico y mantener la consciencia durante todo el proceso. Habremos completado el ciclo cuando seamos capaces de separarnos. Entonces debemos regresar al cuerpo físico, incorporarnos y anotar el tiempo invertido; reiniciar el proceso de separación y regresar por segunda vez al cuerpo físico sin perder en ningún momento la consciencia. Anotar el tiempo invertido puede servir de ayuda.
El siguiente paso en la familiarización es separarse a una distancia ligeramente mayor aplicando idénticos procedimientos. Sirve cualquier distancia, hasta tres metros y medio. Mantener siempre la concentración mental en una sola cosa sin permitirse pensamientos erráticos, sobre todo en estos ejercicios ampliados. Una vez acostumbrado a la sensación de ser algo «aparte», decirse mentalmente que se puede ver. No pensar en el acto de abrir los ojos, ya que puede remitir al cuerpo físico y aminorar el estado de vibración. Lo que hay que hacer es pensar en ver, en que se puede ver, y se verá. No hay ninguna sensación de abrir los ojos. La oscuridad desaparecerá de repente. Al principio se ve poco, como si se estuviera a media luz, como borroso y miope. Se desconoce por el momento a qué se debe, en cualquier caso se irá viendo mejor con la práctica.
La primera vez que se ve el cuerpo físico acostado no debe producir ningún desconcierto si se han efectuado los ejercicios precedentes. Una vez aceptado que soy «yo» quien está acostado ahí debajo, examinar la habitación desde la nueva perspectiva. Efectuar leves movimientos en una u otra

dirección, despacio, y nunca con brusquedad. Mover brazos y piernas para comprobar la movilidad. Dar vueltas y retozar en el nuevo elemento si se quiere, permaneciendo siempre a la distancia indicada del cuerpo físico.
En este momento pueden sentirse deseos tan intensos que pueden resultar avasalladores. Éste es el mayor problema que hay que afrontar. Estos deseos, aparentemente súbitos e inesperados, son subjetivos y emocionales y pueden sofocar con facilidad la posición de razonamiento deductivo que tanto ha costado elaborar. Lo más importante es comprender que no se les debe etiquetar como buenos ni malos. Simplemente existen, y hay que aprender a convivir con ellos. La única regla es no negar la existencia de estos deseos. Reconocerlos como una parte íntima e indisoluble de uno mismo que no se puede «echan» del pensamiento. No se les puede controlar hasta que no se los considere así.
Entre estos deseos figuran la libertad (de disfrutar de la liberación de las limitaciones físicas y los efectos de la gravedad), el contacto sexual (primero con un ser querido, después en un nivel estrictamente sensorial), el éxtasis religioso (variable, en función de cómo haya sido la vida anteriormente) y otros que pueden surgir en el contexto de las insólitas experiencias de cada cual. Lo que debe quedar claro es que todo el mundo, por mucha disciplina y autoanálisis que ponga en juego, tendrá estos deseos subjetivos. Estamos hablando de elementos que yacen muy por debajo de la superficie de la consciencia y que forman parte integral del carácter y la personalidad. Según se ha dicho, tales elementos surgen porque ya no se es un mero ser consciente, intelectual, sino, quizás por vez primera, una totalidad. En cada acción que se emprenda debe oírse y tenerse en cuenta a todas las partes del ser. El meollo está en mantener la consciencia y el raciocinio (el más poderoso del mundo físico) en posición dominante. No es fácil.
Por lo tanto, surgirán problemas si se intenta negar el ser interior. Por el contrario, hay que aceptar esos impulsos sorprendentes como lo que son (parte de uno mismo) y seguir adelante. No se les puede eliminar, aun cuando se les puede dejar de lado en un momento dado. Prometer que se harán realidad en el futuro y así no habrá resistencias. Este tipo de necesidades saben comprender los aplazamientos, ¡no en vano han estado sometidas toda la vida!
Cuando se haya tratado razonablemente bien con estas otras partes de uno mismo y se haya demostrado a entera satisfacción cinco o seis veces en un estado de casi separación (en la propia habitación), se estará en condiciones de emprender viajes más largos y concretos. Todo lo dicho presupone que ya se han superado los miedos encontrados hasta ahora. Si no es así, repetir los ejercicios que dan miedo hasta superarlo a base de familiaridad.
Señal infalible de regreso. Ya ha quedado apuntado que el miedo a no poder volver a entrar en el cuerpo físico es un elemento disuasorio fundamental para no salir de él. Me encontré con este problema muchas veces en mis primeros experimentos. Afortunadamente, di también con una solución en todos los casos en que surgió esta dificultad. Tras un análisis minucioso de centenares de pruebas desarrollé una técnica infalible. La única garantía que puedo dar es mi propia experiencia: a mí siempre me ha funcionando.
En primer lugar, no dejarse llevar por el pánico si surgen dificultades. Por encima de todo, mantener los procesos de pensamiento racional en posición dominante. El terror sólo agrava las cosas. Interiorizar este sencillo lema y

recurrir a él: «Para regresar al cuerpo físico, dondequiera que se esté, pensar en éb>. Empezar a mover mentalmente alguna parte del cuerpo físico. Mover algún dedo de la mano o del pie. Respirar hondo físicamente. Reactivar los cinco sentidos físicos o alguno de ellos. Mover la mandíbula. Tragar o mover la lengua. Vale cualquier acto que implique movimiento físico o empleo de energía física. Si alguno de ellos no surte un efecto inmediato, probar con otro. Este tipo de actos pensados acaban devolviéndole a uno al cuerpo físico sin la menor duda. Es cuestión de dar con el que mejor funcione.
El regreso es prácticamente inmediato cuando se aplica esta técnica. Es una mezcla entre un localizador automático de dirección y el despegue de un cohete. La reintegración parece instantánea cuando se utiliza esto. De todas formas, este método de regreso inmediato anula cualquier capacidad de decisión. Una vez puesto en marcha no puede detenerse. Se regresa al cuerpo físico sin saber qué pasa ni cómo está sucediendo. Por lo tanto, hay que tenerlo como medida de emergencia en reserva más que como paso obligado.
En condiciones normales hay que pensar en notar la dirección y ubicación del cuerpo físico. Después, emprender el regreso sin prisas, de un modo tranquilo y constante.
La mecánica del movimiento. Ahora que ya se han establecido los controles adecuados, entre ellos la señal de regreso de emergencia, se está preparado para dar el paso más importante de todos: «ir» a un punto distante y regresar. Desde luego, no es nada aconsejable intentar realizar este ejercicio antes de haber superado todas las pruebas anteriores y de haberse sentido cómodo con ellas. Cabe la posibilidad de haber ido inadvertidamente a lugares distantes al principio. Si éste es el caso, no es difícil reconocer la importancia de seguir ciertos procedimientos.
En primer lugar hay que fijar el «punto de destino». Recordar la norma: se debe «ir» a una persona, no a un sitio. Puede lograrse esto último si se tienen fuertes vínculos emocionales con determinado escenario pero, hasta la fecha, los experimentos en este sentido han tenido poco éxito. Claro que puede deberse a la persona que esto escribe.
Elegir la persona (viva) a quien se desee visitar. Alguien a quien se conozca relativamente bien. No informar a esta persona del experimento que se está realizando. Esto es fundamental para excluir cualquier sugestión por su parte. Hacer la elección antes de entrar en el estado de vibración y comenzar el proceso de relajación.

Establecer la relación y el estado de vibración. Emplear el método elegido para separarse. Desplazarse a unos dos o dos metros y medio del cuerpo físico. Con la vista aún «a oscuras», «pensar» en la persona a quien se quiere visitar. No pensar sólo en su nombre, sino también en la personalidad j el carácter de esa persona. No intentar visualizar a la persona físicamente, pues su atractivo reside en el interior más que en los rasgos físicos.
Mientras se piensa todo esto girar lentamente 360 grados. En un momento dado se «notará» la dirección correcta. Es una cosa intuitiva, una certeza que atrae como si fuera un imán suave. De todas maneras, puede verificarse. Seguir girando y retroceder. Volverá a «notarse». Detenerse mirando en esa dirección. Pensar que se tiene vista y comenzar a ver.
Para imprimir movimiento hacia el destino emplear la versión de

«estiramiento» del Segundo Cuerpo practicada con el brazo en el primer ejercicio. El método más fácil es poner los brazos no físicos por encima de la cabeza, con los pulgares enlazados como un buzo dispuesto a zambullirse en el agua. Con los brazos en esta posición, pensar en la persona que se quiere visitar y estirar el cuerpo en esa dirección. El movimiento puede ser lento o veloz, según el esfuerzo realizado en el estiramiento. Cuanto más se «estire», más rápido se irá. Al llegar a nuestro destino el estiramiento cesa automáticamente, sin que nos demos cuenta.

Utilizar un método similar para regresar. Pensar en el cuerpo físico y estirarse; el regreso será inmediato. Normalmente basta con esto. Se especula con la necesidad de mantener los brazos en la postura inicial. Al principio se pensó que esta postura abriría camino con las manos en vez de con la cabeza en cualquier objeto que se encontrase. Lo cierto es que contribuye al estiramiento mejor que si mantienen los brazos a los costados.

Y eso es todo. Lo dicho puede parece muy ritualista, aun cuando no es esa la intención. Puede parecer como las fórmulas mágicas medievales. Por ahora, no hay explicación de por qué funciona esta técnica. Tal vez en los próximos años médicos, químicos, neurólogos y otros científicos elaboren teorías al respecto movidos por la curiosidad. Tal vez, si hay suficientes personas empeñadas en estudiarlo, surja una nueva ciencia. Mientras tanto, las fronteras pueden desaparecer para todo aquel que reúna valor y paciencia. La única forma de aceptar y conocer esta realidad ampliada es experimentarla.

¡Buena suerte!

18 ANÁLISIS DE LOS HECHOS

Cómo ocurre todo esto? ¿Hay alguna perspectiva o método que lo haga posible? La mejor respuesta es proceder al análisis de los datos existentes. Esto excluye la utilización de la organización clandestina, la única zona que consideró o aceptó mi «problema» como algo distinto a una alucinación, dado que muchos de los datos aportados por ella son vaguedades. Yo necesitaba cosas concretas.

Pensé que debía de haber alguna manera de organizar los datos contradictorios que había ido acumulando. Me puse a extrapolar posibilidades y probabilidades de 10 que ya se sabía. El método elegido consiste en afirmar un pie en la roca visible mientras con el otro se tantea el terreno movedizo y a oscuras.

Los datos conocidos son secuencias de hechos, síntomas y resultados. La suma de mi experiencia y mis experimentos puede dividirse cronológicamente en cuatro fases.

Fase preliminar

Abarca todos los hechos y actividades anteriores al síntoma de los calambres en el plexo solar descrito más arriba. Ciertos hechos de mi vida anterior pusieron de manifiesto dos casos de paradojas inexplicadas que parecieron relevantes para esta investigación.

El primero de ellos tuvo lugar cuando yo tenía ocho años de edad. Conté a mis padres que había soñado que estaba en una habitación con paneles de madera rojiza. En una esquina había un mueble bar del que salían música y voces. Enfrente del mueble bar había una ventana con imágenes en movimiento. Las voces del mueble bar coincidían con lo que parecían estar diciendo las personas de la ventana. Era como los dibujos animados que ponían en el colegio, sólo que las voces sonaban en la pantalla y no fuera. Además, la pelicula del mueble bar era en color, igual que las cosas y las personas (treinta años después me senté en una sala con paneles de caoba y vi por primera vez la televisión en color). Por lo que yo puedo recordar, a la edad en que tuve aquel sueño yo no había visto todavía cine en color.

El segundo hecho insólito sucedió en el instituto, cuando yo contaba quince años. Un viernes por la noche aguardaba expectante la fiesta del día siguiente. Había calculado que necesitaría llevar dos dólares. El problema era encontrar de dónde sacarlos antes del sábado por la noche. Durante la semana no había encontrado trabajo para ganármelos. Por alguna razón, mis padres ya no podían proporcionármelos. No había ninguna perspectiva de trabajo el sábado. El viernes me acosté preocupado por este problema acuciante.

Nada más despertarme el sábado por la mañana tuve la clara convicción de que había dos dólares debajo de un viejo tablón que estaba junto a la casa. Conocía el tablón porque llevaba allí algún tiempo. No obstante, deseché la idea por fantasiosa y bajé a desayunar.

Después de comer, como seguía preocupado por mi grave problema financiero, volví a pensar en el tablón y en los dos dólares que había debajo. Salí con desgana, para desechar por completo la idea, y me dirigí al lugar en el que se encontraba el tablón. Allí estaba, medio tapado por la tierra y las hojas. Era imposible que alguien hubiera «perdido» alli dinero o que

lo hubiera puesto bajo el tablón. Pero ya que estaba allí, no había nada de malo en echar un vistazo para salir de dudas.

Tiré del talón y lo levanté. Debajo, en la tierra mojada, había cientos de hormigas y bichos corriendo frenéticamente en todas direcciones. Y en mitad de la huella dejada por el tablón, dos billetes arrugados y secos de un dólar. No me entretuve en pensar cómo había llegado el dinero hasta allí. No conté lo que me había pasado más que a un amigo. Temía que alguien pudiera reclamar el dinero. El problema de la noche estaba resuelto. Me había olvidado completamente de todo aquello hasta que lo recordé en la investigación de mi historia personal.

No hubo más. Nada de grandes traumas, simplemente una educación elemental americana en una familia de intelectuales. En vista de que el problema era «mental», la respuesta parecía estar en la psiquiatría. Sin embargo, no había indicios externos de las represiones, obsesiones, angustias y/o fobias que suelen presentarse en las enfermedades mentales.

El estudio detenido de los hechos que dieron lugar al primer síntoma fuera del cuerpo (los fuertes calambres) arroja luz sobre varios factores que merecen consideración. En el año anterior al primero de los hechos mencionados no hubo más que un cambio fisiológico relativamente insólito.

Ese año me pusieron fundas en varios dientes inferiores, fue un proceso bastante largo. Esto fue examinado con detalle en relación con el síntoma

posterior de «sintonizan» con la situación del Segundo Estado mediante movimientos de mandíbula. Es posible que los trozos de metal de las fundas dentales actuaran eléctricamente o de otra manera sobre el cerebro. Ésta sigue siendo una posibilidad inexplorada. Físicos, fisiólogos y especialistas en electrónica carecen de cualquier teoría al respecto. Una investigación en condiciones podría confirmar o descartar la hipótesis. Hay cientos de miles de personas por ahí con metal en la dentadura y se tiene noticia de hechos semejantes. Sería interesante investigarlo.
No hubo otros cambios fisiológicos lo suficientemente significativos como para ser recordados conscientemente. El único factor nutricional por encima de lo normal fue la ingesta de vitaminas. Las dosis diarias de vitamina A, B complex, C y E, además de las pastillas de minerales, han sido norma durante varios años, pues mi esposa creía firmemente en la nutrición. Como otras veces, el efecto acumulativo podría haber sido la causa, pero ningún informe ni investigación relaciona este tipo de factores con el Segundo Estado. Aparte de esto, mi dieta ha sido normal, sin cambios importantes durante, al menos, cinco años.
Hay mucho que decir en lo que se refiere al nivel de actividad psicológica y física. Es bastante plausible el hecho de que residan aquí las causas del fenómeno La primera consideración podría denominarse el episodio de la anestesia, que se produjo unos seis días antes del primer síntoma. Todo empezó cuando noté un insólito y «embriagador» efecto por las emanaciones de una lata de cola de contacto. Estaba instalando un armario en la pared de mi dormitorio cuando advertí esa sensación. En la tapa de la lata ponía que dicha cola debe utilizarse en zonas bien ventiladas. Di por supuesto que se trataba de un aviso a prueba de incendios de los fabricantes.
La sensación me recordó a un extraño efecto que había experimentado en el pasado, mientras estaba «saliendo» de la anestesia. Curioso como soy, experimenté varias veces con los efectos de las inhalaciones al mes siguiente. Como me enteré de que los agentes que intervenían eran el toluol (un hidrocarbono detergente comercial común) y la acetona (en otro tiempo utilizada como anestesia), efectué varios experimentos con los efectos subjetivos de la anestesia suave, utilizando un inhalante más volátil y relativamente más seguro, el trileno. Visto retrospectivamente, los resultados de estos experimentos se asemejan mucho a los informes de quienes han pasado por la experiencia del LSD. Los efectos intensamente vitales y nada desagradables quizás estimularan un

deseo o necesidad interior de experiencias más allá de las que yo había tenido hasta la fecha.
Interrumpí de mala gana los experimentos ya que, de haber continuado con ellos, hubiera sufrido efectos psicológicos secundarios perjudiciales. Aunque había establecido rígidos controles, no era seguro que funcionaran siempre. No obstante, averigüé cosas interesantes sobre la anestesia que resultaron satisfactorias para mi curiosidad. Al parecer, vendedores ambulantes de Irlanda vendían el éter a cucharadas por las mañanas en cada esquina. En otros tiempos los estudiantes de medicina celebraban a menudo «fiestas con éter», a la manera de los usuarios actuales de LSD del «mercado negro». Según los médicos, la adicción al éter ha sido muy común durante años. Los capitanes de los barcos que transportan gasolina tienen problemas con la

versión marítima del borrachín. Son hombres aparentemente normales cuando se enrolan hasta que se les encuentra inconscientes en la bodega. Comprendo que se les llame «esnifadores».
Además, me he enterado de la relación existente entre el alcohol y otros anestésicos. Cualquiera de éstos produce un paso de la consciencia a la inconsciencia más allá del cual está la muerte. El trabajo del anestesista consiste en «dejar» al paciente en un estado inconsciente profundo, evitando cualquier paso intermedio «violento» (que es la zona que yo he explorado). Por lo tanto, la técnica consiste en mantener inconsciente al paciente, al borde de la muerte. La principal ventaja del éter cuando se introdujo fue que presentaba menos efectos secundarios que el alcohol y que ofrecía un mayor control del nivel de inconsciencia. El período de consciencia subsiguiente a su administración era bastante breve, y el estado de inconsciencia era bastante prolongado antes de llegar al punto terminal (la muerte).
Por otra parte, el período de consciencia subsiguiente a la administración de alcohol es bastante largo, mientras que cuando se alcanza una inconsciencia profunda la distancia al
punto terminal es mucho menor. El margen es tan estrecho que, si se sigue administrando alcohol a un paciente que ya está «pasado de rosca», se le puede causar la muerte.
Otro hecho que descubrí es que los estudios arqueológicos y geológicos de los antiguos templos griegos y egipcios, donde tenían lugar muchas visiones y milagros, muestran indicios de
probables emanaciones de gases subterráneos, como el óxido nitroso, en las inmediaciones de determinados lugares en el pasado. El óxido nitroso, inodoro e insípido, es uno de los anestésicos actuales.
Unos tres meses después de esta experiencia con las «drogas», que para entonces estaba ya completamente olvidada, comenzaron a interesarme las posibilidades de aprender mientras dormía. No sé qué me provocó este interés. Quizás fuera fruto del entorno académico de mi infancia, unido a mi observación directa de los métodos de enseñanza aplicados a mis propios hijos en la escuela primaria.
Efectué algunos estudios acerca de las ideas presentes y pasadas sobre la mente inconsciente en el estado de vigilia con el fin de explorar posibilidades. Encontré pruebas en apoyo de que el inconsciente registraba todas las entradas de datos sensoriales tanto despierto como dormido. El problema residía en introducir datos inteligentes y organizados durante el sueño y recordarlos conscientemente cuando se quisiera.
El escaso material disponible sobre investigaciones formales mostraba conclusiones contradictorias. La mera lectura de datos a un sujeto durmiente no producía más que resultados fragmentarios y erráticos. No se habían efectuado estudios comparativos entre la inducción durante el sueño profundo (delta) y cuando se sueña (ahora denominado sueño REM). Tampoco se había intentado crear deliberadamente un estado de sueño receptivo con algún tipo de reflejo condicionado de Pavlov, inducido para producir el recuerdo a voluntad.
Realicé grabaciones autohipnóticas de sonido para ensayar diversos métodos de dar con una técnica que funcionara y poder así llevar la investigación adelante de un modo organizado. Este parecía ser el primer paso lógico, dado que se habían obtenido resultados en casos parecidos utilizando el sueño

hipnótico en vez del natural. El motivo de emplear grabaciones en cinta era despersonalizar la técnica y poder hacer la misma prueba a diferentes sujetos. Las cintas estaban concebidas para su empleo en un recinto a oscuras e insonorizado. El contenido de las cintas utilizadas era deliberadamente simple. Había un período de inducción para crear un sueño hipnótico. A continuación, una serie de unidades de sugestiones de forma continuada que variaban en función de la prueba y de los resultados deseados. Por ejemplo, el aprendizaje de datos quedaba confinado a las tablas de multiplicar (del doce al veinticuatro) y al vocabulario y expresiones en español y francés. Iban siempre acompañadas de sugestiones de recuerdo completo y sugestiones poshipnóticas de que dicho recuerdo pudiera obtenerse en estado consciente mediante un recurso físico- mental (como pensar en el número 555 y tamborilear cinco veces con los cinco dedos a la vez en una mesa).

Las cintas grabadas contenían también la sugestión de que el sujeto mejoraría tanto física como mentalmente. Esta afirmación era algo más que una simple generalidad. No se daban detalles de cómo se produciría dicha mejora. Sin embargo, las distintas partes funcionales del cuerpo (los sistemas nervioso, circulatorio, glandular y digestivo) se mantendrían en condiciones «normales» según las instrucciones dadas al sujeto.

Después, con cada inducción o utilización de la cinta, se reforzaban las sugestiones del estado de salud y el recuerdo. A juzgar por lo que pasó después, esto puede haber sido muy importante. Las cintas experimentales se anotaban con todo detalle, siguiendo un guión previo idéntico para cada palabra.

Las cintas terminaban con una indicación para devolver al sujeto al estado completo y normal de vigilia„ Aquí la sugestión era extraordinariamente simple y efectiva, sin palabras complicadas que pudieran ser malinterpretadas por el sujeto.

Las cintas se le pusieron a once sujetos con edades comprendidas entre los siete y los cincuenta años. Los resultados demostraron que existían grandes posibilidades, aunque con ciertas mejoras en las técnicas.

Debe quedar claro que primero utilicé estas cintas de manera experimental conmigo mismo. Lógicamente, esto las hizo muy sospechosas en relación con los experimentos fuera del cuerpo. Todas las cintas han sido examinadas palabra por palabra, sonido por sonido y con bajo nivel de ruido de fondo en busca de posibles «efectos» posteriores. No aparecieron, aunque la sospecha se mantiene.

Los experimentos finalizaron con la aparición del primer síntoma.

Fase inicial

(Septiembre, 1958 Julio, 1959)

Se ideó un proceso de clasificación para establecer alguna correlación entre efectos, hechos, características, teorías y conclusiones. No tardó en quedar patente que durante este período había habido tres fases. Si hubo otras más, aún se desconoce. Están bastante claros el «comienzo» y el final de la Fase Inicial.

Efectos. El primer efecto inexplicado fue el calambre descrito más arriba.

Varias semanas después le siguió la sensación de un rayo» procedente del norte con el resultado de la catalepsia. Una experimentación cautelosa llegó a discernir la sensación de vibración. Posteriormente se descubrió que esta impresión sensorial queda abundantemente reflejada en las experiencias de espiritistas y ocultistas en el siglo xIx, lo cual se sigue mencionando de pasada en muchas conversaciones de la organización clandestina.
El efecto sensorial de la vibración fue el único síntoma de cierta entidad a lo largo de la Fase Inicial. De todas formas, fue algo evolutivo. Las primeras vibraciones fueron bruscas, y

en ocasiones estuvieron acompañadas de la imagen visual de un anillo cercano de «chispas» eléctricas. La frecuencia rondaba unos diez ciclos por segundo, medido visualmente. Al término de la Fase Inicial la frecuencia había subido considerablemente, con mucho menos malestar en el cuerpo fisico. En la última parte de esta fase el efecto se indujo a voluntad el 59 por ciento de las veces.
El segundo efecto fue la conciencia de un «silbido» de tono agudo que sonaba suave pero constantemente en los centros auditivos. Una vez establecido, se mantuvo sin interrupción durante todo ese período. Un especialista en audición lo diagnosticó como «oír la sangre en las venas». Por lo demás, el sentido del oído era normal.
La separación del cuerpo físico se produjo aproximadamente a los tres meses de esta fase, la primera vez de manera inadvertida. Las siguientes fueron inducidas deliberadamente. Todas ellas se produjeron en presencia del efecto de la vibración, efecto que fue más fácil de crear a medida que avanzaba esta fase.
No se observaron más efectos pronunciados o repetitivos. Los resultados fisiológicos fueron tranquilos, nada crispantes ni debilitantes. En esta fase se produjeron alguna que otra vez efectos físicos de excitación y estimulación, pero sin llegar a grandes extremos. Por ejemplo, aceleración de las pulsaciones, la transpiración y la respuesta sexual.
Pautas emocionales. Durante la mitad de esta fase tuve miedo de sufrir problemas físicos o mentales. Ese miedo disminuyó tras consultar con autoridades médicas y psiquiátricas.
A esto le siguió sobre todo la curiosidad, atemperada por fuertes brotes de ansiedad relacionados con la exploración de lo desconocido sin contar con mapa ni orientación alguna, la posible censura de la comunidad y/o la familia y el miedo a no poder regresar al cuerpo fisico.
Secuencia de experimentación. A partir de la primera experiencia fuera del cuerpo los experimentos fueron desde la familiarización paulatina con la separación «cercana» (a un máximo
de tres metros) hasta el examen objetivo a través de la separación parcial y, finalmente, las visitas a zonas del Escenario I (el espacio-tiempo presente).
Metodología. Se exploraron los medios para inducir el estado de vibración, centrados en las cintas grabadas anteriormente descritas, así como la relajación completa con plena consciencia, requisito imprescindible del estado de vibración.
Quedó claro que era relativamente sencillo alcanzar el estado de vibración una vez lograda la situación de relajación consciente.
Se confirmó de la respiración oral como condición. «Sintonizar con el estado

de vibración mediante leves„ cimientos de la mandíbula física demostró. ser un método efectivo.
Se puso de manifiesto que la separación ocurría sólo durante el estado de vibración. La técnica de separación evolucionó hasta consistir en el simple hecho de pensar en «arriba» o «lejos». Pruebas ulteriores indicaron que cualquier movimiento no físico en el Segundo Cuerpo se producía con sólo pensarlo o desearlo. Siguieron sin resolverse los problemas del movimiento controlado a un destino predeterminado y el regreso inmediato y sin trabas al cuerpo físico.
Conclusiones. Durante esta fase se dedujo lo siguiente:

1. Existe un Segundo Cuerpo en conjunción con el cuerpo físico.
2. El Segundo Cuerpo puede moverse y actuar independientemente del cuerpo físico.
3. Estos actos y movimientos pueden hacerse en parte bajo el control de la mente consciente.
4. Algunas sensaciones se registran en el Segundo Cuerpo igual que en el físico, mientras que otras resultan imposibles de traducir.
5. Ciertos movimientos en el Segundo Cuerpo tienen lugar en un espacio idéntico al del cuerpo físico.

Fase intermedia

(Agosto, 1959 Septiembre, 1962)
Efectos. Al principio de esta fase sufrí una leve afección coronaria. No había pruebas para establecer ninguna relación entre la enfermedad y los experimentos, si bien la ausencia de pruebas no excluye la posibilidad. Avanzada esta fase, El estado de vibración evoluciono hasta quedar en una mera sensación de calor. Este cambio fue resultado de una paulatina «aceleración» de la frecuencia hasta que dejaron de percibirse las pulsaciones. Sin embargo, el fenómeno auditivo del «silbido del aire» permaneció inalterado durante toda la fase.
La separación del cuerpo físico se fue haciendo más natural y menos procedimental. algunos problemas. Tan solo hubo algunos problemas ocasionales al regresar. El estado de vibración se inducía deliberadamente durante las horas de luz diurna y ocurría espontáneamente entrada la noche.
Los efectos fisiológicos siguieron del mismo modo. Nada de crispación ni debilitamiento, más bien cierta estimulación. Se observaron con mucho detalle después de la afección coronaria.
Comportamientos emocionales. Al principio de esta fase hubo cierta ansiedad causada por la posibilidad de que se dieran efectos psicológicos. La incapacidad de controlar la experiencia a voluntad alimentó este miedo, que disminuyó considerablemente hacia la mitad de la fase, debido más que nada a la falta de pruebas y al aumento de la confianza. Siguieron presentes las preocupaciones relativas a los controles de regreso al cuerpo físico y a la posibilidad de errores graves por moverse en zonas desconocidas.
Secuencia de experimentación. Las visitas largas al Escenario I se redujeron en beneficio de los viajes al Escenario II, en principio involuntarios. Al final de esta fase se descubrió la entrada en el Escenario III, que fue inmediatamente

explorado. Al final de esta fase se descubrió el estado intermodal.
Metodología. Las técnicas de relajación mediante cuenta atrás se aplicaron en las pruebas celebradas en las horas de luz diurna. Entrada la noche, los estados de duermevela se transformaron en el estado reconocible actualmente como de vibración calor. La respiración se convirtió en una función autonomática, con más experimentos de "sintonía por la mandibula". La separación del cuerpo por el método de los 180 grados (polar por desfase) demostró ser la más eficaz y fiable. Se probó y se puso en marcha la técnica de regreso positivo al cuerpo físico (recuerdo K).

Conclusión
1. Se reafirmó la existencia del Segundo Cuerpo.
2. Se descubrió el Escenario II, con características específicas diferentes de las del Escenario I.
3. La existencia del Escenario III era una hipótesis, con características relacionadas con el Escenario I, aunque ex estadio diferente de desarrollo científico.
4. La personalidad humana sobrevive ala transición dela muerte y continúa en el Escenario IL
5. La comunicación entre seres humanos puede darse por encima del nivel oral en el estado de vigilia o sueño y/o en el Segundo Estado.
6. Algunos (o tal vez la mayoría) entes físicos vivos humanos se separan del cuerpo físico mientras duermen. Se desconoce la razón.

Fase final
(Octubre, 1962 Octubre, 1970)
En esta fase, debido principalmente a la falta de oportunidades, se realizaron pocos experimentos. Ocupó el primer puesto la preocupación por los asuntos materiales, quedando en segundo plano la evolución del trabajo previo.

Efectos. La sensación de vibración desapareció por completo en esta fase, convirtiéndose en calor y después en un «estado» indefinible.
La separación del cuerpo físico era únicamente posible en dicho «estado» con un esfuerzo mínimo, El único efecto físico anotado fue una leve sensación de desorientación, embriaguez y ciertas molestias durante las nueve horas siguientes a cada experimento: No se había efectuado ningún experimento especial y se desconocen las causas de esto.
Hacia la mitad de esta fase sufrí un trombo hemorroidal, atribuible al parecer a una experiencia durante un experimento cuatro días anterior a la aparición del síntoma. No había constancia de este problema en mi historia clinica anterior.
La necesidad de dormir disminuyó durante esta fase. Sin embargo, cuando lo necesitaba, no podía resistirme. De lo contrario me debilitaba física y mentalmente. Con seseo minutos de sueño me recuperaba del todo,
El único efecto significativo registrado fue la plena conciencia de «bilocación» en dos ocasiones. Plena conciencia a un nivel en el que era activa la conciencia sensorial del entorno físico, aunque el ser interior estaba «un poco más allá». En ambas ocasiones hizo falta una decisión explicita de reintegrarme por completo en el medio físico. El efecto de permanecer «un poco más allá» es desconocido. El «silbido del aire» continuó.
Comportamientos emocionales. Los miedos de fases anteriores

desaparecieron por completo en ésta. La razón más importante fue la entera confianza en los métodos de producir el regreso inmediato al cuerpo físico voluntariamente. Además, la evaluación de los datos anteriores iba produciendo la aceptación de la situación, entendida más como evolución que como deterioro.
Al mismo tiempo empezaron a manifestarse pequeñas preocupaciones por la continuidad de la existencia en el cuerpo físico. El resultado fue que disminuyó considerablemente el desprecio de los peligros físicos. No se sabe la causa de esto.
Secuencia de experimentación. No se previó ninguna secuencia en particular durante esta fase por las exigencias de otros asuntos. Por lo tanto, la experimentación fue esporádica y se llevaba a acabo cuando era oportuna. Se efectuaron varias pruebas en los Escenarios I y II. La mayoría de las visitas fue al Escenario II, con resultados anodinos en relación con el mundo físico (Escenario I). La experimentación sobre bases científicas en esta fase empezó tarde y bajo condiciones controladas de laboratorio.
Metodología. Se le prestó poca atención porque seguían sin resolverse dos problemas principales. El primero era el desarrollo de técnicas de relajación profunda, obtenidas cada vez con mayor dificultad. El segundo era el problema crónico de controlar el punto de destino. Se aplicaron varias técnicas, todas ellas con resultados inciertos. El meollo del problema reside en los deseos conflictivos ente la mente consciente y superconsciente cuando ambas funcionan a pleno rendimiento. El superconsciente es el elemento decisorio más fuerte en el Segundo Estado.
Conclusiones.

1. Mientras se está en el Segundo Cuerpo se puede crear un efecto físico en un ente humano vivo físicamente siempre y cuando esté despierto.
2. Existen zonas de conocimiento e ideas que rebasan por completo la comprensión de la mente consciente de este experirnentador.

19 CLASIFICACIÓN ESTADÍSTICA

El primer paso para dar alguna forma a esta masa de datos en bruto fue establecer patrones de medida y análisis. Después de varios intentos quedó claro que solamente podían aplicarse unos pocos de los criterios habituales. Por lo tanto, se propusieron supuestos o premisas para permitir la identificación en el proceso de clasificación, de manera que las conclusiones son tan válidas como las premisas en las que se basan. He aquí los supuestos básicos.

Cualidades de veracidad en el experimentador

No se trata aquí del estatus social del experimentador, sino de la valoración de las características básicas de la persona de la que se trate. Por muy sincero que pueda ser el experimentador su credibilidad debe formar parte fundamental de su personalidad. En el curso de mis experimentos estoy dispuesto a someterme a cualquier reconocimiento psiquiátrico, psicológico y físico por el mero hecho de sacar nuevos datos a colación. Esto basta por sí

solo para establecer un grado satisfactorio de aceptación intelectual.
Los parecidos son analogías
Esta sencilla afirmación significa que la situación o acto observado tiene una realidad según los mismos criterios aplicables a su correlato en el Aquí y Ahora físico. Con independencia de cualquier aparente incompatibilidad con el conocimiento y las ideas actuales de la humanidad, la realidad de la experiencia es aceptable si se equipara, aproxima o es suficientemente similar a las condiciones de percepción e interpretación normales en el estado físico de vigilia.

Percepción e interpretación

Se supone su exactitud dentro de los limites de los mismos factores que inducen a error y se encuentran en el estado físico normal de vigilia. Dichos factores atañen a la educación recibida, la experiencia, el cociente intelectual y la configuración emocional. Debe darse por supuesto que los impactos sensoriales en el Segundo Estado, aunque son lógicamente de otra naturaleza, están sujetos a los mismos procesos de razonamiento e interpretación racional. El análisis objetivo de su estructura, identificación, calificación, clasificación y actividad tienen la misma relación con la experiencia y formación de la persona, igual que en el estado físico normal de vigilia. Además, al percibir datos que rebasan su formación y experiencia, la mente actúa en el Segundo Estado bajo una intensa presión por identificar. Al actuar movida por esta presión inequívoca identificará dentro de los limites de su experiencia antes que aceptar que existe o se produce algo desconocido. Dicho de otro modo, se debe suponer que los informes del experimentador son sinceros. Se debe suponer que lo que sucede mientras se está en el Segundo Cuerpo es real si reúne las condiciones de realidad exigidas en el mundo físico de vigilia. Se debe suponer que la mente actúa igual en el Segundo

Cuerpo, valiéndose de formas diferentes de ver, oír y sentir, así como unos cuantos sentidos más. Se debe suponer que la mente rehúsa aceptar un elemento desconocido en el Segundo Estado, incluso hasta el punto de una identificación incorrecta. Se debe suponer que están presentes las mismas cualidades de error humano en la percepción e interpretación.
La organización y clasificación de unos quinientos ochenta y nueve experimentos en un período de doce años resulta algo más fácil con estas premisas. He aquí algunas otras conclusiones.
El razonamiento y el proceso intelectual está ausente mientras se sueña. La consciencia, tal y como la entendemos, tampoco funciona. La participación en los acontecimientos es puramente reactiva o se produce a un nivel incontrolable, cuando no se da una ausencia total de participación, como un observador inmóvil incapaz de realizar ninguna acción deliberada. La percepción se limita a un «sentido» o dos como mucho. No está presente ni se utiliza ninguna capacidad analitica inmediata. Ocurren errores de identificación en todas las percepciones y quedan retenidos como tales en la memoria consciente.
El Segundo Estado es, igual que el estado de vigilia, la antitesis de los

sueños. Está presente el reconocimiento de la conciencia de «Yo soy». La mente intenta manejar la percepción exactamente igual que durante la plena conciencia física. Se toman decisiones y se realizan actos basados en la percepción y el razonamiento. La verificación de la percepción puede lograrse mediante una acción deliberada y sistemáticamente repetida. La participación es tan fundamental como en el estado de vigilia física. Las sensaciones no se limitan a una o dos fuentes. Los comportamientos emocionales están presentes en mayor medida que en la conciencia física, aunque pueden dirigirse y controlarse del mismo modo.
Si la experiencia tenida durante un experimento no contiene la mayoría de las condiciones relativas a la categoría del

Segundo Estado se considerarán un sueño. Las demás volvieron a ser clasificadas. A continuación se analizó el entorno en busca de causas explicativas. De haber algo que crease una determinada condición, estaba muy oscuro, como puede verse en el siguiente cuadro.

Condiciones físicas (en experimentos con éxito)	Porcentaje del total (condición presente)
Día	42,2
Noche	57,8
Calor	96,2
Frío	3,8
Humedad (sin efecto apreciable)	
Presión barométrica (sin efecto apreciable)	
Prono	100
Norte/sur. (cabeza al norte)	62’4
Este/oeste (cabeza al este)	19’2
Postura desconocida	18’4
Posiciones de la luna y los planetas (sin relación apreciable)	

Se tuvo éxito en experimentos realizados principalmente en condiciones de calor, decúbito prono, postura norte/sur. No se apreciaron efectos de la luz del sol, la humedad, los cambios de presión, la posición del cuerpo físico ni la atracción gravitatoria de la luna. Pueden realizarse estudios más sofisticados del entorno, aunque no se han hecho por ahora.

La evaluación del estado fisiológico fue algo más fácil, dado que se hacía referencia a él en muchas notas.

Estado fisiológico (en experimentos con éxito)	Porcentaje del total (condición presente)
Salud normal	78,4
Debilidad	21,2

Enfermedad o lesiones	0,4
Cansado	46,5
Descansado	18,8
Intermedio	34,7
Antes de comer	17,5
Después de comer	35,5
Intermedio	47
Posible factor catalítico (drogas u otros agentes)	12,4

Esto indica que la enfermedad física, presente tan a menudo en la disociación espontánea en el Segundo Estado, no es relevante. El estado más habitual es el de cierto cansancio, pero no inmediatamente después de comer, en el que los estimulantes o depresores medicinales o químicos no desempeñan un gran papel.

Estado psicológico (al comienzo de experimentos con éxito)	Porcentaje del total (condición presente)
Tranquilo	3,2
Mal humor	8,9
Preocupado	64
Expectante	11,9
Inquieto	3,7
Estimulado emocionalmente	9
Estimulado intelectualmente	6,5
Agitado	0,7
Asustado	2,7
Desconocido	30

En cuanto a la clasificación del estado psicológico, ya que el punto de partida es únicamente el <laboratorio» humano, parece que la tranquilidad es un requisito fundamental, con algunos toques de emoción e introspección. Hay que destacar que bajo el epígrafe «Asustado» se incluyen diversos grados de miedo, muchos de ellos anotados en los primeros estadios de la experimentación, en una situación anterior al experimento que produjeron una experiencia violenta o perturbadora. La sensación de expectación, en distintos grados, coincidió a menudo con la de tranquilidad.
Lo que sigue es el análisis de los elementos de control.

Origen de la condición (en experimentos con éxito)	Porcentaje del total
Inducida voluntariamente	40,2
Espontánea	14,9
Indeterminada	44,9

Experimentos inducidos (en experimentos con éxito)	Porcentaje del total
En experimentos con éxito	58,7
Produciendo sueño	13,6
Ineficaces	27,7

Métodos utilizados	Con éxito	Produciendo sueño	Ineficaces
Grabación de inducción	17,1	5,7	4,5
Relajación por cuenta atrás	24	4,5	12,9
Técnica de Recuerdo	3,7	1,7	4,7
Compuesto	13,9	1,6	5,7

Síntomas (en experimentos con éxito)	Porcentaje del total (condición presente)
Silbido de aire	45’2
Catalepsia física	11’4
Efecto de vibración	30’2
Sensación de calor	66’9
Mezcla	33’8

Hay que decir que los experimentos que fueron realizados en el apartado que hemos denominado «Espontánea» fueron «voluntarios» por activación de la condición de Segundo Estado, es decir, la condición empezó a manifestarse durante un estado de relajación normal y aproveché la oportunidad, «Indeterminada» se refiere a los casos donde la tendencia no hizo más que apuntar, y el desarrollo de la condición se produjo tras intentarlo deliberadamente.
«Con éxito» comprende los casos en que se generaron dos o más síntomas cuyo resultado fue la manifestación de todo o parte del Segundo Cuerpo.
«Produciendo sueño» se refiere a los casos en que sencillamente me quedé dormido. «Ineficaces» abarca los casos en los no se obtuvo ningún resultado apreciable ni se indujo ninguno de los síntomas.
Bajo «Métodos utilizados» se ilustra la efectividad de las diversas técnicas empleadas. Se describen en otro lugar de este libro y representan una evolución basada en sencillos procedimientos de ensayo y error. Por ejemplo, 1,as€maspregrabadas de inducción demostraron ser bastante eficaces, si bien con limitaciones y restricciones en lo que se refiere a la capacidad de tomar decisiones. Por eso el método utilizado más a menudo ha sido el de la cuenta atrás.
«Síntomas» debe examinarse desde un punto de vista evolutivo. La catalepsia se observó solamente en las primeras fases. Lo mismo cabe decir del efecto de vibración que, curiosamente, evolucionó hasta una sensación de calor, mientras que en las fases intermedia y final sólo fue percibido

ocasionalmente. El silbido del aire apareció al principio de los experimentos y continuó de modo intermitente.
En cada experimento con éxito se separaron en las siguientes categorías las fuentes de los datos observados:

Medios de percepción	Porcentaje del total (condición presente)
Vista	67,2
Oído	52;7
Tacto	69,8
Gusto	0,7
Olfato	0,3
Movimiento	94,2
Otros	73

Hay que precisar que esta lista de vías sensoriales se refiere a categorías aproximadas. No significa que en la percepción se utilizaran sistemas nerviosos no físicos equivalentes. Por ahora no hay pruebas a favor ni en contra de que exista una estructura similar en el Segundo Estado. Tampoco hay explicación plausible de la baja posición del olfato y el gusto en la lista, salvo que ambos dependen del contacto físico con la materia o con partículas de materia. Sin embargo, el sentido del tacto parecería sufrir la misma limitación y ocupa un puesto mucho más alto. La respuesta puede radicar en que opera bajo alguna forma de radiación percepción o en que, en mi caso, esté más desarrollado que el gusto y el olfato. El movimiento entra en la lista porque conlleva acción más que pasividad y parece ser una auténtica fuente de información sensorial por encima de los cinco sentidos tradicionales, lo mismo que los mecanismos de equilibrio del cuerpo físico transmiten señales al cerebro con independencia de su coincidencia o no con las informaciones de los demás sentidos. En el cuerpo físico este mecanismo puede estar basado en la aplicación de las fuerzas de la gravedad y la inercia, cosa que sigue siendo cierta en el Segundo Estado.
Bajo el epígrafe «Otros» hay tipos sin contrapartida en el mundo físico. Los medios de percepción en el Segundo Estado superan los conocimientos y teorías actuales. La conjetura más plausible es que toda la percepción en el Segundo Estado se obtiene mediante alguna fuerza del espectro electromagnético (campos magnéticos directos, recibidos o inducidos, o bien alguna fuerza o campo aún por identificar) en vez de por correlatos de los mecanismos físicos. Esto sólo podrá saberse por medio de estudios empíricos de un buen número de casos.

Análisis y clasificación

Uno de los puntos claves del fenómeno del Segundo Estado es la actividad y exactitud con que la mente ordena los datos percibidos y actúa racionalmente según dicha información. Las identificaciones realizadas se han clasificado de la siguiente manera:

Porcentaje del total de percepciones

	Familiar	Parecido	Desconocido
Configuración			
Forma	20,6	44,4	35
Estructura	24,8	43,9	31,3
Componentes	17,4	32,2	50,4
Animados			
Inteligente	65,4	75,7	30,7
Subhumano	7,1	1,3	8,7
Artefacto	27,6	23	17,4
Desconocido			43,2
Inanimados	21,1	46,2	32,7
Abstracto62,1	62,2	81,8	
Artefacto			
Hecho/Acto	37,9	37,8	18,2
Observado	25,7	18,9	55,4
Participación	39	19,2	41,8
Análogo	80,4	19,6	

Puede deducirse de la investigación que la mayoría de las actividades en el Segundo Cuerpo tuvo que ver con inteligencias de tipo humanoide operando en entornos familiares o similares y utilizando objetos identificables. Sin embargo, la tendencia se invierte cuando se analiza un determinado hecho o acto. Es una demostración clara de que hay muchas cosas que rebasan mi experiencia y conocimiento.

Aplicaciones en el Segundo Estado

La mayor debilidad de los datos percibidos quedó de manifiesto al intentar aplicar las estructuras físicas, científicas, históricas y sociales conocidas a las experiencias en el Segundo Cuerpo. Las tablas dejarán claro el problema:

Porcentaje del total de experimentos con éxito Diferentes o no

Ley física	Iguales	No aplicables	Desconocidos
Tiempo	45,2	49,1	5,7
Estructura de la materia	38,4	41,8	19,8
Conservación de la energía	52,6	18,2	29,2
Campos de Fuerzas (interacción)	12,9	3,7	83,4
Mecánica ondulatoria	7,4	2	90,6
Gravedad	37,9	17,1	45
Acción/ Reacción			
Ideas sociales	72,8	2,2	25
Organización de la comunidad	22,4	50,3	27,3
Unidad familiar	33,4	41,4	25,2

Relación hombre/ mujer	12,2	50,7	39,1
Proceso de aprendizaje	0,8	61,8	37,4
Madurez/ Envejecimiento	0,8	3,7	95,5
Asociación genética	3,1	5,8	91,1
Relación simbiótica	8,1	52,8	39,1
Tendencias culturales	2,7	47	50,3
Motivaciones básicas	28	26	46
Históricas/ religiosas			
Desarrollo técnico	27	61,3	11,7
Historia politica	27	44,5	28,5
Premisas teológicas	4,9	64,2	30,9

Esta clasificación debe considerarse a la luz de la técnica y la experiencia adquiridas en el Segundo Estado. La categoría «Tiempo» se refiere a la sensación del paso del tiempo mientras se está en el Segundo Cuerpo, sin ninguna relación con la medida del tiempo físico. No se expone el tiempo transcurrido en el estado físico porque no coincide con la realidad del Segundo Estado. En la columna «Idénticos» figuran los hechos en los que hubo conciencia del paso del tiempo. En «Diferente/no aplicable», aquellos otros en los que el tiempo transcurrido aparecía diferente, acelerado, atrasado o inexistente. «Desconocido» indica que no hay datos disponibles en las notas.

Las ideas científicas se refieren sólo a condiciones, actos y entornos mientras se está en el Segundo Cuerpo, sin relación alguna con experimentos «cercanos» y visitas a personas y lugares estrictamente del Aquí y Ahora. Seguían todas las leyes «naturales», si bien esto no afectaba necesariamente a los experimentos del Segundo Cuerpo.

El análisis de las ideas sociales manifiesta el paradójico problema de adaptarse al entorno del Segundo Estado. Dadas las grandes diferencias existentes, es extraordinariamente difícil comprender los pensamientos, actos y emociones. Las incongruencias a las que hubo que hacer frente se exponen en otras partes del libro.

En el análisis de las ideas históricas/religiosas los hechos de la lista «Idénticos» comprenden tres categorías y son, principalmente, resultado de excursiones al Aquí y Ahora. En la segunda columna prácticamente todas las experiencias están en zonas distintas del espacio tiempo actual. La tercera columna corresponde a datos sin interpretar o transmitir.

Ya se expuso en el capítulo anterior que se fueron produciendo paulatinamente cambios en la percepción a través de los comportamientos adoptados durante los experimentos. Las primeras percepciones fueron fruto sobre todo de los experimentos representados por los datos de la primera columna, mientras que las cifras de las columnas segunda y tercera corresponden a las fases intermedia y final. Queda claro que sólo aplicando nuevas ideas pueden relegarse estos últimos resultados a las zonas «conocidas».

La clasificación por similitudes y analogías puso de manifiesto la emergencia de otras pautas en los distintos escenarios.

	Porcentaje de experimentos en los que las características estuvieron presentes		
	Escenario I	Escenario II	Escenario III
Distribución en experimentos con éxito	31,6	59,5	8,9
Tiempo	85,8		88,7
Estructura de la materia	75,4	52,5	75,8
Conservación de la Energía	58,3	33,9	91,9
Gravedad	54	23,3	87,11
Acción/reacción	60,2	20,7	67,3
Radiación	73,5	91,9	42,1
Organización de la Comunidad	31,1		29
Relación hombre/mujer	24,2	39,4	33,9
Proceso de aprendizaje	1,9		0,2
Madurez/envejecimiento	1,4		0,3
Asociación genética	5,2		11,3
Relaciones simbióticas	12,8		33,9
Tendencias culturales	5,2		0,8
Motivaciones básicas	43,1		71
Desarrollo técnico	68,2		24,2
Historia política	68,3		
Premisas teológicas	13,7		

Otra condición, que no implicaba movimiento, se dejó sin clasificar porque no encajaba en ninguno de los tres escenarios. Se expone en el capítulo 12. El Escenario I se corresponde exactamente con el mundo físico material en todos los aspectos. El Escenario II ofrece muchas facetas, si bien muestra pocos parecidos con el Escenario I. Es una zona de campos de energía a la vez familiares y extraños, donde no hay gravedad aunque, curiosamente, sí se aplican varias leyes fundamentales de la Física. En un sentido social, histórico y filosófico hay muy poco paralelismo con el Escenario I.

El Escenario III plantea cuestiones impenetrables. Tiene prácticamente las mismas características que el Escenario I, menos algunas desviaciones concretas que son inexplicables.

Están incluidas en «Desarrollo técnico», «Historia política» y «Premisas teológicas».

Sólo podrán realizarse auténticos estudios comparativos de estas zonas mediante una amplia exploración del fenómeno del Segundo Cuerpo a cargo de un nutrido grupo de investigadores. Es cuestión de motivación.

20 INCONCLUSIONES

Al cabo de todos estos años sigo sin saber cómo ni por qué se produjo esta desviación de la «norma». No es fácil determinar la causa a primera vista. Las ciencias médicas y mentales no ofrecen respuestas seguras, y eso me ha hecho sentirme alternativamente resentido, triste y agradecido: resentido porque mi fe en el alcance y amplitud de las conquistas científicas modernas ha sufrido un duro revés; triste porque el desarrollo a gran escala del conocimiento relacionado con estos temas no es probable que se produzca en el transcurso de mi vida física; y agradecido a los escasos científicos de nuestro tiempo suficientemente valientes como para considerar objetivamente ideas que pueden negar años de estudio y arraigadas creencias religiosas y éticas.

Por lo tanto, si ninguna teoría científica actual se adapta sin retorcerla de mala manera, parece razonable proponer una premisa efectiva. Al fin y al cabo, puede demostrarse que el hombre no es más que unos cuantos litros de agua contaminada. Lo único que hace falta para adaptar el fenómeno a la teoría es una presión extrema.

La siguiente premisa, por inaceptable que parezca en el nivel actual de nuestros conocimientos, merece consideración. Ninguna otra ofrece más explicaciones y deja menos lagunas. Esto no quiere decir que sea necesariamente válida; sólo los hechos futuros podrán determinar su validez. Igualmente, no hay ninguna teoría conocida que demuestre que sea falsa. La base de la premisa no es ciertamente original aquí, pero sí su aplicación.

¿Qué le pasa al animal de laboratorio una vez concluido el experimento?

En un universo poblado por gran variedad de seres sintientes, la generación de la vida en el planeta sigue un procedimiento caracteristico. El requisito básico es un difuso escudo protector que envuelve todo el planeta. Una vez formado este escudo durante la evolución normal de la materia planetaria, ya existe el requisito fundamental para la existencia de seres animados.

El escudo se compone de gases y liquidos con densidad suficiente para (1) desviar, filtrar o transformar la radiación del sol y de las estrellas próximas hasta el punto de tolerancia necesario para la vida de los seres animados; y (2) mantener el calor generado en el interior del planeta a un nivel intermedio dentro de los limites exigidos para los procesos bioquímicos.

Una vez constituido, el escudo no permite el paso hasta la superficie del planeta más que de una luz filtrada y una radiación reducida. La visibilidad está limitada a los objetos cercanos a la superficie y, en el plano vertical, a menos de la décima parte del diámetro de la mole planetaria. No pueden verse estrellas, lunas ni otros planetas lejanos. Como mucho puede verse en ocasiones el globo difuso del sol, moviéndose de un horizonte a otro mientras el planeta gira.

En este medio se genera la vida física animada, que evoluciona en un ciclo amplificado. No existe vida fisica animada allí donde no se ha creado y mantenido durante el suficiente tiempo un escudo semejante. Allí donde el escudo se ha deteriorado o se ha esfumado en el espacio la vida se ha deteriorado también, a menos que el conocimiento intelectual sea suficiente para crear y montar un entorno artificial.

Por lo tanto, la premisa aceptada es que hay dos clases de planetas: los que

tienen escudo y los que no. La vida animada

puede evolucionar en los planetas con escudos traslúcidos. Los desprovistos de escudo son estériles, y en ellos no hay más que materia inorgánica. Son muy raras las excepciones a esta regla.
La vida sintiente que evoluciona en estas condiciones se hace consciente y utiliza primero las fuerzas naturales percibidas directamente. Tales fuerzas en el orden de percepción y aplicación son:
1. Psiónica (energía del pensamiento creador)
2. Bioquímica
3. Nuclear
4. Gravitatoria

El electromagnetismo se utiliza menos y sigue siendo más bien un subproducto de la aplicación de otras fuerzas, como el humo es al fuego.
Las necesidades primarias de estas formas de vida evolucionada se cubren mediante el desarrollo de la fuerza PSI. La primera de estas necesidades, la comunicación, es un derecho inalienable. La transmisión y recepción de información de un individuo o de un grupo a otro no conoce la espacio-temporalidad. Gracias a la experiencia y a la educación se adquiere maestría en otras aplicaciones de PSI tales como el movimiento y la conversión de la materia, la dirección y el control de las especies menores, y la comunicación y asociación con los que están en el ámbito de la materia no física.
La comprensión y el conocimiento de las demás fuerzas existentes se produce con bastante naturalidad a medida que las formas de vida inteligente constituyen sociedades y civilizaciones. Normalmente son fruto del deseo de la persona (y la sociedad) de encontrar algún alivio al tedio del empleo continuo y constante de la fuerza PSI. De este modo se crean los medios mecánicos para producir el alimento del cuerpo, dirigir y controlar el entorno planetario, multiplicar el movimiento y hasta amplificar la fuerza PSI.
Las demás fuerzas se adaptan y amoldan en seguida a estas necesidades mediante la percepción inmaterial de PSI.
Es probable que en esta fase la sociedad mantenga su primer contacto racional con otras sociedades interplanetarias y con los habitantes de los mundos no físicos.
La organización social se funde con la totalidad infinitamente mayor de la sociedad intergaláctica gracias a este paso final hacia la madurez. No es casual que el fruto principal de esta unión sea el conocimiento incontrovertible de la relación de dicha totalidad con el Creador. Desaparecen al punto las fantasías y conjeturas desencaminadas. Los patrones por los que puede evolucionar y expandirse la vida inteligente están indisolublemente unidos con las leyes de la energía y se aplican idéntico rigor.
En el pasado remoto muchas de estas organizaciones sociales captaron las débiles emisiones de fuerza PSI procedentes del otro extremo de una oscura galaxia. Este fenómeno suscitó al principio un interés relativo. Parecía poco más que una transmisión animal subinteligente, tanto cuantitativa como cualitativamente. Sin embargo, sucedió que un técnico procesó el sonido PSI en bruto mediante una máquina clasificadora por pura curiosidad. Cuál sería su sorpresa cuando comenzaron a aparecer en el contador destellos aleatorios de PSI aplicada.
Llevado por la extrañeza, efectuó una prueba de PSI en la zona. Tal como

sospechaba, se estaba produciendo el nacimiento de una nueva sociedad. Emocionado por el insólito descubrimiento transmitió el procedimiento de comunicación de PSI a las nuevas sociedades.
Curiosamente, no obtuvo respuesta. Ni tampoco en otras transmisiones posteriores. Se creó un equipo ecológico para investigar físicamente esta anomalia.
Los investigadores descubrieron que el origen estaba en el tercer planeta de un sistema estelar de clase 10. Mientras se desplazaban en la órbita de dicho planeta las mediciones y observaciones indicaron que no seguía la norma de propagación de la vida inteligente. La envoltura gaseosa del planeta no poseía las características habituales de continuidad y gran capacidad de filtro. Esto permitía que llegaran a la superficie grandes cantidades de radiación, hasta el punto de que el sol se veía claramente desde ella, así como los planetas y estrellas distantes cuando se les veía desde la cara oculta. Además, debido a la gran velocidad de rotación todo el planeta estaba cubierto por un campo magnético de gran intensidad. Esto, unido a la presencia de una radiación inusual, pareció ejercer una profunda influencia en la naciente sociedad.
El ruido de PSI a corta distancia era prácticamente insoportable. Carente de medios materiales para protegerse, el grupo se encontró con que era imposible sobrevivir en la superficie del planeta. La impresión de PSI era la de una irracionalidad pura y dura, incontrolada y no objetiva. Sin embargo, la observación visual mostraba los inicios de núcleos sociales, artefactos materiales y conquistas del entorno.
Por fortuna, un miembro del grupo visitante había trabajado a fondo en el arte de protegerse personalmente de PSI. Era el mismo que se había ofrecido para establecer contacto físico con el propio planeta. Lo hizo mientras los demás esperaban pacientemente, a cubierto en el frágil y estéril satélite del planeta.
La visita puso de manifiesto la inadecuación de su preparación para actuar en condiciones extremas. El investigador regresó poco tiempo después en un estado de agotamiento mental. Sin embargo, había sido capaz de establecer contacto en varios puntos de la superficie. Era cierto. Estaba gestándose una nueva sociedad, aun cuando fuera con unas estrecheces inimaginables. No había ningún conocimiento, comprensión ni utilización de la fuerza de PSI. Cuando se intentó la comunicación PSI algunos habitantes huyeron presa del pánico, otros se postraron y emitieron intensas reacciones de PSI como si se hallaran en presencia del Creador. Paradójicamente, minuciosas investigaciones de PSI encontraron ocasionalmente rudimentos de las leyes universales en la mente de estas personas, prueba fehaciente de que la semilla había sembrada y de que se convertiría en una
estructura social conforme al plan previsto, con independencia del entorno. Una vez sabido esto, el equipo de investigación regresó a su propia sociedad para evaluar el problema. En épocas posteriores otros investigadores mejor equipados visitaron y observaron de vez en cuando esta forma de vida inteligente. Todas las visitas se efectuaron dentro de los márgenes que aplicaban a la naciente sociedad para no otorgar ningún apoyo directo que instigara la dominación de una cultura sobre otra. Alguna que otra vez se encontraban aplicaciones inteligentes de PSI a nivel individual. De todas formas, pese a todas las precauciones, se comprobó que las visitas no

hicieron sino reforzar los mitos y leyendas que habían proliferado como resultado de los contactos anteriores. Obtener una respuesta objetiva de una persona a través del análisis del PSI se convirtió en algo excepcional. Se trataba de respuestas que no reflejaban prácticas sociales.
La situación ha cambiado mucho últimamente. El seguimiento rutinario de PSI y las advertencias recibidas de inteligencias no materiales muestran que la sociedad en cuestión ha entrado sorprendentemente en la era nuclear mientras sigue todavía en la bioquímica. Las aplicaciones de la fuerza nuclear llevan a la gravedad, lo que supone históricamente la primera posibilidad de viaje interestelar. Sin una completa comprensión de los campos de fuerza de PSI podría resultar desastroso el hecho contactar con otras organizaciones sociales por parte de la nueva sociedad no PSI. Si se consigue el viaje físico interestelar, tales contactos suponen una certidumbre.
Con estas posibilidades a la vista, los grupos de investigadores han incrementado sus esfuerzos por contactar sin efectos considerables con la dinámica de la nueva sociedad. Es difícil que vuelvan a presentarse los mismos obstáculos. Persiste la interpretación ya sabida orientada hacia lo divino. Algunos de los contactados por las investigaciones de PSI siguen perdiendo las posibilidades de reaccionar y están aislados, como si sufrieran alguna enfermedad. Las comunicaciones duraderas

PSI suelen calificarse de irreales o de sueño (término empleado por la sociedad para identificar una actividad PSI descoordinada durante los períodos de recarga, semejante a la que se encuentra en los niños pequeños en las culturas sociales normales).
Lo más frustrante son los intentos de comunicarse con los lideres intelectuales. No han prosperado en ningún caso. La investigación sugiere que esto es resultado de la concentración total en el estudio de la materia, el rechazo histórico de todos los fenómenos de la fuerza PSI y la incapacidad de comprender más comunicación que la que se percibe por los sensores de la luz, el sonido (vibración de la envoltura gaseosa) y las variaciones en la radiación electromagnética (generada y transportada mecánicamente).
Sólo se ha obtenido un éxito mínimo con personas sin formación «científica» inhibitoria. Como tienen poco que desaprender y ninguna pérdida de prestigio que sufrir, se ha logrado un intercambio productivo de pensamiento racional con varias de estas personas relativamente poco educadas. Lo malo es que la interpretación que dan de los datos estas mentes sin formación suele estar muy distorsionada. Además, las autoridades que dirigen la joven sociedad desdeñan el testimonio y las afirmaciones de estas personas a causa de su ignorancia.
Eftrabajo sigue adelante. Se está utilizando un equipo de radiación de fuerza PSI de alto nivel con la esperanza de lograr un gran avance en los miembros de la sociedad durante su estado activo de vigilia. Algunas personas con cierto grado de inteligencia y curiosidad objetiva están aprendiendo, en ocasiones dolorosamente, los rudimentos de las técnicas de la fuerza de PSI. Otras están siendo sacadas temporalmente de su entorno, bien como materia de partículas densas, bien como entes PSI, para sufrir diversas pruebas en busca de la solución del problema.
No se llevará a cabo ninguna acción directa. Esto se corresponde con las normas de conservación aplicables a todas las organizaciones sociales

menores. Es un hecho,

demostrado muchas veces, el que estas subclasificaciones desaparecen en cuanto se establece contacto con sociedades más avanzadas.
Los detalles de esta hipótesis pueden ser erróneos, la motivación, diferente, pero la base no debe andar muy lejos de la realidad. De hecho, para «ellos» tal vez no seamos más que interesantes animales de laboratorio, útiles para diversos experimentos, pero nada más. Si este tipo de comunicación y/o experimentación se llevó y se lleva a cabo ahora, podría ser la causa de lo que queda por responder en nuestra historia humana. Desde luego, afectaría a las creencias religiosas pasadas y presentes, ya que asumirían un estatus más prosaico hechos atribuidos de diversas formas a Dios y a sus servidores. Las ciencias de la vida, especialmente las relativas a la mente, la personalidad y las funciones neurológicas, tendrían que experimentar una revisión a fondo. También las enfermedades físicas y mentales se comprenderían con un conocimiento exacto, sustituyendo a las vagas presunciones actualmente vigentes.
Las más adaptables serían las ciencias físicas. Aquí la experimentación y la extrapolación serían una cuestión relativamente sencilla, con nueva información y teorías sustentadas sobre bases bastante sólidas.
A nivel personal la hipótesis descrita quizás sea una respuesta razonable a buena parte de mi propia experiencia. Sería necesario volver a realizar un examen punto por punto para esclarecer la relación adecuada en cada circunstancia. Igual que el filósofo, el psiquiatra y tantos otros que han dedicado muchos años a la experimentación, la formación y el desarrollo de algún concepto en particular, me resisto a cambiar otra vez de curso.
Sin embargo, las siguientes experiencias no pueden ser totalmente ignoradas, Tuvieron lugar al principio de los experimentos, y se exponen prácticamente tal cual quedaron recogidas en las notas.

9/9/60. Noche
Estaba acostado en posición norte/sur cuando de pronto me sentí bañado y traspasado por un rayo potente que parecía venir del norte, a unos 30 grados por encima del horizonte. Me quedé sin fuerzas, sin voluntad propia, y tuve la sensación de estar en presencia de una fuerza muy poderosa, en contacto personal con ella.
Tenía una inteligencia que rebasaba mi comprensión y entró directamente como un rayo en mi cabeza, como si estuviera buscando todos los recuerdos de mi mente. Yo estaba verdaderamente asustado, pues no tenía fuerzas para hacer nada frente a esta intrusión.
Esta fuerza inteligente penetró en mi cabeza justo por encima de la frentey no ofreció pensamientos ni palabras tranquilizadores. No atendió a ninguno de mis sentimientos o emociones. Miró impersonalmente, con prisa, buscando algo concreto en mi mente. Al cabo de un rato (quizás sólo momentos) se fue y yo me “reintegré”, conmocionado. Luego salí a tomar aire fresco.

16/9/60. Noche
Idéntica sonda impersonal, con la misma fuerza' desde el mismo ángulo. Sin embargo, esta vez saqué la viva impresión de estar indisolublemente unido por un lazo de lealtad a esta fuerza inteligente, de haberlo estado siempre ,y

de tener una misión que cumplir aquí en la tierra. La misión no tenía por qué ser de mi agrado, pero me la habían asignado. Como si estuviera a cargo de una estación de gasolina, un trabajo sucio y vulgar, pero mío de todas maneras, y estuviera vinculado a él y nada, absolutamente nada, pudiera alterar la situación.
Tuve la impresión de unas enormes tuberías, tan antiguas que estaban oxidadas y cubiertas de maleza. Por ellas pasaba algo semejante al petróleo, pero de una energía muy superior, vitalmente necesario j valioso en otro lugar (suposición: no en este planeta material). Esto lleva sucediendo desde hace varios eones y aquí había otros grupos de fueras, sacando el mismo material sobre una base muy competitiva, y el material era transformado en un punto o civilización distante en algo muy valioso para entes que rebasan mi capacidad de comprensión.
Como siempre, la fuera inteligente salió en seguida y la visita terminó. Me levanté abatido al poco rato y entré en el dormitorio de nuestra

casa. Se me ocurrió que debía lavarme las manos después de trabajar (aunque estaban limpias).

30/9/60. Noche
El mismo esquema que el relato anterior. La misma sensación de estar a cargo de una estación de bombeo, la llegada del ser por el rayo, la búsqueda de mi mente, esta vez hasta para ver qué controlaba mi aparato respiratorio. Me pareció entender que el ser estaba buscando alguna sustancia que le permitiera respirar en la atmósfera terrestre y me representé (mentalmente) una bolsa de unos cinco por diez centímetros de ancho y cinco de grosor, colgada del cinturón, con la leyenda: «Así es como respiramos ahora». Esto me dio valor para intentar comunicarme de veras.
Pregunté mentalmente quienes eran recibí una respuesta que no pude traducir ni entender. A continuación noté que se disponían a marchar y les pedí alguna prueba real de que habían estado aquí, pero me retribuyeron solamente con paternal regocijo.
Después parecieron ascender al cielo mientras yo les seguía implorando. Entonces me convencí de que su mentalidad e inteligencia rebasaban mi comprensión. Es una inteligencia fría, impersonal, sin las emociones de amor o compasión que tanto respetamos nosotros, si bien tal vez se trate de la omnipotencia que llamamos Dios. Visitas como éstas en el pasado de la humanidad pueden haber sido la base de todas nuestras creencias religiosas, de tal forma que nuestro conocimiento de hoy es incapaz de dar respuestas mejores que mi años atrás.
En ese momento ya estaba clareando, me incorporé y lloré, con sollozos hondos, como nunca antes había llorado, porque entonces supe que esto pudiera cambiar en el futuro y que el Dios de mi infancia, el de las iglesias, el de las religiones del mundo, no era como aquel al que nosotros rendíamos culto, y que «sufriría la pérdida de esta ilusión el resto de mi vida».
¿Somos acaso animales de laboratorio? Quizás es que el experimento sigue «en marcha».

21 PREMISAS: ¿HAY ALGUNA RAZÓN?

Tal vez a quienes tengan conocimientos de humanidades el material aquí contenido les parezca que es la continuación de una linea de pensamiento que ha persistido durante miles de años. Y así es. Entonces, ¿por qué ha llegado a ser tan importante ahora?

La primera respuesta es que entematerial no procede de lecturas ni de estudios del pasado. Al contrario, ha ocurrido y está ocurriendo a mediados del siglo xx. Los hechos han precedido a la comparación. Si esto es válido, es posible que la tecnología moderna, mediante estudios e investigaciones serios y organizados acerca del Segundo Cuerpo, proporcione a la humanidad un salto hacia adelante tan grande o más que la revolución copernicana.

Premisa: el horizonte del hombre existente

Estamos acostumbrados y condicionados, en parte por nuestra sociedad, intensamente materialista, por la idea de que el ser humano está contenido dentro de los limites del cuerpo físico. Por lo tanto, la periferia del ser humano vivo (el borde de la zona a la que afecta y a la vez le afecta) queda fuera del alcance del cuerpo físico y de la mente consciente. Esta zona no se compone de materia ni movimiento, sino de pensamiento y emoción. La transmisión de los datos que le afectan es continua, operando tanto a nivel consciente como inconsciente, a lo largo de toda la vida, en estado de vigilia o durante el sueño. Los datos recibidos de esta manera por el ser humano pueden ser beneficiosos o destructivos, según la interpretación que efectúe la mente no consciente. Las reacciones a esta entrada constante de datos pueden encontrarse en los diversos estados mentales y físicos de la persona.

Por ejemplo, la periferia se extiende tan lejos como un amigo distante. El amigo piensa en ti, objetiva o emocionalmente. Se nos viene a la cabeza sin querer en un momento dado, sin que medie ninguna asociación de recuerdos que sugiera o provoque la respuesta. Sucede tan de repente y tan a menudo que no nos damos cuenta de su significado. Únanse a las infinitas complejidades y variaciones en las relaciones humanas pasadas y presentes de una persona. Sólo entonces puede empezar a percibirse el volumen y diversidad de los datos recibidos.

La ética cristiana parece ser un intento de explicar este hecho en una parábola no objetiva. Los pensamientos acerca de cada uno impresos en él por vecinos, amigos y enemigos afectan significativamente a la mente, y a través de este canal se reflejan en el cuerpo físico. Además, está claro que la persona con una experiencia amplia y continuada en relaciones humanas recibirá directamente muchos más datos en proporción con esa experiencia. La carga es incalculable para los dirigentes del mundo, expuestos a recibir datos de millones de personas, cargados de emociones benéficas o malignas. Eso sin perder de vista que lo que se engendra en otros «vuelve» a nosotros.

Tratar de visualizar un sistema nervioso invisible que se extienda a todas las personas que se conozcan. Por este sistema viajan constantemente señales (pensamientos) entre uno mismo y los demás. Quienes piensan a menudo en uno, conscientemente o no, tienden un canal de comunicación fuerte y con buen circuito. En el otro extremo están quienes quizás no piensan en uno más que una vez al año. Examinar la totalidad de personas que se conocen y a las

que se puede haber afectado inadvertidamente; ello dará una idea de las fuentes probables de muchas señales no objetivas que influyen en una persona en un momento dado.
Las señales son de naturaleza muy diferente, debido sobre todo al grado de emoción presente durante la transmisión. G o=más intensa sea 4 moción, mayor, intensidad tendrá la señal. La cuestión de si es «buena» o «mala» no altera la calidad de la transmisión.
Cabe decir exactamente lo mismo en sentido contrario. Se transmite a aquellos cal quienes se piensa y quedan afectados por lo que se piensa de ellos. «Pensar» se toma aquí en el sentido de los actos mentales casi totalmente a nivel no consciente, de naturaleza principalmente emocional y subjetiva. Cuando este tipo de transmisión se produce consciente y voluntariamente se denomina telepatía.
Siguen quedando muchas cosas por saber. ¿Se multiplican por diez la recepción y la transmisión cuando se duerme?
,el efecto cuando «muere» un ser humano? ¿Se extiende también a los animales? Por cada respuesta hay otras cien que siguen sin respuesta. Sin embargo, éste es el primer paso en un concepto ampliado de la experiencia de la vida física.

Premisa: la realidad de la existencia del Segundo Estado

Muchos, seres humanos vivos, si no todos, tienen un Segundo Cuerpo. Por razones aún desconocidas, muchos seres humanos, si no todos, se separan de su cuerpo físico por medio del Segundo Cuerpo mientras duermen. Esto se hace sin recuerdo consciente, salvo en casos extraños. Mucho más raros todavía son los casos en los que la separación se consigue por un intento consciente.
Sin embargo, este último caso plantea estadísticas y probabilidades asombrosas. Es inconcebible que una «capacidad» instrumental sea única. Si una persona puede llevar a cabo este acto de disociación, es posible que existan eta seres que vivan ahora y puedan hacer lo mismo, probablemente con más eficiencia. Pero, yuntos más hay? ¿Puede hacerlo una persona entre mil? c Entre cien mil? ¿Entre un millón? Supongamos que únicamente una persona entre un millón puede actuar consistente y conscientemente en el Segundo Cuerpo. Esto significa que en este momento hay más de tres mil quinientos seres humanos vivos capaces de operar en el Segundo Cuerpo, probablemente mejor que yo. Un grupo semejante podría controlar el destino de la humanidad si se organizara. Esto plantea la siguiente cuestión: ¿están ya organizados algunos de ellos y controlan amera.. nuestro. destino?
Antes de desdeñar esta cuestión por absurda, hay que considerar que pude afectar a otro ser humano vivo físicamente en el episodio del «pellizco». Si puede hacerlo uno, los demás también. Un simple pellizco en el lugar y momento adecuados en el cuerpo físico de otra persona puede cambiar la situación. Se necesita poca imaginación para imaginar una arteria cerebral «pellizcadas como causa de un ataque en un dirigente
radial. O un «pellizco» salvador en la hemorragia de la arteria cerebral de otra persona. Si hay limitaciones a elementos de disuasión para una acción así, no se les ve.

Además, una persona puede afectar a otros seres humanos,_ mentalmente operando en el Segundo Cuerpo. Aún no se sabe cuánto ni cómo. Sin embargo, los experimentos revelan que puede hacerse. Semejantes efectos pueden manifestarse como trastornos del sueño. Podrían acabar convirtiéndose en obsesiones, miedos, neurosis o actos irracionales involuntarios. Por los datos que se tienen, parece que lo único que hace.,.

falta son técnicas perfeccionadas para lograrlo de manera sistemática a voluntad.

Además, quizás ya se haya hecho.

En consecuencia, el empleo consciente del Segundo Cuerpo brinda un poder tan grande que otros medios nada pueden contra él. Las personas con dicho poder podrían suprimir o entorpecer cualquier estudio serio y avanzado en esta área de conocimiento. Si sirve de algo la historia, ya hay algo que ha retrasado el crecimiento en esta dirección. Primero fue un muro de ignorancia. Después, el velo de la superstición. Hoy existe una doble barrera: la sospecha de la religión organizada y la mofa de la ciencia oficial.

Por otro lado, el empleo de este poder quizá se halle bajo la dirección y control de reguladores animados, inteligentes o impersonales, y quizá excluyan interferencias no constructivas. Hay indicios de que puede ser éste el caso. Sólo nos queda confiar en que así sea.

Supongamos, por lo tanto, que un hombre sofisticado lleva a cabo una investigación seria sobre el Segundo Cuerpo. Los demás aprenden la técnica uno tras otro hasta que finalmente la realidad goza de general aceptación. ¿Y entonces qué?

Primero, el hombre se verá libre de toda incertidumbre en su relación con Dios. Tendrá un conocimiento inequívoco con respecto a la naturaleza y el universo. Más que creer, sabrá si la muerte es un paso o un final. El conflicto religioso será imposible con semejante conocimiento y experiencia ampliada. Muy probablemente católicos, protestantes, judíos, hinduistas, budistas y demás conservarán buena parte de su individualidad, sabedores de que todos tienen su sitio en el Escenario II. Sin embargo, al final todos comprenderán cómo esto es posible así como que hay infinitas variaciones en el espectro. Todos lo explicarán diciendo: «Eso es lo que hemos estado tratando de deciros durante mucho tiempo».

Las técnicas de oración podrán ser redescubiertas. Más que la creencia, será el conocimiento el que podrá alterar vitalmente los procedimientos del altar. A raíz de esto, el hombre procedería sistemáticamente con su preparación para la vida en el Escenario II sobre bases firmes, liberados de las malas interpretaciones de visiones distorsionadas subjetivamente y observadas hace muchos siglos por fanáticos desinformados. Al hacerlo así quizás tenga que enfrentarse con hechos incómodos y difíciles de aceptar. Sin duda alguna, los conceptos tradicionales del bien y el mal, verdad y error se verán sujetos a una redefinición radical. Desde luego, la verdad dolerá durante, aproximadamente, una generación.

La práctica de la medicina se verá seriamente afectada. El reconocimiento de una posible relación entre la salud física y el Segundo Cuerpo influirá mucho el método puramente mecánico de diagnóstico y tratamiento. La relación exacta entre el cuerpo físico y el Segundo Cuerpo no se conoce por ahora, aunque hay muchas sospechas. Los resultados cada vez más abundantes de

la medicina psicosomática aportan nuevas pistas. Es un reto pensar en la precisión científica en estos campos.
La psicología y la psiquiatría no tardarían en ser irreconocibles por el impacto de los datos del Segundo Estado. Esta zona del conocimiento humano se vería aún más afectada que la religión. Puede que hubiera que revisar o desechar las definiciones de neurosis, psicosis, inconsciente y superyo. Existen indicios de que las verdaderas causas de la enfermedad mental pueden estar ocultas en vez de diagnosticadas de modo concluyente, debido a carencias teóricas. Bien podría ser que muchos de los llamados esquizofrénicos sufran algún tipo de enfermedad del Segundo Cuerpo.
Desde el punto de vista del Segundo Estado, un ser humano físicamente consciente y despierto que recibiera simultáneamente impresiones del Escenario II a través de alguna imperfección o causa aún desconocida podría ser incapaz de asimilar esta entrada de doble realidad. Las «voces» que según dicen oyen muchos «psicóticos» podrían ser auténticas. La catatonia

puede ser el simple efecto de una extraña disociación del Segundo Cuerpo, como si alguien se fuera de su casa dejando todos los aparatos automáticos funcionando y se olvidara de volver. Las alucinaciones de persecución de los paranoicos podrían ser auténticas interferencias de especies en el límite de lo subhumano del Escenario II, resultado de alguna grieta inadvertida en la barrera en determinados casos.
Con este nuevo concepto podrán ser de conocimiento general el funcionamiento de la mente, los mecanismos del sistema automático, la verdadera función del cerebro, las relaciones del superconsciente, alma o espíritu. Estados avanzados de consciencia como los mantenidos por místicos, filósofos y viajeros podrían convertirse en algo cotidiano para quienes lo desearan o supieran manejarse en ellos.
Todas estas posibilidades no son nada comparadas con la transformación que se produciría en la vida diaria de todos los seres humanos si la idea del Segundo Cuerpo llegara a ser un hecho aceptado.
Primero, ya no sería inexorable dormir la tercera parte de la jornada. Quizás seguiríamos llamándolo dormir, pero al menos sabríamos lo que estamos haciendo. A juzgar por lo que vemos, dormir es, más que nada; un proceso de recarga. Esto puede hacerse mimo menos de manera automática por disociación: del Segundo Cuerpo a distintas distancias. En unos casos, un par de centímetros. En otros, distancias ilimitadas para nuestros criterios físicos de medida. Aún se desconoce cómo puede servir de regenerante esta separación. Lo mismo que tampoco se sabe por qué unas efectúan «viajes» o visitas distantes, mientras que otras permanecen cerca del cuerpo físico.
Parece haber dos explicaciones para lo que ahora denominamos sueños. Primera, el sueño corriente puede ser una especie de clasificación computerizada por el inconsciente de datos recientemente percibidos. Segunda, hay experiencias recordadas con toda nitidez y llamadas sueños, que en realidad
pueden ser impresiones recibidas por el Segundo Cuerpo mientras viaja liberado. Esto sólo se podrá averiguar mediante investigaciones en esta dirección.
En cualquier caso, nuestro lujoso o temible periodo dedicado a dormir se comprenderá por lo que realmente es. Con esta nueva comprensión tal vez

baste con un par de horas por jornada. Nuevos estudios tal vez pongan de manifiesto que dormir cinco minutos cada hora es un método de recarga mucho más eficiente. El ciclo de ocho horas nocturnas podría no ser más que resultado de la adaptación al medio. Los estudios sobre el Segundo Estado deberían resolver estas cuestiones.

Premisa: la existencia de una tercera fuerza

Se trata de la energía por la que opera el Segundo Cuerpo, probablemente bastante fundamental en el proceso del pensamiento. No se sabe si esta fuerza la generan los seres vivos o si se trata en cambio de un campo de fuerza presente desde siempre y modulado de alguna manera por los seres vivos. No obstante, presenta algunas características notables. Establece una relación distinta de la electricidad o el magnetismo. Podría concebirse como la tercera de una triada cíclica. La electricidad es al magnetismo lo que el magnetismo es a la Fuerza X y la Fuerza X a la electricidad. De ahí el nombre de «tercera fuerza», que no he inventado yo. La Trinidad de la teología tal vez surgiera cuando esto era de general conocimiento en épocas pasadas y posteriormente distorsionado al transmitirlo una y otra vez.
Dada la interacción entre la electricidad y el magnetismo, parece probable que la existencia de una parte de la tríada cree comportamientos secundarios y terciarios en las otras dos. Por eso puede ser que cuando pensamos estemos utilizando esta tercera fuerza, que entonces está apenas presente en forma puramente eléctrica o magnética. Se supone que la acción de esta tercera fuerza puede detectarse y medirse con instrumentos ya existentes. Hasta la fecha no se ha intentado en un estudio serio y consistente.
Por otro lado, no hay pruebas de que las aplicaciones intensas de la electricidad o el magnetismo o cualquier combinación de la radiación electromagnética generen cantidades apreciables de la tercera fuerza. Sin embargo, parecen actuar sobre esta última de la misma manera en que afectan a la luz.
Los experimentos con el único conductor conocido (la mente humana) muestran a la consciencia tratando de simbolizar esta tercera fuerza como electricidad y vibración. «Ve» y <mota» conductores eléctricos, destellos, y a menudo verdaderos shocks físicos en su intento de traducir este campo de energía en experiencia conocida. Según se ha dicho, en una de las pruebas se intentó la disociación y el movimiento en el Segundo Cuerpo desde dentro de una caja de Faraday, con el cuerpo físico completamente rodeado por un intenso campo eléctrico de corriente continua. Se descubrió que era imposible el movimiento por las paredes cargadas de la caja estando en el Segundo Cuerpo. Al suprimir la carga desaparecía el problema.
En los primeros experimentos, los intentos de moverse a cierta distancia en el Segundo Cuerpo se vieron limitados por lo que parecía ser una barrera como una maraña de cables eléctricos por encima de la cabeza, como las que se encuentran en las calles de muchos pueblos y ciudades antiguas. Una de las cosas que hay que tener en cuenta para ampliar la distancia del cuerpo físico consiste en reconocer la naturaleza de esta barrera y su relación con la

radiación electromagnética. La mente interpreta estas fuerzas como «cables» al percibirlas por primera vez. Una vez identificado, el paso por la barrera resultó relativamente simple.
La correlación también queda indicada en la experiencia ya relatada del Segundo Cuerpo, situado encima de la calle (confirmado después por inspección física) y moviéndose por el campo magnético de los cables eléctricos de alto voltaje por
encima de la cabeza. Siempre que se la ha encontrado durante el Segundo Estado, la manifestación de la tercera fuerza ha sido percibida e interpretada primero como electricidad.
Hasta la fecha, no existe ningún método contrastado de medida o detección de esta tercera fuerza, y no lo habrá hasta que no se tome en serio la posibilidad de su existencia dentro de la tríada.

Premisa: la existencia del Escenario II

Esta realidad es un concepto de proporciones inconcebibles para la mente humana consciente. Sin embargo, todos los experimentos llegan indefectiblemente a esta conclusión.
No es difícil reconocer el Escenario II como tema de los sueños y la contemplación humana a lo largo de la historia. Tampoco es difícil entender los distintos comportamientos adscritos a él en los incontables intentos de traducir este gran desconocido en términos reconocibles. A partir de las pruebas actuales, puede ser tanto el cielo como el infierno, igual que nuestro medio actual. Lo más importante parece ser que la mayor parte del Escenario II no es ninguna de esas dos cosas.
Por los experimentos no se sabe si todos los que mueren «van» automáticamente al Escenario II. Además, no existe material probatorio que indique que la presencia de una personalidad humana en el Escenario II sea permanente. Puede ser que, al igual que un remolino o un vórtice, perdamos energía paulatinamente y acabemos disipándonos en el medio del Escenario II una vez que hemos abandonado el Escenario I (Aquí y Ahora). Es concebible que el resultado de este proceso garantice el reconocimiento de la inmortalidad en el sentido de que sobrevivimos a la tumba, pero no para siempre. Quizás, cuanto más fuerte sea la personalidad, más larga será la «vida» en este estadio diferente del ser. Por lo tanto, podría ser que la supervivencia sea a la vez una realidad y una ilusión.

La amplitud del Escenario II no conoce límites. En las condiciones encontradas hasta ahora no parece haber medios para medir o calcular la anchura y profundidad de este extraño lugar familiar. El movimiento de una parte a otra es tan instantáneo que impide todo cálculo u observación de posiciones espaciales relativas entre unas u otras zonas. Al parecer, los lugares del Escenario II y este universo físico no están en conjunción. Simplemente, pueden coincidir o no, sitio a sitio. Desde luego, este ámbito no material no tiene por centro la tierra en que vivimos. Al contrario, parece que sólo una parte muy pequña envuelve nuestro mundo físico y nos sirve de «puerto de entrada»
A estas alturas creo que es imposible que la consciencia humana comprenda

plenamente la realidad del Escenario II. Sería como pedir a un ordenador que trabaje en algo para lo que no ha sido programado.
La consciencia no está preparada para este tipo de comprensión tal como la hemos desarrollado hasta la fecha. Sin embargo, esto no quiere decir que dicha consciencia no pueda o no quiera progresar. Formándose en técnicas ahora oscuras o aún por definir, la consciencia podría perfectamente profundizarse o ampliarse para reconocer y aceptar esta realidad.
Por otro lado, estoy bastante seguro de que el subconsciente, inconsciente, superconsciente, superyo, alma (o como se llame nuestro no consciente inmaterial) suele estar bastante al tanto y familiarizado con el Escenario IL Nuestros filósofos más venerados han contemplado cómo afecta esto a nuestro pensamiento consciente. Muchos sugieren que dominan nuestros actos en estado de vigilia. Los resultados de los experimentos parecen excluirlo. Somos dueños de nosotros mismos, aunque no a nivel consciente. Nuestros actos en el Escenario II quizás influyan obligatoriamente en nuestras actividades cotidianas, aun cuando no lo reconozca en absoluto el yo consciente.

Hay centenares de páginas de notas de los experimentos relativas a visitas al Escenario II, muchas de las cuales siguen siendo intraducibles a las pautas de pensamiento del Escenario I. Indudablemente, la mayoría se refiere a esa parte que atrae a este yo personal (la semeranza atrae), que no es sino una parte del todo.

Premisa: la existencia de una contradicción

Compartimos con los animales y todas las cosas vivas una orden primordial que se remonta al momento de la concepción. Sobrepasa a cualquier otro instinto. La orden indeleble grabada en nuestro ser es: ¡SOBREVIVE!
Fue esta dinámica la que creó la barrera del miedo, que debía ser superada antes de poder intentar la separación voluntaria. Para ser una experiencia fuera del cuerpo se parecía mucho a la muerte; podría llamarse el fracaso definitivo en cumplir con esa orden.
Comemos para satisfacer el instinto de supervivencia. A menudo comemos compulsivamente porque es una forma de responder a la orden primordial cuando nos amenaza algo diferente al hecho de morir de hambre. Traducimos la orden en la acumulación y defensa de posesiones materiales. El instinto de reproducción responde de otra manera a la orden. Cualquier peligro para el ego pone en marcha el mecanismo automático de defensa o rechazo. El conocido «lucha o huye» es la reacción física del instinto de supervivencia. La supervivencia como orden primordial significa evitar la muerte a todo trance.
La contradicción está en que las principales nociones idealistas del hombre, las virtudes nobles, los grandes hechos, tienen todos por fundamento la negativa y/o el rechazo de esta orden primordial. Quien da su pan a otro, quien cuida de su familia a costa de una muerte temprana, quien se entrega a

su comunidad y al país sin beneficio directo, quien pone deliberadamente en peligro y posiblemente sacrifica la vida por los demás, ha hecho lo correcto. Por lo tanto, hacer lo correcto, la acción humana más respetada, la más

semejante a la divinidad a nuestro juicio, es una violación flagrante de la orden primordial de Dios a toda la naturaleza. Es más, para acentuar esta contradicción es imposible lograr el Segundo Estado sin la subyugación y/o subordinación del instinto de supervivencia en sus formas más básicas.
ADN, se te han cruzado los cables.
A partir de estas premisas fundamentales afloran mil premisas secundarias como burbujas de la masa primigenia bajo los desechos orgánicos del fondo del mar. Ascienden hacia la luz atravesando múltiples capas de errores arraigados. ¿Es mejor quemar las pruebas e ignorarlas o, con las posibilidades que existen, tratar de ensanchar la puerta de entrada?
Con esto último viene la siguiente probabilidad: en el año 2025 un chico en el Escenario I aprieta un botón en un aparato parecido a una radio portátil. Percibo la Señal y me vuelvo hacia él.
«Hola, hijo», le saludo cordialmente, y mi tataranieto sonríe sintiéndose reconocido.



ANEXO A ESTA EDICIÓN ELECTRÓNICA.

DAVID R HAWKINS M.D, Ph.D, con su esposa Susan

Literatura del Autor.

“Poder contra fuerza” (2001 1995 original)
“El ojo del YO” (2006 2001 original)
“Trascendiendo los niveles de conciencia. (Marzo 2011 2005 original)
“Yo”: realidad y espiritualidad (Septiembre 2011)
“ Por el camino hacia la iluminación” (Junio 2011)
“Curación y Recuperación”: Capítulo 15. La Muerte y el Morirse (Septiembre 2011)

Todos estos libros y literatura en español citada en ellos se pueden encontrar en www.quedelibros.com

Y música recomendada por Dr. Hawkins; Robert Grass – Kyrie & Alleluia

http://www.mediafire.com/?2mgpa916m9sapkr
http://www.mediafire.com/?3jqpea1wv88rq33

Curación y Recuperación:
Capítulo 15. La Muerte y el Morirse.

La muerte y el morirse podrían ser llamados la despedida al cuerpo. Esperemos que, al final de este capítulo, será posible ver el proceso de una manera más alegre que de costumbre. Voy a compartir lo que he aprendido de mi experiencia clínica e investigación, junto con experiencias personales, de una manera que realmente no había compartido previamente con la gente. Sólo voy a compartir lo que he experimentado sobre la muerte, el morirse y lo que ha venido a mi propia consciencia.

Las audiencias de las conferencia han dicho que no es posible hacerlo de esa manera porque los demás no son tan sofisticados y no lo van a entender. Por el contrario, he encontrado que las personas que están involucradas en el trabajo espiritual lo entienden de inmediato y no tienen el más mínimo problema.

En el proceso, se hará referencia al Mapa de Conciencia porque, al hablar de la muerte y el morir, hablaremos de la conciencia y de las dos cosas que la gente realmente teme. Una de ellas es la experiencia física en sí misma, y la otra es lo que fantasean que es una pérdida de consciencia, la conciencia y la consciencia de la existencia.

Nos referiremos de nuevo a los niveles de conciencia que se muestran en el Mapa. La escala representa el ego humano, o el ser con "s" minúscula, que comúnmente referimos como "yo" o "yo mismo". En medio de la escala está el nivel llamado Coraje. Por debajo del Coraje, las flechas de todos los estados emocionales están en sentido negativo, lo que es calibrado en cuanto a su energía relativa y el poder. Por ejemplo, la Apatía tiene mucha menos energía que el miedo, que está calibrado a 100. La Culpa está en el nivel 30; La Apatía o la desesperación, está en 50; el Sufrimiento y el arrepentimiento están en 75; el Miedo, en sus formas de preocupación y ansiedad, están en 100. El Deseo, con lo deseado y querido, está en 125. La Ira llega a 150, y el Orgullo llega a 175.

En virtud de decir la verdad, el caso es que la vida viene solamente de la vida (lo cual es una afirmación muy importante), alcanzamos el nivel 200, el cual discierne la verdad de la falsedad. Muchos de los miedos a la muerte son el resultado del error al no comprender y saber que la vida viene de la vida y es indestructible. Como la materia o la energía, sólo puede cambiar la forma de expresión (calibra como verdadero). Cuando decimos la verdad, vemos que el campo de energía negativo comienza a ascender en una dirección positiva. A medida que avanzamos hacia la conciencia consciente del Origen de la vida misma, nos adentramos en los estados superiores del Amor y el Gozo. Entonces nos acercamos al nivel 600, donde hay una transición hacia un paradigma diferente y la experiencia de la existencia en la que uno ya no se identifica con un cuerpo separado, individual y físico. Empezamos a darnos cuenta de la verdad sobre quienes somos. La expansión de la conciencia va más allá del pequeño yo individual.

De acuerdo a estos niveles de conciencia del mapa están las emociones que corresponden a cada nivel. En la parte baja de la escala, la vergüenza y el auto odio acompañan Culpa. El proceso guía a la conciencia que está en una dirección destructiva. La Apatía se asocia con la desesperanza y la desesperación, y el proceso pierde energía. El Sufrimiento

se asocia con el pesar, la pérdida, y el abatimiento. El proceso te desanima. El miedo se asocia con la preocupación y la ansiedad y tiene que ver con el futuro, lo que lleva al proceso de deflación. Por lo general, cuando la gente piensa en la muerte, piensan en dolor y miedo. Incluso pueden pasar a un estado superior llamada Ira porque están enfadados y resentidos por la experiencia en general y entonces incluyen quejas al respecto.

A medida que avanzamos, llegamos al nivel llamado Orgullo, que calibra a 175. El Orgullo se siente mucho mejor que los estados más bajos, pero, por desgracia, la negación acompaña el orgullo. Hemos de aprender a superar algunas de estas negaciones. Surgen del miedo, y una vez entendido el miedo, la negación se desvanece y puedes subir hasta el nivel de Coraje, que tiene mucho más poder en 200.

El campo de energía del Coraje representa la capacidad emocional para enfrentar, sobrellevar y manejar los eventos de la vida, porque decir la verdad sobre una cosa vigoriza a una persona. Una actitud positiva continua puede desplazarnos hasta el estado de la Voluntad en el 310, donde decimos: "Quiero saber la verdad sobre el asunto en sí." El campo de energía se vuelve poderoso, porque ahora la intención es saber más acerca de una meta y la capacidad de aceptar las condiciones que prevalecen a su alrededor.

Por debajo del nivel de conciencia 200, el poder es entregado, dando lugar a la duda y la falta de confianza. La voluntad de buscar en un asunto luego da lugar a una mente abierta que nos sube hasta el nivel 350, llamado Aceptación, que es una importante capacidad para el manejo de la prospección de la mortalidad. En este nivel, retomamos nuestro poder y comenzamos a sentirnos aceptados y confiados. Es el comienzo de la transformación en la conciencia. Existe la consciencia de que "yo, yo mismo, soy el origen de mi propia felicidad, y tengo la capacidad de descubrir la verdad por mí mismo". Con el tiempo, podemos avanzar hasta el campo de energía del amor en 500, donde existe la capacidad y dedicación para nutrir y apoyar a la vida, y la voluntad de perdonar. Con esto viene una revelación sobre un campo de energía llamado Gozo, que calibra en 540 y se asocia con la curación y la gratitud. La alegría aporta una serenidad interior y se caracteriza por la compasión, que es la capacidad de ver en los corazones de los demás. También existe la voluntad de ser cariñosos y sin prejuicios por la vida en todas sus expresiones.

La transformación es entonces tranquila, y subimos hasta el estado llamado Paz a 600, o la paz de Dios. El sentimiento asociado es finalmente la felicidad y luego estados progresivos de iluminación. Podemos sentirnos comprendidos en la luz. A medida que avanzamos en un estado inefable, es tan exquisito que es difícil de describir. La importancia del cuerpo desaparece y se vuelve irrelevante. Se olvida, porque el cuerpo se asocia con la identificación de un yo personal, separado y limitado. En los estados más iluminados, se da una exquisita expansión de la conciencia y una pérdida de la identificación con el cuerpo y el yo personal. En los campos de energía por encima de los 600s están los estados del sentir completo, pleno y unido con toda la vida, y la unidad con Dios.

La humildad deriva en una mente abierta. Una mente abierta, dice por primera vez: "¿Qué es la verdad? Por favor, Señor, abre mi mente para conocer en mi propia conciencia que es la verdad de mi propio yo."

Nuestras expectativas de la muerte reflejan concepciones acerca de la naturaleza de la Divinidad. Así, una persona en el nivel Neutral a 250 vería el mundo bien. Verían toda la experiencia, incluso la muerte, como buena, y por lo tanto, ven a Dios como libertad. Los niveles inferiores llevan al temor de Dios, la culpa, y a esperar que Dios sea el vengador por la prevalencia de los celos y el odio. El Dios del odio está próximo a la parte baja del mapa y se representa como una entidad que odia al hombre y lo humano del hombre, todo lo cual es una paradoja, puesto que Dios nos ha creado.

Cuando subimos los niveles de la verdad, experimentamos la vida, el mundo, y todas las experiencias en el mundo, incluyendo la muerte, y esperamos entonces que sean positivas. Dios ahora se vuelve prometedor y esperanzador. Entonces podemos esperar la muerte como una especie de gran liberación de una expansión mucho mayor de la conciencia y la consciencia llamada Cielo. (La verdadera realidad revelada por la investigación de la conciencia es que hay múltiples regiones del Cielo.)

A medida que avanzamos más allá del nivel de aceptación, lo que hacemos por retomar nuestro propio poder de conocer, introduciéndonos en un estado de amor que está perdonando y comprendiendo, con el inicio de las revelaciones y la experiencia de toda la vida como amor. Comenzamos a ver que el amor está presente en todas partes. Por lo tanto, nos acercamos a un Dios que es misericordioso y representa amor incondicional. Darse cuenta de que el amor es una realidad básica conduce a un estado interior de alegría. Salido de ella viene la compasión, la transfiguración de la conciencia que revela la perfección de toda la creación. Se da la comprensión de la unidad de toda la vida lo que deriva en el estado de éxtasis. También están los estados Iluminados y la iluminación en el que uno se vuelve consciente de la unidad y el uno.

En el nivel 600, nos desplazamos fuera de los campos de energía de la conciencia ordinaria y entramos en aquellos que son llamados lo nolineal. En la mitad de los 600s están los estados más avanzados de la consciencia y la conciencia llamados “de iluminación” e “iluminado”.

Como lo anterior puede sonar filosófico o teórico, voy a compartir cosas que he aprendido clínicamente en muchos años de experiencia, además de sucesos que he experimentado personalmente. Como resultado, tendremos un campo más práctico de referencia acerca de lo que la experiencia de la muerte realmente implica. Voy a volver a mis experiencias de la infancia para relatar algunas cosas que me ocurrieron y cómo se correlacionaron con otras cosas que sucedieron más tarde.

Cuando tenía unos doce años, era repartidor de periódicos en el norte de Wisconsin. Una noche, estaba bajo cero, sentí que prácticamente me estaba muriendo de frío. Cavé un hoyo al lado de un gran banco de nieve y me metí en el interior del espacio que había hecho. La nieve se apilaba unos seis metros de altura al lado de la autopista, y me metí en este refugio y me acurruqué con el fin protegerme del intenso e implacable viento. En pocos segundos, empecé a experimentar un estado de relajación y un estado de profunda calidez comenzó a llegar sobre el cuerpo. Fue un estado de placer exquisito, y empecé a olvidarme del cuerpo. El cuerpo no parecía existir más, y en su lugar, un increíble y maravilloso estado de paz me invadió. Estaba rodeado de luz, pero la luz tenía la cualidad de tocarme y estar conmigo como una conciencia infinitamente amorosa que estuvo envolviendo y

disolviendo. Acabe disuelto y me volví uno con ese campo infinito ya que no tenía principio ni fin; no tenía dimensiones y estaba fuera del tiempo.

El estado de la verdadera experiencia del Ser se prolongó por eones en lo atemporal. La experiencia fue sumándose, y en cada instante, fue todo abarcante, atemporal, serena, y completa. Nada se había perdido, nada faltaba y nada quedaba por ser consumado. Era un estado de profundo Amor, Paz y plenitud que estaba más allá de la descripción.

Al principio, hubo una sensación interior de alivio, seguida de una tranquila alegría y éxtasis, y luego fue más allá de éxtasis. Fue más allá de la felicidad y se convirtió en un estado eterno, infinito, mucho más allá de la conciencia ordinaria. Curiosamente, el Ser es verdaderamente más personal que el ego del yo. Algún tiempo después, mi padre descubrió dónde estaba y me abrazó. Él tenía una mirada muy molesta y ansiosa en su rostro y dijo: "¡No vuelvas a hacer esto otra vez! ¿No sabes que podrías morir de frío?"

Yo no tenía el contexto en el que considerar esta experiencia, o incluso saber cómo llamarla. Fue una experiencia muy profunda, y en la mente del adolescente, no había nada que pudiera ser dicho al respecto. No pude mencionar nada al respecto a mi padre porque él no habría tenido ninguna manera de considerarla. Además, estaba asustado en ese momento, así que ninguno de nosotros sabía como sentir la experiencia o lo que significaba.

Ningún libro sobre la “experiencia cercana a la muerte” estaba por lo general disponibles de momento. La única película *Resurrection* llegó al final de la década. (Por cierto, la película era clínicamente precisa.) Todos los que han tenido ese tipo de experiencia verifican la verdad de lo que la mujer de la película experimenta. Ella murió en un accidente de automóvil. Es la historia real de una persona que fue declarada muerta en la mesa de operaciones. Dejó el cuerpo y experimentó ese mismo estado increíble, infinito que acabo de describir.

Ni mi padre no yo teníamos ningún contexto en el que considerar esta experiencia, o entenderla, y aunque lo mencioné brevemente con él, no supo qué hacer con ella tampoco. Además, estaba demasiado asustado en ese momento, así que la experiencia nunca fue mencionada de nuevo. Yo no la entendí hasta que fui mucho mayor.

Más tarde, cuando estaba en la treintena, me estaba muriendo de una enfermedad muy grave y progresiva. Mientras yacía en la cama en un estado moribundo muy grave, de repente, para mi sorpresa, 'yo' estaba unos tres metros sobre el cuerpo físico. Ahí estaba yo, en el espacio, en un cuerpo perfecto que era transparente y etérico. Era ingrávido, sin embargo, tenía todas mis facultades. Podía pensar, razonar, ver y oír. Miré hacia abajo al cuerpo físico que yacía en la cama como a dos a tres metros por debajo de mí, y parecía que estaba a punto de expirar. Ahí estaba yo, fuera del cuerpo físico, mirándolo desde arriba, consciente de que lo que realmente soy es algo distinto del cuerpo físico. (Hasta ese momento, nunca había oído hablar de una experiencia extra corpórea.)

Durante esta misma enfermedad crítica, me encontré totalmente fuera del cuerpo, pero no era mi momento para despedirme, por lo que en un momento posterior, tuve que regresar al cuerpo. Me recuperé de ese episodio en particular de la enfermedad y seguí viviendo, pero después recaí, y la enfermedad se agravó de nuevo. Esta vez, era grave de verdad, y estuve a

las mismas puertas de la propia muerte. Estaba en un estado de profunda desesperación, un estado de infierno, un estado absoluta y total indefensión y desesperación, a sólo un par de segundos de abandonar de nuevo el cuerpo.

Hasta ese momento, había sido agnóstico veinte años. A pesar de haber tenido estas experiencias increíbles de ser algo más que el cuerpo, todavía no tenían un contexto en el que considerarlas. Seguía siendo agnóstico, y me estaba muriendo. De repente dije: "Si hay un Dios, le pido que me ayude", y entonces caí en el olvido.

Cuando recobré la consciencia, había habido una importante y total transformación. Ya no había ninguna identificación con un cuerpo físico personal. Caminó por ahí e hizo todas las cosas que se suponían, pero ocupó un campo de energía que era infinito. El poder y dimensión del campo estaba más allá de la descripción. Me sostuvo con absoluta seguridad; era como una roca. Al mismo tiempo, era exquisitamente suave y apacible. Su exquisita delicadeza y suavidad me mantuvo en su infinito y amoroso abrazo. El cuerpo se movió espontáneamente ya que no había voluntad personal, mente, o entidad, tampoco un yo persona. Anduve así, en ese estado durante algunos meses y todavía no tenía realmente un contexto en que considerarlo. No se lo mencioné a nadie ya que no había nada que yo pudiera decir al respecto. Fue como pasar de una oscuridad absoluta, sintiéndose totalmente separado de Dios, a un estado en el que lo que se había interpuesto entre Dios y yo había sido eliminado, y ahora era eterno en esa Presencia Infinita.

Sólo en las últimas décadas las experiencias cercanas a la muerte se han vuelto más comúnmente conocidas. Las clásicas historias escritas en la época victoriana se conocían sólo por un número muy limitado de personas, pero ahora hay muchos libros sobre el tema. Las encuestas han demostrado que aproximadamente el sesenta y cinco por ciento de la población recuerda experiencias cercanas a la muerte o extra corpóreas.

Más tarde, me enteré de que esta era una técnica que podíamos aprender a hacer a voluntad. Aprendí que hay todo tipo de personas que abandonan el cuerpo espontáneamente o a voluntad. Algunas personas nacen con este don, mientras que otras pueden sentarse a meditar e inmediatamente tienen esta experiencia.

Como médico y científico, me interesé por este fenómeno y descubrí una organización de orientación científica, donde esto estaba siendo estudiado. Leí *Viajes fuera del cuerpo* de Robert Monroe y luego visité el Instituto Monroe donde participé en una formación de diez días. Tenían cintas de audio con una frecuencia que arrastra al cerebro a alcanzar un cierto estado de conciencia alterada, en la que puedes dejar el cuerpo a voluntad. También aprendí que las personas que no nacieron con la capacidad de llegar a este estado o que no lo desarrollan espontáneamente pueden aprender a hacerlo. El propósito fue aprender que somos algo más que el cuerpo, que son más grandes que el cuerpo físico, y que el cuerpo físico nos pertenece pero no estamos limitados a el. Los textos más conocidos sobre el tema de la muerte y el morirse son los de Elisabeth Kubler Ross (*Sobre la muerte y los moribundos*), que realmente abrió el tema por primera vez a la discusión y lo familiar de lo que anteriormente había sido un tema tabú. Las etapas que ella indicó son ahora relativamente bien conocidas.

Se produce, por supuesto, una prevalencia de la negación como forma inicial de manejar el shock, y la muerte física es un miedo primario biológico

común a los seres sensibles en general, quienes a lo largo de milenios, han desarrollado innumerables maneras de evitar la muerte y permanecer vivos como individuos.

Las técnicas de supervivencia evolucionaron como función de la inteligencia biológica expresada en el aprendizaje y la memoria. Aunque pocas formas de vida están sujetas a la muerte del protoplasma biológico, sólo la humanidad puede conscientemente anticiparla de antemano. La negación es uno de los mecanismos básicos del ego para protegerse del miedo. Con la entrega de la negación, el miedo surge del cese de la existencia y de la falta de consciencia espiritual del ego, debido a su identificación con el cuerpo.

La etapa de "pacto" es entonces un intento del ego / mente por tratar de retrasar lo inevitable, y Dios es entonces reconocido y requerido a intervenir en favor del ego. La ira también irrumpe hacia la pérdida de control y la confrontación con el núcleo narcisista del ego cuya voluntad infantil se enfrenta a un obstáculo insalvable y no puede tener su propio camino. No parece justo que sus deseos se vean frustrados y negados. Esto incrementa el dolor y el duelo por la pérdida del futuro previsiblemente anticipado de un curso sinfín de existencia individual.

La base de todas las reacciones anteriores es la identificación del yo y su existencia con el cuerpo físico como origen de la existencia. Por tanto, es el significado del cuerpo lo que nos eleva de la resistencia a la perspectiva de su desaparición. La perspectiva de la muerte física trae el miedo al olvido, el cese de la conciencia y la consciencia, y su singular característica de la experiencia.

El procesamiento de los estados físicos se facilita en gran medida por la alineación espiritual y la consciencia, que progresivamente se convierten en el centro de atención, junto con la propia relación con Dios. La esperanza y la fe además de la entrega facilitan la fuerte emergencia de una confianza progresiva de las enseñanzas espirituales y permite una transformación de la conciencia hacia los niveles superiores, lo que trae paz. La aceptación se ve facilitada por la constatación de que el proceso de la muerte es universal y se aplica a todos los seres vivos de ahora y de todos los tiempos pasados. Por tanto, existe el alivio de compartir la experiencia común de todos los que aún están vivos o incluso han vivido. Esto facilita una cierta confianza en el proceso en sí en virtud de su universalidad.

Procesar el dolor de la pérdida exige la renuncia de muchos apegos que el ego ha fundado durante toda la vida, especialmente a quererse uno. Esto se facilita por la constatación de que con el tiempo, ellos, también se enfrentarán el proceso de muerte y por lo tanto comparten el mismo destino. El amor se vuelve entonces el medio para trascender la visión limitada del ego de la realidad y la identificación por la Realidad en constante evolución de la Divinidad como Amor en sí. Cuanto más amamos a los demás, menos sentimiento de pérdida, porque el amor es realizado al ser lo único de valor de los demás. El ser separa, mientras que el Ser une. Así, la muerte es un punto de apoyo para la iluminación.

Cuanto mayor sea la cantidad de trabajo espiritual que uno ha hecho durante su vida, menos queda por hacer en la perspectiva de la muerte. Una persona muy evolucionada se siente cómoda con la posibilidad de dejar el cuerpo en cualquier momento. Una forma de acelerar el progreso espiritual

es considerar la perspectiva de tu eventual muerte y el proceso de todos los apegos e ilusiones que surgen acerca de esa posibilidad. Paradójicamente, el ejercicio reduce en gran medida los miedos de la vida.

En un momento en mi vida, estuve estudiando métodos alternativos de las técnicas de investigación de la conciencia, incluyendo un método de respiración. En esta experiencia, suavemente y en voz baja, se dio espontáneamente la misma experiencia repentina de dejar el cuerpo y ya no lo experimenté más. Repetidamente regresaría a la experiencia que tuve en el banco de nieve cuando tenía doce años. El volver a experimentar, el olvido del cuerpo –cuando sales, te olvidas de todo lo que pasó con él en un par de segundos, así que no tienes más la memoria de lo que sucedió en esa vida, o incluso del propio nombre. Todo eso se vuelve irrelevante y no tiene relación, importancia, o realidad. A cambio, comienzas a experimentar lo que realmente eres, junto con la misma experiencia de increíble paz y amor fuera del tiempo y el espacio. Existe sólo la consciencia pura. Uno es exquisitamente consciente de la existencia de existencia como un ser infinito.

Volviendo al Mapa de la Conciencia, en el fondo de la escala existe una gran preocupación por el tener, y el estatus se basa en lo que poseo. A medida que subimos a los niveles más poderosos del coraje, la capacidad y la aptitud, hay una gran preocupación por lo que hacemos. A medida que avanzamos hacia la parte superior de la escala, sólo hay consciencia y el valor de lo que hemos convertido y somos. Nadie se preocupa más por lo que tenemos o hacemos. Descubrí que cuando dejamos el cuerpo, tomamos de nosotros lo que somos. Lo que experimentamos es lo que hemos estado dispuestos a conocer y admitir sobre nosotros mismos. La verdad acerca de nosotros mismos, aquello que somos, es lo que experimentamos, y todo lo que tuvimos es olvidado. No recordamos el dinero, las posesiones, o el poder; todo lo que hicimos es olvidado. En este estado, si una persona fuera preguntada por lo que hizo cuando pensaba que eran un cuerpo y se movía en el mundo, no habría ningún recuerdo de lo que fue, pero lo que son es abrumador.

Otra interesante experiencia personal ocurrió más tarde en mi vida. Mi madre y yo no estábamos muy próximos, porque ella vivía en Florida, y yo vivía en Nueva York y no era posible visitarla muy a menudo. Un día, mientras salía al bosque en Nueva York, de repente tuve el conocimiento intuitivo que debería ir a Florida. “De la nada”, por así decirlo, de repente supe que mi madre se estaba muriendo. Fue como una llamada "ven aquí de inmediato." Volví a casa e hice una reserva de avión en el primer vuelo que se podía conseguir a la mañana siguiente. Después de hacer la reserva, llamé a su casa y me dijeron que estaba en el hospital. Supe que ella se estaba muriendo.

Cuando llegué al hospital, tuve una tremenda sensación de alivio por mi madre. De pronto sentí un gran alivio de la tensión. Cuando entré en su habitación, estaba llena de personal del hospital. Yo era un “especialista de renombre” de Nueva York, y este pequeño hospital iba a asegurarse de que nada saliera mal, que todo estuviera cubierto, por lo que prácticamente todo el personal estaba allí. Y allí estaba mi madre, con su tanque de oxígeno y todo tipo de tubos pegados a ella por todas partes, junto con todo tipo de contadores y cosas electrónicas para hacer latir su corazón. De repente, justo cuando entré en la habitación, en ese momento supe que ella acababa de

salir del cuerpo, y experimenté su absoluto éxtasis cuando lo dejaba. Ella estaba muy contenta de poder salir. Fue como un estado infinito de alegría y éxtasis, y yo estaba psíquicamente a una con ella en la experiencia sentí exactamente lo que estaba sintiendo. Había esperado a que llegara allí para dejar el cuerpo, y ambas voluntades se unieron para conocer la experiencia. Ella me había querido para experimentar la experiencia con ella, y así experimenté ese estado infinito, siempre en expansión, absoluto de éxtasis a medida que fue entrando en ese estado. Nadie fue nunca más feliz de lograr salir de ese cuerpo que mi madre. Durante años había estado esperando para salir, y cuando lo hizo, fue muy, muy feliz.

Por supuesto, el personal del hospital no sabía que ella había muerto, por lo que por una especie de telepatía, envié el pensamiento al cardiólogo de que "Ella está muerta; puedes apagar la máquina" De repente se le ocurrió la idea y dijo: "Apague la máquina." La máquina que estuvo creando los latidos del corazón fue apagada y el médico le puso el estetoscopio en el pecho y dijo: "Está muerta. Oh". Entonces, el personal del hospital me miró como si esperaran de mi que entrara en un estado de infelicidad o alguna cosa, y no lo hice. Yo estaba en un estado de éxtasis, en el mismo estado que estaba mi madre, yo estaba con ella. ¿De qué había que afligirse? Mi madre nunca fue más feliz en su vida. Hubo, sin embargo, una enfermera ayudante, una PNL, que también "lo consiguió". Ella me miró, esbozó una gran sonrisa, y dijo: "Muchacho, ella estaba absolutamente feliz", y le dije: "¡Usted lo consiguió! Ella seguro que lo fue!" Los dos sonreímos el uno al otro, sabiendo exactamente lo que había pasando, pero nadie más lo entendió realmente. Probablemente pensaron que no amaba a mi madre y que me alegraba de ver que se iba, o que iba a heredar una gran cantidad de dinero o algo así. Sólo Dios sabe lo que su mente pensaba sobre ello, pero la PNL y yo sabíamos lo que estaba pasando, lo que nos llevó a un estado de alegría.

Mis propias experiencias, memorias y recuerdos, de dejar atrás el cuerpo eran de dos tipos diferentes: una de infinito amor que había experimentado muchas veces, y luego esas experiencias de salir del cuerpo y no experimentar nada. De cualquier forma, no experimentamos nuestra muerte física, sino en la experiencia de la 'nada' , el recuerdo estaría de vuelta en otro cuerpo.

En esta vida, a la edad de tres años, salió del olvido, fui de repente consciente del cuerpo. Pude mirar hacia atrás, en la primera infancia y recordar ese momento donde me di cuenta de que "Yo soy. Existo."

Anteriormente dijimos que lo que mantenemos en mente determina lo que experimentamos en el mundo, y eso es lo que nuestra experiencia de Dios es. Muchas personas mantienen en la mente la idea de que después de la muerte, salimos del cuerpo al olvido, pero yo tuve la experiencia de la Infinita Presencia una experiencia infinita, casi angelical. A medida que estaba buscando ese día, retornó a la memoria el estar "en el otro lado" con los que se estaban muriendo. Volvió primero como una experiencia en un campo de batalla, y recordé estar con moribundos, buscando en su agonía, miedo y dolor físico. De repente, se produjo este infinito amor e infinito estado de estar con la persona que se estaba muriendo. Ante mis propios ojos, ellos se transformaron. Dejarían el cuerpo físico atrás, y todas las heridas sanarían. Estaba mi amor unido con el amor de Dios, como si a través de mi

se volviera hacia el corazón de Dios, y ahora el campo de energía de los seres angelicales que eran absoluto amor se derramaría, pero mi conciencia estaba allí con el moribundo. El exquisito amor de esa energía entonces curaría todas las heridas y el miedo. Vería el miedo, y los ojos de la persona se abrirían de nuevo. Ellos me mirarían, y podría ver que sólo estaban fusionados con la experiencia. Todo el terror, el miedo, la culpa y la sensación de estar separado se disolvió, y ellos me miraba con reconocimiento. Entonces vi que veían lo que era significativo o divino para ellos, y que yo, yo mismo, estaba sin forma. La misma experiencia también sucedió en esta vida.

Cuando entramos en estados de conciencia superiores en el que ya no somos el cuerpo físico, vemos que la gente ve que se están proyectando ahí. El moribundo abriría sus ojos y nos ve a medida que fuéramos más importantes para ellos, a medida que estamos sin ninguna forma. A veces somos vistos como la madre, el amante, o un grupo de personas con las que la persona estuvo muy próxima. A veces verían una figura divina, pero esto estaba sucediendo en el fenómeno de la mente en sí; fueron todos fenómeno de la mente. La persona estaba experimentando lo que era más curativo para el.

Hemos llegado a una forma de superar el miedo a la muerte. Es la voluntad de ser para nosotros mismos y para los demás los que se están muriendo. La manera de superar nuestro propio miedo a la muerte es visualizarnos a nosotros mismos estando en el otro lado, como una estación receptora de primeros auxilios. Abrimos nuestros corazones y pedimos ser conectados con las fuerzas angélicas y volverse uno con ellas. Ahora nos imaginamos a nosotros mismos yendo con quienes se están muriendo. Lo hacemos ahora mientras que todavía estamos en nuestro propio cuerpo físico, y enviamos esa energía de compasión.

La propia conciencia no está limitada por los cuerpos. Los cuerpos tienen que ver con el ego y su punto de vista limitado. Nos enviamos al campo de energía de la compasión y nos representamos a nosotros mismos en nuestra imaginación. Podemos empezarlo ahora en nuestra imaginación con cualquier persona, ya que, en el mundo a cualquier hora, hay más de seis millones de personas en el planeta. Miles y miles de ellos están muriendo cada hora. Seleccionamos a alguien que sentimos que podríamos ser más cariñosos un niño en la cuna, un adolescente atropellado por un coche, alguien en un campo de batalla que es acribillado a balazos, una madre en el parto, o una persona que comete suicidio. Entonces imaginamos a la persona por quien tengamos más compasión, nos enviamos a nosotros mismos en nuestra imaginación hacia esa persona, y nos vemos a nosotros mismos como infinitamente amorosos. En cierto modo ahora estamos más solos incluso que antes debido a que podemos expresar toda la ternura y el amor que hemos suprimido durante toda nuestra vida. Ahora es nuestra oportunidad de enviarla y estar con esa persona.

Pensamos en la agonía y el miedo de tantas personas. Luego nos dirigimos a ellos y comenzamos a sanarlos imaginando que los mantenemos en nuestros brazos, derramando el amor a través de nuestro corazón. En realidad, proviene de un ser elevado y se irradia por el corazón, bañando a esa persona con él, y entonces comenzamos a ver el miedo a desaparecer. Como muchas personas mueren, independientemente de su aprehensión

anterior, nos daremos cuenta de que entran en profundos estados de serenidad, a medida que piensan en esa compasión viniendo de los grandes seres del mundo llegando sucesivamente a ellos en su momento de mayor necesidad. Cuando la persona dice: "Oh Dios, ayúdame", ya que este es un universo de libre albedrío, ellos a continuación, abren la puerta a esta compasión que está siendo irradiada por otros y ahora por nosotros. Ahora estamos de su lado, y de todas las formas posibles, les nutrimos y los curamos. Nos ponemos en contacto con ellos y entonces salen de su cuerpo. Están seguros; están en casa; están atendidos; son muy amados por Dios. Empiezan a tener la experiencia interior de la verdad. Ponemos nuestro yo personal a un lado porque no es necesario aquí. No hay necesidad de la personalidad, con sus gustos y no gustos, sus aversiones y atracciones. Solo ser esa energía que fluye a través del corazón.

A través de nuestra voluntad, esa energía curativa fluye a través de nosotros y entra en el ser de la otra persona, y vemos la transformación ante nuestros propios ojos; literalmente la vemos. Vemos el miedo salir de sus ojos y la tensión dolorosa salir de su cuerpo. Empezamos a experimentar que el dolor está saliendo de su cuerpo, y entran en el mismo estado de paz infinita, rodeados por la energía de la vida y el amor. Se sienten completos, plenos, y curados. No hay más miedo, separación, culpa, o ansiedad. Dos de nosotros están ascendiendo juntos a derecha e izquierda del cuerpo.

Yo mismo tuve una experiencia similar tiempo atrás, cuando sin darme cuenta rocé mi pulgar cortando con una sierra circular. Al principio hubo un shock, pero después de ese shock, de repente hubo un sonido como de coro en mi mente. Fue como si estuviera rodeado por fuerzas angélicas que permanecieron cantando para mí un pensamiento que hubiera olvidado, “Tú no eres un cuerpo; eres totalmente libre. Tú no eres un cuerpo; eres totalmente libre”. Este canto continuó durante todo el trayecto hacia el hospital.

En el hospital, tenía que someterme a una operación de amputación. Yo no puedo tomar ningún tipo de anestesia o analgesia, por lo que la cirugía tuvo que llevarla a cabo sin ninguna de ellas. El cirujano fue un poco aprensivo en relación a esto, pero yo le dije, "Bien, yo sé una manera de manejar esto. Tu sólo tiene que ir adelante." Así que me recosté y empecé a entregarme profundamente y no resistí el dolor o la etiqueta del mismo. La entrega fue de la voluntad personal. A medida que me entregaba, tuve esa misma profunda experiencia como si fuera recogido por las fuerzas angélicas y sacado del cuerpo tan suavemente y en voz baja que las plumas parecerían bruscas en comparación. Aunque el cuerpo estaba allí, ya no lo experimenté más. En su lugar, entré en un estado de paz infinita y profunda más allá de toda descripción; era un gozo interior infinito y felicidad que no puede ser descrito. Recuerdo que, en mi mente, estaba mirando el dedo pulgar o la representación de el en un plano diferente y sentí felicidad al ser eliminado, ya que simbolizaba algo de lo que deseaba librarme. Lo que podría haber sido una experiencia terriblemente dolorosa fue en su lugar de éxtasis, y hubo un exquisito saber interior que fue rodeado de paz infinita. Estaba infinitamente protegido por el amor del universo, por Dios, y por el resplandor de la Divinidad.

Cuando nos fijamos en la experiencia de morirse, vemos que se trata de una entrega y dejar ir. Se trata de la voluntad de abrir nuestro corazón

para ser amor para los demás. Si estamos contemplando al moribundo, y si estamos haciendo las cosas de las que he hablado, por la mañana cuando nos levantamos, le decimos a Dios: "A aquellos que están muriendo, les envío mi conciencia, les envío mi amor y mi voluntad ser uno con ellos". Es como si las fuerzas del universo entonces utilizaran el poder de nuestra conciencia y literalmente se llevaran a la persona. Al principio parecerá que es nuestra imaginación. Parecerá algo que estemos haciendo, pero después de hacer esto un par de veces, de pronto nos daremos cuenta de que no lo estamos haciendo más, y que por el contrario, estamos diciendo sí a su ser hecho a través de nosotros. Debido a que se está haciendo a través de nosotros, entramos en un estado de gozo elevado y éxtasis.

El hecho de que nuestro cuerpo físico se desprenda ya no es importante. Yo he estado en esos estados donde literalmente sentí la energía divina viniendo a través de mí, fluyendo desde el área del corazón, y yendo a las personas que se encontraban en un accidente de automóvil. Sentí esta profunda energía pasando a través de mí y salir a través del corazón. Este profundo sentido del poder del amor ignoró al yo personal y recorrió la autopista un kilómetro más o menos. Mientras tomaba la curva de la autopista, me preguntaba a donde se dirigía esta energía, y vi un coche volcado del revés. Se acababa de estrellar y las ruedas estaban todavía girando. Las personas dentro del coche estaban gravemente heridas, y oí su clamor dirigido a Dios. Era como si fuera una antena de viaje y Dios me utilizara como torre de antena para irradiar esta energía.

Curiosamente, ese mismo día, a unos ocho kilómetros más abajo en la autopista, comenzó de nuevo; la misma poderosa energía fluía a través de mí. La energía espontáneamente irradiada avanzaba por delante, y cuando pasé la curva, había un segundo accidente; otro vehículo se había volcado. Esta vez, un coche patrulla estaba allí, y a medida que pasaba, esta energía fluía hacia el lugar del accidente y continuó haciéndolo así varios kilómetros. Luego poco a poco se detuvo, como si la persona hubieran conectado con un campo de energía más infinito. Esto ha sucedido una y otra vez en diferentes lugares y circunstancias.

Durante esas experiencias, me olvidé de que tenía un cuerpo; si estaba con vida o muriendo era irrelevante, porque la alegría de la experiencia fue abrumadora. Existe la voluntad de ser un siervo de Dios, olvidarse del yo personal, y en su lugar permitir que nuestra conciencia y energía sean utilizadas por las fuerzas angelicales. Nuestro Ser Infinito es todo. Está conectado con los reinos angelicales. Cuando es propia esa condición angélica en nosotros, e individualmente propia de nosotros tenemos la capacidad de unirnos por nuestra voluntad de decir sí, lo que nos permite entregarnos a esa energía, que va hacia los muertos y los moribundos, ahora vemos que no hay tales cosas como la verdadera muerte o el morir.

Es por eso que hablamos de dejar ir el cuerpo y despedirse de el porque la vida sigue hacia la vida; la vida nunca se detiene. Si abandona nuestro cuerpo, apenas lo notamos, porque estamos tan ocupados estando con otros que apenas cuenta lo que el cuerpo físico haga, incluso si no existiera más. Más allá de la experiencia del cuerpo físico hay experiencias que son difíciles de describir, por lo que nos preparamos para una experiencia de exquisita belleza y paz.

APÉNDICE A

MAPA DE LA ESCALA DE CONCIENCIA

Vision de Dios	Visión de uno mismo	Nivel de Conciencia	Calibración.	Emoción	Proceso.
Yo	Es	Iluminación	7001,000	Indescriptible	Pura Conciencia
Ser Universal	Perfecta	Paz	600	Bendición	Illuminación
Uno	Completa	Alegria	540	Serenidad	Transfiguración
Amoroso	Benigna	Amor	500	Veneración	Revelación
Sabio	Significativa	Razón	400	Comprensión	Abstracción
Misericordios	Armoniosa	Aceptación	350	Perdón	Transcendencia
Edificante	Esperanzadora	Voluntad	310	Optimismo	Intención
Consentidor	Satisfactoria	Neutralida	250	Confianza	Liberación
Permisivo	Factible	Coraje	200	Consentimiento	Otorgar Poderes
		NIVELES DE VERDAD ^ / NIVELES DE FALSEDAD v			
Indiferente	Exigente	Orgullo	175	Desprecio	Engreimiento
Vengativo	Antagonista	Ira	150	Odio	Agresión
Negativo	Decepcionante	Deseo	125	Anhelo	Esclavitud
Castigador	Atemorizante	Miedo	100	Ansiedad	Retraimiento
Altivo	Trágica	Sufrimiento	75	Remordimiento	Desaliento
Censurador	Desesperacion	Apatía	50	Renuncia	Censurador
Vindicativo	Maligna	Culpa	30	Culpabilidad	Destrucción
Desdeñoso	Miserable	Vergüenza	20	Humillación	Eliminación